APOSTANDO PARA GANAR





CARLOTA MANZANO

CARLOTA MANZANO

APOSTANDO PARA GANAR

Primera edición.
Apostando para ganar
Carlota Manzano
©marzo, 2026
©imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

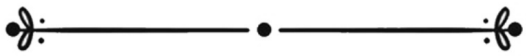
ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

«Porque a veces lo importante no es lo que sabes, sino lo que desconoces».

Capítulo 1



Megan

—¡Buenos días!

Me giré sonriendo al escuchar a Andrea, mi amiga y compañera de trabajo se acercaba por mi izquierda.

—Buenos días. ¿Y esa alegría de buena mañana?

Me llevé la taza a los labios y bebí de mi café, mientras ella se sentaba en la silla de enfrente y llamaba la atención de Mary, la camarera.

No hacía falta que se acercara a nosotras para saber lo que Andrea quería, nuestra amiga de la cafetería nos conocía muy bien y sabía de sobras lo que tomábamos en cada momento. Las únicas excepciones eran cuando nos acercáramos a ella nada más llegar, para decirle que ese día nos apetecía variar.

Estábamos en la cafetería de la universidad, como cada mañana. Era nuestra rutina comenzar el día de trabajo viéndonos aquí, para tomar un café que terminara de activarnos.

Muchas veces no lo conseguíamos, por no decir la mayoría, pero igualmente esta cita era inamovible.

—Hasta yo estoy sorprendida del subidón que tengo.

Rio al responderme.

—Pues aprovéchalo.

Le hice un guiño y volví a beber de mi café.

—Ya te digo, aunque que sea viernes tiene mucho ver con mi alegría.

—A ti lo que te pasa es que dentro de una semana te vas de fin de semana con tus amigos y entre ellos estará Cameron.

Elevé las cejas varias veces, con una gran sonrisa.

—Puede ser.

Soltó una carcajada.

Mary se acercó en ese momento y cuando llegó a nuestra mesa se inclinó para hablarnos en voz baja, mientras le ponía la taza de café delante a Andrea.

—Perdonad. ¿Os he dicho que odio a los clientes?

Andrea y yo nos reímos.

—Joder, pensaba que ibas a decirnos algún cotilleo de la universidad —le dijo Andrea, con diversión.

—Uy, tengo varios, pero vosotras no tenéis tiempo ahora mismo y no voy a empezar para dejaros en lo mejor.

Rio.

—A la hora del desayuno —le propuso Andrea.

—Hecho. ¿Cómo se presenta el viernes?

Se interesó.

—Para mí genial, termino la semana pronto. A las once tengo mi última clase, después del tiempo del desayuno.

—Un día cortito.

Sonrió.

—Sí.

Le devolví la sonrisa.

—Pues yo termino a las dos, pero eso no va a quitarme ni un poquito de la alegría que siento hoy —dijo Andrea.

Levantó su taza hacia nosotras, antes de beber.

—Así se habla —la animé.

Di un pequeño golpe en la mesa.

—Espero que sea de esa manera y que nadie te altere. Lo sabré cuando vengáis a desayunar. Os dejo, vuelvo al horror de mi trabajo.

Le sonreímos antes de que nos diera la espalda.

—¿No puedes retrasar el viaje a la casa de tus padres?

Su pregunta se debía a que quería que fuera a la salida del fin de semana que había comentado yo hacía unos minutos, en la que ella se iba con sus amigos y Cameron.

Este último también lo era, amigo quiero decir, pero lo separaba de los demás porque Andrea esperaba de él muchísimo más, como por ejemplo que fuera el hombre y el amor su vida.

El tema era que yo estaba invitada a acompañarlos, pero precisamente ese fin de semana lo tenía comprometido. Hacía tiempo que les prometí a mis padres que iría a verlos, como Andrea había dicho. Ya contaban conmigo y aparte, tenía los billetes de avión comprados.

Mis padres vivían en Santander, Cantabria, una ciudad situada al norte de España. Yo tenía mi vida hecha a kilómetros de distancia, hacia donde viajé años atrás para cursar el máster que me llevó a tener mi primer trabajo. Esto me hizo alargar la estancia lejos del hogar en el que me crie.

Ese fue el inicio, porque después llegó lo que me haría quedarme en mi ciudad permanentemente: mi segundo trabajo, que no era otro que el que tenía actualmente en la universidad.

—Podría, pero no voy a anular lo de mis padres —le contesté—. Hacéis muchas escapadas de fin de semana, puedo ir a cualquier otra. Eso lo tengo más a mano que la espera en los aeropuertos y los viajes de avión, para ir a la ciudad en la que nací. Además, mi padre me pidió expresamente que fuera este fin de semana.

—Vas a perderte cómo el amor de mi vida cae rendido a mis pies. El lunes siguiente no me pidas que te cuente cómo me ha ido el fin de semana.

Sonrió de medio lado.

—Te cronometraré, a ver cuánto tiempo tardas sin hablarme de ello.

Reí.

—Clarooo… como sabes que no podré estar callada.

Bufó y yo solté una carcajada.

—Dales recuerdos a tus padres y tráeme algo bueno de Santander.

—Como si me fuera hoy mismo.

Sacudí la cabeza.

—Ya sé que quedan días y que nos veremos la mayoría de ellos, pero así elimino tus posibles excusas —comentó con humor.

—Como sigas por ese camino lo único que te daré a mi vuelta serán los billetes de avión, para que recuerdes que he estado en Santander y que regresé con las manos vacías. Para ti, claro, porque yo pienso cargar la maleta con muchas cosas que echo de menos.

—No serás capaz.

Agrandó los ojos.

—Ponme a prueba.

—Qué mala leche tienes.

Hizo un puchero para ablandarme, pero falló en su intento.

—¿Cómo puedes ser tan dura?

—¿Dura? ¡Si esto no es nada!

Solté una carcajada, mientras miraba el reloj de pulsera.

—Mierda, tenemos que irnos —dije.

Nos bebimos de golpe los cafés con leche y nos levantamos rápido, despidiéndonos a la carrera de Mary.

Salimos de la cafetería, directas a una zona verde inmensa, para recorrer a pasos rápidos el camino que llevaba hasta el edificio principal de la universidad.

Esta era privada y una de las más prestigiosas, a ella venían alumnos de todas las partes del mundo, no solo se limitaba a nivel nacional. Oficialmente el inglés era el idioma dominante, aunque por los pasillos se hablaba una gran variedad de ellos.

Cuando entramos al edificio principal nos dirigimos hacia la escalera, la que subimos casi corriendo.

—Nos vemos para el desayuno —me dijo Andrea.

Me habló antes de que llegáramos a la columna donde teníamos que separarnos.

—Sí.

Con esa escueta respuesta giré hacia la derecha, yendo directa a mi despacho.

Para las clases me movía entre la segunda y la tercera planta, mientras que mi lugar privado en el que me aislaba se encontraba situado en la primera planta.

Cuando llegué a él abrí con llave y fui hacia el armario, donde dejé la chaqueta y el bolso. Saqué el móvil antes de alejarme e ir a mi mesa de escritorio. De ella cogí la carpeta que necesita para la primera clase que iba a dar.

En momentos como este, en los que iba tan justa de tiempo, agradecía que una de mis manías fuera la de dejarme preparado el trabajo para el día siguiente.

Coloqué el teléfono dentro de la carpeta y después de asegurarme de que estaba en silencio, la cerré y salí del despacho, echando la llave.

Recorrí los pasillos a paso ligero, de la misma forma que subí una planta más, donde tuve que ir esquivando a los alumnos que se agrupaban fuera de sus aulas.

Parecía que tenían alergia a entrar, hasta unos segundos antes de que sonara la señal del inicio de las clases.

Cuando estaba cerca de mi aula los míos me vieron y se apresuraron a entrar, antes de que yo me acercara.

«Chicos listos», me dije disimulando una sonrisa.

En esta universidad las normas eran claras, aunque había muchos profesores que no las cumplían a rajatabla. Esto quería decir que les daban a los alumnos una libertad que no les pertenecía, porque era correr un riesgo innecesario que podía perjudicar a ambas partes.

Sabía bien de lo que hablaba, en el pasado tuve un problema por ello y me juré que nunca más me sucedería.

Yo no permitía ni un incumplimiento de las reglas, aunque siempre había excepciones, como por ejemplo que alguien se retrasara en mi clase y que después de mí se abriera la puerta del aula por algún motivo muy, pero que muy justificada e importante.

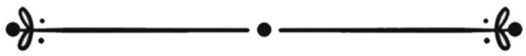
Si no era de esa manera no se molestaban en aparecer y eso tenía penalización.

Conocía la gran variedad de excusas de los alumnos, lo que no dejaba de sorprenderme porque no cursaban secundaria. Ya eran adultos y se suponía que estaban aquí por propia voluntad, y si le sumaba que no era una universidad cualquiera…

—Buenos días. Comenzamos.

Me dirigí a todos y cuando el aula se quedó en silencio, después de que me correspondieran al saludo, abrí la carpeta, dejé el teléfono a un lado de la mesa e inicié mi clase.

Capítulo 2



Bajé la mirada a la pantalla del teléfono, mientras me pasaba la brocha difuminándome el colorete.

Estaba terminando de maquillarme porque en un rato Andrea picaría a la puerta de mi piso.

Me quedaba poco para estar lista, solo vestirme con la ropa que había dejado encima de la cama y cepillarme el cabello.

Me pinté los labios, me apliqué la máscara de pestañas y salí del baño.

El vestido que había elegido para esta ocasión tenía escote en *uve* y el largo me llegaba hasta medio muslo. Las mangas acababan en los codos y la tela se ceñía a mis curvas.

Era muy cómodo y una elección que utilizaba mucho, porque me encantaba como me quedaba.

Me calcé los zapatos que me hacían unas piernas estilizadas y volví al baño, para cepillarme la melena frente al espejo.

Cuando me quedé conforme lo siguiente fue perfumarme bien y salir con el móvil, para guardarlo en el bolso y coger este y la chaqueta vaquera del armario.

Iba bien de tiempo, me sobraban unos minutos, pero decidí bajar a la calle porque a esta hora se estaba genial.

Los días ya comenzaban a ser calurosos en las horas más fuertes del día, pero durante el resto hacía una temperatura ideal. Me había puesto la chaqueta para no llevarla colgada en un brazo, pero bien podría estar sin ella.

Tampoco me molestaba, así que me la dejé puesta.

Iba a coger el móvil para preguntarle a Andrea por dónde iba, cuando la escuché llamarme

—Megan.

Sonreí cuando la localicé con un brazo en alto.

Andrea había pasado una semana de muchos nervios, porque solo faltaba un día para que se fuera de fin de semana con sus amigos.

Hoy era jueves e íbamos a cenar para despedirnos, como si fuéramos a estar semanas sin vernos, cuando solo serían tres días.

Cualquier motivo era bueno para salir y compartir un buen rato, aunque nos recogeríamos pronto porque ambas teníamos que madrugar el último día de la semana.

Mi amiga porque trabajaba y yo porque debía estar en el aeropuerto a las siete de la mañana.

Ya tenía la maleta hecha, para lo que no había necesitado mucho tiempo porque no me compliqué al meter de todo, pero en pequeñas cantidades para un fin de semana largo.

Al día siguiente Andrea trabajaba en la universidad hasta las doce, después tenía el tiempo justo para ir a su casa a coger el equipaje y dirigirse al restaurante en el que se reuniría con sus amigos para comer, para después emprender el viaje todos juntos sobre las cuatro de la tarde.

—Hola —le dije.

Añadimos al saludo un abrazo y nos pusimos a caminar agarradas del brazo, de esa manera nos alejamos de mi edificio calle abajo, hasta que giramos a la izquierda para cruzar un paso de cebra.

En la zona en la que vivía había mucho movimiento, ya que estaba muy céntrica y se concentraban algunos supermercados, ópticas, una gran variedad de tiendas de ropa, de calzado y complementos, por mencionar algunas.

También había una extensa oferta de cafeterías, bares y restaurantes. Todo esto que estoy detallando se encontraba en calles peatonales ideales para pasear con tranquilidad.

En cuanto pisamos la primera calle peatonal nos mezclamos entre la gente. Había mucha, apurando el tiempo antes de que los comercios cerraran.

Andrea y yo nos dirigimos al restaurante que encabezaba nuestra lista de favoritos, era el que más nos gustaba y en el que nos sentíamos en familia.

Al llegar decidimos ocupar una mesa en la terraza y en cuanto nos sentamos se acercó a nosotras Juan, uno de los camareros y nuestro amigo.

—Buenos noches, señoritas.

Sonreímos.

—Buenos noches, caballero.

Le correspondí.

—¿Qué os apetece beber?

—¿Vino? —le pregunté a Andrea.

—Mmm… ¿Sangría?

—Me vale —acepté riendo.

—Marchando una sangría grande para las mujeres más guapa de la ciudad.

—Hoy estás muy zalamero —le dijo Andrea.

Ella sonrió con picardía.

—Os estoy tratando como siempre, preciosa. Quizá hoy estás fijándote más en mí, lo que me va genial saber.

Con esas palabras y con un guiño, nos dejó las cartas y se fue a por la bebida.

—¡Una jarra mediana!

Le grité a Juan, mirando a su espalda mientras se alejaba.

—¿Alguien ha dicho algo?

Juan le preguntó a una pareja que estaba sentada en la mesa por la que pasaba en ese momento, y la chica negó sonriendo.

—Eso pensaba yo —añadió.

Soltó una carcajada y se perdió en el local.

—Te ha ignorado por completo —me dijo Andrea.

—No me digas…

Bufé, pero terminamos riéndonos también.

¿Lo bueno de la situación? Que las dos vivíamos cerca de aquí, Andrea a unas calles más yo, pero iba y venía caminando y a unas malas podía llevarla un taxi a su casa. ¿Lo malo? Que sin importar el tamaño de la jarra de sangría nos la beberíamos toda.

—¿Pedimos para compartir?

—Por mí bien —acepté.

—Veamos…

Abrimos las cartas y fuimos diciendo varios platos, de los que al final descartamos unos cuantos porque nos pasamos eligiendo. Nos quedamos con tres de los que más nos apetecían y cuando regresó Juan a traernos la sangría y las copas, le pedimos la comida mientras nos llenaba las copas.

—Por un fin de semana inolvidable —dije.

Levanté la copa para brindar.

—Ojalá, hermana.

Chocamos las copas y bebimos.

Andrea se inclinó hacia mí para darme un beso en la mejilla y le sonreí.

—¿Estás muy nerviosa? —Le pregunté.

—Como un flan.

Rio.

—¿Le dirás algo a Cameron? —le pregunté.

—No lo sé, Megan. Yo… me da mucho miedo cargarme lo que tenemos.

—Pero si de un tiempo a esta parte me has dicho muchas veces que lo notas distinto contigo, que se acerca más a ti.

—Por eso quería que vinieras, por si me he vuelto loca y veo cosas donde no las hay.

Solté una carcajada y más me reí cuando desdobló la servilleta y me dio con ella.

—Lo siento, lo siento… —Me retiré las lágrimas—. Es que me ha hecho gracia como lo has dicho y la cara que has puesto, has sido muy cómica. —Sacudí la cabeza—. Estás muy cuerda, cariño. Sí, tenemos nuestro punto de locura, pero por lo general estamos muy centradas.

—Tú a veces das un miedo que te cagas.

—¿Perdona?

Ahora la sorprendida fui yo, mientras ella se reía con ganas.

—Devuelta —dijo.

Me hizo un guiño y negué sonriendo.

—Pero que conste que en ocasiones hay que temerte.

Frunció los labios y puse los ojos en blanco.

—La noche está animada y calentita, ¿eh? —nos dijo Juan.

Apareció cargando con una bandeja en la que llevaba los tres platos de comida que colocó en la mesa.

—Ni te lo imaginas —le contesté.

—He visto cómo te atacaba con la servilleta, si necesitas ayuda llámame y vendrá enseguida a tu rescate.

—Míralo él, continúa igual de caballeroso. A ver si el que estás más caliente de lo normal eres tú y no nuestra noche.

Andrea lo miró entrecerrando los ojos y Juan y yo soltamos una carcajada.

—Huye, todavía estás a tiempo —le dije a él.

—Mmm… Yo creo que sí, por una vez voy a hacerte caso a la primera, Megan. Por cierto, esta noche termino a las once, si continuáis aquí y os animáis, buscadme y nos tomamos unos chupitos en el patio trasero.

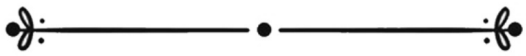
En cuanto nos dejó solas nos servimos la comida en nuestros platos. Yo comencé por la ensalada de gambas, Andrea por la pizza, pero al final fuimos pinchando y cogiendo de los platos principales, olvidándonos de repartir la comida.

Todo estaba delicioso, hasta la ensalada tenía un algo especial que era un deleite.

Y como no podía ser de otra forma no dejamos que en ningún momento nuestras copas estuvieran vacías. La sangría nos subió que fue una maravilla y las risas no faltaron durante toda la cena.

Al día siguiente ya nos arrepentiríamos, pero esta noche y este instante eran nuestros para disfrutarlos al máximo.

Capítulo 3



—Por los sueños que todavía nos quedan por hacer realidad.

Al decir esas palabras, Juan levantó su vaso de chupito.

—Amén, amigo.

Andrea chocó su vaso y los dos me miraron a mí, esperando.

—Porque se cumplan todos —dije.

Choqué mi vaso con el de ellos y los tres nos bebimos de golpe el vodka.

Allá por el tercer o cuarto chupito dejé de sentir el ardor y el asco de beberme la bebida directamente y de golpe.

A estas alturas tenía la garganta insensibilizada, un mareo impresionante y una borrachera alucinante. Con deciros que de vez en cuando a mis amigos les daba por portarse mal y en vez de dos se convertían en cuatro o en más…

Eh, pero, aunque los tres estábamos afectados por el alcohol todavía podíamos hacer brindis profundos y con sentimiento, como el que acabábamos de hacer.

Hasta que me caí de la silla.

—¿Qué haces? —gritó Andrea.

Mi amiga se tapó la boca con la mano que tenía libre, para después soltar una carcajada. Juan reacción riéndose también, doblado en su silla, y yo no iba a ser menos, pero elegí la comodidad del suelo, ya que estaba tumbada en él, para patalear sin poder dejar de reírme.

—Ay, Megan —dijo entre risas Andrea—. Ay, que no puedo.

Y así fue como terminó tumbada a mi lado, ambas sobre el césped artificial del patio trasero del restaurante.

A este solo accedían los empleados. Al no estar abierto al público podíamos estar tranquilos y más porque Juan había avisado a sus compañeros que estaría un tiempo con nosotras.

—Abrid las bocas, voy con el vodka.

—¿Qué dices, loco? —le preguntó Andrea.

—No quiero más.

Hablé quejándome, dejando mi decisión clara, pero en cuanto Juan dijo: la última ronda, ahí que fuimos Andrea y yo.

Nos incorporamos los más rápido que pudimos, es decir, a paso de tortura, como se suele decir, y cuando nos quedamos sentadas en el suelo cogimos los vasos de chupito que Juan nos devolvió.

En algún momento se nos cayeron de las manos.

Juan se sentó con nosotras y nos quedamos haciendo un círculo.

—Mañana no quiero que os acordéis de mí, por favor —nos pidió.

—No te lo crees ni tú —reí—. Me cagaré en este momento durante todo el día, te lo aseguro. Entre la sangría y los chupitos.

Suspiré.

—A mí a ver si me dura la borrachera y me lanzo sobre Cameron, lo mismo es lo que necesito para dar el paso.

Andrea lo dijo tan concentrada y se quedó tan pensativa que tuve que reírme.

—¿Cameron? ¿Es el mismo en el que estoy pensando? —preguntó Juan con curiosidad.

—Shhh…

Andrea se puso un dedo en los labios y miró hacia los lados, como si alguien pudiera escucharnos o estuviera espiarnos.

—No lo nombres.

—¿Por qué?

Juan frunció el ceño.

—Porque piensa que se materializará aquí —dije.

Simulé un escalofrío y después me reí de nuevo. Contagié a mis amigos con las risas.

—Joder, qué mal rollo.

Bufó Juan.

—Pues a mí me pondría igual de cachonda que si fuera de carne y hueso —dijo Andrea, poniendo ojitos.

No conforme con eso suspiró cerrando los ojos y bien sabía yo que estaba creándose en la imaginación la escena perfecta con Cameron.

—Pues todo para ti.

—Anda, claro. Como se te ocurra mirarlo más de la cuenta alguna vez, te las verás conmigo.

Andrea lo amenazó señalándolo, sin darse cuenta de que estaba apuntando a la silla vacía, no a Juan.

Él y yo soltamos una carcajada con la que nos fuimos hacia atrás. Volví a estar tumbada bocarriba, mirando hacia el cielo.

Hacía tanto, tantísimo tiempo que no me veía de esta manera…

Por unos segundos, quizás minutos, dejé de escuchar a mis amigos y solo pude oír el murmullo de una voz susurrándome al oído todas las constelaciones y dándoles nombre a las estrellas, inventándoselas.

Apreté los labios para contener la nostalgia, la pena y la rabia. Una mezcla extraña y explosiva que me sorprendí al sentirla todavía.

Me pilló desprevenida, tal vez porque como acababa de comentar, la última vez que estuve mirando de noche hacia las estrellas fue años atrás.

—¡Megan!

—¿Eh?

Giré la cabeza hacia Andrea y me asusté al verla llorando.

—¿Qué te pasa?

Me levanté demasiado rápido para sentarme y me arrepentí. Cerrar los ojos fue muchísimo peor, por lo que los abrí de golpe.

—Mierda —me quejé.

Bufé mientras todo me daba vueltas.

—¿A mí? ¿Qué me pasa a mí? ¡Qué fuerte!

—¿Qué dices? —le pregunté sin enterarme de nada.

—Nena, que no reaccionabas.

Miré a Juan y le sonreí al verlo triple, mientras con la mano intentaba acariciarle una de las tres caras que tenía. No entendí cómo la mano se me caía al no encontrarlo.

Me pareció muy gracioso y al final me reí con ganas.

—La perdemos, la estamos perdiendo —se lamentó Andrea, con un jadeo.

Más me reí y mis amigos se olvidaron de la seriedad y la preocupación para unirse a mí. Al final terminamos los tres abrazados, apoyándonos los unos en los otros.

—No puedo más —dije.

—Ay, qué pena más grande.

—Estáis fatal.

Rio Juan.

—Ja, ja, ja… como si tú estuviera mejor. Anda que… —comentó Andrea.

—Mejor paramos ya.

—¿Ahora vas de responsable? —le pregunté con diversión.

—Aún me queda un poquito de cordura, entre tanto alcohol.

Juan rio mientras se sujetaba a la silla, para ponerse en pie, pero se quedó a medio camino y con el culo en pompa hacia nosotras, lo que nos hizo reír de nuevo.

—Pero ¡qué hacéis!

La voz de Miguel nos dejó callados a los tres.

Él era el dueño del restaurante, el jefe de Juan y su padre también.

—Papi —dijo Juan, conteniendo la risa.

Nosotras no pudimos hacerlo y soltamos una fuerte carcajada a la que arrastramos a nuestro amigo.

—Papi te voy a dar yo a ti. ¡Marcos! ¡Rubén! ¡Venid a ayudarlos!

Los mencionados aparecieron al cabo de pocos segundos y al vernos en el suelo comenzaron a reír.

Rubén fue el que se encargó de ayudarme a ponerme en pie y a agarrarme para que mantuviera el equilibrio, hasta que me acostumbrara.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Oh, te has dado cuenta —me sorprendí.

—La que no te has dado cuenta eres tú de que no lo has pensado, sino que has pasado a la acción para toquetearme el brazo.

—Es que es muy grande. ¿Te ha crecido esta noche?

—¿Qué dices? —preguntó Juan.

Mi amigo no podía para de reír, mientras se sujetaba de su padre, mientras que a Andrea la mantenía firme Marcos.

—Todos a casa y por favor, en silencio.

Ante la orden del padre de Juan todos nos quedamos callados y obedecimos.

—Te amamos, Miguel —le dije.

Le envié un beso con la mano que provocó más risas, pero no supe de quienes.

Me dejé ayudar por Rubén y con mi chaqueta vaquera, mi bolso y mis amigos detrás, salimos del restaurante en fila, todo lo rectos que pudimos.

Por suerte no llamamos mucho la atención.

Cuando salimos a la calle el espacio más abierto que el patio me sentó de maravilla. Me despedí de todos con abrazos hasta mi regreso, menos de Rubén porque me acompañó hasta mi piso.

Nos conocíamos bien, por ese motivo no tuve que indicarle el camino hasta mi edificio.

—¿Puedes sola? —me preguntó.

Estábamos en la puerta de mi casa, Rubén estaba en el rellano y yo dentro.

—Sí.

Reí, haciéndolo sonreír.

—Métete ya en la cama porque mañana te vas a acordar, pero bien, de esta noche.

—Ay, no quiero saberlo todavía.

Hice un puchero por el que soltó una carcajada.

—Que te vaya bien en Santander, Megan.

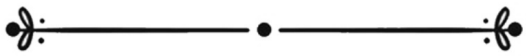
—Gracias, hombre de los brazos grandes y fuertes.

Rubén rio y más lo hizo, con fuertes carcajadas, cuando le hice un guiño con el que pretendí coquetear para hacer la gracia, pero me salió fatal, más cómico que otra cosa.

Yo también reí con él.

Lo abracé como última despedida y le agradecí la ayuda, antes de cerrar la puerta de mi piso y caminar inestable hacia mi habitación.

Capítulo 4



Me despedí de la azafata que estaba cerca de la puerta y bajé del avión, desde el que recorrí la pasarela hasta la terminal.

Estaba recién aterrizada en Santander, siguiendo el camino hacia la salida, mientras tiraba de mi maleta de cabina.

La cabeza me estallaría en cualquier momento, porque las pastillas que me había tomado hoy estaban en mi contra y no me habían hecho efecto. Y hacía un par de horas que me las tomé, cuando desayuné.

Me fastidiaba que todo me molestara y la luz, la claridad… uf, no podía con ella. Iba con los ojos entrecerrados.

Me había costado horrores levantarme de la cama cuando me sonó la alarma, la que por suerte puse la noche anterior, antes de salir de mi piso para ir a cenar con Andrea.

Si no hubiera sido así habría perdido el vuelo, sí o sí.

Ni siquiera me hizo sentir mejor, ni un poco, el café que me preparé mientras esperaba el taxi para ir al aeropuerto, ni el desayuno que me tomé allí, una vez pasé todos los controles.

A pesar de cómo me encontraba sonreí en cuanto se hizo visible la puerta de salida de los viajeros. Al otro lado de ella estaban mis padres, por lo que aceleré los pasos. Tenía muchísimas ganas de verlos.

Al traspasar la puerta corredera los busqué con la mirada y en cuanto los localicé, me puse a adelantar a las personas que iban muy lentas para mi gusto.

Solté un grito de alegría, por la sorpresa porque no solo estaban mis padres, Evan y Miriam, sino también mi hermano mayor, Gael.

Pasé de unos brazos a otros y hubo un momento que el abrazo fue grupal de familia. Los besos tampoco faltaron, ni la emoción y la alegría del momento.

—Papás —le dije sonriéndoles.

—Cariño, estás preciosa.

Mi madre me abrazó de nuevo y la apreté con fuerza.

—Jo, tenía muchas ganas de veros. Me sentía tan sola…

Hice un puchero después de solar un suspiro.

—Ya estaba tardando en salir tu dramatismo.

Las palabras y las risas de mi hermano me hicieron girarme hacia él riendo también. Me impulsé para abrazarlo y cuando me rodeó la cintura con sus brazos, comenzó a girarnos.

—Ay, para, paraaa… —le pedí.

Me arrepentí enseguida de mis gritos y sumado al mareo de las vueltas… se me revolvió el estómago, con un dolor de cabeza impresionante.

—¿Qué te pasa, cariño? —se preocupó mi madre.

—Está claro, mamá.

Miré de reojo a mi hermano, cuando me pasó un brazo por los hombros para pegarme a él.

—¿El qué?

—Anoche la tuvo movidita, ¿verdad?

Me miró con expresión divertida.

—Oh, ¿te pasaste con el alcohol Megan?

—Solo un poco, como despedida.

Le respondí con un guiño.

—Pero estoy bien.

Me encogí de hombros y miré a mi padre, quien me observaba sonriente.

Fue él quien se encargó de mi maleta, mientras que yo me dejaba guiar por mi hermano que no me soltó, con mi madre al otro lado.

Mientras caminábamos hacia la zona de los aparcamientos observé bien el aeropuerto. Me lo conocía de memoria, pero incluso este lugar que no era nada mío, para mí era familiar.

Aquí había llorado en muchas ocasiones, no me gustaban las despedidas y lo pasaba realmente mal, en el momento y durante lo que duraba el viaje. Después se me iba pasando, pero hasta que sucedía…

Al llegar al coche nos montamos y mi padre tomó la dirección de la casa familiar, en la que Gael y yo crecimos y teníamos tantos recuerdos.

—¿Cómo es que has venido? No me lo espera, pensaba que estarías trabajando —le dije a mi hermano.

—Esta es una ocasión lo suficientemente importante como para parar mi vida y mi rutina.

—Oh, eres tonto.

Bufé para hacerme la duda, para evitar emocionarme

Mi hermano rio porque me conocía mejor que nadie.

—Lo he dicho en serio. Yo también tenía muchas ganas de verte, Meg.

—Yo también. Te he echado de menos.

Apoyé la cabeza en su brazo y sonreí, viendo delante a nuestros padres. Iban hablando entre ellos, las preguntas llegarían cuando estuviéramos en casa y me hubiera puesto cómoda.

La distancia física era lo único que me separaba de mi familia porque mantenía mucho contacto con ellos, sino diariamente, poco faltaba.

Por mensajes, por llamadas y videollamadas, todo era bueno para saber de los otros, pero, sobre todo, la que más me gustaba era la última opción porque podía verlos en la pantalla.

Pero, a pesar de ello, no podía compararse a tenerlos conmigo, para abrazarlos, para tocarlos, para besarlos, para conversar y también para molestar si se trataba de mi hermano y me tocaba las narices.

En ocasiones era su afición favorita porque a protector no lo ganaba nadie y eso siempre me había dado muchos dolores de cabeza. más incluso que el que tenía hoy por la puñetera sangría y los chupitos.

Solo de pensar en esas bebidas se me revolvió el estómago.

—¿Con quién saliste anoche?

—Con Andrea, pero se nos unió Juan. Fuimos a cenar al restaurante de Miguel y nos pusimos a tono con la sangría. Después llegaron los chupitos con Juan, en el patio trasero.

Mi hermano sabía perfectamente de quiénes estaba hablándole, y al igual que conocía a todos mis amigos y a las personas que formaban parte de mi día a día, Gael también conocía el lugar al que me refería.

Ya hacía tiempo desde la última vez, porque entre unas cosas y otras se había alargado la espera, pero siempre que viajaba para verme lo llevaba al restaurante de Miguel. Allí todos lo conocían porque desde la primera vez que fui con mi hermano se los presenté a todos muy orgullosa.

Era para estarlo, orgullosa quiero decir.

—Suena bien, aunque hoy no lo sea tanto.

Sonrió de medio lado.

—Ya te digo.

Puse los ojos en blanco, haciéndolo reír.

—Me duele todo.

Susurré.

—Normal. Perdiste la cuenta, ¿no?

—Efectivamente, y Miguel nos encontró tirados en el césped artificial.

Solté una risilla porque no me atreví a reírme como siempre.

—Menuda visión —comentó con humor.

—No quiero ni pensarlo. Miguel llamó a Marcos y a Rubén para que nos ayudaran, mientras que él se encargaba de su hijo. Rubén fue el que me acompañó hasta la puerta de mi piso.

—¿Cómo están?

—Muy bien.

Sonreí.

—A ver si me organizo bien para ir.

Sacudió la cabeza.

—Te vendría bien desconectar, necesitas descansar.

—Lo sé, pero tengo que estar pendiente de tantas cosas... Me lo plantearé en serio, para ir a ocupar tu piso mínimo una semana.

—¡Claro! Jo, que ilusión.

Me dio un beso en la cabeza, antes de que me incorporara para quedarme bien sentada.

Sonreí con una sensación tan buena al volver a ver la casa familiar…

Bueno para empezar solo vi la verja y las paredes a ambos lados de ellas, pero en cuanto la verja se abrió y mi padre traspasó la entrada, recorrimos el camino asfaltado y la vivienda apareció frente a nosotros, alzándose tan majestuosa como siempre.

Mi hogar, un pedacito de mí, eso era lo que representaba para mí.

Reí feliz, aguantando el dolor de cabeza, al ver a Drako salir a recibirnos. Cuando mi padre paró el motor se puso nervioso y comenzó a dar vueltas al vehículo.

—Bienvenida a casa, cariño.

—Gracias, mamá.

—Vamos, enana.

—Como vuelvas a llamarme así…

Fui a lanzarme sobre él, pero mi hermano fue más rápido en abrir la puerta y salir corriendo, mientras reía.

En cuanto hice lo mismo Drako se me lanzó encima de mí y solté una carcajada, aunque me retumbó hasta el alma.

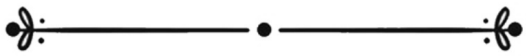
Sí, definitivamente este siempre sería mi hogar, el refugio al que volver, una y otra vez.

Pude levantarme del suelo cuando mi padre le silbó a nuestro querido perro. Ante cualquier orden obedecía al instante y este no fue diferente.

Me lamió la cara por última vez, antes de salir corriendo hacia donde mi padre se había parado, en las escaleras de la entrada.

Mi madre y mi hermano esperaban cerca de la puerta abierta, observándome sonrientes.

Capítulo 5



Varios golpes en la puerta me hicieron mirar en esa dirección.

—Adelante.

Sonreí al ver a mi hermano.

Abrió la puerta y se apoyó en el marco, con las manos en los bolsillos del pantalón cómodo que se puso al poco de llegar.

—La comida ya está —me dijo.

Separé la espalda del cabecero de la cama y me deslicé por ella para llevar las piernas al suelo.

Yo también me había cambiado de ropa, llevaba puesta una malla y una sudadera y las zapatillas que me dejé olvidadas la primera vez que viajé para cursar el máster.

Mi hermano se separó del marco de la puerta y caminó hacia mí. Se sentó a mi lado, mirándome.

—¿Qué tal la resaca?

—Muchísimo mejor con la pastilla que me has dado, el dolor de cabeza casi ha desaparecido. Me siento nueva.

Sonreí.

—Me alegro.

Me hizo un guiño.

—¿Qué se siente al estar aquí otra vez, ahora que ha pasado un rato? —me preguntó.

—Ya lo sabes, a ti te pasa lo mismo.

Gael no vivía aquí, tenía su propia casa en un entorno espectacular, con vistas al mar por un lado y por el otro a una arboleda de un impresionante verde, al igual que la hierba.

No estaba apartado, ni mucho menos. Tenía vecinos y por su zona había diferentes comercios. También disponía de mucha privacidad porque las casas tenían una buena separación las unas de las otras.

Las únicas veces que mi hermano se quedaba en la casa de nuestros padres era cuando yo venía. Como en esta ocasión, retrocedíamos en el tiempo y volvíamos a ser los dos jóvenes que compartíamos techo y que iban de una habitación a la otra.

—Pero lo mío es diferente, las sensaciones no se pueden comparar. Yo no me he ido a vivir lejos de aquí, solo estoy viviendo en otra zona y vengo cada vez que quiero y puedo.

—Ya…

—Eh…

—Cada vez que vuelvo siento tantas emociones que me cuesta un tiempo volver a la normalidad.

Suspiré y continué.

—Sabes que me encanta la vida en mi ciudad y que tengo allí a muchas personas que quiero, pero aquí estáis vosotros y es donde nací y crecí.

—Lo sé, cariño. Los cambios son ley de vida y es nuestro deber luchar por nuestros sueños.

Me retiró el cabello, para colocármelo detrás de la oreja antes de continuar.

—Tú lo has hecho y sigues haciéndolo estupendamente, has luchado para conseguir todo lo que tienes y quien sabe, lo mismo en el futuro regresas aquí porque encuentras un trabajo que te convenza tanto como el de tu universidad.

—En esta ciudad solo hay una opción igual, pero en la universidad privada de aquí es tan difícil entrar… sabes que lo he intentado muchas veces, de hecho, continúo informada porque en el momento en el que me salga una oportunidad me lanzaré a ella.

—Confío en que lo conseguirás algún día —me animó.

—Y si lo logro, después estaré triste por todas las personas de las que tendré que alejarme.

Hice un puchero con el que me gané un pequeño tirón de cabello.

—¡Auch!

Me quejé exagerando, porque no fue para tanto.

—Céntrate —me pidió conteniendo una sonrisa.

—Como si se pudiera hacer con los sentimientos.

Puse los ojos en blanco, antes de seguir hablando.

—Además, es difícil porque la universidad privada de esta ciudad es la única en kilómetros.

—A nosotros siempre nos ha ido lo complicado.

—Y chocarnos con muros imposibles de escalar.

Reí y sonrió.

—Ajá, y mira qué bien estamos.

Se señaló la frente, consiguiendo que continuara riendo.

—A cabezas duras hay pocas personas que nos ganen —le dije.

Me hizo un guiño antes de darme un beso en la frente y levantarse.

—Vamos a comer porque falta poco para que nuestra madre venga a bajarnos de las orejas.

Me reí incorporándome y lo abracé por la cintura, para caminar hacia la puerta y salir de mi habitación. Bajamos la escalera sin soltarnos, de la misma forma que aparecimos en el comedor.

—¡Ya era hora!

Dijo a modo de regañina mi madre, pero utilizó tanta dulzura al hablarnos y nos miró con tanto amor, que fue imposible que nos lo tomáramos como si nos estuviera reprendiendo.

Mi padre y ella ya estaban sentados a la mesa, por lo que Gael y yo ocupamos nuestros sitios, los que eran los mismos de siempre.

—No hay prisa —dijo mi padre.

Me hizo un guiño, acercando la botella de vino a mi copa y la cogí para levantarla, para facilitárselo.

—La urgencia de vuestra madre es para que estemos los cuatro juntos —añadió mi padre—. Y el vino es para celebrarlo. La ocasión lo merece.

—Claro que sí, padre —le dijo Gael.

—Padre te voy a dar yo a ti.

Mi hermano y yo soltamos una carcajada, mientras que mi madre sonreía de oreja a oreja.

—Cómo he echado de menos estos momentos —habló emocionada.

Mi padre le acarició la mejilla con cariño y la agarró de la barbilla, para acercarla a él para besarla. Se dieron un beso en los labios y cuando se separaron, ella lo miró con adoración.

Con este tipo de amor y relación habíamos vivido Gael y yo, en la que el resto y el amor iban de la mano con la admiración y la pasión.

—¡Qué buena pinta! —dije sobre la comida.

Había varias bandejas y una sopera, todo olía deliciosamente.

Mi madre era una cocinera maravillosa, le encantaba pasar horas en la cocina, preparando comida que dominaba a la perfección y otras en las que innovaba. Fuera lo que fuera nada le salía mal.

Ese don lo había heredado mi hermano, yo con defenderme para subsistir alimentándome tenía más que suficiente. ¡Qué le iba a hacer!

—Está riquísimo, mamá —dijo Gael.

—Y tanto que sí.

—También echaba de menos veros disfrutar tanto —rio ella—. Gracias, hijo. Así da gusto.

—¿Eso quiere decir que, si no está la niña, lo que te decimos Gael y yo no sirve de nada? —le preguntó mi padre.

Arqueó una ceja, mientras mi madre reía.

—Claro que sí. No te pongas celoso.

—Con mis hijos son con los únicos que hago excepciones, pero en según qué cosas.

Me reí con ganas porque mi padre parecía realmente indignado y dolido, cuando sabíamos que no era cierto.

Al final terminó sonriendo de medio lado y continuamos comiendo, mientras conversábamos con tranquilidad.

Drako apareció y se fue directamente a su cama, en ella se tumbó mirando hacia nosotros y le sonreí. Había estado un rato con él y como siempre, era como si no pasara el tiempo.

—Gracias por venir, cariño.

Al escuchar a mi padre giré la cabeza hacia él.

Dejé el tenedor sobre el plato vacío, ya había terminado de comer.

—Tenía pensado venir, papá, solo lo he cuadrado con el fin de semana que me dijiste.

—Ya lo sé, pero has tenido que hacer algunos cambios y te lo agradezco.

—No ha sido nada y todo merece la pena por estar aquí con vosotros.

—Todos coincidimos en lo mismo, enana.

—Y dale con el puñetero enana.

Bufé poniendo los ojos en blanco, provocando que Gael riera.

—No te metas con tu hermana —le pidió nuestra queridísima y maravillosa madre.

—Déjalos, ellos se arreglan rápido —intervino nuestro padre—. Hija, te pedí que vinieras porque te necesito.

Las palabras de mi padre captaron toda mi atención y me olvidé de mi hermano por unos segundos. Terminé mirándolo de nuevo y por la expresión que tenía me quedó claro que no sabía a qué venían las palabras de nuestro padre.

—¿Qué pasa, papá? ¿Estás bien de salud? ¿Es algo de la empresa?

Mi padre era un empresario de mucho prestigio y reconocido, comenzando por Santander, pero abarcando mucho más terreno. Era dueño de una empresa importante de la ciudad.

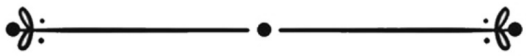
Nosotros, mi hermano y yo, únicamente habíamos trabajado algunos veranos en el negocio familiar, cuando cursábamos los estudios en la universidad, para sacarnos un dinero.

Mi hermano tenía su propio negocio, el que creó de la nada y consiguió darle vida. Le costó unos años ver la recompensa, pero después y hasta día de hoy, su empresa le daba muchos beneficios. En los negocios Gael había salido a nuestro padre.

—Lo mismo me pregunto yo —dijo mi hermano.

Estaba serio y tenía el ceño fruncido.

Capítulo 6



—No preocuparos, todo está bien —nos tranquilizó nuestro padre.

—¿Entonces a qué ha venido eso de que necesitas a Meg? ¿Y por qué no me has dicho nada a mí?

Mi hermano retiró su plato vacío y apoyó los brazos en la mesa.

—Porque tú no tienes la titulación necesaria, hijo. Tu hermana sí.

—¿Cómo? —pregunté con sorpresa.

Para que no quedara ninguna duda mis ojos se abrieron al máximo y mi expresión era de incomprensión.

—Como entrenadora de *rugby*.

—Ah.

Esa fue la reacción de mi hermano, al quedarse desconcertado. La mía, la mía fue inexistente.

—Tu padre solo va a proponértelo porque a él le es imposible asistir, pero si no quieres lo entenderá —dijo mi madre.

—Exacto —confirmó él—. La última palabra la tienes tú, hija. En una semana se termina la universidad, por lo tanto, las clases. Estarás libre durante otras tres y ese tiempo será más que suficiente para el favor que te he pedido. Si aceptas tu trabajo no se verá afectado, lo que no permitiría bajo ningún concepto. Por eso he pensado en ti.

—¿De qué estamos hablando? Porque todavía no me he enterado. No sé qué me estás pidiendo.

Me sentía descolocada por completo.

—Lo he pensado mucho, antes de tener esta conversación contigo, pero cuando te lo cuente comprenderás porque me he decidido a hacerlo.

—Adelante, estoy deseando escucharlo —intervino Gael.

—Han organizado un campeonato de *rugby* con los jugadores que llevé a la victoria a nivel internacional, varios años consecutivos. Gracias a eso me convertí en una leyenda, ya sabéis lo que se dice de mí.

—Si supieran que aprendiste las normas a la carrera, porque no tenías ni idea de ese deporte unos días antes de que te presentaras a las pruebas de entrenador —comentó mi madre.

Miró a mi padre con picardía.

—¿En serio? Nunca nos habíais contado eso —dije divertida.

—¿Qué más da mujer? —rio él, dirigiéndose a su mujer— Lo importante es cómo terminé y cómo conseguí que terminara todo.

—Estupendamente, como todo lo que haces —le dijo ella.

Le dio un beso en la mejilla y él le agarró la mano. Ya no la soltó.

—El caso es que el campeonato está casi cerrado, solo falta que yo diga la última palabra y será efectivo en horas.

—No me lo esperaba —comentó Gael, pensativo.

—Me quieren a mí de entrenador —continuó nuestro padre—, para que dirija a los hombres en los que se han convertido los jóvenes que entrené en el pasado. Para mi sorpresa estarán todos en el campeonato, será como un reencuentro que durará un breve tiempo.

—¿Y qué pinto yo ahí?

—Te sacaste el título de entrenadora para pasar tiempo conmigo, trabajaste durante un año y medio a mi lado.

—¿Y? Papá, ha pasado mucho más tiempo. Por Dios, si no me acuerdo de nada.

Negué con la cabeza, varias veces.

—Además, ya tuve más que suficiente con ese año y medio.

Suspiré.

—Te será fácil recordarlo y más tú, con la facilidad que tienes a la hora de memorizar. Yo te ayudaré y tu hermano también, con lo que se acuerde.

—No lo veo.

—Lo bueno es que estarías aquí ese tiempo —comentó nuestra madre.

—Pero si iba a estar de todos modos.

Reí nerviosa.

—Eso es verdad, me lo comentó hace unos días. Tenía planeado pasar mínimo una semana y media aquí —intervino Gael.

—Oh, qué ilusión, cariño.

La alegría de mi madre normalmente era contagiosa, pero en este momento ni siquiera me llegó un poco.

—Si no acepto entrenar al equipo se anula todo y se juegan bastante en ello. Aunque hay una excepción, no quieren a nadie más a no ser que tenga mí mismo apellido.

—Mmm… ¿Puedo cambiar el orden y ponerme el de mamá primero?

—¡Esa es buena! —dijo Gael.

Mi hermano soltó una carcajada y me uní a sus risas, mientras chocábamos las manos.

—Muy graciosos —carraspeó nuestro padre.

—Sin ofender, padre.

—Como vuelvas a decirme padre te tragas el plato vacío —lo amenazó como respuesta.

Gael y yo volvimos a reírnos, incluso nuestra madre se unió a nosotros, mientras le acariciaba la espalda a su marido.

Nuestro padre no soportaba que nos refiriéramos a él de esa manera, ya que con nuestro abuelo nunca se llevó bien y él le obligaba a llamarlo así. Para él era un mal recuerdo, uno lleno de rabia y rencor.

No hablaré de mi abuelo porque era un caso aparte, debido a ello Gael y yo nunca lo conocimos. Nuestro padre nos protegió de tal manera que nunca lo vimos, a lo que mi madre estuvo totalmente de acuerdo.

Sabía algunas pequeñas cosas por las que le hizo pasar a mi padre, pero eso no era nada en comparación con lo que tuvo que hacerle mi abuelo. Para llegar al punto de que mi padre, en cuanto tuvo la edad suficiente, lo hizo desaparecer de su vida por completo, algo demasiado doloroso tuvo que vivir.

Ni Gael ni yo le habíamos preguntado directamente, nunca tuvimos la necesidad de saber, y menos al darnos cuenta de lo que le afecta a nuestro padre todo lo tenía que ver con su pasado.

A mi hermano le gustaba picarlo diciéndole *«padre»*, pero no llegaba a más que una broma. Ambos lo sabían.

—Lo siento, lo siento… —se disculpó Gael.

Levantó las manos y nuestro padre asintió, con una media sonrisa de vencedor.

—¿Qué me dices, hija? ¿Lo pensarás al menos?

—Pero es que…

—Te ayudaré a refrescar la memoria.

—Papá, que si acepto tendré que ponerme delante de hombres hechos y derechos. Ya no son unos jovencitos.

—Ni tú tampoco eres la chica que eras. Piénsalo, es mejor porque ya no tienen las hormonas revolucionadas —comentó Gael.

—Idiota.

Bufé, poniendo los ojos en blanco.

—En cierta manera es cierto lo que ha dicho tu hermano.

—Pero si nunca dirigí al equipo.

Me quejé.

—Oficialmente no, pero muchos días te quedaste al mando de los entrenamientos. Supiste dirigirlos y lo harás igual de bien hoy día.

—Tienes mucha fe en mí —reí.

Solté una carcajada tan fuerte que hasta Drako levantó la cabeza y abrió los ojos. Llevaba un rato dormido.

Me levanté de la silla y detrás de ella, agarré el respaldo.

—¿De qué se trata exactamente? —pregunté.

—Va de entrenar al equipo que ya conociste en el pasado, hace años. Serán los mismos jugadores y yo te ayudaré con las estrategias para que entre los dos consigamos llevar al equipo a lo más alto, de nuevo. Como he dicho es a nivel internacional, por lo que viajarán hasta aquí equipos de otros países y se concentrarán todos en las instalaciones.

—Allí dormirán, harán vida y entrenarán —dijo Gael.

—Correcto.

Confirmo nuestro padre.

—¿Yo tendría que quedarme ahí también?

Agrandé los ojos.

—Tú serías la entrenadora y tendrías la opción de elegir, podrás venir aquí cada final de la jornada o quedarte en una habitación privada de allí.

—No sé papá.

Susurré.

—Solo te pido que lo pienses, ¿vale? —Asentí—. Tengo hasta el domingo para dar una respuesta definitiva, el mismo día que te vas de aquí.

—De acuerdo. Voy… voy a descansar un rato.

En cuanto Drako me escuchó decir la palabra descansar se levantó y caminó hacia mí, preparado para subir a mi habitación conmigo.

Le sonreí acariciándole la cabeza y le di un beso.

—¿Si lo rechazo tu nombre quedaría en mal lugar, papá?

La falta de respuesta me hizo levantar la cabeza y fijar la vista en mi padre.

—¿Papá? —insistí.

—De lo único de lo que tienes que preocuparte es de pensarlo bien y de tomar una decisión convencida, sin que nada externo te influya.

—Pero…

—¿Y los jugadores estarán conformes con el cambio? —preguntó nuestra madre— Perdón, cariño, no es que te esté haciendo de menos, pero a veces la gente…

—Tranquila —le dijo Gael—. Lo hemos entendido. —Me miró a mí y asentí.

—Lo has dicho porque el cambio es muy significativo y no todos estarán de acuerdo con él.

—Se ha aprobado por mayoría —comentó nuestro padre.

—¿Cuánta mayoría? —Quiso saber Gael.

—Solo hay dos jugadores que no han aceptado que los entrenes tú, por lo que es insignificante.

—¿Quiénes?

Fruncí el ceño.

—Eso no te lo voy a decir, que nos conocemos —carraspeó.

Gael soltó una carcajada y nuestra madre me sonrió con cariño.

—Si me lo dices estaré encantada de patear culos en los entrenamientos.

—¿Esa es tu decisión final?

—Todavía no.

Reí nerviosa.

—¿Y cómo es que la organización ha aprobado el cambio?

—Porque eres mi hija, con eso les sobra.

Sonreí con cariño.

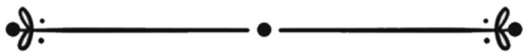
—Vamos, campeón, nos merecemos un buen descanso. Hasta luego.

Me despedí de los tres y caminé con Drako a mi lado.

—Drako, ¿tú cómo te apellidas? ¿Me prestarías alguno de tus apellidos una temporadita? ¿Eh? ¿Qué me dices? Te prometo salchichas durante meses.

Las carcajadas de mi hermano me llegaron altas y claras, al igual que él y mis padres me habían escuchado hablar con Drako.

Capítulo 7



—¡Noemí García! ¡Qué bien pasan los años por ti!

Alcé la voz, por suerte, gracias a mi hermano, ya no me dolía nada la cabeza.

Al gritar conseguí lo que me proponía. Primero que Noemí se sobresaltara y segundo, que se girara rápido hacia mí.

—¿Qué…? Oh, joder, ¿Megan? ¡Meg!

Rio levantándose de la silla.

Rodeó el mostrador y vino hacia mí. Nos dimos un fuerte abrazo y dos besos.

—No me lo puedo creer.

Habló sin salir del asombro.

—¡Sorpresa!

—¡A buenas horas dices eso!

Se quejó riendo.

—Las últimas veces que vine no pudimos vernos.

—Sí, me supo tan mal.

Suspiró.

—No tienes por qué. ¿Cómo estás por lo de tu madre?

Le agarré de la mano.

—Sobrellevándolo. A veces cuesta más y otras pues, no sé, parece que todo se calma un poco, hasta que vuelve a alterarse. Ya sabes que las emociones son un fastidio.

—Sí.

Sonreí con cariño.

Su madre falleció cuatro meses atrás, lo que supuso un duro palo para Noemí. Bajo mi punto de vista, aunque suene mal y me duela en el corazón, la mujer se merecía que llegara ese instante.

Durante muchos años lo pasó mal debido a su enfermedad y fue muy triste verla sufrir tanto. Llegó un momento en el que la medicación no le hacía efecto.

Desear la paz para alguien, por su bien, no implica que no se sufra con intensidad su pérdida.

—¿Tienes tiempo para tomarnos algo? —le pregunté.

Miré hacia el salón, no había ni una silla libre.

Las funciones del salón en cuestión eran varias, la principal los servicios de peluquería, junto con el espacio reservado para las manicuras y pedicuras. Aparte también había varias cabinas que estaban preparadas para dar masajes, con una profesional como mi amiga Noemí.

Ella tenía dos vocaciones, la de peluquera y la de fisioterapeuta, aunque también tenía varios títulos de masajista. Podía darte un masaje super relajante en el que te quedabas dormido y al mismo tiempo dejarte sin poderte levantar, si te trataba de una lesión. Tenía unas manos perfectas para cualquier cosa que implicara el cabello y el cuerpo.

El tema de la manicuras y pedicuras se los llevaban tres chicas que tenía contratadas, al igual que sucedía con el resto de las peluqueras porque el salón era enorme y como ya he dicho, estaba al completo.

Sí, Noemí era la dueña de este local al que venía muchísima gente. Tenía muy buena fama y no era para menos, por el buen servicio que ofrecían. Mi amiga había trabajado muy duro para conseguir todo lo que tenía.

Nos conocíamos desde pequeñas, crecimos estudiando en el mismo colegio e instituto, pasando los cursos, incluso en el bachillerato ya que cursamos el mismo.

—Claro, hasta mañana por la mañana no tengo ningún masaje programado y aquí las chicas se ocupan perfectamente del resto. ¡Ahora vuelvo! —gritó para todas.

Le respondieron un *de acuerdo, jefa* y Noemí y yo salimos de su salón.

—¿Desde cuándo estás aquí? —me preguntó.

Caminamos por la acera, yendo hacia la terraza del bar que estaba en la esquina.

—Desde esta mañana.

Sonreí.

—No fastidies.

—Pues sí.

Reímos.

—¿Y hasta cuándo te quedas?

—Me voy el domingo.

—Jo, siempre son tan pocos días…

—Tengo que trabajar, las clases en la universidad todavía no han terminado.

—Lo sé. Pero bueno, al menos esta vez nos hemos visto.

Se agarró de mi brazo y cruzamos la calle.

—Sí.

Llegamos al bar y ocupamos una mesa al aire libre. Cuando el camarero vino a atendernos ambas le pedimos refrescos.

—¿Cómo te va todo? —le pregunté.

Hacía bastante tiempo que no hablábamos en profundidad y sin prisas. Las últimas veces todas mis llamadas fueron para preguntarle cómo se encontraba por lo de su madre y cómo lo estaba llevando, por lo que no alargamos mucho las conversaciones. Anteriormente para darle el pésame.

Noemí había estado muy desconectada de todo durante largos meses, como era normal. Tuvo que centrarse en ella para recuperarse e ir mejorando poco a poco porque, por mucho dolor y tristeza que sintiéramos, la vida no frenaba y las responsabilidades y las obligaciones tampoco.

Estas se llevaban la mayor parte de nuestras energías.

—Siento no haber estado más disponible —se lamentó.

—No digas tonterías.

Negué con la cabeza y le sonreí con cariño.

—Conmigo no tienes que disculparte por nada y es normal Noemí, has pasado por mucho porque con la enfermedad de tu madre también lo pasaste muy mal.

—Sí.

Miró hacia la carretera y dejó la vista perdida en ella. El camarero apareció para traernos los refrescos y aproveché para respetar el silencio de mi amiga. Se lo agradecí al chico y le di un billete, para que cobrara las consumiciones.

—Joder, qué rápida. ¡Iba a invitarte yo!

Volvió de sus pensamientos quejándose e hizo mueca muy graciosa con la que me reí.

—Para la próxima.

Le hice un guiño.

—Clarooo… ¡Qué remedio!

Rio y sonreí.

—¿La peluquería igual de bien que como la he visto?

Probé con otra pregunta porque no me respondió a la anterior.

—Sí. Genial.

Su gran sonrisa lo decía todo.

—Me alegro mucho.

Asentí.

—¿Y la vida en general, dejando a un lado lo laboral?

Volví al ataque.

Abrí la lata y eché el refresco en el vaso con hielo y limón. Noemí hizo lo mismo.

—Si me estás preguntando si tengo algún rollete, la respuesta es no —comentó con humor.

—Mmm… ¿Seguro? Porque te veo la piel muy resplandeciente.

—¡Idiota!

Soltó una carcajada, mientras yo la observaba contenta por verla de esa manera.

—La respuesta sigue siendo no.

Me sacó la lengua y en esta ocasión la que se rio fui yo.

—Pues ya me dirás qué cremas usas para tener ese brillo en la piel.

Me llevé el vaso a los labios y bebí, refrescándome la garganta.

—Con dormir las horas necesarias y recuperar un poco la tranquilidad y la paz, tienes suficiente. Ah, y hacer lo que te gusta, siempre.

—Eso suena genial, pero ahí hay algún fallo.

—¿Cómo?

—Que yo cumplo casi todos los requisitos y mírame.

Me señalé la cara, mientras Noemí me miraba con los labios fruncidos, conteniendo la diversión.

—Estás más exagerada de lo normal —comentó con diversión.

—¿Tú crees?

Me quedé pensativa, a propósito. Cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo soltamos una fuerte carcajada de la que nos costó recuperarnos.

—Cómo he echado de menos estos momentos contigo.

Soltó un suspiro, mirándome con cariño.

—Yo también, Noemí. Me está sentando de lujo.

—Sí. Cuéntame cómo te va a ti en esa universidad tan pija en la que trabajas.

—Estupendamente. Me encanta mi trabajo y tengo a personas muy queridas en mi día a día. Te gustaría conocer a mi amiga Andrea, os llevaríais genial. Y a Juan.

Sonreí con afecto al pensar en ellos.

—Me encantaría que sucediera. Lo mismo me animo y me tomo unos días libres para hacerte una visita.

—Joder, eso sería genial. Prométeme que lo intentarás, que harás todo lo posible.

—Te lo prometo.

Rio.

Levantamos los vasos de los refrescos y los chocamos, para beber mirándonos con una nueva ilusión.

—No hace falta que te diga que si vienes a verme te quedas en mi piso. Ni se te ocurra buscar alojamiento.

—Gracias, Meg.

—Tonta —le dije de forma cariñosa.

—¿Y qué tal los hombres por allí? Si me convence me mudo.

Soltamos una carcajada.

—Lo disfrazo un poco, te mudas, y cuando descubras el engaño ya será demasiado tarde.

Le hice un guiño.

—Eso quiere decir que pinta muy mal.

Rio.

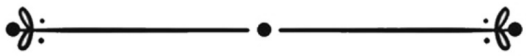
—Pinta como en todos los sitios. —Me encogí de hombros—. Los hombres allí son como los de cualquier otro lugar, los hay de todas las formas y colores, igual que las mujeres.

—¿En la universidad no hay profesores buenorros?

—Mmm… puede.

Automáticamente me vino a la cabeza Fran, un compañero de trabajo que cumplía perfectamente con la imagen de Noemí.

Capítulo 8



—¿Y? —insistió.

—Hay un profesor, Fran. Me acosté con él en varias ocasiones, hace unos meses.

—¿En serio?

Soltó una carcajada, después de la sorpresa.

—¿Tan raro es? —le pregunté con diversión.

—No, joder, es que no me lo esperaba.

—En ese sentido tengo muy pocas historias que contar, pero Fran forma parte de una de ellas.

—No has tenido muchas aventurillas.

No fue una pregunta, lo confirmo, pero aun así terminé por dejarlo más claro.

—No.

Reí.

—Pero ¿ese tal Fran mereció la pena?

—Ya te digo que sí, mucho. Tanto que no me importaría repetir.

Sonreí de medio lado.

—Pinta super bien. ¿No llegasteis a más que a unos encuentros?

—Ninguno de los dos estábamos por la labor de nada más que no fuese disfrutar en compañía de una persona segura. Por segura me refiero a que nos conocíamos y era cómodo. Aparte de que nos gustábamos, claro.

Me encogí de hombros.

—Te entiendo, me pasó lo mismo con Leo.

—Eso fue hace muchos años y con la gran diferencia de que tú estabas enamorada de él.

—Demasiados y sí, pero lo bueno nunca se olvida, ¿no?

—Correcto. Aunque te recuerdo que el final te dolió.

—No le tengo ningún rencor ni estoy resentida. Éramos muy jóvenes, Meg.

—Sí —dije pensativa.

Sonreímos con añoranza porque nuestro pasado estaba unido y como todo, no solo vivimos momentos malos o regulares, sino también muy buenos e increíbles.

El conjunto al completo dejó huellas imborrables en nuestros corazones.

Después de beber de nuestros refrescos, Noemí comenzó a contarme cosas de personas que ambas conocíamos, para ponerme al día.

A mí no me interesaba saber la vida de los demás, pero la dejé hablar porque se animó muchísimo.

—Tu hermano me pone muy cachonda —me dijo.

Fue de repente, cambió de tema de golpe, lo que provocó que de mis labios saliera disparado el sorbo de refresco que no me dio tiempo a tragar.

—¡¡Ala!! Ja, ja, ja…

Esa fue su reacción, separándose de la mesa, la que yo había mojado por su culpa.

—Ya te vale.

Me quejé riendo, mientras me recomponía. Cuando pude continué hablando.

—¿Mi hermano? ¿Y me lo sueltas de esa manera?

—Entendería tus dudas si te dijera que Gael no me provoca nada, porque lo normal es lo contrario.

Sonrió con picardía.

—Mmm… yo no puedo mirarlo ni pensar en él de esa forma, pero sé como es mi hermano, sí.

—Pues ahí lo tienes. Hace unos días vino al salón para retocarse el corte.

—Y lo atendiste tú.

—Por supuesto.

Rio al confirmármelo.

—Porque siempre atiendo a las personas que, de una manera u otra, forman parte de mi vida fuera del salón. Además, tengo mi clientela fija, aparte de la que voy sumando al día. ¿Quieres que te haga un retoquito?

—¿Lo tengo mal?

Cogí un mechón y miré las puntas.

—No, pero una peluquera siempre encontrará algo para hacerte.

Me hizo un guiño y sacudí la cabeza.

—Me dejo en tus manos.

—¿En serio?

—Para lavarme la cabeza y para retocar el corte. Nada más, no te emociones.

Soltamos una carcajada.

—Y lo de lavarme la cabeza lo digo por el majase.

—Lo tengo clarísimo —me dijo.

—¿A qué hora cierras el salón?

—Aún queda tarde.

—Tendría que haber venido a última hora, para ir a cenar después —comenté.

—Hubiera estado bien, pero ¿no quieres pasar tiempo en tu casa? Con los pocos días que vas a estar.

—Créeme, ahora mismo donde menos quiero estar es ahí.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y eso? Estás recién llegada, ¿te has peleado con tus padres o tu hermano?

—No voy por ahí, con ellos está todo perfectamente. El problema es que tengo que tomar una decisión y no quiero cagarla.

—¿Por eso ha venido, para pensar? Me has dicho que estás bien en la universidad, pero lo único que se me ocurre para esa decisión que te inquieta es que sea algo del trabajo.

—No.

Para dejárselo más claro negué con la cabeza.

—¿Entonces?

—Mi padre me ha soltado una bomba comiendo.

—¿Eh?

—¿Has oído hablar del campeonato internacional de *rugby* de antiguos jugadores? Los que ganaron a nivel internacional.

—Joder, sí. Es un puntazo que se reencuentren y que tu padre vuelva a dirigir al equipo. Es una pasada, por aquí todo el mundo habla de ello, será un gran evento que atraerá a muchas personas y, sobre todo, miradas.

—Mi padre no puede tomarse tanto tiempo para ser el entrenador.

—¿Qué dices?

Agrandó los ojos.

—Y si él no entrena…

—Se anula —terminó por mí—. También se comenta y la gente estás expectante. Confían en tu padre.

Hizo una mueca.

—Sí. Mierda.

Suspiré y me tomé unos segundos para continuar.

—El problema es que mi padre ha puesto mi nombre sobre la mesa, para que lo sustituya, y a los organizadores les ha parecido una idea genial.

—Joderrr…

Se tapó la boca con las manos.

—Saben que tendré su apoyo, su experiencia y sus consejos, aparte de que tengo el título de entrenadora y estuve más de un año junto a mi padre en todos los entrenamientos y partidos.

—Ostras.

Jadeó por la impresión.

—¿Vas a ser la entrenadora tú? Ay, que me da algo.

Soltó una carcajada nerviosa.

—Eso es lo que tengo que decidir.

—Ah, entiendo.

Nos quedamos mirándonos en silencio, hasta que bajé la mirada al vaso de refresco. Bebí un sorbo.

—No quiero decepcionar a mi padre y tampoco que puedan hablar de manera negativa de él, si ninguno de los dos podemos hacernos cargo del campeonato y este se anula. Joder, ¿por qué tienen que anularlo?

Bufé, agobiada.

—Porque tu padre es como una eminencia y ese equipo, sus jugadores, es como el bebé que crio, ayudó a crecer y llevó a lo más alto durante varios años consecutivos.

—Ya…

—Pero esa no es tu guerra, lo sabes, ¿no?

—El problema es que el campeonato sería durante las vacaciones en la universidad y que yo igualmente estaría aquí. No hay pensado en tanto tiempo, pero sí en una semana y media para estar con mi familia. Me coincide bien para poder hacerlo sin problema.

—Pero no quieres.

—No es eso tampoco.

—¿Entonces qué te echa para atrás?

—¿Me ves como entrenadora de hombres enormes y adultos?

—¿Enormes? —repitió y rio— Cariño, ellos pueden tener mucho cuerpo, pero tú tienes mucha garra, fuerza y carácter. No dudo ni por un segundo de que te los comerás de un bocado si tienes que hacerlo.

Sonrió.

—Eso lo tengo claro, porque todavía tengo ganas de patearles el culo a los dos que no han votado para que yo sea la entrenadora.

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio se han negado? —me preguntó sorprendida.

—Eso parece.

—¿Quiénes?

—Ni idea. Mi padre no ha querido darme nombres.

Me encogí de hombros.

—Entiendo su decisión, es comprensible por tu carácter —dijo seria.

Arqueé una ceja y terminamos riéndonos con ganas.

—Joder, si es que ya te veo en plan sargento, haciendo sonar el pito para arriba y para abajo.

Volvió a taparse la boca.

—Estoy agobiada, Noemí.

Apoyé los codos en la mesa y la cabeza en las manos.

—Eh, estoy segura de que tu padre no quiere esto. Si te viera así…

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Es que no me veo haciéndolo.

—Porque hace mucho que estás fuera de eso y volver al pasado a veces cuesta, ¿no?

—Sí. Según mi padre no ha fallado ningún jugador.

—Será guay saber de la vida de todos, cómo les ha ido y esas cosas.

—Eso lo dejo para ti, yo paso de cotilleos.

Negué.

—Tranquila que en el salón me enteraré de hasta el más mínimo detalle, tarde o temprano.

Rio y sonreí.

—Lo tengo claro.

—Vamos a ponernos serias.

—No he bromeado en ningún momento —comenté.

—Leches, es una forma de hablar. Escúchame bien.

—Ajá.

—Esa es la actitud —reímos—. Ahora vamos a terminarnos los refrescos y después vas a quedarte en mis manos. Te relajaré lavándote la cabeza y cuando termine de retocarte el corte, te verás divina. O mejor aún, si quieres, antes, para hacerte el día redondo, vamos a una cabina y te doy un masaje. Así dejamos para lo último lavarte la cabeza, por el aceite, ya que te la toquetearé.

—Cualquiera se niega —dije con humor.

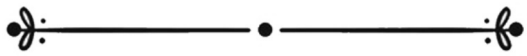
—Y si me esperas podemos ir a cenar cuando cierre el salón.

—Para cuando termines conmigo faltará poco, porque quiero todo lo que has dicho.

—¡Esa es mi chica!

Dio una palmada al aire y rio.

Capítulo 9



Me impulsé con el único pie que tocaba la hierba, para seguir meciéndome.

Estaba en el jardín, con una chaqueta de lana de mi madre, porque eran casi las ocho de la mañana y hacía bastante fresco.

Me llevé la taza de café a los labios, con la vista fija en el cielo.

El día anterior terminó genial, lo pasé estupendamente con Noemí.

Al final salí del salón de mi amiga con la cabeza lavada, el cabello monísimo y super relajada, por el masaje que me dio. La que liamos cuando salimos fue enorme.

Solté una risilla al recordarlo.

Noemí se empeñó en que me invitaba a todo. No quiso cobrarme y casi terminamos enganchadas porque yo me negué en rotundo.

En realidad, yo acabé subida a la espalda de mi amiga, mientras ella gritaba en broma, para que sus empleadas y clientas la salvaran.

Todas las personas que había en el salón nos reímos mucho y yo acabé saliendo victoriosa, en parte, porque le pagué, pero no todo el dinero que costaba lo que me hizo. Ambas nos dimos por satisfechas.

Después de ese numerito, al cabo de media hora, nos quedamos solas y Noemí cerró el salón.

Fuimos dando un paseo y decidimos pararnos en un bar, porque a ambas nos apeteció más tapear que pedirnos un plato de comida de la carta de un restaurante.

Allí continuamos disfrutando de nuestra compañía, por el tiempo que habíamos pasado sin poder estar juntas.

Regresé a la casa de mis padres en taxi, casi a la una de la madrugada. Al entrar fui directa a mi habitación, sin encontrarme a nadie en el camino.

Avisé a mi madre de que me quedaba con Noemí, por lo tanto, no me esperaban a ninguna hora.

En cuanto tuve el pijama puesto me tumbé en la cama y me quedé dormida casi al instante. Por muy bien que me encontrara del malestar de la resaca, gracias a la pastilla que me dio mi hermano, que fue milagrosa, mi cuerpo necesitaba descansar.

Me desperté a las siete de la mañana, como si una alarma me hubiera hecho abrir los ojos. Me levanté de la cama sabiendo que no conseguiría dormirme, así que, después de entrar al baño salí de mi habitación con el móvil y sin hacer ruido, bajé a la planta principal.

Fui directa a la cocina, donde me preparé el café con leche y en mi camino hacia el salón, decidí que era buena idea tomarme el café en el jardín, viendo como el cielo iba cambiando de colores.

Me apeteció y me vino genial encontrarme colgada en una percha del recibidor una chaqueta de lana de mi madre. No dudé en ponérmela.

Y aquí llevaba cerca de una hora, tranquila, con mucho silencio exterior, mientras que en mi cabeza había mucho jaleo de pensamientos.

Bebí un sorbo de café despacio, todavía salía humo de él.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

La voz de mi hermano me hizo buscarlo.

Sonriendo, levanté la cabeza para mirarlo a la cara, mientras él rodeaba el balancín en el que elegí ponerme cómoda cuando salí al jardín.

Se sentó a mi lado cuando aparté la pierna que había tenido extendida en el asiento. La otra me colgaba para poder impulsarme con el pie, para balancearme.

Gael me cogió el pie y me extendió de nuevo la pierna, colocándola sobre sus piernas.

—No tenía sueño —le contesté.

—Estás demasiado nerviosa por lo del campeonato —comentó pensativo—. ¿Por qué le das tantas vueltas?

—No sé, Gael.

—Sí que lo sabes. No tienes que justificarte si no quieres hacerlo para seguir con tu vida, tal y como la tenías planeada. ¿Dónde está el problema?

Me quitó la taza de las manos y lo miré divertida, mientras bebía un sorbo de mi café.

—Te he visto desde la ventana, por eso he venido directo hacia aquí y no me he parado a prepararme uno.

Sonrió de medio lado.

—Cuando se acabe te levantas tú —le dije.

—Hecho.

Me hizo un guiño.

—¿Tanto te trastocaría ser una entrenadora sexi y explosiva?

—Yo no soy así.

Reí.

—Tu opinión no cuenta, no puedes verte.

—No tengo ni idea de si me trastocaría o no, es solo que… Me ha pillado muy de sorpresa la propuesta de papá y no quiero fallarle.

—Estás olvidándote de lo importante.

—¿El qué?

—Que papá, hagas lo que hagas, siempre va a apoyarte y a estar a tu lado. Respetará la decisión que tomes y ya te lo dijo claro, no quiere que nada te influya, ni siquiera él.

—Pero su nombre está en juego.

—Ante todo es un hombre exitoso de negocios y un padre de familia increíble. Pregúntale a ver qué le parece lo de que su nombre está en juego. Eres tú la que no paras de darle vueltas desde ayer.

Se movió un poco en el balancín, girando el cuerpo hacia mí.

—Vamos a ser realistas, ambos sabemos qué te altera y lo que te está frenando.

—Quiero continuar llevando mi vida tranquila.

—¿Cuánto piensas que va a cambiarte entrenar a unos tíos durante unas semanas?

Me encogí de hombros y ante mi silencio…

—Di que no, así de fácil. Vuelve a tu universidad e ignora lo que se ha despertado dentro de ti por la adrenalina que hacía muchísimo que no sentías, y no tendrás ningún cambio.

Apoyé el lateral de la cabeza en el respaldo del balancín, sin apartar la mirada de la suya.

—O sé valiente, como siempre has sido, y enfrenta tus miedos y nervios. Si algo tengo claro es que un grupo de tíos no podrá contigo, Meg. Tengan la edad que tengan. Si quieren guerra se la darás, al igual que si lo han olvidado les recordarás lo que es la disciplina y el respeto.

Sonreí de medio lado.

—Me vas capaz, ¿eh?

—Por supuesto. ¿Tú no? En realidad, si aceptas ser la entrenadora te sentirás en terreno conocido.

—¿Qué quieres decir?

—Te enfrentas diariamente a estudiantes universitarios, no se atreven ni a mover los labios en tus clases, a no ser que te pidan permiso para hablar. No le veo mucha diferencia con ser la entrenadora de un grupo de tíos y guiarlos, como haces con tus alumnos en la universidad.

—Te olvidas de la diferencia de edad —comenté.

—¿En serio? —Arqueó una ceja— Me lo dices tú que a los siete años te enfrentaste a un niño de doce. Tuve que intervenir, pero no a favor tuyo, sino del chico porque te subiste a su espalda y no tenía forma de apartarte.

Solté una carcajada al recordarlo porque, aunque no me acordaba de ese momento, mi hermano siempre se encargaba de sacarlo cuando le interesaba. Me lo contó muchas veces, ese y muchos otros momentazos, según Gael.

—¿Si tuvieras que entrenarme a mí te verías capaz?

—Claro y también puedo atarte en corto.

Mi respuesta fue rápida y soné con determinación.

Los labios de mi hermano se curvaron de medio lado, por mis palabras y por el punto de diversión con el que hablé.

—Los tíos del equipo tendrán mi edad, Meg, quizás alguno un año más. Poco variará.

—Vale, lo pillo.

Suspiré.

—Estupendo.

Levantó mi caza y bebió un sorbo de café, después me la devolvió para que bebiera yo. Lo hice.

—Ahora vamos a lo interesante, cuéntame cómo te fue ayer con Noemí.

—Me dejó como nueva.

Reí.

—Mmm… ¿Masaje relajante?

—Sí.

—Sé las manos que tiene.

—Espera, espera… ¿eso qué quiere decir?

Jadeé por la impresión, mientras me separaba del respaldo del balancín.

—¿Qué me ha dado algunos masajes? ¡No seas mal pensada!

Me lanzó un cojín del balancín y lo atrapé al vuelo, riendo.

—¿Qué te masajeó?

—¿En serio? Eres una pervertida.

Se hizo el sorprendido y el escandalizado y volví a reír.

—Ya sabes lo mal que se me pone la espalda. ¿Contenta?

—Mmm… sí.

Le hice un guiño.

—Cuando me encuentro mal no quiero a otro fisioterapeuta. La verdad es que llevo una buena temporada y espero que dure.

—Yo también, no quiero que estés mal. Noemí me dio un masaje en todo el cuerpo y en la cabeza por partida doble, cuando me la lavó para retocarme el corte.

—Estás preciosa, cariño.

—¡Si no me has visto bien! No me he peinado, tengo el pelo recogido de cualquier manera.

—Cómo infravaloras mi imaginación —se quejó.

Reímos.

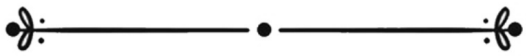
Nuestras risas se cortaron cuando mi móvil comenzó a sonar. La pantalla se iluminó con el nombre de Andrea y Gael se levantó del balancín.

—Tu amiga. Te dejo tranquila, voy a preparar el desayuno.

—Vale.

Sonreí.

Capítulo 10



—¿Qué tal va el gran fin de semana? —le pregunté a Andrea.

—Bien.

—Eh, no lo has dicho muy animada.

—Claro que sí.

—No.

—No empieces —me pidió.

—Eso te lo digo yo a ti. No escondas como te sientes y menos conmigo.

—Es que ahora no puedo hablar —me dijo bajando el tono de voz.

—¿Tienes a Cameron cerca?

—Sí.

—¿Y no puedes irte a algún sitio más tranquilo en el que puedas estar sola?

—¿En esta casa? Ja, ¡qué va! Ni en el baño puede una relajarse. Y lo digo muy en serio, anoche me abrió la puerta Carlos.

Reí con ganas.

—Vivo con un estrés constante, chica. Y no me pidas que salga de la casa porque hace un frío que corta la respiración. Uf…

—A quien se le ocurre irse buscando el frío, con lo bien que empezamos a estar donde vivimos —comenté con diversión.

—El lugar es precioso y yo me paso las horas frente a la chimenea.

—Pues suena genial.

—Lo genial sería pasar ese rato frente a la chimenea en los brazos de Cameron, cómodos y bien pegados en el sofá —habló entre susurros.

—Mmm… eso sería ideal.

—¿A qué sí? Pues una mierda para mí porque es impensable.

—Porque no quieres —le dije.

—Ay, Meg.

—¿Es Megan?

Reconocí la voz de fondo.

—Sí —confirmó Andrea.

—Megan, preciosa, tendrías que haber venido con nosotros —me dijo Carlos.

—Hola —lo saludé y me correspondió al saludo—. Me hubiese encantado, a la próxima no me lo pierdo, aunque espero que el destino sea un poquito más caluroso que en el que estáis.

—Joder, ya te digo. Hace un frío de narices, en mi vida he dormido con tantas capas de ropa.

Soltó una carcajada y reí con él.

—Mientras que no vengáis malos…

—Ya veremos como llegamos a mañana porque a alguno ya se le cae el moquillo y Cameron se ha levantado raro.

—¿No se encuentra bien Cameron? —le preguntó Andrea.

—Cuando me he levantado me lo he encontrado en la cocina y al preguntarle si estaba bien, porque tenía mala cara, me ha dicho que se sentía raro y con menos fuerzas —le contestó Carlos.

—Vaya, espero que no sea nada —comenté.

—Y yo. Te devuelvo a Andrea. A ver si nos vemos pronto.

—Hecho —le confirmé.

—Ya está —me dijo Andrea.

—Cuélgame y ves con Cameron, lo estás deseando.

—No sabía que se encontraba así.

—Porque no tendrá intención de deciros nada. Si Carlos lo sabe es porque a Cameron se le habrá escapado en un comentario al que le habrá quitado importancia.

—Puede ser.

—Anda, ve con él y cuídalo. Demuéstrale lo que se está perdiendo.

—Calla —me pidió riendo.

Solté una carcajada porque la visualicé ruborizada.

—Te dejo, cariño. Gracias por animarme, siempre.

—Anda, que estás tontita —le dije con mucho cariño.

—Bastante.

Lo admitió riendo y sonreí.

—Cuídate, y, aunque la situación no sea como te gustaría, aprovéchala al máximo igualmente porque estás a su lado. Lo tienes muy cerca, Andrea, deja que vea una pequeña parte de lo que sientes con tu actitud y tus actos.

—Vale. Te quiero.

—Te quiero.

Colgué la llamada y me levanté del balancín, parar hacia la casa.

No había rastro de Drako, lo que no solía suceder. Cualquier otro día de la semana mi precioso perro se pasearía por todos lados y nada más verme se pegaría a mí para hacerme compañía, y más en el jardín.

Si no estaba a mi lado era porque los sábados mi padre se lo llevaba cuando salía a correr. Pasaban las primeras horas del día fuera, disfrutando ambos.

Cuando entré en la casa dejé la chaqueta de lana de mi madre donde la cogí y fui hacia la cocina, donde esperaba encontrar a mi hermano.

Al llegar me la encontré vacía, pero había platos con tostadas, rodajas de tomate, embutido y fruta, aparte de dos vasos llenos de zumo recién exprimido.

Me acerqué a la isla central y apoyé las manos en el borde.

—¿Ya estás?

Me giré hacia mi hermano.

—Sí.

—Perfecto, pues vamos a desayunar.

Sonrió.

Se dirigió a la cafetera y me puse a su lado. Le di las tazas y también se encargó de preparar los cafés.

Nos sentamos en dos taburetes de la isla, uno al lado del otro, y comenzamos a beber y comer.

—¿Qué se cuenta Andrea? —se interesó.

—Está de fin de semana con sus amigos. Yo hubiera ido si no hubiera coincidido que tenía que venir aquí.

—¿En serio?

Asentí para confirmárselo, mientras le daba un mordisco a la tostada que me preparé con tomate y embutido.

—¿Y dónde han ido?

—A un pueblo de montaña en el que se congelan en la calle —comenté con una pizca de humor.

—Lo que te gusta a ti.

Imitó mi tono de voz, haciéndome reír.

—Me encantan esas risas —dijo nuestra madre.

Apareció sonriente y vino hacia nosotros.

—Buenos días, hijos.

—Buenos días, mamá —le correspondimos al mismo tiempo Gael y yo.

—He hecho de sobra de todo, zumo también.

Mi hermano señaló una esquina de la encimera y fue entonces cuando vi una jarra pequeña llena de zumo.

—Gracias, hijo.

Nuestra madre sonrió y fue a coger un vaso, para servirse. Cuando lo tuvo se sentó frente a nosotros y se sirvió una tostada, para preparársela a su gusto. Gael hizo lo mismo.

—¿Hace mucho que estáis despiertos?

—La enana más que yo.

—Y dale.

Bufé y lo fulminé con la mirada.

De nada me sirvió porque me agarró del recogido mal hecho que sobrevivía en mi cabeza a duras penas, para moverlo para hacerme rabiar.

Soltó una carcajada cuando le di un tortazo en el brazo.

—¿Llegaste muy tarde anoche?

—Cerca de la una de la madrugada —contesté, después de beber un sorbo de zumo.

—¿Qué tal está Noemí?

—La vi bastante animada, aunque a veces se le iba la mente y se metía en su mundo. Poco a poco.

—Sí, necesita tiempo.

—Ya descansan las dos, aunque suene mal —intervino Gael.

—Así es, ha vivido una situación dura durante años. Ahora recuperaré poco a poco a mi amiga, la que fue. Estoy segura.

—Claro que sí, cariño.

Mi hermano no dijo nada, se dedicó a comer y en las siguientes preguntas de mi madre también, mientras que yo le contestaba.

Cuando terminamos de desayunar y recogimos la cocina, salimos de ella.

—¿A qué hora se han ido papá y Drako? —le pregunté a mi madre.

—Esos dos pierden la noción del tiempo los sábados —comentó sonriente—. Ya hace horas.

—Yo voy a salir un rato, he quedado con Rodri y Santi. ¿Vienes? —me preguntó mi hermano.

Rodri y Santi eran sus amigos de toda la vida, con los que continuaba muy unidos.

—Oh, me encanta la idea. Hace muchísimo que no los veo.

Hablé animada, con muchas ganas.

—Pues vamos a cambiarnos de ropa.

Gael me pasó el brazo por los hombros y le dio un beso a mi madre en la mejilla, antes de llevarme con él hacia la escalera.

Nuestra madre nos siguió sonriente, hasta que se desvió para hacer lo que más le gustaba.

—Voy a pintar —nos dijo.

—Vale, pasaremos para despedirnos —le informé.

—Sí, cariño.

Esa era su pasión, la pintura, y no se le daba nada mal. En la casa había muchos cuadros hechos por ella y eran muy bonitos.

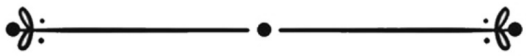
Tenía su propio espacio en la planta principal.

Cuando llegué a mi habitación fui directa al armario, donde coloqué de manera rápida lo de la maleta.

Cogí un pantalón vaquero, un jersey fino y las deportivas, y me vestí para después peinarme con una cola alta. Por último, me perfumé y me puse una chaqueta y un pañuelo al cuello.

Con todo ello, el monedero y el móvil en los bolsillos, salí de la habitación para encontrarme con Gael en la planta baja.

Capítulo 11



Pulsé el botón de la cafetera y esperé observando cómo el café caía en la taza.

Había dormido tanto y tan bien que no conseguía espabilarme.

Ya estaba de vuelta en mi piso, aterricé del vuelo desde Santander casi a las nueve de la noche.

Siempre que iba a ver a mis padres apuraba al máximo el tiempo y cogía el último vuelo con el que tampoco llegaba muy tarde aquí.

Era lunes, las siete y cuarto de la mañana, y en cuanto me tomara el primer café del día bajaría a por el coche, para ir a la universidad, directa a la cafetería en la que me encontraría con Andrea.

Ya estaba preparada, vestida, peinada y con un poco de maquillaje para tener un poco de color en la cara.

Cuando cayó la última gota de café cogí la taza y fui hacia la nevera, de donde cogí la leche para echar la cantidad que me gustaba. Metí el café con leche en el microondas y después de unos segundos, lo saqué y fui hasta la mesa de la cocina.

Me senté para tomármelo con calma. Si había algo que odiara era comenzar los días con prisas, acelerada, porque me ponía muy nerviosa y de mala leche, por lo que ya me estropeaba el resto del día.

Le di un sorbo al café con la vista fija en el cuadro que era obra de mi madre. Lo pintó para mí para un cumpleaños, hacía unos años ya.

Me encantaba, era muy yo, como ella me dijo cuando me lo regaló. No se equivocó ni un poco.

Volví a beber café, al mismo tiempo que controlaba la hora en el reloj de pulsera. Iba muy bien de tiempo gracias a que me había despertado mucho antes de que me sonara la alarma.

Últimamente estaba convirtiéndose en una costumbre que no me gustaba nada, lo despertarme pronto.

Me terminé el café y solté un suspiro, antes levantarme para activarme. Fregué la taza y fui a mi habitación, para ponerme la chaqueta y colgarme el bolso, en el que me aseguré de que llevaba todo lo que necesitaba.

Bajé al parquin del edificio y en cuanto me monté en mi coche, salí a la calle y me alejé de la zona en la que vivía.

Tardaba unos veinte minutos en llegar a la universidad, ya que estaba a las afueras de la ciudad. se encontraba en una ubicación privilegiada, en un entorno verde y aislado de los coches y el ajetreo.

Cuando llegué estacioné en mi plaza del aparcamiento del profesorado y me dirigí a la cafetería, tarareando la última canción que había escuchado.

—Buenos días, Mary.

Saludé a la camarera, al pasar por su lado.

—Hola, Megan. Bienvenida.

—Gracias.

Sonreí.

Unos días antes de irme de viaje le conté a Mary que mi semana anterior terminaba el jueves, porque iba a visitar a mi familia de viernes a domingo.

Los días que trabajé los organicé añadiendo más trabajo porque di todas las clases que estaban programadas para el viernes, para que los alumnos no perdieran ninguna hora. Así que por ese lado estaba muy tranquila.

—No ha llegado Andrea —dije.

Observé el salón de la cafetería, o más bien la zona en la que siempre nos poníamos. Diariamente teníamos la misma mesa para nosotras, Mary nos la reservaba.

No había problema en que lo hiciera porque el salón era enorme, por lo que no faltaban las mesas libres.

—Eres la primera —me confirmó Mary—. ¿Qué tal tus padres y tu hermano?

—Muy bien —le contesté sonriendo—. He recargado pilas junto a ellos.

—Esos viajes siempre sientan bien.

—Sí.

Asentí.

—Me alegro mucho.

—Gracias, guapa.

Nos dimos un beso y caminé hacia la mesa, a la que me senté.

Dirigí la mirada a la cristalera que quedaba a mi lado, para ver la zona verde del exterior. Me encantaba este sitio porque desde esta posición era la única desde la que se veía mucho más terreno.

Mientras me tomaba el café o desayunaba, fuera sola o acompañada, me gustaba sentir y, sobre todo, admirar las vistas. Tanto cuando hacia un sol radiante o cuando llovía, con la lluvia golpeando el cristal.

Era hipnotizador.

—¡Buenos días!

Me sobresalté por los gritos de Andrea, lo que a mi amiga le pareció muy gracioso.

Soltó una carcajada al verme brincar en el asiento de la silla.

—Joder, quién diría que es lunes para ti.

Negué con la cabeza.

Me levanté para abrazarla y nos dimos varios besos.

—Ayer no me contestaste —le dije.

Me estaba refiriendo a la llamada que le hice sobre las nueve y media de la noche, porque anteriormente ella me escribió a las cuatro de la tarde, para decirme únicamente que acababa de llegar a su piso, de la salida del fin de semana.

—Calla, que me quedé dormida en el sofá.

Rio y sonreí.

—No entiendo cómo estaba tan cansada, cuando casi no salimos de la casa de la escapada. Allí me recuperé rápido de la resaca de nuestra salidita del jueves por la noche, pero chica, en cuanto estuve en mi piso y me puse el pijama, me dio un bajón impresionante. Me dormí hasta con la tele encendida y me desperté sobre la una de la madrugada, creo.

—Y buscaste la cama sin abrir los ojos.

—Qué bien me conoces —dijo.

Reímos.

—Después de nuestra conversación del sábado por la mañana no quise molestarte para no interrumpir ningún momento. Sabía que si me necesitabas me hablarías tú, por eso te llamé anoche, para que me dijeras cómo estabas y me dieras un adelanto de cómo te había ido.

—Siento decirte que no tengo ninguna novedad, aunque yo lo siento más.

—¿Con Cameron nada, ni un pequeño acercamiento? Por cierto, ¿al final se puso malo o fue una falsa alarma?

—No hija —suspiró—. Pero sí que ha estado pachucho. Desde el sábado no se ha encontrado bien, empezó con mucho dolor de cabeza y después mucosidad.

Se encogió de hombros.

—Qué mala suerte en una salida, porque en esos momentos lo único que quieres es estar en tu casa —comenté.

—Sí. Aunque más cuidado que ha estado con sus amigos ya te digo yo que no tiene comparación a estar solo.

—En esto tienes razón.

—Aquí tenéis, chicas.

Sonreímos hacia Mary, que nos trajo los cafés con leche.

—Gracias, preciosa —le dijo Andrea.

—¿Tu escapada del fin de semana bien? —se interesó— El viernes estaba muy nerviosa —se dirigió a mí Mary, hablándome de Andrea—, y encima no estabas tú —me sonrió.

—Qué mala mañana pasé, amigas —se lamentó Andrea.

Puso los ojos en blanco y apreté los labios, conteniendo la diversión.

Sabía perfectamente los nervios que pasó antes de reunirse con sus amigos en el restaurante en el que comieron, donde dieron por iniciada la salida del fin de semana.

—Exagerada —le dijo Mary.

Rio con ganas, mientras que Andrea hacia algunas muecas.

—Me lo he pasado muy bien, he estado muy relajada y disfrutando de conversaciones frente a una chimenea. Aunque un amigo ha venido malo y a lo mejor no es el único.

—Uy, como os pongáis todos malos…

Mary agrandó los ojos.

—No será para tanto —intervine yo.

—Ya veremos —dijo Andrea.

—Os dejo que os toméis el café sin prisas. Nos vemos para el desayuno.

—Cuenta con ello y que será doble —le advirtió mi amiga.

—Hecho, estaré preparada.

Con esas palabras y las risas de Mary, nos endulzamos los cafés y comenzamos a tomárnoslos.

—Creo que pasó algo debajo de una manta, entre Cameron y yo.

Casi me atraganté al escucharla.

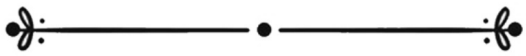
—Pero ¡si me has dicho que no tenías ninguna novedad! Pensaba que no había pasado nada entre vosotros y que no habías notado algo nuevo de Cameron hacia ti.

—A ver no te alteres que no ha pasado nada, creo.

—Deja de decir creo y cuéntamelo.

Le pedí expectante.

Capítulo 12



—Andrea…

Insistí porque se quedó pensativa.

—Vale, vale… Estábamos cómodos en el sofá: Cameron, Carlos, Emily y yo. Había varios y eran anchos y largos. Como se podían extender los asientos para hacerlos tipo cama lo hicimos para estar tumbados. Así los tuvimos todo el tiempo que estuvimos en la casa, hasta poco antes de irnos.

—Suena bien.

—Sí. El caso es que una de esas veces que estábamos tumbados, tenía a Cameron a mi izquierda y a mi derecha a Carlos y a él lo seguía Emily. Pues compartíamos las mantas entre dos y como es normal, por cómo estábamos colocados, Cameron y yo compartimos una y nuestros amigos otra.

—Claro —dije sonriendo.

—Cambia la cara.

—¿Ahora tampoco puedo sonreír?

—No, que esto es muy serio.

Hizo un puchero y me esforcé por ponerme seria. Asentí para que continuara.

—Pues resulta que ahí Cameron ya se encontraba mal. Se le cerraban los ojos, acurrucado en los cojines y con las piernas flexionadas. Le estaba haciendo efecto la medicación que se tomó y por todo eso he dicho que creo pasó algo entre él y yo debajo de la manta. Que tu mente no te lleve por situaciones calenturientas que no va por ahí.

Con su advertencia tuve que reírme.

—¿Entonces qué paso? ¿Os disteis la mano?

—No, no sé si me acarició con los pies cuando estiró las piernas o simplemente sus pies chocaron repetidamente con mi pierna. ¿Tú qué piensas?

—Mmm… ¿Cómo fueron esas supuestas caricias?

—Joder, noté cómo deslizaba los pies por mi pierna. Arriba y abajo, abajo y arriba… Yo qué sé, en ese momento me latía tan rápido el corazón que no sé si mis ganas me jugaron una mala pasada. Me tembló todo el cuerpo por lo nerviosa que me puso. Le he dado tantas vueltas que me duele la cabeza.

Bufó.

—¿Notaste que se durmió?

—Terminó dormido, pero al principio no lo estaba, solo tenía los ojos cerrados porque no se encontraba bien.

—Yo tampoco lo sé. Si lo hubiera visto… es puede ser que necesitara el contacto porque estaba mal, para sentir tu cercanía, o puede que lo hiciera a propósito y que aprovechara la oportunidad, aunque se sintiera como una mierda.

Me encogí de hombros.

—¿Qué pasó cuando os movisteis del sofá?

—Todo continuó como siempre. Voy a volverme loca.

Se tapó la cara con las manos y no tardé en retirárselas, para continuar viéndola.

—Según lo veo yo solo tienes dos opciones y es urgente que te decidas por una de ellas, Andrea.

—¿Cuáles? —me preguntó bajando la voz.

—La primera es olvidarte de él, del todo. Pero tomándotelo en serio y si tienes que evitar salir en grupo para no coincidir con él unas semanas, o meses, hazlo. Es por tu bien, cariño.

—¿Y la segunda opción?

—Enfrentar la situación y dejar de esconderte, lo que va unido a la confesión de lo que sientes.

—Joder, joder…

Se movió inquieta en la silla.

—Es que te estás haciendo daño, Andrea. Cameron y todo lo que hace te duele de una manera demasiado intensa como para dejarlo pasar. La única que te haces daño eres tú, a no ser que…

—¿Qué?

—Que sí te acariciara la pierna debajo de la manta, que tuvieran un significado escondido las caricias que te hizo en la cara la vez anterior, y así puedo continuar con todo lo que me has ido diciendo que has notado.

—¿Y si me lo he imaginado todo? Somos amigos desde hace muchos años, con Carlos y los demás también me abrazo, y también nos acariciamos, por ejemplo, en el sofá Carlos me retiró el cabello de la cara y me dio un beso en la sien. Esas muestras de cariño entre todos son normales.

—Pero con Carlos ni con los demás has notado una mínima diferencia, no te han hecho dudar con Cameron. Hay cosas que se notan, simplemente se sienten.

—Lo mismo es porque estoy enamorada de él.

Suspiró.

—Tal vez, o quizás haya algo más. La respuesta solo la sabrás si actúas, porque de esta manera no puedes continuar.

—Ya… Jo, es que no quiero separarme de mis amigos y si lo hago sé que vendrán a buscarme para preguntarme qué me pasa.

—Claro, porque son unos buenísimos amigos que se preocupan por ti. Entonces, si llega ese momento, también será la oportunidad de sincerarte con ellos.

—Me duele la cabeza y vamos a llegar tarde.

Miré mi reloj de pulsera.

Tenía razón, quedaban pocos minutos y nos tocaba correr de nuevo para iniciar otra semana más.

Nos bebimos de varios tragos los cafés y salimos de la cafetería riendo, al chocarnos por querer salir cada una la primera.

Accedimos al edificio principal y nos separamos en la primera planta, hasta la hora del desayuno.

—¡Andrea!

La llamé girándome hacia ella, sin dejar de caminar, pero de espaldas.

—¿Qué?

Se paró y se volvió hacia mí.

—Yo también tengo algo que contarte, una pequeña bomba.

Agrandó los ojos.

—¿Y me lo dices ahora?

—Para que no te entretengas a la hora del desayuno.

—Me cago en todo, ¡no puedes dejarme así!

Bufó y le hice un guiño, para después soltar una carcajada.

Me dirigí a mi despacho sin perder más tiempo, donde dejé en el armario la chaqueta y el bolso, y cogí la carpeta que dejé preparada el jueves, antes de irme de la universidad.

Con ella y con el móvil en silencio, recorrí los pasillos para llegar al aula en el que me tocaba impartir la primera clase del día.

Como siempre, mis alumnos entraron en cuanto vieron mi cabeza asomar entre las demás, por lo que cuando fue mi turno de acceder al aula cerré tras de mí.

—Buenos días —saludé, subiendo la tarima.

—Buenos días, profesora.

Sus voces se escucharon al mismo tiempo y sonreí, por lo sincronizados que estaban.

—Ya que habéis descansado de mí un día extra, hoy empezaremos fuerte. ¿Qué os parece mi gran idea?

Sonreí de medio lado porque los *estupendo*, *genial* y *perfecto*, se oyeron a la par que las lamentaciones.

La clase se me pasó volando y conseguí que a todos los alumnos les sucediera lo mismo.

Y no fue la única, las siguientes también pasaron rápido metida en la materia, hasta que llegó la hora de ir a la cafetería para desayunar sin prisa, porque al menos yo no tenía más clases hasta pasadas dos horas.

Sería la última del día, pero hoy no me quedaría en mi despacho preparando el día siguiente. Por una vez lo haría en la comodidad de mi piso, por lo que tocaba sacar el maletín del armario del despacho, para llenarlo bien de trabajo.

Estaba cansada del viaje, a pesar de que en la casa de mis padres descansé mucho. También salí bastante porque entre que el viernes estuve con Noemí y el sábado estuve con mi hermano y sus amigos, con los que repetí por la noche…

Que estaba cansada y punto. No había más y me apetecía pasar el máximo tiempo posible en mi piso.

Cuando salí del aula me dirigí a mi despacho para dejar la carpeta y coger la chaqueta, donde guardé el móvil. Fue lo que hice, olvidándome del bolso, ya que no lo necesitaba.

—Quieta.

Le dije a Andrea y me reí.

Le faltó poco para golpearme en la cara, porque abrí de golpe la puerta del despacho y adelanté el cuerpo para salir, justo cuando ella iba a picar.

—Joder, ¡qué ímpetu!

Reímos, mientras dejaba cerrado con llave.

—Tengo hambre —me justifiqué.

Me encogí de hombros y me puse a su lado, para comenzar a caminar hacia la escalera.

—Y yo. Mis alumnos han escuchado más a mis tripas cantar que mi voz explicando.

Nos miramos y soltamos una carcajada.

—Menos mal que hay confianza —comenté con diversión.

—Ya te digo. Bueno, que, ¿vas a explicarme de qué va eso de la pequeña bomba que tienes que contarme? No he podido quitármelo de la cabeza.

—Cuando estemos en la cafetería.

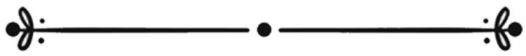
—¿En serio vas a hacerme esperar más?

—Ajá.

—Madre mía, qué par de hostias bien dadas tienes —me dijo impaciente.

Solté una carcajada y de esa manera, riendo, salí del edifico principal.

Capítulo 13



Recorrimos el camino, yendo directas a la cafetería, donde Mary se acercó en cuanto nos vio entrar.

—A ver, decidme de que trata eso del desayuno doble. ¿Qué extra queréis hoy? —nos preguntó.

—Eso Andrea, a mí tráeme lo de siempre: mi medio bocadillo, el café con leche y una botella pequeña de agua —le dije.

—Perfecto.

Me sonrió.

—¿Y tú? —se dirigió a Andrea.

—De esta mañana a ahora se me han quitado las ganas y las fuerzas con las que te dije que hoy sería diferente, pero como ya que te he hecho acercarte añade unos cuantos cruasanes pequeños a mi desayuno de siempre.

—Hecho. Enseguida vuelvo.

Cuando nos quedamos solas miramos por la cristalera, sorprendidas por el trueno que se escuchó.

—Joder, sí que se está estropeando el día —dijo mi amiga.

—Y muy rápido —añadí—. Como siempre nosotras sin paraguas.

Sonreí.

—Leche, si cuando salimos de aquí para trabajar no había ni una nube y no me he parado a mirar los cambios por las ventanas de las aulas.

—Yo tampoco.

—¿Y por qué estamos hablando del tiempo, en vez de que me cuentes lo que sea que tengas que decirme?

—Espera —le pedí.

Mary llegó a nuestra mesa con nuestros desayunos y se lo agradecimos, antes de que volviera a dejarnos solas.

—Mi padre me pidió que hiciera por él una cosa.

—¿Qué cosa?

Le di un mordisco al bocadillo, mientras que Andrea mordisqueaba un cruasán.

—No te lo he contado nunca, pero hace muchos años me saqué el título de entrenadora de *rugby*.

—¿Qué me dices?

Agrandó los ojos.

—¿Y para qué querías eso?

—¿Para entrenar a jugadores de *rugby*?

Solté una carcajada.

—Ay, la Virgen, ¿de verdad? ¿Tú de…? Mmm, vale, sí, seguro que lo hacías genial dominando a todo un equipo.

En esta ocasión la que rio con ganas fue ella.

—Todos éramos muy jóvenes, tanto los jugadores como yo.

Me encogí de hombros.

—¿Y cómo te dio por ahí?

—Porque mi padre era entrenador y me aficioné. Quería pasar más tiempo con él, compartir momentos, y bueno, terminé sacándome la titulación y siendo su mano derecha en su equipo. Estuve un año y medio dirigiéndolo cuando mi padre se ausentaba.

—Qué fuerte.

—Tampoco es para tanto.

Reí.

—Yo qué sé. No me lo habría imaginado en la vida.

Rio también.

—El caso es que fue hace muchísimo tiempo, pero ahora ha vuelto a ser clave para lo que me ha pedido mi padre.

—No me digas que es…

—Sí.

Le expliqué todo lo que me contó mi padre y también la respuesta que le di con mi decisión final. Eso sucedió el domingo, un buen rato antes de que me llevaran al aeropuerto para regresar a mi vida aquí.

—Madre mía. Vas a entrenar al *rugby* a un equipo de hombres adultos, volviendo al pasado porque estos son los mismos que conociste el tiempo que estuviste con tu padre.

—Exacto. Me costó mucho tomar la decisión.

Suspiré.

—¿Por qué? Si a ti lo de mandar, organizar y ordenar se te da genial. ¡Es verdad!

Rio cuando elevé las cejas.

—Pues sí —dije y reí también—. No sé, es que cuando me lo comentó mi padre se me hizo muy cuesta arriba y encima, como me acuerdo muy poco de las reglas del juego y demás… yo qué sé, me agobié.

—Es normal.

—También estaba angustiada porque no quería fallarle, estaba en juego su honor. Por así decirlo, aunque suene exagerado, porque allí todos se toman muy en serio todo lo relacionado con ese deporte y si implica a mi padre, que lo tienen como un ser superior por los títulos que hizo ganar al equipo…

—¿Seguro que estás convencida?

—Sí. Me estoy mentalizando.

Sonreí.

—Joder, no quiero perderme ni un día —dijo emocionada y después rio.

—¿Te vendrías?

—¿Eh? ¿Cómo?

—Si te animas a acompañarme a Santander, durante el tiempo que dure el campeonato. Nos cuadra con las vacaciones en la universidad, esta estará cerrada. Es la ocasión perfecta para que disfrutemos de mi tierra.

—Ya he estado en varias ocasiones.

—Sí, has venido conmigo, pero solo para fines de semanas sueltos y en ese tiempo no da para mucho.

—¿Tú quieres que vaya? ¿Me necesitarás?

—Sí a todo —le contesté.

—Eh… pues vale.

—¿De verdad?

Quise asegurarme y asintió con una gran sonrisa.

—Y tanto que sí. Además, es lo que necesito. Tú misma lo has dicho, me vendrá bien alejarme por un tiempo del resto de mis amigos.

Se encogió de hombros.

—Joder, qué subidón.

Reímos.

—Oye, pero ¿estás segura de que te dará tiempo en las vacaciones de la universidad? No entiendo de nada que tenga que ver con ese deporte, bueno y con muchos otros tampoco —rio—, pero ¿tan poco dura un campeonato de esos?

—Mi padre me dijo que este es especial. Se trata de reunir a todos los jugadores y prepararlos en tiempo récord. Trabajarán una semana y media intensiva y después comenzarán a competir, lo que se alargará por otra semana y media más.

—Qué fuerte, estoy deseando verte.

Rio y sonreí.

—No me pongas nerviosa —le pedí.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué? Si vas a hacerlo genial. No me cabe duda.

Me hizo un guiño y sonreí.

—Cuando llegue a casa les daré la noticia a mi familia de que me acompañarás, les va a hacer mucha ilusión. Gracias.

—No digas tonterías. A mí sí que me hace ilusión estar a tu lado tanto tiempo y disfrutar juntas, porque no estarás todas las horas con eso, ¿no?

—No.

—Estupendo —dijo dando una palmada—. Pues tenemos viaje a la vista, dentro de muy poco. Hoy mismo empezaré a preparar las maletas.

Reímos.

—Te presentaré a Noemí, una amiga de la infancia.

—Me encantará conocerla —me sonrió—. Joder, la que va a caer.

Miramos hacia la cristalera cuando las primeras gotas de agua de lluvia comenzaron a mojar el cristal.

—¿Cuántas clases te quedan? —le pregunté.

—Dos.

—A mí una.

—Rabiosa.

Bufó y reímos.

—Vamos a desayunar que yo no tengo prisa, pero a ti se te echará el tiempo encima.

—Sí. Qué ganas que lleguen las vacaciones.

—Ya mismo las tenemos encima.

Continuamos desayunando y fue cuestión de segundos para que al otro lado de la cristalera pareciera que fuera a terminarse el mundo. Llovía con mucha intensidad y fuerza y a los pocos que pilló desprevenidos corrían hacia los edificios.

—Estupendo, voy a estar en la clase pasada por agua —dijo Andrea.

—Mary te dejará un paraguas.

—¿Y tú?

—Si no mejora, cuando te vayas puedo quedarme aquí una hora más.

—Joder, qué manía estoy cogiéndote.

Puso los ojos en blanco y soltamos una carcajada.

Cuando llegó el momento en el que mi amiga tuvo que irse para dar su siguiente clase, le pidió a Mary un paraguas y esta se lo dejó enseguida.

Me despedí de ella y la vi pasar por delante de la cristalera, mientras que yo estaba seca y a cubierto.

Reí con ganas porque el paraguas le sirvió de muy poco, por no decir de nada. Andrea terminó corriendo hacia el edificio principal y conociéndola, iría soltando por la boca de todo.

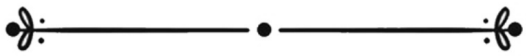
La cafetería se vació bastante.

Le pedí otro café a Mary y mientras esperaba y después me lo tomaba, tuve el móvil en las manos mientras buscaba información sobre el *rugby*.

Ya no había marcha atrás, mi padre me confirmó anoche que ya había notificado mi incorporación como entrenadora oficial, por lo tanto, más me valía ponerme al día con todo lo referente al *rugby*, sino quería hacer el ridículo y lo peor de todo, poner en ridículo a mi padre.

Por lo último no pasaba. Ni hablar.

Capítulo 14



—Joder, al final voy a tener que llevarme la maleta grande.

Andrea se quejó bufando y sonreí escuchando y viendo cómo continúo hablando sola.

Estábamos en una videollamada, desde hacía más de dos horas. Tenía el móvil en la mesita de noche, apoyado de lado porque tuve que conectar el cargador.

—Es que quieres llevarte mucha ropa —le dije.

—Son tres semanas, Meg.

—Y te llevas la maleta mediana. Andrea, no nos va a faltar de nada y si es así compramos lo que necesitemos allí y punto. Además, todavía tengo un poco de ropa para cada época del año, en mi habitación de la casa de mi madre. La dejé para cargar lo menos posible en cada viaje.

—Vale, ¿entonces qué dejo? Jo, es que me gusta todo.

—Normal, te lo has comprado tú.

Solté una carcajada y más me reí por cómo me miró. Al final puso los ojos en blanco.

El día estaba cerca, el tiempo había pasado demasiado rápido. Faltaban horas para montarnos en el avión que nos llevaría a Santander y aquí estábamos, preparando las maletas.

Bueno yo metiendo las cosas de última hora porque fui preparándola durante la semana. Andrea tendría que haber hecho lo mismo, fue lo que me dijo al confirmarme que me acompañaría, pero al final dejó pasar los días, por unas cosas u otras, y ahora estaba agobiada.

Tampoco iba mal de tiempo, eran las seis y media de la tarde y hasta el día siguiente a las ocho no teníamos que salir para el aeropuerto.

Iríamos en taxi y nos encontraríamos en el punto en el que siempre quedábamos cuando viajábamos por las vacaciones.

Mi amiga no era la única que estaba nerviosa, yo tenía los nervios por las nubes, aunque lo disimulaba muy bien.

Por suerte mañana, el día que viajábamos a Santander, era domingo y tenía tiempo para relajarme y mentalizarme bien de que al día siguiente debía presentarme frente al equipo de *rugby* al completo. Entonces empezarían a trabajar bajo mis órdenes.

Cerré la cremallera de la maleta mediana y la bajé de la cama. La llevé hasta la puerta del piso y regresé a la habitación. Lo que decidiera llevarme a partir de ahora debía ser poco y pequeño, ya que iría en la mochila que llevaría a la espalda. Esta la tenía sobre la silla.

Me tumbé en la cama bocabajo y apoyé los brazos, para sujetarme la cara con las manos, mientras miraba la pantalla del móvil.

Andrea estaba sacando ropa de su maleta y por otro lado metía el doble de la que quitaba. A este paso la veía facturando otro equipaje.

—Eres muy exagerada.

Reí y continué.

—¿Para qué has metido dos chaquetas acolchadas, si llevarás una puesta? Eso te está ocupando un montón de sitio y lo más normal es que solo utilices una.

—Eso no lo sé.

—Andrea —suspiré—. ¿Cuánto hace que llevas la misma chaqueta aquí?

—Oh, joder, vale.

Bufó y vi, con los labios fruncidos, como las sacaba de golpe.

—Así, muy bien.

—No me cabrees más —me advirtió.

—¿Quieres que colguemos y la haces tranquila?

—No, no, no…

Dejó todo lo que estaba haciendo y acercó la cara a la cámara. Su nariz se puso en primer plano y me reí.

—Si me dejas sola es peor. Anda quédate conmigo.

—Valeee… pero dame unos minutos. Dejo la llamada activa, mientras me doy una ducha rápida. Quiero quitármelo de encima para no tener que hacer nada más que la cena.

—¿Qué vas a comer? Yo tengo la nevera muy triste porque al no estar tres semanas esta he ido comprando a lo justo.

—Tengo pizza en el congelador.

—Oh, puede que me quede alguna.

—Pues compruébalo o si no pides una. No te compliques esta noche.

—Sí. Venga, vete a duchar.

Fue lo que hice, me levanté de la cama, cogí la ropa y me dirigí al baño.

No tardé mucho porque tenía el cabello limpio de lavármelo esa misma mañana, por lo que pronto tuve el pijama puesto y me fui con el teléfono y el cargador a la cocina.

Lo coloqué bien sobre la encimara, después de conectar el enchufe, y me moví por la cocina.

Lo primero que hice fue sacarme una lata de refresco del frigorífico. Tenía mucha sed y necesitaba beber algo frío.

Después de dar un sorbo saqué del congelador una pizza mediana y me puse frente a la pantalla, para sacarla y meterla en el horno.

—Ahora sí.

Fijé la vista en la pantalla.

—¿Has acabado? —le pregunté.

—Sí.

Rio y sonreí.

—Pésala, no vaya a exceder el peso y te hagan pagar de más.

—Oh, joder, ¿es que nunca se termina? Como tenga que sacar algo más…

Bufó.

Solté una carcajada mientras me iba al salón con el refresco, hasta que la pizza estuviera hecha.

Andrea consiguió que la maleta no llegara al peso máximo, pero para ello tuvo que sacar un poco de ropa más. Una hora después dejó la maleta olvidada cerca de la puerta, como hice yo, y se dio una ducha para ponerse cómoda.

Cuando ella se sentó para cenar yo ya había terminado. La acompañé mientras conversábamos, mi amiga estaba emocionada por pasar tantos días en Santander. Tenía muchos planes hechos y una larga lista con todas las cosas que quería hacer.

Nos metimos en la cama temprano, deseándonos las buenas noches antes de colgar la videollamada, y nos despertamos horas más tarde con un mensaje de buenos días.

Eso fue lo primero que vi cuando cogí el móvil para apagar la alarma, tal y como quedamos en hacer. Le respondí para que supiera que me había despertado y me levanté de la cama, para activarme.

—Me espera un vuelo entre sueños —dije mirándome en el espejo del baño.

A pesar de lo pronto que me fui a dormir y de que conseguí hacerlo rápido, ya que arrastraba varios días sin descansar bien, no pude estar más de una hora durmiendo.

El resto de la noche la había pasado en vela, hasta que sobre la cinco de la madrugada se me cerraban los ojos, a falta de media hora de comenzar el día.

Qué rabia me daba que me entrara el agotamiento cuando debía levantarme.

Solo me había permitido cerrar un poco los ojos, por suerte, porque si no, habría apagado las alarmas para seguir durmiendo.

Me pasaría el viaje descansando, lo que me parecía una idea increíble.

Me vestí y me cepillé el cabello, el que me dejé suelto. Cuando estuve preparada volví a la habitación y cogí el cargador para guardarlo en la mochila.

Lo último fue ponerme la chaqueta en la que guardé el móvil, antes de ir al salón con la mochila. La dejé en la entrada, sobre la maleta, y entré en la cocina.

Necesitaba un café con urgencia porque tenía una mala leche por haberme despertado cuando estaba en proceso de dormirme…

—Lo que mal empieza bien acaba. Lo que mal empieza bien acaba…

Comencé a repetirlo como un mantra, deseando que fuese verdad.

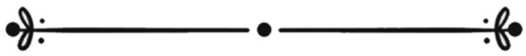
Me preparé el café y me lo tomé apoyada en la encimera. Las zonas cómodas como el sofá estaban prohibidas, a pesar de que me llamaban a gritos para que fuera. Debía evitarlas hasta que estuviera con Andrea, ya que entonces ella se encargaría de espabilarme si era necesario.

Me bebí el café con calma y cuando levanté el brazo para mirar la hora en el reloj de pulsera, fregué la taza y la dejé recogida, para después echarle un vistazo rápido al piso.

Frente a la puerta del piso, con todas las luces apagadas, me abroché la cremallera de la chaqueta y me colgué la mochila a los hombros.

Abrí la puerta y tiré de la maleta, para salir al rellano. Puse la alarma y me despedí de mi piso por unas semanas, mientras cerraba con llave.

Capítulo 15



—¡Gael!

Las personas de alrededor miraron en mi dirección, pero me dio exactamente igual.

Mi única meta era llegar hasta mi hermano, corriendo con la maleta a cuestas, mientras él reía al verme.

Andrea me seguía de cerca, quejándose de que estábamos dando la nota y de que esta no era forma de llegar a un destino. A correr se refería. Pero ni me giré hacia ella porque su tono de voz era divertido y sabía que me seguiría hasta en mi mayor locura.

Solté la maleta cuando llegué cerca de mi hermano y me lancé a sus brazos, riendo feliz.

—Otra vez aquí —me dijo después de darme un beso en la mejilla —. Al final le coges el gusto y regresas, lo estoy viendo.

Me hizo un guiño y le sonreí.

—Hola, Andrea.

—Hola, Gael. Me alegro verte, si no es por fotos no ha quien te vea el pelo.

—Yo también y no puedo decir nada al respecto. Tienes razón. Te veo muy bien.

—¡Oye! ¡No coquetees con mi amiga!

Me quejé haciéndome la indignada, en broma.

—Ven, preciosa, vamos a sacar una parte de sus celos —dijo mi hermano.

Conociéndolo debía haberme callado porque, también en broma, lo hizo peor. Cogió el asa de la maleta de Andrea y comenzó a caminar cuando le pasó el brazo por los hombros.

—¡Qué fuerte! ¡Qué soy tu hermana y acabo de llegar!

Me apresuré para ponerme a su lado.

—No sabía que fuera tan celosa —dijo Andrea, para picarme más.

—Sois idiotas.

Reí sin ganas.

—Uy, ¿no conoces esa faceta de mi queridísima hermana? Creo que estas tres semanas te servirán entre otras cosas para eso —comentó con diversión Gael.

—Mmm… mientras que no vaya en mi contra.

Se miraron y soltaron una carcajada.

Fruncí el ceño y me paré, y me dio igual volver a moverme, pero en otra dirección. Ya se darían cuenta de mi ausencia en algún momento, por lo menos lo esperaba.

Ellos continuaron caminando hacia el acceso al aparcamiento mientras que yo me dirigí hacia la izquierda, a la cafetería que se encontraba a unos metros de distancia.

Eran las once y cuarto de la mañana y necesitaba otro puñetero café, porque no tenía el día ni el cuerpo para bromas, por tontas que fueran. Lo había intentado y el fracaso era evidente.

Sí, había dormido durante el vuelo, pero me supo a muy poco y me desperté peor, con el carácter más girado.

Era una niñería que me sentara mal que mi hermano no estuviera por mí porque Andrea estaba conmigo. Otro día cualquiera, en este mismo aeropuerto, Gael me habría abrazado para no separarse de mí hasta pasado un buen rato.

Con la ilusión que venía por volver a ver a mi familia… era lo único que me había impulsado para estar aquí hoy.

—Hola. Un café con leche para llevar —le pedí al chico del otro lado del mostrador.

—Hola. ¿Algo más?

—No. Gracias.

—De acuerdo.

Me sonrió mientras tecleaba en una pantalla y me pidió que metiera el dinero en la ranura de una máquina que yo tenía delante.

Me quedé con la moneda en los dedos porque alguien me dio un ligero empujón y me apartó, impidiéndome pagar.

Dispuesta a tenerla con alguien, me giré, pero no abrí la boca porque me encontré con mi hermano.

—Añade al pedido dos cafés con leche más. En tazas los tres, para tomar aquí —le pidió al chico.

—Hecho.

Mi hermano metió su dinero en la máquina para pagar lo de los tres y cuando cogió el cambio, apoyó los brazos en la barra y giró la cabeza hacia mí.

La noche anterior me envió un mensaje para decirme que vendría él solo a recogerme, ya que nuestro padre estaba muy liado en su empresa y nuestra madre tenía visita en el médico. Nada preocupante, era de control.

Él también debía estar en su empresa, pero había hecho un parón para estar aquí con nosotras, para recibirnos. Me sentí mal, pero solo un poquito.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Nada.

Dejé de mirarlo para observar cómo el chico preparaba los cafés. Imaginé que Andrea había ocupado una mesa, por el detalle de las tazas que Gael le había pedido al chico de la cafetería.

—Claro, es lo que parece.

—No quiero hablar.

—¿En serio te has enfadado por lo de Andrea?

—No he pasado buena noche, hace varias que no lo han sido y llevo mucho arrastrado. No he dormido más de una hora, así que te aconsejo que…

—Déjate de tonterías y de advertencias, parece que te estás olvidando que estás hablando conmigo.

Lo miré de reojo para verlo con una ceja arqueada, pero me centré en el camarero que nos acercó las tazas en una bandeja.

—Gracias —le dijo Gael.

Cogió la bandeja, pero en vez de ir con Andrea a la mesa, caminó hacia un lateral de la barra. Se apartó para no molestar a otros clientes.

Puse los ojos en blanco cuando me dio la orden silenciosa de que lo siguiera, solo le bastó una mirada para que lo entendiera.

Lo hice a regañadientes.

—Dime qué pasa —insistió.

—Solo que no tengo buen día. Ya está.

Apoyó la espalda en la barra y se cruzó de brazos, sin apartar la mirada de la mía.

—Has dejado preocupada a Andrea y ahora mismo lo estará más.

—Yo no…

—Me he sentido desplazada, pero de verdad —susurré—. Sé que no tiene lógica, que en este momento soy infantil y parezco tonta por sentirme de esa manera, por unas bromas con mi hermano y una de mis mejores amigas, pero…

Gael no me dejó terminar, me agarró del brazo para tirar de mi cuerpo hacia el suyo. En cuando sus brazos me rodearon y coloqué la mejilla en su chaqueta, me sobrecogió una pequeña calma.

Era hogar, casa y amor, todo lo que necesitaba en este instante.

—¿Mejor? —me preguntó y asentí— No sabía que estabas tan susceptible, tendrías que haberme lanzado alguna señal nada más vernos, en vez de hacer una broma que he seguido sin darme cuenta de que no estabas bien. ¿Vas a decirme qué te pasa?

—Es verdad que casi no he dormido esta noche y las anteriores.

Susurré.

—¿Por qué? No me has contado nada y hemos hablado varias veces en esta semana.

—Porque no tiene importancia. Es por los nervios de este viaje.

—Ya… por lo que vas a hacer a partir de mañana, querrás decir.

—Pues eso.

Suspiré.

—¿Estás más tranquila?

—Sí, pero sigo cabreada con la vida.

—Mmm… gracias por avisar.

Reímos cuando nos separamos del abrazo.

—Nunca, escúchame bien, nunca permitiré que te sientas desplazada o triste por mi culpa. Nos quedan muchos años de enfados porque tenemos los caracteres fuertes y chocamos, pero…

—Y porque eres muy controlador y mandón.

—No te pases, no arriesgues tanto —me advirtió con una sonrisa de medio lado.

Imité la curva de sus labios.

—Como decía, nos enfadaremos muchas veces, pero los dos sabemos que se nos pasa rápido. No podemos estar mucho tiempo mal con el otro.

—No.

—Si como hoy, alguna vez te sienta mal cualquier cosa de mí ponte seria desde el principio y dímelo. Aunque soy una de las personas que más te conoce, por no decir que estoy en el primer puesto con nuestros padres, no soy adivino, Meg. Es imposible que sepa cómo te sientes en cada momento y menos si me lo escondes. Muchas veces lo sabré diferenciar, pero otras no, como ahora.

—No ha sido tu culpa ni la de Andrea. Mi reacción ha estado fuera de lugar y ha sido muy exagerada.

—Lo sé, el problema es cómo estás tú y por qué te ha llevado a eso.

Ladeó un poco la cabeza, observando fijamente.

Me sentí nerviosa porque sabía perfectamente lo que estaba pasando por la cabeza de mi hermano. Lo que era una gran verdad, pero no iba a reconocerlo ni a darle voz.

Yo lo sabía. Él lo sabía. Y ambos coincidíamos.

—¿Vamos con Andrea? —me preguntó— Los cafés van a quedarse helados.

—Sí. Vamos —le sonreí—. Le he dado un disgusto nada más llegar a Santander, no lo olvidará en un tiempecito.

Hice una mueca, disgustada y apenada.

—Tonterías, en cuanto te vea bien ya no se acordará.

Me dio un beso en la frente antes de coger la bandeja y nos dirigimos a la mesa que había ocupado Andrea.

Mi amiga no apartó los ojos de los míos, mientras me acercaba a ella. Noté su preocupación, por lo que sonreí para que se relajara. Conseguí mi propósito, mientras me devolvía la sonrisa.

—Lo siento.

Me disculpé inclinada hacia ella, para darle un beso en la mejilla.

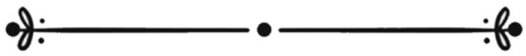
—Se me ha ido la cabeza.

—No pasa nada —le quitó importancia rápido—. A nosotras nos suele pasar a menudo, estamos acostumbradas.

Rio y sonreí, porque era verdad que teníamos cada arranque cuando nos dejábamos llevar…

Ocupé una silla y cogí mi taza, para endulzar el café y comenzar a bebérmelo. Sería rápido porque a estas alturas estaba templado.

Capítulo 16



—Qué bien se está aquí.

Sonreí girando la cabeza hacia Andrea.

Tenía razón, se estaba de lujo.

Estábamos en el jardín de la casa de mis padres, donde habíamos echado una manta grande sobre la hierba, para tumbarnos. Así estábamos, tumbadas bocarriba mientras el sol nos daba directamente.

Drako estaba a mi otro lado, también tumbado con los ojos cerrados.

Hacía unas horas que mi hermano nos trajo y se quedó un rato más con nosotras, pero tuvo que irse a su empresa.

Mi madre no había regresado todavía, por lo que estábamos solas. Sí había hablado con mis padres, a ella la llamé y la cogí esperando en la sala del médico, mi padre se me adelantó en la llamada.

No hizo falta que le enseñara a Andrea la habitación que sería suya por tres semanas, ya que las veces que me había acompañado los fines de semana siempre se quedaba en la misma.

Fue la que utilizó, hacia la que se dirigió cuando subimos las escaleras hasta la primera planta, cargando con las maletas.

Entramos cada una a la suya para cambiarnos de ropa y ponernos más cómodas. Después bajamos al jardín, hasta este momento.

—¿Estás contenta? Cuando has salido de tu habitación te he notado rara. No me tengas en cuenta cómo me he puesto al llegar al aeropuerto.

Hice una mueca.

—No te tengo en cuenta nada.

Sonrió girando también la cabeza. Nos quedamos mirándonos.

—Los tres hemos hecho bromas y no nos han salido bien. Ya está. Estar sensible no es mala, Meg.

—Ya lo sé, pero pagarlo con las personas que quieres sí.

Suspiré.

—Ha sido un mosqueo muy pequeño.

Rio.

—Tratándose de mí, sí.

Me uní a sus risas.

—Cuando quieras contarme por qué te está afectando tanto este viaje, me tendrás para escucharte.

—No sé…

—No lo niegues porque te conozco y has pasado una semanita… llevas sin descansar bien días y conforme se acercaba el día de hoy fuiste poniéndote peor. Estaba nerviosa y te alterabas con nada, por todo eso debía haberme anticipado a la reacción que tendrías en el aeropuerto. Se me fue.

—No sé ni yo lo que me pasa.

Moví la cabeza para dejarla mirando hacia el cielo y me quedé pensativa.

—¿Estás segura?

—Sí —contesté—. ¿Sabes algo nuevo de Cameron? —me interesé.

—Cuando he llegado he escrito en el grupo que tenemos todos los amigos, para decirles que estaba recién aterrizada en Santander.

—¿Y?

Volví a mirarla.

—Que me han escrito todos menos Cameron.

Se encogió de hombros, con expresión de tristeza.

—Me han puesto los comentarios normales: pásatelo bien, disfruta, desconecta, recarga pilas en las vacaciones, ya te echamos de menos, tráenos algo, aunque sea un imán para el frigorífico, prepárate, porque a lo mejor te damos una sorpresa presentándonos ahí unos días porque eso del *rugby* tiene que molar verlo en directo, y más ver a Megan en acción. Ja, ja, ja… Mensajes como estos y han terminado de esa manera, riendo todos por el comentario de que quieren verte al frente del equipo de *rugby*.

—Como vengan los pongo a correr y a sudar también. Ellos mismos.

Elevé las cejas y soltamos una carcajada.

—¿Estás segura de que no se te ha pasado el mensaje de Cameron?

—Y tanto, los he leído todos muchas veces. —Bufó—. ¡Si te los he dicho de memoria y en orden!

—Mmm… pues no sé.

—Yo tampoco.

Suspiró.

—Es raro.

—Me da igual.

—No te lo crees ni tú.

—También me da igual.

Reímos.

—Estoy aquí por varios motivos muy importantes. Para empezar, para hacerte compañía y para estar a tu lado en esta loca aventura, para continuar, para ver a tu familia y pasar unos momentos todos juntos, y para finalizar, para tomar distancia de Cameron y de su indiferencia.

—¿Estás resentida con él?

—No puedo. —Hizo una mueca—. No sería justo.

—No, no lo sería. Él no tiene la culpa de que no te quiera fuera de la amistad, si es que es el caso. No te pongas más triste.

—Lo tengo asumido, cariño.

Sonrió con tristeza.

—Pero no sabemos si es cierto porque te ha dado algunas señales que dan mucho que pensar.

—He llegado a la conclusión de que cuando lo tengo cerca se me va la cabeza y me invento las cosas.

Soltó una carcajada.

—Vamos.

Me levanté de repente y rápido, y Drako me siguió al momento, activándose de la misma forma.

Cogí la manta y comencé a tirar de ella, riendo al mover el cuerpo de Andrea.

—Joder, ¿adónde quieres ir? ¿No has dicho que íbamos a tomarnos con calma el día y que aprovecharíamos para descansar? ¿Ahora te entra la prisa?

—He cambiado de idea. Voy a llevarte a un salón de peluquería y belleza que es una maravilla, aunque no para que te hagas nada porque siempre está a tope.

—¿El de tu amiga Noemí?

—Ese.

Sonreí.

—Oh.

—Venga. Quiero presentártela y como cuando lleguemos será la hora de comer, la secuestramos para ir las tres juntas.

—Me gusta la idea.

Rio animada y sonreí.

Recogimos la manta y la dejé doblada en un sillón del porche.

Cuando entramos en la casa fuimos a nuestras habitaciones para calzarnos y arreglarnos un poco.

En el momento en el que terminé apareció en mi puerta Andrea, lista para irnos, y le pedí un momento sentándome en el filo de la cama. Ella vino a mi lado y se sentó también.

Aproveché para enviar un mensaje al grupo que tenía con mi familia, para avisarlos de que salíamos.

Andrea y yo seguimos la conversación sonriendo.

Megan: *Holaaa… voy a salir con Andrea, vamos al salón de Noemí. No sé hasta qué hora estaremos fuera, el plan es ir a comer con Noemí y si no puede, pues Andrea y yo terminaremos donde más nos apetezca.*

Gael: *Qué bien vives, hermanita. Me pregunto por qué narices yo tengo que estar esclavizado en mi empresa y tú por ahí, como un alma libre sin obligaciones.*

Megan: *Ja, ja, ja… ¿Esclavizado? No me hagas hablar. Y si soy un alma libre como dices, es porque estoy de vacaciones, listo.*

Papá: *Hijo, yo que tú me callaba porque saldrás perdiendo.*

Mamá: *Estáis trabajando los dos porque queréis, sois los dueños de vuestras empresas y les pagáis a muchos trabajadores para que se ocupen de todo.*

Papá: *¿Ves? ¿Para qué has sacado el tema, Gael? Tienes razón amor.*

Gael: *Mamá, somos unos hombres responsables y no podemos olvidarnos de nuestras obligaciones*

Mamá: *sin comentarios…*

Papá: *Gael, cállate. Hija, pasároslo muy bien. Por la tarde le damos la bienvenida a Andrea como se merece en persona.*

Megan: *Gracias. ¿Drako querrá estar fuera en el jardín o dentro de la casa?*

Papá: *¿Has estado fuera con él?*

Megan: *Sí, un buen rato.*

Gael: *En la casa.*

Mamá: *Dentro de casa.*

Mamá: *Igualmente yo llegaré en una media hora.*

Papá: *¿Ya has salido del médico, cariño?*

Mamá: *Sí, hace un rato. Ahora mismo estoy en un supermercado, he entrado a por varias cosas que necesitaba.*

Gael: *¿Y bien?*

Mamá: *Todo perfecto, amores. Os quiero.*

Papá: *Esta noche vamos a celebrarlo, tú y yo. Ahora te digo cómo para que vayas preparándote.*

Megan: *Vale, es el momento de largarme para que no escandalicéis.*

Gael: *Correcto, Meg. Yo también me piro.*

Papá: *¿Has visto qué rápido me quito de encima a nuestros hijos, cariño?*

Mamá: *Ja, ja, ja…*

Megan: *Ja, ja, ja… dejo a Drako en casa. Hasta luego. Os quiero.*

Gael: *Menuda familia me ha tocado. Ja, ja, ja… apareceré al final de la tarde. Os quiero.*

Mamá: *Os queremos. Besos y abrazos para Andrea.*

Papá: *Sí, os queremos, aunque a veces, en algunos momentos muy concretos, me planteo hasta qué punto. Me uno a esos besos y abrazos para Andrea.*

Megan: *Me ha dicho que os los devuelva, hasta más tarde que os los pueda dar ella misma. Adiósss…*

Salí de la conversación y cuando me encontré con la mirada de Andrea, soltamos una carcajada.

Antes de levantarme de la cama me llegó otro mensaje fuera del grupo y sonreí al ver que era mi hermano, desde nuestra conversación privada.

Gael: *Yo te mando a ti los besos y los abrazos que estás sensible, pero no quería decirlo en el grupo para que no te agobiaran a preguntas. Te quiero, disfrutad y remonta el día.*

Megan: *Eres el mejor hermano del mundo. Y tú no trabajes mucho, date respiros. Te quiero.*

—Qué mono. Es un hombre y persona increíble —dijo Andrea.

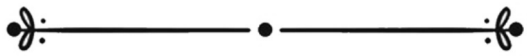
Suspiró y sonreí.

—Lo es. Todo y más.

Nos levantamos de la cama y salimos de mi habitación, para bajar la escalera.

Me aseguré de dejar la corredera bien cerrada y de comprobar que no hubiera ninguna ventana abierta, y nos fuimos de la casa dejando a Drako acurrucado en un sillón.

Capítulo 17



—¿Nerviosa?

—Oh, joder —me asusté.

Di un pequeño brinco en el sillón del porche, porque no esperaba que me hablara nadie a esta hora.

La taza se me resbaló de las manos, pero por suerte quedaba muy poco café dentro. No se me cayó ni me la derramé encima, hubiera sido un mal comienzo porque ya estaba vestida y preparada para salir.

No era tarde ni estaba sola en la casa de mis padres, pero sí daba por hecho que tendría como mínimo una media horita calmada para mí sola. Hasta que Andrea bajara.

Faltaban pocos minutos para que fueran las ocho.

Mi padre madrugaba mucho y se iba a la empresa sobre las siete. Cada día. Normalmente mi madre se levantaba para despedirlo y después iba a la sala en la que pintaba. Su momento favorito para pintar era con el primer café del día y Drako siempre estaba con ella.

Mi hermano en esta ocasión no pasaba las noches con nosotros. Según él al estar Andrea yo estaba entretenida, lo que era muy cierto. Gael dormiría las noches en su casa, pero durante los días, siempre que él pudiera, por las tardes y los fines de semana, compartiríamos todos los momentos posibles. Lo que no quería decir que alguna noche le apeteciera quedarse aquí.

Y Andrea estaba terminando de prepararse, sabía que todavía faltaban diez minutos para que bajara. Como mínimo.

—¡Ya te vale! —me quejé a mi hermano.

Era él el que había llegado por mi espalda y me había sobresaltado con su pregunta, al romper el silencio que había a primera hora de la mañana.

Volvió a reír, porque sí, se rio por mi reacción.

—Oh.

Una taza con café con leche apareció delante de mis ojos, cuando Gael la bajó para que la cogiera.

—Sí, oh —dijo divertido.

Con su taza en la mano empujó otro sillón del porche para acercarlo a mí, y se sentó a mi lado. Pero antes se inclinó y nos dimos un beso en la mejilla.

Dejé la taza anterior en el suelo y agarré con las dos manos la nueva. Me la acerqué a los labios para soplarle al café.

—Las máquinas modernas son un peligro. Si te hubiera escuchado preparar los cafés no me habría asustado.

Suspiré.

—Claro.

Rio.

—¿Qué haces aquí?

—Vaya, gracias.

Sacudió la cabeza.

—Jo, lo digo porque es lunes.

—Ya lo sé.

Me hizo un guiño y puse los ojos en blanco, dándolo por imposible esta mañana. Por el momento. Necesitaba más cafeína para comenzar a cambiar de opinión.

—Quería verte antes de que te fueras y tomar un café contigo. En cuanto me lo termine me iré para la oficina. —Levantó su taza—. Hoy tengo bastante follón, para empezar dos reuniones casi seguidas de buena mañana. Me estalla ya la cabeza y no he llegado.

—Anúlalas.

—Qué fácil lo solucionas todo.

Rio.

—Me cambio por ti —le propuse.

—Ahí querías llegar, ¿eh? —me preguntó con mucha intención.

Soltó una carcajada y sonreí.

—Sí —le confirmé.

Me llevé la taza a los labios y le di varios sorbos seguidos al café.

—Lo harás genial. No tengo ninguna duda —me dijo.

—Gracias.

Sonreí apoyando la cabeza en el respaldo del sillón.

—Estás preciosa.

—No empieces —reí con ganas.

—Te has arreglado.

Se refirió al maquillaje, pero me había aplicado poquísimo, solo lo suficiente para tener un aspecto porque había vuelto a pasar mala noche.

—Como cuando voy a trabajar a la universidad, ni más ni menos.

Me encogí de hombros.

—¿Cómo has dormido hoy?

Como respuesta hice una mueca y él frunció el ceño.

—¿Tampoco has descansado esta noche pasada? Joder, Meg. ¿Qué está pasándote?

—No va a sucederme nada por unas noches seguidas que no duerma apenas.

Le sonreí.

—Es como cuando teníamos la época de exámenes, ¿te acuerdas? Cuando terminábamos el último éramos capaces de dormir desde ese mismo día al siguiente.

—Sí.

Sonrió al fin, suavizando sus facciones.

—Lo que me sucede seguro que es por lo del campeonato, en cuanto pase hoy que es el primer día, o mañana como mucho, volveré a recuperar mi ritmo habitual.

—¿Es que tienes alguna duda de que es por lo del campeonato? Porque yo no.

Elevó las cejas.

Se acercó la taza a los labios, para beber sin dejar de observarme.

—Vale, sí. Estoy muy nerviosa.

Bufé.

—Ajá.

—Vale. Sí, ya sé que también lo sabías —dije con retintín.

Soltó una carcajada, pero como a mí no me hizo ninguna gracia, me dediqué a beberme el café.

—Si que tenéis ganas de reír de buena mañana.

Ambos giramos las cabezas hacia Andrea.

—¿Y esa sudadera? —le pregunté sorprendida.

Solté una carcajada sin poderme contener y me hermano me siguió.

Andrea iba luciendo una sudadera en la que, en la parte delantera, con letras grandes y perfectamente legibles, ponía: *amo el rugby y tu trasero también, así que corre si no quieres que te lo patee.*

—¿A que mola? —nos preguntó ilusionada.

—Joder, ¿de donde la has sacado? —Quiso saber Gael.

—La encargué hacer —le contestó.

Le hizo un guiño y se sentó en el brazo de mi sillón.

—Me encanta —le dije.

Cogí la cinturilla para estirar la sudadera.

—Sabía que sería así, por eso pedí otra para ti.

—¿De verdad?

—Claro. Pero no te la doy que eres capaz de ponértela hoy y no sería un buen comienzo con tus jugadores.

Rio.

—Mmm… sería el ideal para dejar las cosas claras desde primer segundo.

—Espero que se quede en el fondo de tu armario, por el momento —le dijo Gael, con diversión—. Me ha flipado.

Reímos.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —me preguntó Andrea.

—Uf —dije con pesadez.

Entre ella y mi hermano se empeñaron en tocarme las narices, porque me agarraron cada uno de un brazo y me levantaron del sillón en contra de mi voluntad.

A regañadientes fui hasta la cocina para dejar la taza y después hacia la escalera, ya que me hermano me echó de la cocina para fregar él las tazas, mientras yo iba a por mi chaqueta y el bolso.

No me quedó más remedio que hacerlo todo.

Frente al espejo de cuerpo entero de mi habitación, preparada para irme ya, me observé dándome ánimos.

Solté un largo suspiro y salí de mi habitación para volver a la planta principal. La voz de mi madre me ahorró de ir a la sala donde pintaba, ya que había salido y estaba hablando con mi hermano y con Andrea, quienes ya estaban preparados con las chaquetas y ella con el bolso.

—Cariño. ¡Qué te vaya muy bien el primer día!

Me abrazó con fuerza y me aferré a su cercanía.

—Gracias, mamá.

Le di un beso en la mejilla.

—Volveremos de una pieza —soltó Andrea.

—Mujer, solo faltaría —dijo mi madre.

Mi hermano y ella rieron, mientras que mi amiga sonreía de oreja a oreja y de vez en cuando me miraba de reojo.

Andrea me agarró de la mano y se lo agradecí con un ligero apretón.

En el exterior, el coche de mi madre estaba ya estacionado a unos metros de distancia de la entrada principal. Mi padre se había encargado de dejarlo ahí antes de irse esta mañana.

Drako corrió nervioso y cuando se paró frente a mí me agaché para darle un beso en la cabeza. Lo abracé y lo acaricié, sonriéndole.

Me despedí de mi hermano y de mi madre y fui al coche con Andrea. Gael se montó en el suyo, para salir juntos, pero en cuanto nos incorporamos a la carretera tomamos direcciones diferentes.

—Qué pasada —dijo mi amiga, refiriéndose al coche de mi madre.

—Sí.

Sonreí.

—Es una cucada y parece nuevo.

—Porque casi lo es, para lo que lo utiliza mi madre…

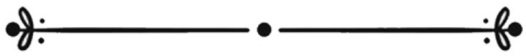
—¿Preparada?

—No.

Mi respuesta fue rápida y tajante. Giré la cabeza unos segundos hacia ella y soltamos una carcajada.

Mejor reír que llorar, dónde va a parar.

Capítulo 18



—Qué bonito, ¿no?

—Espera a verlo mejor, te va a encantar —le dije a Andrea—. Aunque para ver el edificio por dentro tendrás que esperar.

Hoy no había clases, por lo tanto, el instituto estaba cerrado y no se podía acceder a él. De hecho, no había nadie por la zona.

No podía dejar de sonreír, era lo que me provocaba mi tierra y ciertos lugares.

Este concentro, en el que nos encontrábamos, marcó mucho mi vida.

Nos bajamos del coche y observé el aparcamiento. Me trajo tantos recuerdos. Ahora se veía casi vacío, ya que era muy grande y había poquísimos coches en comparación.

—Así que aquí estudiaste —dijo Andrea, cuando se puso a mi lado.

—Sí. Este fue mi instituto.

Ambas miramos hacia el gran edificio que se alzaba entre árboles de un verde intenso, la construcción estaba rodeada por ellos y por la gran extensión de césped.

—Es tan diferente a mi instituto… en la ciudad todo es más frío y está todo muchísimo más juntos. Bueno ya los sabes, las dos venimos de ahí.

Nos miramos y reímos.

—Vamos.

Nos alejamos del coche yendo hacia el camino asfaltado que llevaba en varias direcciones por el césped.

Cuando llevábamos un buen tramo recorrido, le señalé hacia la derecha, sonriendo con añoranza.

—Ese era mi rincón favorito.

—¿El árbol?

—Bajo él, sí —le confirmé—. En cuanto tenía tiempo libre me encantaba sentarme bajo la copa, a leer o simplemente para estar en silencio, mientas observaba la gente que caminaba a mi alrededor y también los que elegían relajarse y desconectar como yo.

Quien quisiera encontrarme fuera del horario de las clases sabía dónde ir.

—Mi lugar era la cafetería, incluso durante las clases.

Soltamos una carcajada.

—No sé cómo conseguiste aprobar.

Negué con la cabeza.

—Oye, que soy un celebrito —dijo con una risilla.

—Ya decía yo que he notado que estaba a otro nivel —hablé con diversión—. Eh…

Me paré cuando noté que no estaba a mi lado. Me giré hacia ella y me acerqué, porque se había quedado retrasada unos pasos, al pararse.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Miraba la pantalla con el ceño fruncido.

—¡Andrea!

—Ay, ¡qué susto!

—¿De verdad?

Reí.

—¿Qué haces?

—Me ha escrito Cameron.

Se mordió el labio inferior y me enseñó la pantalla, para que leyera el mensaje.

—Hola.

Eso era lo que le había puesto.

—¿Y tanta emoción por un saludo?

—Mira de cuando es el último mensaje en nuestra conversación privada.

—Mmm… hace meses y del anterior más.

—Sí. Hablamos por el grupo donde están los demás. ¿Qué mierda significa este hola?

—Te ha saludado —contesté.

—En serio, Meg, menos mal que no te dio por ser detective privado.

Bufó y solté una carcajada.

—Joder, tú estás igual que yo.

—Sí. Estamos apañadas las dos.

Suspiró, mirando la pantalla.

—Respondele.

—¿Qué? ¿Y qué le pongo?

—Leche, pues otro hola. Tampoco es que esté dando opción a más. solo eso, hola, y espera a ver si vuelve a escribirte. A ver cómo reacciona.

—Vale.

Suspiró, antes de teclear el saludo.

—Hecho.

—Pues ya está. Ahora solo queda esperar.

Me encogí de hombros.

—Creo que he removido algo en él.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté cuando volvimos a andar por el camino asfaltado.

—Es que en Instagram he puesto esta mañana una historia con una foto que he sacado desde la ventana de la casa de tus padres. Es preciosa, en ella se ve una parte del jardín y al fondo de todo el mar. He escrito la frase de: *estoy planteándome seriamente cambiar el rumbo de mi vida*.

—Y Cameron la ha visto.

—Sí.

—Entiendo.

Asentí.

—Pues lo mismo tienes razón y ese hola es para tantearte —dije pensativa.

—También he enviado una foto mía al grupo de mis amigos, me la he hecho de cuerpo entero, enfocando al espejo. Se lee perfectamente lo que pone en la sudadera. Ja, ja, ja…

—Imagino el cachondeo en el grupo.

—Uy, nos hemos reído un buen rato.

Reímos.

—¿Y Cameron ha hecho algún comentario?

—No, solo leía. Con la foto también he puesto una frase.

—Hoy es tu día de las frasecitas —comenté con humor.

—Qué remedio, no me queda otra.

Suspiró.

—No estás haciendo nada malo, es tu vida.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué frase has puesto al enviar tu foto al grupo?

—Que este podía ser el primer día de un cambio importante en mi vida —dijo con una risilla.

—Estás jugando muy bien, si Cameron siente algo por ti lo estás alterando. Estoy muy orgullosa de ti.

—Ay, gracias.

Solté una carcajada porque se lanzó a mi cuello de repente, de donde me abrazó dejándose caer sobre mí.

Poco faltó para que nos fuéramos al suelo porque me pilló de sorpresa y no estaba preparada, por lo que di varios pasos hacia atrás, saliendo del camino al césped.

Andrea no podía parar de reír y yo más feliz no podía sentirme por ella, por cómo se encontraba. Al menos en este momento, en esta mañana.

—Compórtate que a este ritmo llegamos y eso que hemos venido bastante antes.

—Sí, entrenadora —dijo poniéndose firme.

—Hoy estás que te sales, pero cuidado hacia dónde apuntas, porque conmigo te saldrán mal las jugadas.

Le advertí riendo.

—Me arriesgaré, pequeña.

Con esas palabras y una palmada en la nalga, salió corriendo por delante de mí y la seguí sin dudar, entre risas las dos. Por parte de mi amiga también algún gritito.

Cuando nos tranquilizamos volvimos a caminar para estabilizar la respiración.

—¿Hacia dónde vamos? —me pregunté parada frente a la entrada principal del edifico— Qué bonito es, Meg.

—Sí. Impone, y más tan solitario. Ven, el campo está por aquí.

Giré hacia la derecha y tomamos otro camino que rodeaba una parte de la construcción. Llegó un punto en el que una parte de las gradas se hizo visible y Andrea silbó, observando con mucha atención todo lo que veía.

—Ala, qué pasada —dijo a falta de unos metros por llegar—. ¿Aquí fue dónde entrenaste al equipo junto a tu padre?

—Sí. Éramos todos de este instituto, entre los jugadores los había de mi edad, pero la mayoría tenían dos años más.

—¿Y qué tal se portaban? ¿La Meg joven dominaba bien la situación?

—Había días de todo, me refiero al comportamiento, pero al principio no me lo pusieron nada fácil.

—¿Tan mal fue?

—Delante de mi padre no, nunca nadie se atrevió a nada. Lo respetaban demasiado.

—Me hago una idea —dijo pensativa.

—Pero a las espaldas de él para los demás era la hija del entrenador, lo que equivalía a ser una enchufada que estaba aquí para pasar el tiempo. No me conocían bien y se tomaban muy en serio este deporte. No solo ellos, aquí *«todos»* se toman muy a pecho el *rugby*.

Sonreí de medio lado y Andrea soltó una carcajada.

—Me hubiese encantado conocer a la Meg de la época del instituto.

—No te perdiste nada nuevo. Me conoces bien.

Reímos.

—Y les dejaste claro que de enchufada nada y que ser la hija del entrenador no era importante.

—Exacto. Desde el primer momento mi padre me dejó a mi aire, me dio la libertad de decisión y de hacer y deshacer. Nunca me pidió explicaciones cuando uno de sus jugadores corría vueltas extras por el campo, o hacía ejercicios durante más tiempo. Pasé de ser la estirada y pija, que de pija tenía lo que tengo ahora, cero, pasé de eso a ser la sargento, la mandona insoportable.

—¿En serio?

Soltó una carcajada.

—Ajá, y, por último, fui la entrenadora, a secas.

—Porque te respetaron cuando les demostraste lo que vales —dijo.

—Sí. Todo cambió.

Susurré.

Una extraña emoción me recorrió de los pies a la cabeza, cuando nos paramos a pie de campo.

Recorrí con la vista todo el terreno y después las gradas que quedaban a nuestra izquierda. Todo estaba vacío, solitario, pero era cuestión de un tiempo que comenzaran a llegar los jugadores.

Ese pensamiento me dio un vuelco al estómago y me llevé la mano a la barriga.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. Claro.

La miré sonriendo.

—Es que aquí tengo recuerdos por todas partes.

—Espero que buenos, al menos en su mayoría.

—Mmm… hay de todo, por desgracia. Ahí me dieron mi primer beso.

Señalé hacia la parte de debajo de las gradas, a la estructura, el espacio que quedaba por debajo de los asientos.

—Joder, ¿fue ahí?

—Sí.

Reí.

—¿Dónde fue el tuyo? —le pregunté.

—En la playa.

—¡Qué guay!

—De guay nada, hija —dijo con un bufido.

Soltó una carcajada y la miré extrañada, esperándome cualquier cosa de ella.

—Mi primer contacto con otros labios fue el de una mujer que me hizo el boca a boca porque tragué mucha agua del mar y casi no lo cuento. Las olas me hundieron y no conseguía salir. Era adolescente.

Puso los ojos en blanco.

—¡No me lo puedo creer!

Agrandé los ojos.

—Sí. —Hizo un puchero—. Así que imagínate qué recuerdo tan bonito tengo yo. Espero que el tuyo valiera la pena.

—Joder, el tuyo valió muchísimo más la pena. Esa mujer te salvó la vida.

—Mirándolo así…

—Anda que…

Reímos.

—Vaya, vaya, vaya… ¡Ya tenemos espectadoras y todavía no hemos comenzado!

Al escuchar una voz masculina nos sobresaltamos un poco, aunque por suerte no se notó. Andrea y yo nos giramos despacio, para encontrarnos con un grupo de cuatro hombres.

El que había hablado volvió a hacerlo.

—¡Y qué espectadoras! Hola, preciosas. ¿Venís a vernos entrenar el primer día?

—Eloy, tío, fíjate bien en la morena —le pidió su amigo.

—No es morena, la gama de colores la lleváis fatal —les dijo Andrea, indignada.

El hombre se había referido a mí porque mi amiga tenía el cabello dorado. No había margen de error entre las dos.

Apreté los labios para contenerme, no quería reírme en este momento.

—¿Cómo? —preguntó el tercero del grupo.

Mis ojos se quedaron fijos en el cuarto hombre, mientras él me observaba serio, con una postura pasota y a la vez dominante. Esa era la sensación que daba, la misma que en el pasado y que recordaba perfectamente.

Tenía las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, las piernas ligeramente abiertas y la espalda recta, y tragué saliva, muy sutilmente, porque sabía a quién tenía frente a mí.

Me dejó claro que él también me reconoció. Lo supe.

—Que mi amiga no es morena, es castaña clara —le aclaró Andrea, con cansancio.

—Ah —respondió el mismo hombre al que iba dirigido el comentario.

—La castaña clara, que no morena, es Megan, la hija del entrenador Evan —dijo brillantemente el que les había dicho a los demás que se fijaran bien en mí, para que no me confundieran con una espectadora —. Joder, si parece la misma. ¿Cómo no la habéis reconocido?

Debo decir que tenía razón porque no era difícil reconocerme.

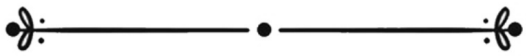
Claro que había cambiado, los años pasaban para todos, pero los mayores cambios se los llevó mi cuerpo, ya que mi cara se reconocía fácilmente si me conocieron en el pasado.

Exactamente era lo que me había sucedido con los cuatro hombres que estaban a pocos metros de distancia, estaba convencida en que creía saber quiénes eran. Tenía muy buena memoria.

El cuarto de ellos, el que no apartaba la vista de mí, era el que más me había dejado impactada.

Pero era normal que algunos de ellos no hubieran caído a la primera en quién era yo, hacía tanto tiempo desde la última vez que nos vimos…

Capítulo 19



Una hora y media antes…

Adrián

—¡Qué bien viven algunos por aquí!

Mis labios se curvaron al escuchar la voz de Eloy.

Abrí un ojo, ya que hacía rato que los cerré para disfrutar del sol en la cara.

—¡El gran Adrián! ¡Estoy emocionado!

En esta ocasión el que habló fue Leo.

Solté una carcajada, mientras me levantaba de la silla para recibirlos con un abrazo, sin perder la sonrisa.

—¿Qué tal, amigo? —me preguntó Leo.

—Esperándoos, porque como siempre llegáis tarde…

Los tres ocupamos las sillas alrededor de la mesa de la cafetería.

Estábamos en la terraza, habíamos quedado aquí para tomarnos un café antes de dirigirnos hacia el campo del instituto. La idea era llegar juntos al estacionamiento y al campo, como solía suceder años atrás.

—A mí me ha costado levantarme de la cama hoy, sabiendo que en nada me harán correr y que terminaré agotado —se lamentó Eloy—. Hace años que no corro.

Rio.

—Ni yo, a ver cómo se nos da esta aventura —comentó Leo.

Sacudió la cabeza.

—La culpa la tenéis únicamente vosotros y yo me he dejado liar —les dije.

—Es que sin ti no habría habido equipo, Adri —comentó Eloy.

—Claro que habría, con un sustituto.

Arqueé una ceja.

—Lo que no sería lo mismo, ni por asomo —dijo Leo.

—Además, la experiencia merece la pena. No podéis negar ninguno de los dos que cuando recibisteis la llamada de la organización os llevasteis una buena sorpresa y que os hizo ilusión —habló Eloy.

—Tienes razón, fue un puntazo después de tantos años —rio Leo.

—Pero yo acepté porque me dijeron que volveríamos a tener de entrenador a Evan —dije, tamborileando los dedos en la mesa.

Mis amigos me miraron en silencio. Leo serio, pensativo, Eloy con una sonrisa de medio lado.

—¿Jodido, amigo? —me preguntó Eloy.

—¿Acaso me ves así?

Elevé las cejas.

—No lo sé, ¿nervioso quizás? —continuó.

—Sí, mira como tiemblo.

Eloy soltó una carcajada, mientras Leo sonreía.

—Perdón, llego tarde.

Los tres miramos al recién llegado, a Félix.

Este nos saludó con un abrazo rápido y arrastró una silla libre de otra mesa, para sentarse a mi lado.

Lo cuatros éramos amigos desde siempre, la verdad. Nos conocimos en el colegio y allí formamos una alianza que hoy día continuaba fuerte y resistente.

Los años que habían pasado no había jugado en nuestra contra, a pesar de que nos separamos cuando terminamos el instituto.

—¿Se te han pegado las sábanas, Félix? —le preguntó Eloy, con picardía.

—No te hagas el disimulado que esas mismas sábanas de las que hablas, las mías, las tenías enrolladas en las piernas esta madrugada —dijo Félix.

Se la devolvió, pero bien.

Acababa de insinuar que habían pasado la noche juntos y que la habían tenido movida, lo que ya os digo que no era cierto.

Sí que dormíamos en las casas de los otros cuando encartaba, pero no con el sentido que le había dado Félix.

Soltamos una carcajada.

—Muy buena esa —dijo Eloy.

Chocaron las manos.

El camarero vino a tomar nota de lo queríamos, porque cuando llegué se acercó a mí y le dije que estaba esperando a tres amigos. Por ese motivo no había venido hasta este momento.

Le pedimos cuatro cafés con leche y Félix y Leo pidieron tostadas para todos, con las que no contaba.

—Yo he desayunado antes de salir —les dije.

—Pues por partida doble —Félix me agarró de un hombro—. Hoy lo vas a necesitar. Todos porque al menos yo hace meses que no hago nada de deporte.

—Ya somos tres —rio Leo.

—Sois unos vagos —comenté.

Sonreí de medio lado.

—Nos vas a ganar por goleada. —Bufó Eloy.

Puso los ojos en blanco.

—Ya te digo, eres el único que estás acostumbrado a moverte —rio Félix.

El camarero regresó con los cafés y las tostadas, y una vez que lo repartió todo, Eloy se adelantó para pagar. Le dio un billete y el chico se fue para traerle la vuelta enseguida.

Le eché un poco de azúcar a mi café con leche y lo removí, para beber el primer sorbo. El jamón de las tostadas tenía una pinta increíble, de eso las habían pedido Leo y Félix.

—¿Cómo os han ido los días que hace que no nos vemos? —nos preguntó Eloy.

—En dos días no me da tiempo a tener novedades —comentó con diversión Félix.

—Porque tienes una vida muy aburrida.

Soltó una carcajada Eloy.

—Como si la tuya fuera diferente, manda narices.

Puso los ojos en blanco Félix.

Los dejé hablar, mientras yo partía una punta de la tostada. Me la comí en pocos mordiscos, con lo que tuve más que suficiente.

—Todas vuestras —les dije.

Me limpié las manos y continué con el café.

—Así no vas a ponerte grande —comentó con humor Félix.

—Cállate y come, porque como te haga algún comentario al respecto…

Mi advertencia provocó más risas, de las que pasaron al silencio para comer.

No podíamos tomárnoslo con calma porque si no llegaríamos tarde y por ahí sí que no pasaba.

—¿Qué tal lleváis la noticia del cambio de entrenador? —preguntó Leo.

—Ya lo hablamos cuando nos enteramos —dijo Félix.

—¿Qué dices? Nuestra conversación no duró ni cinco minutos.

—Porque siempre estamos muy liados. —Negó con la cabeza Leo.

—Esa es otra, ahora comentamos lo del cambio de entrenador, pero ¿qué me decís de las horas libres de trabajo que vamos a tener por los entrenamientos y partidos? ¿Eh?

Fue Eloy quien lo dijo y todos lo miramos como si acabara de decir una gran tontería.

—Tío, no sé tú, pero yo con estos parones iré después hasta el cuello de trabajo —contesto Leo.

—Efectivamente.

Estuve de acuerdo, antes de terminarme el café para seguir hablando.

—Y ya da igual lo que nos parezca el cambio de entrenador. Es efectivo, comenzamos hoy, por lo que es lo que hay.

Fijé la vista en la taza vacía, mientras le daba vueltas sobre el plato.

—Pues yo necesito hablar de lo sorprendente que me ha parecido, no me lo hubiera esperado en la vida —comentó Félix.

—Megan era muy buena, tenía su punto. Estoy deseando empezar porque si era así hace años, quiero descubrir cómo es ahora.

Miré fijamente a Leo, quien acababa de hablar.

—¿Era muy buena o estaba muy buena? —le preguntó Eloy a Leo— No me queda claro, porque con lo de que tenía su punto…

—No seas idiota, me habéis entendido perfectamente y sé que pensáis como yo, aunque no lo digáis.

Elevó las cejas, retándonos para que dijéramos lo contrario.

—Terminad rápido —les pedí.

Los dejé callados.

Tal vez fue por mi tono de voz, cortante y frío, o quizás por mi cara seria y de pocos amigos. También podía ser por la tensión que desprendía mi cuerpo.

Me levanté de la silla manteniendo el silencio y me alejé de ellos, para ir al interior de la cafetería.

Fui al baño, en el que estuve muy poco tiempo.

No quería pensar, no quería perder ni un puñetero segundo imaginando cosas, y para ello debía alejarme de conversaciones que ni me iban ni me venían.

Lo mismo me daban porque no intervendría en ninguna. Esa era la teoría, claro, porque si me calentaba saltaría.

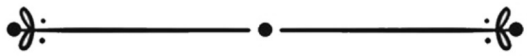
Me despedí de los camareros y cuando salí, mis amigos ya habían dejado la mesa libre y me esperaban en un lateral.

Mientras caminábamos por la acera decidimos ir todos en un mismo coche, el mío, ya que después de nuestra primera toma de contacto de nuevo con el *rugby*, después de tantos años, ninguno de los cuatro teníamos nada que hacer.

Hoy nos habíamos tomado todo el día de descanso en los trabajos, como excepción. Falta nos haría cuando termináramos, a unos más que a otros y por diferentes motivos.

Lo tenía muy claro, mientras conducía hacia la dirección del campo.

Capítulo 20



—Joder, cuántos recuerdos —dijo Leo.

Desde que nos bajamos del coche no habíamos dejado de mirar hacia todos los lados, era increíble porque nada había cambiado.

Volvía a sentirme un estudiante que tenía muchos sueños por cumplir.

De apariencia no había cambiado nada, en absoluto, parecía que todo, hasta el más mínimo detalle, se había quedado congelado en el tiempo.

Eso me produjo unas sensaciones extrañas, unas que no quise analizar, por lo que las ignoré mientras recorría el camino que nos llevaba directos al campo de *rugby*.

Sonreí recordando que comencé a practicar ese deporte por aburrimiento y para mantenerme en forma. Por aquel entonces probé suerte para apuntarme a otros deportes, porque sinceramente el *rugby* estaba en el último puesto de mi lista.

No me gusta, así de simple. Tenía otras prioridades que sí me llamaban la atención.

El caso fue que me encontré con todas las puertas cerradas de los deportes por los que me interesé. Llegué demasiado tarde, cuando las listas definitivas de los jugadores ya estaban al completo, como también los de reserva.

Al quedarme fuera y, como ya he dicho, para no aburrirme y mantenerme en forma, me dio por probar suerte a apuntarme al *rugby.* Y ahí terminé, jugando y amando el deporte porque con la practica y el entendimiento llega el cariño y el reconocimiento.

Aprendí a querer a ese deporte, el que, sin saberlo al principio, me haría vivir muchas ilusiones y me daría muchas alegrías. Aunque también hubo una parte en la que no quería pensar.

—Todo está igual —dijo Eloy.

—Ya digo. Es una pasada —comentó Félix.

Mi sonrisa se amplió cuando el campo y las gradas se hicieron visibles. Se encontraban en la zona más apartada del terreno del instituto.

—Oye, parece que ya tenemos espectadoras —habló Leo.

—¿Cómo?

La pregunta la hizo Eloy, pero todos miramos en la dirección en la que Leo señaló. Efectivamente había dos personas, dos chicas, para ser más exacto.

—Mmm… empiezo a recordar lo satisfactorio que era esto —dijo Félix.

—A ver si te piensas que a esta edad las chicas van a besar el suelo que pisamos —rio Eloy.

—Pues a mí nunca me sucedió eso —comentó pensativo Leo.

—Porque eras muy vergonzoso, siempre teníamos que allanarte el camino, tío —le recordó Félix.

—No, perdona. Era muy selectivo, que es diferente.

Aclaró y rio.

Sonreí al mismo tiempo, mientras acortábamos la distancia con las dos mujeres que nos daban la espalda. Habían mirado hacia el campo, después hacia las gradas y, por último, ahora estaban entretenidas entre ellas.

Tan entretenidas que no se dieron cuenta de nuestras presencias, cuando nos paramos a unos pasos.

Parecía que éramos los únicos que había en la zona, tal vez nuestros compañeros de equipo habían ido directos al vestuario.

La voz de Eloy me sacó de mis pensamientos, en el momento en el que se dirigió a las mujeres, interrumpiendo sus risas.

—Vaya, vaya, vaya… ¡Ya tenemos espectadoras y todavía no hemos comenzado!

Al escucharlo se sobresaltaron, pero lo disimularon bastante bien. Se giraron despacio hacia nosotros y cuando eso sucedió, mis ojos se quedaron fijos en una de ellas.

—¡Y qué espectadoras! Hola, preciosas. ¿Venís a vernos entrenar el primer día? —volvió a hablar Eloy.

—Eloy, tío, fíjate bien en la morena —le pidió Leo.

—No es morena, la gama de colores las lleváis fatal —se dirigió a nosotros la otra, la del pelo dorado.

Parecía indignada porque mi amigo no hubiera sabido diferenciarlo.

La *«no morena»*, de la que no se apartaban mis ojos, apretó los labios en un claro gesto de que estaba conteniéndose para no reír. La observé con más curiosidad.

—¿Cómo? —preguntó Félix.

Fue justo en ese instante en el que la mirada de la *«no morena»* se cruzó con la mía y se fijó en mí.

Vi un cambio muy significativo en ella, fue instantáneo.

Continue observándola serio, con mi actitud de pasar de todo y al mismo tiempo de hacerme notar de una manera un tanto peculiar. Con el paso de los años había pulido la técnica, pero no os penséis que lo hacía a propósito.

Nada que ver, formaba parte de mí, me salía de manera natural.

Mantuve la posición recta, con las piernas ligeramente abiertas y las manos en los bolsillos del pantalón vaquero. La mochila continuó a mi espalda, en ella llevaba la ropa de deporte, para cambiarme en el vestuario.

En un momento dado, sin que ella lo notara porque por la distancia que nos separaba era complicado que se diera cuenta, bajé los ojos hacia su garganta, para ver cómo la movía al tragar.

Cuando hice contacto de nuevo con sus ojos lo tuve más claro que al principio.

Ambos nos habíamos reconocido. A pesar del tiempo que había pasado, a pesar de los cambios de nuestros cuerpos y de las demás diferencias que pudiéramos encontrar en el otro.

—Que mi amiga no es morena, es castaña clara —dijo la chica del pelo dorado.

Lo hizo con cansancio, por tener que explicarse en algo que para ella era evidente.

—Ah —dijo Félix, ya que estaba respondiéndole a él.

—La castaña clara, que no morena, es Megan, la hija del entrenador Evan.

Fue Leo el que aclaró el misterio de tanto color de cabello. A mí no me hacía falta dicha aclaración.

Eloy y Félix agrandaron los ojos y la observaron más detenidamente.

—Joder, si parece la misma. ¿Cómo no la habéis reconocido? —preguntó con asombro Leo.

«Efectivamente, amigo», pensé.

Megan Figueroa era totalmente reconocible si la conociste en el pasado, aunque lógicamente había pasado por cambios. Como todos.

Recorrí su cuerpo con la vista, de arriba abajo y sin cortarme, para dar como buena mi teoría de los cambios.

A estas alturas ella ya nos había reconocido a todos, no solo a mí. Quizás podía tener alguna pequeña duda con alguno, el que más había cambiado era Leo, pero igualmente todos mantenían lo esencial para saber quiénes eran.

Además, Megan Figueroa tenía una mente privilegiada, por lo tanto, muy buena memoria.

Podía notar el impacto que se había llevado al encontrarse con nosotros, o más bien conmigo. Me pregunté si éramos los primeros a los que veía. Lo mismo me dio.

Mientras que Félix y Eloy continuaban con la amiga de Megan, hablando con ellas sobre las diferencias de los colores que a mí personalmente me importaban una mierda, decidí que por el momento ya había tenido suficiente.

Una tontería monumental porque en cuestión de minutos volvería a verme en la misma situación, pero entonces no me quería más remedio. Ahora, en cambio, era mi decisión irme o quedarme.

Por supuesto, elegí largarme al vestuario.

—*Entrenadora* ——hablé por primera vez y con retintín, alargando la palabra.

Cuando les di la espalda a todos, cuando no me veían, mis labios se curvaron hacia un lado porque yo sí que vi perfectamente cómo Megan Figueroa fruncía el ceño por el tonito con el que me había referido a ella como entrenadora.

Satisfecho, en cierta manera, caminé sin detenerme.

Mis amigos no tardaron en estar a mi lado.

—¿Ya os habéis cansado de peleítas sin sentido? —les pregunté.

—Joder, tío, ha sido divertido —contestó Eloy, riendo.

—Pues sí. Andrea me ha caído muy bien —comentó Félix.

—¿Andrea? —pregunté.

—¿No te has enterado? —se dirigió a mí Leo y negué con la cabeza — Así se llama la amiga de Megan, ella misma nos ha dicho su nombre cuando Eloy le ha preguntado. Después nos hemos presentado nosotros.

—Muy bien.

—Todo eso antes de saludar a nuestra entrenadora, claro —añadió Félix, con diversión.

Me mantuve callado, notando la mirada de mis amigos. Los ignoré a los tres y seguí yendo directo al pequeño edificio donde se encontraban los vestuarios.

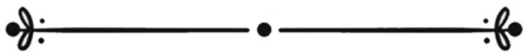
«Hogar, dulce hogar», pensé cuando accedí al pasillo principal, el mismo que en el pasado recorrí tantísimas veces sintiendo unas emociones difíciles de olvidar.

Tanto buenas como malas, todo formaba parte del crecimiento personal.

En este sitio concreto también tuve la sensación de que no había pasado el tiempo, mientras dejaba atrás las primeras puertas abiertas que no me interesaban.

Los interiores estaban vacíos, las voces se escuchaban al fondo, como siempre.

Capítulo 21



Megan

—Madre mía, Meg, ¿esos son a los que vas a entrenar?

Andrea no salía de la sorpresa.

—Sí, entre otros —contesté.

—Joder. —Silbó—. Pedazo de tíos. Al principio han sido bastante lentos con lo de los colores, pero después han mejorado —rio—. Me han caído bien. ¿Los habías reconocido antes de que dijeran sus nombres?

—Sí —le confirmé—. Aunque me ha llevado un poco de tiempo centrarme.

Desvié la vista del camino que habían seguido al irse.

—Uno de ellos no se ha presentado. ¿Cómo se llama?

—Adrián Miera.

—Mmm… pues ha sido un antipático para ser el primer encuentro.

—En su línea. Lo raro hubiera sido que se mostrara simpático, no me ha decepcionado. Ha dejado claro que no ha cambiado con los años.

—¿Le pateaste muchas veces el trasero?

—Unas cuantas, sí.

Sonreí de medio lado.

—Dime que lo tuviste a trabajos forzados.

—Un día, él y yo, salimos de aquí pasadas las once de la noche —dije—. Desde las seis de la tarde —añadí.

Sonreí al recordar ese momento, al retroceder en el tiempo.

—¿Qué pasó?

—Que estuvo toda la tarde tocándome las narices, más de la cuenta. Me retó hasta el límite y como era normal en él, se puso por encima de mí, así que lo tuve saltando y haciendo ejercicios las primeras horas y las últimas las pasó corriendo. Para que se le bajaran los humos, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que no le sirvió de nada. Cuando le pedí que parara porque se había terminado el castigo, cuando él estaba al límite de sus fuerzas, pasó por mi lado y me dijo que me había rendido demasiado rápido, que no era lo suficientemente dura para enfrentarme a él. Volvió a retarme con otra de las suyas y se largó al vestuario, caminando como si fuera el dueño del mundo.

—Oh.

—Ese es Adrián Miera.

—Pero, aunque mantenga de base esa actitud porque forma parte de él, ahora ya es adulto, han pasado muchos años y el crecimiento…

—¿Tú has notado su madurez en la única palabra que ha dicho? —le pregunté.

—Eh, no.

—Pues eso.

Me encogí de hombros.

—¿Con quién fue tu primer beso ahí, Meg? —me preguntó.

Señaló hacia las gradas, hacia la misma parte que le enseñé yo antes de que nos interrumpieran.

Desvié la vista para mirar a los ojos a mi amiga.

—Oh, joder. ¿En serio?

—Cállate —le pedí.

—¡Tu primer beso fue con Adrián!

—¡No grites! —volví a pedirle nerviosa.

Miré alrededor, pero continuábamos solas.

—¡Qué fuerte! ¿Cómo fue el beso?

—¿Qué pregunta es esa?

Arqueé las cejas.

—¿Con lengua y con pasión, o…?

—Vale, ya. Te he entendido —la interrumpí, con un bufido—. Fue un beso increíble, caliente, húmedo y todo lo que quieras pensar. ¿Vale? Y fue el primero de muchos.

—Oh, joder.

Jadeó por la sorpresa.

—¿Tuviste una relación con él?

—Sí.

Susurré.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Unos años —le contesté.

—La virgen. Imagino que entonces todo mejoró entre vosotros, como entrenadora y jugador.

—No.

Sonreí de miedo lado.

—¿No?

Volvió a sorprenderse.

—Nuestra relación era una cosa, todo lo relacionado con el *rugby*, otra. Adrián no mezclaba, sabía muy bien separar lo que le interesaba. Aquí, en este terreno, nos enfrentamos muchísimas veces. Solo con decirte que cuando chocábamos los demás se perdían por la zona, para apartarse…

—Joder, a ti te imagino —dijo Andrea, con diversión.

Rio y sonreí.

—Pero en este terreno no solo me alteraba de esa manera.

—Me haga una buena idea hasta qué punto os alterabais aquí.

Soltó una carcajada.

—Correcto amiga, aquí viví muchos momentos excitantes y el mejor sexo de mi vida. Tantas veces que ni me acuerdo.

—¿Él también fue tu primera vez?

—Sí —le confirmé.

—¡Ala! ¿Has dicho el mejor sexo de tu vida? ¿Hasta ahora?

—El mejor porque fue mi comienzo y porque…

—¿Qué?

—Porque fue con él.

Susurré.

—Oh. Entiendo. Meg…

—No quiero hablar más del tema.

—Solo una cosa más, ¿pudiste olvidarte de él?

—Claro —afirmé con decisión.

Andrea entrecerró los ojos y me reí, para salir del paso, porque era como se ponía siempre cuando quería descubrir si le escondía algo.

—Andrea.

—¿Qué?

—A partir de ahora vas a ser mi ayudante.

—¿Cómo? ¡Si yo he venido a observar solo!

Habló con los ojos abiertos al máximo.

—Serás la mejor ayudante, la frase de tu sudadera lo deja claro.

Nos miramos y soltamos una carcajada.

—¿A tu padre le parecerá bien? ¿Podemos? ¿No tendrá problemas con los organizadores?

—Mi padre estará contento de que yo tenga ese apoyo en ti y por lo demás, olvídate de todo. Las personas que tenga conmigo son asunto mío.

Le hice un guiño.

—Vale, guay —rio—. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó con interés.

—Estar a mi lado y lo que vaya surgiendo, para ayudarme.

—Hecho.

Dio un pequeño saltito con una palmada y le sonreí agradecida.

—Madre mía, qué fotazas me voy a hacer con todos.

La miré divertida, mientras ella reía.

—Estás dispuesta a amargar a Cameron, ¿eh? —le dije.

—Ya te digo. De esta, o consigo que se vuelva loco por mí, o desisto por completo.

Suspiró.

—Ya verás cómo reacciona. Joder, las dos estamos seguras de que hay algo.

—Ojalá.

Hizo un gesto de pena y la abracé.

—Cameron va a dejarse de tonterías —le susurré al oído—. Ya no podrá verte cuando salga en grupo, no te tendrá cerca, y tú no vas a parar de poner fotos en tus historias y publicaciones de las redes porque estás feliz.

Le di un beso en la mejilla, antes de separarme.

—Ya verás, hoy voy a hacerte unas fotos increíbles ahí.

Señalé hacia el campo de *rugby*.

—Con tanto verde quedarán preciosas.

—Gracias.

—Gracias a ti por estar aquí.

Nos volvimos a abrazar.

—¿Ha llegado el momento, jefa?

La miré sonriendo, por cómo me llamó.

—Ha llegado —le confirmé.

Dirigí la vista hacia el edifico bajo en el que estaban los vestuarios y las zonas de descanso para los jugadores y los entrenadores.

—Pues venga, que tú puedes con esto y con todo lo que se te ponga por delante.

Con esas palabras me dio una palmada en la nalga y comenzó a caminar en la dirección que tomaron los chicos.

Recorrí la zona con la vista, bajé la mirada al reloj de pulsera, y solté un suspiro, cuando vi que quedaban únicamente unos minutos para el inicio de todo.

Aunque hacía días que se puso en marcha, desde el mismo momento en el que mi padre me soltó en su casa, comiendo, esta bomba.

Cerré los ojos unos segundos y cuando los abrí, lo hice sintiéndome más fuerte y decidida. Caminé a pasos ligeros para alcanzar a Andrea y me puse a su lado, para entrar en el edificio.

Al instante me trasladé al pasado, fue como saltar en el tiempo y retroceder a una época que me marcó para siempre.

Porque hay historias, momentos y experiencias que se quedaban grabadas en tus recuerdos, pero no te influyen y pierden importancia. En cambio, después están las que perduran para siempre en tu interior, las que se niegan a desaparecer y no pierden la intensidad de todo lo que sentiste al vivirlas.

Mis pulsaciones comenzaron a acelerarse cuando capté las primeras voces. Todavía a se escuchaban lejanas, sabía de dónde exactamente venían, y yo iba directa hacia ellas.

Cuando faltaban unos pasos me paré y Andrea lo hizo a mi lado, mientras oíamos las risas y las bromas del interior del mismo vestuario que los chicos, ahora convertidos en hombres, utilizaron durante años.

—¿Preparada? —me preguntó mi amigo.

—Preparada —le confirmé.

Asentí y fui directa a la puerta, por la que entré seguida de Andrea.

Las voces y las risas desaparecieron de golpe, el vestuario se quedó en completo silencio ante mi presencia.

Tuve que aguantar el peso de todas las miradas y entonces me di cuenta de que sus expresiones eran amables, en su mayoría.

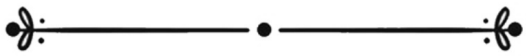
Recorrí con la vista a todos los jugadores, uno a uno, viendo sus sonrisas hacia mí. Sonrisas sinceras, sonrisas sin malicia.

Me relajé al instante, quitándome un gran peso de encima, aunque no podía decir lo mismo del equipo al completo.

Cierto hombre, uno que iba a darme muchos dolores de cabeza, se mantuvo con la espalda apoyada en las taquillas y con la vista fija en su móvil, ignorando lo que sucedía a su alrededor.

No, ignorándome a mí, directamente. Bien lo sabía.

Capítulo 22



Adrián

—Joder, tío, quién diría que vivimos en la misma ciudad —me dijo Álvaro.

Nos dimos un abrazo.

—La verdad es que sí.

Sacudí la cabeza.

—Es lo que tiene ser mayores, Alvarito —le dijo Félix—. Las obligaciones y las responsabilidades te atrapan y los momentos que tienes libres solo buscas estar tranquilo y moverte poco.

—Sí, viejo amigo.

Rio Álvaro, aunque para muchos se quedó con Alvarito y de ahí no salía.

—¿Cómo os va todo? —se interesó Leo, dirigiéndose a varios del equipo.

Mientras los escuchaba y decía algo, de vez en cuando, abrí la mochila y saqué la ropa de deporte.

Me descalcé con los pies, me quité el jersey y el pantalón vaquero, quedándome en bóxer, y me vestí con un pantalón corto de deporte y una camiseta blanca básica.

Todavía no nos habían dado las equipaciones, pero para entrenar poco importaba.

Cuando terminé de atarme los cordones de las deportivas, me levanté para guardarlo todo en la mochila y fui con ella hasta una taquilla.

Elegí una al azar, evitando la que fue mía en el pasado.

No pude resistirme a ir hacia ella en cuanto me quedé libre de los saludos del reencuentro. Cuando abrí la taquilla tuve claro que no la utilizaría y me daba exactamente igual que pareciera una tontería o una niñería.

Ninguno dijo nada cuando cambié de taquilla, porque en la otra había demasiadas frases escritas por Megan. Sí, lo conservaban todo tan jodidamente bien, que hasta las puñeteras puertas de las taquillas las mantenían intactas.

En cuanto vi la letra de Megan y leí algunas de las frases y palabras sueltas que escribió para mí…

En el pasado, cuando éramos jóvenes, le encantaba dejarme mensajes, lo importantes con el significado muy bien escondido para que, si alguien más lo leía, no supiera realmente lo que quería decirme. Era una experta y a mí me volvía loco.

Recordaba que los últimos minutos de los entrenamientos se hacían insoportables, porque estaba deseando ir a ver si Megan me había dejado un nuevo mensaje.

Hay quienes pensarán que ya iba siendo hora de que dejara atrás el pasado, que con todo el tiempo que había transcurrido ya iba tarde para pasar página. Así había sido, era lo que había hecho durante muchos años.

Me refiero a que hasta hacía unas semanas no perdía ni un segundo de mi vida pensando en cierta mujer, ni me venían a la cabeza recuerdos que creí dejar enterrados de joven.

Pero todo se fue a la mierda con esto del campeonato y el giro que dio, al no ser Evan el que entrenara al equipo, sino su queridísima hija Megan.

En ese instante algo se removió en mi interior y hasta hoy me estaba jodiendo de una manera que me había pillado de improviso. Me fastidiaba muchísimo porque algo que creía muerto había… había nada. Una mierda.

Cerré la taquilla de un golpe seco que pasó desapercibo, por el sonido de las risas y de las voces. Me giré hacia todos, viendo cómo se preparaban, algunos de pie y otros sentados en los bancos.

Me habían recibido a la voz de capitán, como si todavía continuara siéndolo para el equipo. Según ellos lo tenían claro, así me lo dijeron cuando les dije que dejé hace muchos años de ser el capitán.

Apoyé la espalda ocupando varias puertas de las taquillas y comencé a girar el móvil entre los dedos, mientras mi mente se iba muy lejos de este lugar.

No tuve la suerte de aislarme por mucho tiempo, Megan apareció con su amiga Andrea y el vestuario se quedó en completo silencio.

Decidí que era el momento perfecto para prestarle atención a mi teléfono. Lo desbloqueé y abrí varias notificaciones, después accedí al correo electrónico.

No aparté la vista de la pantalla, ni siquiera cuando Megan comenzó a hablar y los del equipo la siguieron.

—Hola a todos —dijo ella—. Me alegro mucho de volver a veros.

—Entrenadora, es un placer tenerte con nosotros —habló Rodrigo.

—Gracias.

Los saludos del reencuentro se sucedieron unos tras otros.

—Yo no voy a mentir, me hacía especial ilusión que nuestro entrenador fuera tu padre. Me desilusionó bastante saber que no sería él, sino tú. Lo siento, no es nada contra ti, te respeto y te admiro, pero es que para mí y supongo que para los demás también, tu padre es alguien muy especial y único —le dijo Samuel.

—Sí, vivimos mucho con él. Nos hizo conseguir lo impensable y fue como un padre más.

—Tranquilos, lo entiendo —habló Megan.

Miré hacia ella disimuladamente, de reojo y sin mover la cabeza inclinada hacia al móvil. Pasé desapercibo.

Continuó hablando.

—Sé la devoción que se le tiene a mi padre y si os soy sincera, dudé mucho en si aceptar esto. Estuve a punto de negarme porque lo vi una responsabilidad que no me pertenecía y la verdad, no sabía cómo me recibiríais.

—Por lo último no tienes que preocuparte, Megan —le dijo mi amigo Leo—. Todos te respetamos, lo conseguiste cuando teníamos las hormonas revolucionadas. Ahora somos adultos.

—Algunos de los de aquí se quedaron en el camino y no llegaron nunca a la madurez —dijo Carlos, a modo de broma.

Todos se rieron y Megan y Andrea sonrieron.

—Lo que quiero que sepáis es que detrás de mí estará mi padre, que cualquier ayuda o consejo que necesite lo tendré —continuó hablando Megan.

—Si necesitas nombrarlo y respaldarte detrás de él no sé qué haces aquí —dije.

Mi intervención provocó que todos se giraran hacia mí.

Tal vez fue por el tono severo que utilicé al hablar. Tal vez fue por la frialdad que transmití. O tal vez fue por lo cortante y tajante que me mostré.

Fuera por el motivo que fuera, me dio exactamente igual.

Levanté la cabeza despacio, encontrándome directamente con los ojos de Megan. Me observaba fijamente, exactamente lo mismo que le devolví. Mis compañeros y amigos no expresaron nada en sus caras, conocían perfectamente la historia que había entre Megan y yo, lo que vivimos.

Nosotros éramos un tema tabú para los demás.

Por eso mismo no se meterían en nada en lo referente a nuestras interacciones, ni siquiera en cómo nos habláramos, ni por las barbaridades que pudiéramos soltar. No lo hicieron en el pasado, no lo harían en el presente.

Con esto no quería decir que fuera a comportarme como en el pasado, de algo me habían servido los años que habían pasado, aunque con las palabras que acababa de decir me contradecía con esto mismo.

Tenía un puñetero problema con esta mujer, lo tuve en el pasado y lo continuaba teniendo en el presente. Sorprendentemente. Me costaba controlarme cuando ella estaba cerca y eso me hacía hablar de más y comportarme de una manera que ya no reconocía en mí. Al menos no tan intensa y visceral.

Debía contener la lengua antes de que me arrepintiera, pero, sobre todo, mis posibles reacciones.

—Fuiste uno de los que se negó a que yo estuviera aquí —me dijo Megan.

—Por supuesto —le confirmé sin esconderme y continué siendo sincero—. No te quería aquí, tú no pintas nada.

—Adri, estuvimos un año y medio con ella, entrenando —se dirigió a mí Marcelo.

—¿Y? ¿Conseguimos algún título gracias a ella? —le pregunté con las cejas arqueadas—. No la estoy infravalorando, lo hizo bien en la época que estuvo con nosotros, pero solo fue por una pequeña temporada. No tiene ni idea del peso que deberá soportar al ser la entrenadora oficial.

—¿Te estás preocupando por mí, Miera? —me preguntó Megan.

Me jodió que me llamara por mi apellido. Apreté la mandíbula.

—En tus sueños, Figueroa —le contesté.

Se la devolví con su apellido.

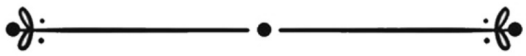
Y más me jodió ver la curva de sus labios, su puñetera sonrisa mientras ninguno de los dos apartábamos la vista del otro.

—He venido a llevar a este equipo a la victoria y voy a poner todo de mi parte para conseguirlo. Os lo aseguro —dijo con determinación Megan—. ¿Vais a poner todo de vuestra parte para llevarnos el campeonato internacional y terminar vencedores?

Todos gritaron con un sí rotundo, levantando los brazos y dando golpes en el suelo con los pies.

En cualquier otra situación me hubiera reído feliz, uniéndome a ellos, pero en este momento no estaba por la labor.

Capítulo 23



Megan

—Joder, qué temple has tenido —me susurró Andrea—. Yo hubiera saltado encima de Adrián en el vestuario.

Después de reírme solté un suspiro, dejándome caer en un banco.

Por fin estábamos otra vez al aire libre. Hacía unos minutos que habíamos salido del vestuario y del edificio, para dejar que los jugadores terminaran de arreglarse para el entrenamiento.

A Andrea le había faltado poco para que se le cayera la baba cuando entramos al vestuario, al ver a varios sin la parte de arriba puesta.

Como me había dicho mi amiga nada más salir, al quedarnos solas y sin nadie cerca, no había ninguno de los del equipo que tuviera mal cuerpo. Para nada.

Los años les habían sentado de maravilla a todos.

—La primera prueba está superada —dije mirando el campo.

—Ya puedes estar orgullosa de ti, lo has bordado —habló con satisfacción

Sonreí.

—Tampoco ha sido para tanto.

—¿Cómo que no? No te has venido abajo en ningún momento, tampoco te has alterado. Le has plantado cara estupendamente y lo has dejado callado. Primer punto para ti, Figueroa.

Sonreí cuando soltó una carcajada por lo de mi apellido, por lo que había pasado en el vestuario.

—Ponte delante —le pedí.

—¿Cómo?

—Que te pongas ahí. Saldrá una foto perfecta.

Le señalé el punto exacto en el que quería que se colocara y con mi móvil en las manos, lo levanté para capturar varias imágenes.

—Preciosas. Espera. ¡Eloy! —lo llamé en alto.

Fue uno de los primeros en salir, como no, porque no iba solo. Ignoré a los tres que lo acompañaban, o más bien al único que me molestaba, y me centré en Eloy.

Vino al trote hacia mí.

—Dime entrenadora.

—Gracias por venir.

—A tus órdenes, preciosa. Ah, perdón, entrenadora.

Andrea y yo soltamos una carcajada, mientras que él sonreía de oreja a oreja.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunté.

Me levanté del banco para quedarme frente a él.

—Claro. ¿De qué se trata?

—¿Puedes ponerte con Andrea para haceros una foto? Créeme, vas a hacer una gran labor para mi amiga.

—Mmm… contadme ahora mismo de que va —nos pidió con diversión y con interés.

Antes de salir del vestuario y después de que todos termináramos de hablar, por el momento, presenté a Andrea a quienes no la conocían, como mi amiga y ayudante.

—Hay un hombre que va a volverme loca —comenzó a contarle Andrea—. Es mi amigo de años y nos vemos muchísimo, quedamos en grupo. Pues yo estoy enamorada de él.

—Hace mucho tiempo —añadí.

—Sí —confirmó Andrea, pensativa—. Joder, es verdad. ¿Cómo no se me ha ido la cabeza ya? Uf.

Sonreí.

—Vale —dijo Eloy—. Tenemos a un tío que es tu amigo, pero también es por el que pierdes la cabeza.

—Muy bien, muy bien.

Estuvo de acuerdo Andrea, haciéndome reír.

—El caso es que creo que siente algo por mí, he notado las señales. ¿Sabes?

—Señales —repitió Eloy.

Pasó la mirada de una a otra, con una ceja arqueada y sonriendo.

—Sí, señales. Lo típico, que si una miradita más larga de la cuenta, que si un roce casual por aquí y otro por allá, que si me retira el pelo y me acaricia el cuello antes de apartar la mano, que si…

—Vale, vale… lo he pillado —rio Eloy.

—Pues eso, señales.

—Ajá —dijo él, apretando los labios.

—El tema es que ya no sé si he perdido la cabeza del todo con Cameron y me lo estoy inventando yo. No sé si es por mi deseo de que sienta lo mismo que yo por él, o si en realidad es verdad que soy más que una amiga. ¿Entiendes?

—Desde que está aquí él ha hecho algunas cosillas raras, que no son habituales en él, como no hablarle en el grupo que comparten con los amigos. Por cierto, ¿te ha contestado al *hola*? —le pregunté.

—No.

Suspiró.

—De acuerdo. Sacamos una foto increíble, entrenadora —me pidió Eloy.

Me hizo un guiño antes de agarrar la mano de mi amiga, para llevarla a la zona que le dije. Les hice varias fotografías que quedaron espectaculares.

Eloy lo dio todo, fue el mejor modelo.

Una foto con ellos dos mirándose sonrientes. Una foto en la que Eloy tenía cogida en brazos a Andrea y giraba con ella. Las piernas de mi amiga se veían suspendidas en el aire, mientras ambos reían. Una foto con Andrea subida a la espalda de Eloy, sonriendo ambos a la cámara mientras ella tenía los brazos alrededor del cuello de él.

Así podía seguir, hice un buen repertorio y solo era el comienzo.

—Estupendo. Han quedado espectaculares —les dije caminando hacia ellos.

—Ostras, sí.

Jadeó Andrea y miró a Eloy.

—Muchas gracias.

Se emocionó y todo.

—No hay de qué preciosa y déjame que te diga una cosa muy importante. —Andrea asintió—. Si ese tío, el tal Cameron, no reacciona de una puñetera vez, olvídate ya de él porque no te merece. Eh, yo estoy soltero. Guárdate ese dato que es el más importante de todos.

Lo último lo dijo mientras se alejaba caminando de espaldas, para seguir mirándonos. Cuando terminó soltó una carcajada y se giró para volver trotando con sus amigos.

Estos estaban apoyados en la fachada del edificio de los vestuarios.

Mi mirada se fue directamente a Adrián, quien miraba en nuestra dirección.

—Madre mía, Meg. Tienes un gran problema.

—¿Qué dices?

La miré.

—Que estás metida en un buen lio. No sé cómo vas a aguantar ver a ese hombre con esos pantaloncitos cortos de deporte y esa camiseta ajustada lo suficiente para que se marque todo lo que esconde debajo. No sé cómo estaría cuando erais jóvenes, seguro que tremendo también, pero ahora está para cometer muchas locuras. Yo ahí lo dejo.

Carraspeó.

La seguí con la vista, pasó por mi lado y caminó hacia los chicos, porque era hacia donde tenía que ir yo también.

Cogí una bocanada de aire y encontré de nuevo el valor para ir en esa dirección.

No llegué a acercarme, mantuve un poco las distancias cuando me desvié hacia el campo. Cuando llegué a él, cuando pisé la hierba, una nueva sensación me atravesó al recordar un momento del pasado.

—Corre antes de que te pille —me susurró al oído un joven Adrián —. Te doy ventaja, pero cuando te coja te desnudaré donde sea y ya sabes lo que vendrá después. Me importa una mierda tener espectadores.

—Hace horas no que hay nadie por aquí cerca —dije.

—Corre.

Solté un grito y fue lo que hice, corrí por el campo, riendo y mirando hacia atrás.

Adrián se quedó donde lo dejé, dándome el tiempo que me había dicho, hasta que comenzó a correr. Era imposible que lo superara, con la fuerza atlética que tenía él, pero hice todo lo posible para llegar hasta el centro del campo, que pequeño no era.

Ahí se lanzó encima de mí y no tardó en bajarse el pantalón corto de deporte para liberar su miembro duro. Y yo, pues yo me deshice por completo en otro de nuestros momentos íntimos, en un lugar que podía vernos cualquiera que se acercara a la zona.

—Meg.

Me llamó Andrea y me costó unos segundos poder salir del recuerdo.

—¿Sí?

—¿Estás bien? Te he llamado varias veces.

—Perdona, estaba pensando.

Me encogí de hombros.

—Pues ya tenía que ser bueno y caliente ese pensamiento porque tienes la cara como un tomate.

—Mierda.

Me llevé las manos a las mejillas.

—No tienes tiempo. Ya están aquí todos los chicos, esperándote.

—Estupendo.

Susurré.

Cuando nos giramos hacia ellos me encontré de frente al equipo al completo, en los que estaban incluidos los reemplazos. Todos contaban, todos eran importantes.

Se habían quedado de pie en la hierba, a unos pasos de mí.

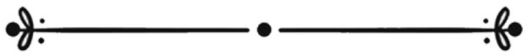
Les sonreí rezando para que ninguno hiciera algún comentario sobre mi rubor. Pasé la mirada por cada uno de ellos, dando un paso para acercarme más.

Cuando llegué a Adrián tragué saliva. Mi cuerpo me traicionó, porque él no estaba mirándome a mí, sino hacia el centro del campo.

¿Había tenido el mismo recuerdo u otro distinto, pero del mismo estilo y con el mismo final? Teníamos demasiados compartidos.

Cuando giró la cabeza hacia mí lo supe, supe que había recordado algo por el cambio en su mirada. Y él… Adrián también lo supo, al verme ruborizada y por la dirección en la que había estado mirando yo.

Capítulo 24



Adrián

—Joder —se lamentó Félix.

Llegó junto a nosotros y se tiró a la hierba, para quedarse tumbado bocarriba, con los brazos abiertos a los lados y las piernas extendidas. Su pecho subía y bajaba descontrolado.

No era el único que al que le faltaba la respiración, Leo, Eloy y yo estábamos de la misma manera, y eso que llevábamos unos minutos sentados en la hierba, esperando a que Félix llegara.

Mis amigos estaban bastante peor que yo, Leo incluso había perdido el color de la cara.

No era por dármelas de nada, pero yo era el único que tenía aguante. Mis amigos no hacían ningún tipo de deporte, mientras que yo estaba acostumbrado a practicar varios, entre ellos estaba el correr.

No salía diariamente, pero sí dos o tres veces por semana, ya que lo compaginaba con otras actividades deportivas y el gimnasio.

Lo de ejercitarme formaba parte de mí, de ahí que terminara dentro del equipo de *rugby*.

Pero ni, aun así, ni aun estando preparado me había salvado de que no me afectara el puñetero entrenamiento. La *entrenadora* se había propuesto terminar con nosotros, directamente, porque si a mí me temblaban las piernas, mis amigos debían estar muchísimo peor que yo.

Todo lo que acababa de decir no iba a saberlo ella, ni siquiera iba a darle una pequeña muestra de lo afectado que estaba por las carreras interminables y los saltos, más todas las flexiones y abdominales que nos había cronometrado. Y vuelta a empezar.

No iba a flaquear delante de esa mujer porque no me daba la real gana.

—¿Sigues vivo? —le preguntó Leo a Félix.

Eloy soltó una carcajada seguida por un quejido, mientras se abrazaba la barriga.

—Me cago en todo —dijo a modo de queja.

Bufó mientras se sentaba despacio.

—Esta mujer se piensa que somos máquinas. El primer día y ya quiero abandonar, mando narices —lloriqueó Félix, como un niño pequeño porque lo imitó.

Soltamos una carcajada porque parecía que estábamos en las últimas, y más nos reímos cuando echamos un vistazo por el campo y vimos a los demás desperdigados y tirados de cualquier manera sobre la hierba.

—Joder, como no hayamos terminado ya, me va a dar algo —dijo Leo.

Sacudió la cabeza.

A los pocos segundos, para alivio de todos, el pitido que marcaba el final del entrenamiento se escuchó en el campo.

Aun así, ni mis amigos ni yo nos movimos del suelo. Ya no había prisa para nada, tampoco era que tuviéramos las piernas tan bien como para activarnos como si nada.

Mis amigos comenzaron a hablar de la liberación y de lo que haríamos cuando saliéramos duchados del vestuario. Yo desconecté de la conversación, porque tanto me daba una cosa u otra, al no tener que ir a trabajar. Aunque sabía que por cómo estaban los tres, los planes que hicieran serían para estar cómodos y tranquilos.

Me pasé las manos por el pelo y las dejé en la nuca. Estaba mirando a un punto fijo, concentrado en él, cuando algo pasó por mi campo de visión, haciéndome parpadear varias veces.

Ese algo era una mujer, la misma que nos había machacado el primer día, sin piedad.

La seguí con la vista. Estaba cruzando el campo y sonreía, después de hablar con dos compañeros de los que se alejaba. Iba directa hacia su amiga, Andrea la esperaba para irse directamente porque ellas no tenían que pasar por el vestuario. Al menos hoy, imaginaba que como en el pasado, algún día la *entrenadora* sudaría con nosotros.

El pantalón vaquero le quedaba muy bien, incluso desde la distancia se apreciaba cómo se ajustaba a sus curvas, unas curvas que se le habían vuelto demasiado tentadoras.

No había cambiado, en la actualidad era igual que lo fue en el pasado. Megan siempre destacó, de joven llamaba la atención porque muy guapa y tenía algo atrayente con lo que atrapaba a todo aquel o aquella que estuviera cerca de ella. Tenía una mirada en la que perderse indefinidamente y unos labios increíbles, los que podías besar durante horas y, aun así, no tendrías suficiente nunca.

Cuando llegó junto a su amiga se abrazaron, hablaron un poco y entonces tomaron el camino para largarse de aquí.

Continué siguiéndola con la vista y en un momento dado, cuando subió a la zona más alta, cerca de donde las encontramos cuando llegamos, se paró con su amiga y se giró hacia el campo.

Como si hubiera sabido en todo momento donde me encontraba, miró directamente en mi dirección. No importó la puñetera distancia que nos separaba, tuve las mismas jodidas sensaciones como si la tuviera a unos pocos pasos de separación.

No supe cuánto tiempo estuvimos manteniéndonos la mirada de punta a punta, ninguno de los dos quiso perder y ser el primero en apartarla. Fue su amiga la que intervino llamando la atención de Megan, agarrándola de un brazo. A pesar de eso Megan tardó unos segundos de más en perder el contacto visual conmigo, para girarse hacia Andrea.

Después de eso dieron la espalda al campo y volvieron a caminar, hasta que las perdí de vista porque desaparecieron de la zona.

—¿Qué tal?

Miré de reojo a Leo.

—Bien. ¿Y tú? —le devolví la pregunta.

—También bien —me contestó con diversión.

—¿Vas a hablar con ella? —Quiso saber Eloy.

—¿Con quién?

—Vamos, Adri —rio.

—No tengo nada que hablar con *ella* —dejé claro.

—¿Estás seguro? —me preguntó Félix.

—¿Os habéis propuesto tocarme las narices?

Arqueé las cejas.

—No, lo que queremos es que estés bien y que te tomes esto del campeonato para disfrutar, como el resto. No tienes que estar constantemente en tensión —comentó Leo.

Me levanté despacio, notando en las piernas los efectos de haberlas llevado al límite.

—Eso de disfrutar está por verse, porque después del entrenamiento de hoy… —comentó Félix— Creo que me ha salido una ampolla en el pie.

—Eso es por la falta de costumbre —rio Eloy.

—Voy al vestuario, necesito la ducha urgentemente —les dije.

—Espera —me pidió Leo.

Sonreí cuando tuve que ofrecerle la mano para ayudarlo a levantarse. Eloy y Félix lo hicieron entre ellos, lo que fue bastante cómico.

Pasamos por al lado de varios compañeros, el resto se encontraban apartados del camino que estábamos obligados a recorrer para llegar a las instalaciones. Nos despedimos de ellos porque nos dijeron que se quedaban un rato más, ahora que habían recuperado la respiración.

El comentario nos hizo reír a todos y de esa forma, y con algunas bromas entre Eloy y Félix, llegamos al vestuario. No perdimos el tiempo en desnudarnos y en ir a las duchas. Disfruté como hacía tiempo que no recordaba, por el simple hecho de que el agua cayó sobre mi cuerpo agotado.

La sensación era incomparable, por lo que alargué el momento. Cuando salí con la toalla enrollada a la cintura, después de quitarme el agua del cuerpo y el exceso del pelo, me vestí junto a mi mochila.

Mis amigos fueron saliendo seguidos unos de los otros.

—Os espero fuera —les dije.

Me colgué la mochila al hombro.

—Unos minutos —comentó Leo.

—Tranquilos.

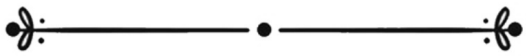
Salí del vestuario y del edificio, yendo directo hacia el muro que me llegaba hasta la cintura, el mismo en el que en el pasado nos esperábamos hasta que estábamos todos para irnos.

Me impulsé y me subí, quedándome sentado. Dejé la mochila a un lado y me incliné hacia delante, apoyando los brazos en las piernas.

Los compañeros todavía no se habían movido del campo y parecía que no tenían ninguna intención de hacerlo. Los entendía perfectamente, aunque la satisfacción de ducharse bien merecía la pena.

Sacudí la cabeza, como si así pudiera espantar el recuerdo que me llegó a la mente. No era el primero que tenía, ni sería el último, ya que este lugar, todo lo que abarcaba, hasta incluso el aparcamiento, estaba lleno de vivencias y de momentos únicos del pasado. Para bien o para mal.

Capítulo 25



Megan

—¿Poniendo otra historia? —le pregunté a Andrea.

—Por supuesto, amiga.

Soltamos una carcajada y la dejé tranquila mientras lo hacía.

Eran las ocho y veinte de la tarde del viernes, íbamos caminando por la calle del centro de la ciudad, directas al salón de Noemí. El día anterior quedamos en que pasaríamos a buscarla a la hora del cierre del salón, para ir a tomarnos algo y después a cenar.

La noche se presentaba estupendamente, con mis dos amigas.

Habíamos venido en taxi y regresaríamos a la casa de mis padres con el mismo transporte, para no privarnos de beber alcohol si nos apetecían unas cervezas, vino para cenar o unas copas más tarde.

Miré divertida a Andrea, estaba muy concentrada escribiendo unas palabras sobre una foto suya. Se la había hecho esta misma mañana, en el jardín, en ella salía preciosa, desprendiendo una luz muy bonita.

Me enseñó la pantalla para que leyera lo que había puesto y asentí sonriendo, conforme.

Después del *hola* que se enviaron la mañana del primer día de entrenamiento, Cameron volvió a escribirle a media tarde para preguntarle cómo estaba pasándoselo. Mi amiga fue directa y breve, le contestó con un *genial, aquí se está de maravilla y estoy planteándome de verdad ponerme a buscar trabajo.*

Ante ese comentario él le dijo que no corriera tanto, que no era lo mismo unas vacaciones que estar aquí una buena temporada, haciendo alusión a que Santander para un rato podía encantarle, al igual que por unas semanas, pero que más tiempo seguramente la cansase al estar lejos de lo que conocía, de su vida y sus rutinas.

Ja, a Cameron se le vio el plumero, incluso a kilómetros de distancia, pero aun así Andrea no quería hacerse ilusiones.

Ya habían pasado dos días desde ese que hablaron, dos días desde el comienzo de los entrenamientos, dos días viendo las mismas caras y dejando a todos los miembros del equipo agotados al terminar.

No podía permitirme no ser severa, en unos días comenzarían a llegar los equipos de otros países y a partir de ahí, unos días más tarde, daría inicio el minicampeonato. Debían estar en forma, trabajar duro hasta el final.

Hoy habían comenzado a jugar y para alegría de todos y también sorpresa, por el tiempo que había pasado desde la última vez, el mini partido que habían jugado entre ellos había sido un éxito.

Verlos jugar había sido como si el tiempo no hubiera transcurrido, lo que me provocó unos nervios que tuve que sobrellevar, hasta que me fui del campo.

Cuando llegamos al salón de Noemí empujé la puerta y entramos, sonriendo hacia las personas que había. Estaban a punto de cerrar, por lo que solo quedaba una clienta a la que mi amiga estaba terminando de secar el pelo y varias de sus trabajadoras, que limpiaban el salón.

—Hola —nos saludó Noemí—. Poneros cómodas, no tardo.

Nos acercamos a ella para corresponderle al saludo con besos y aprovechamos para saludar también a las demás chicas. Me senté con Andrea en un sofá a esperar.

Noemí y Andrea se cayeron genial el día que las presenté, lo que supe por anticipado que sucedería.

Diez minutos después, con el salón vacío, Noemí cerró con llave y caminamos por la acera para alejarnos unas calles. En la zona a la que íbamos se concentraban varios bares, restaurantes y *pubs*. Era una zona peatonal muy transitada.

—¿Cómo ha ido el día? —le pregunté a Noemí.

—Muy bien —me contestó con una sonrisa—. Tu hermano ha venido hoy a hacerse un masaje, tenía varias contracturas fatal.

—Me lo dijo ayer. —Asentí—. Y también que le dolía.

—Es normal, pero al menos lo he dejado bien por unas semanas. A ver cómo lleva los siguientes días. ¿Y a vosotras cómo os ha ido hoy la aventura del *rugby*?

Cuando le conté a Noemí mi decisión de aceptar entrenar al equipo, en sustitución de mi padre, se puso a gritar de la emoción a través del teléfono. La noticia había corrido de una manera increíble, pero no por mi amiga.

—Guay —le contestó Andrea—. Hoy ha sido más entretenido, los he visto jugar un partidillo.

—Ah, ¿y cómo los veis? ¿Les dará tiempo a ser el equipo del pasado? Al menos que se acerquen un poquito.

—Hoy me he llevado una gran sorpresa —comenté.

—¿Y eso? —me preguntó con curiosidad e interés.

—Porque se han compenetrado y sincronizado muy bien, han hecho un juego muy bueno. Cuando los veas en acción te parecerá increíble que se hayan juntado hace pocos días, después de muchos años sin unirse en un campo de *rugby*. Y muchos sin hacer ejercicio.

—Joder, ¡qué bien suena! —habló emocionada.

—Yo me he quedado encantada con el partidillo —rio Andrea.

—¿No será porque has estado en primera fila y has visto muchos pantalones cortos y muchos músculos? —le preguntó Noemí.

—Por eso también.

Soltaron una carcajada y sonreí al verla tan bien, lo bien que se llevaban y congeniaban.

Cuando llegamos a la zona de los bares y de los restaurantes nos encontramos a muchas personas. Al ser viernes por la noche, tanto las terrazas como los interiores, estaban bastante llenos. El ambiente era animado y se respiraba el inicio del fin de semana.

—¿Os apetece alguno en concreto u os dejáis guiar por mí? —nos preguntó Noemí.

—Por mí puedes elegir —contesté.

—Por mí también —dijo Andrea.

—Es el restaurante más demandado de la zona, pero todavía es pronto y podemos encontrar una mesa. El dueño es cliente mío, aparte de un buen amigo.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

Me creó curiosidad.

—Y tanto que lo conoces —rio—. Estoy hablando de Fer, Fernando.

—¿En serio es el dueño del restaurante?

—Sí, desde hace unos cuatro años.

—Guau. —Silbé—. Y encima de éxito.

—Otra vez sí.

Reímos.

—Conocemos a Fernando desde el colegio —le expliqué a Andrea.

—Ah, un amigo de la infancia.

—Sí, aunque de Noemí más. Ellos dos siempre han estado muy unidos.

—Le va a hacer mucha ilusión verte.

Nos sonreímos.

El restaurante en cuestión no se encontraba muy lejos, únicamente tuvimos que caminar unos metros para llegar a la terraza.

—Me encanta —dije.

No perdí la sonrisa, mientras observaba las luces que colgaban de punta a punta de la estructura abierta de la terraza.

—Lo sabía.

Rio Noemí.

—¿Veis? Una mesa para nosotras.

Conforme lo dijo caminó hacia una que se encontraba al lado del pasillo central y la seguimos.

—Sentaros, voy a avisar a Fer. Ahora salgo con él.

Hicimos lo que nos pidió y un camarero se acercó enseguida.

—Buenas noches —nos saludó.

—¿Sangría? —me preguntó Andrea.

La miré seria, para después soltar una fuerte carcajada a la que se unió. Ambas recordamos nuestra última salida y los efectos que tuvo la sangría que nos tomamos en el restaurante de Miguel, el padre de Juan, amigo de Andrea y mío.

Al pensar en ellos los eché más de menos. Desde que llegué había hablado varias veces con Juan y en todas ellas, antes de despedirnos, nos había amenazado a Andrea y a mí con venir a por nosotros, para llevarnos de vuelta de los pelos, si nos resistíamos por algún motivo.

—Mirad a quiénes más he encontrado.

Al escuchar a Noemí nos giramos hacia ella, incluso el camarero.

—¡Gael! —dije con un pequeño grito.

Me llevé una gran sorpresa al ver a mi hermano con sus dos mejores amigos, Rodri y Santi.

Me levanté de la silla para colgarme del cuello de Gael, quien me abrazó con fuerza.

—Me dijiste que hoy no saldrías porque te encontrabas mal de la espalda.

—Y estoy molido, pero ahora por el masaje de tu amiguita —se refirió a Noemí, la que reaccionó dándole una pequeña colleja.

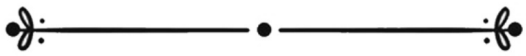
Mi hermano soltó una carcajada.

—Si vuelves a darme así vas a estropear el trabajo que has hecho hoy conmigo —le dijo con diversión él.

—Mmm… pues mejor, así vuelves pronto. Más trabajo para mí —le devolvió ella.

Mi amiga le lanzó un beso al aire, antes de ocupar una silla. Mi hermano la observó con una sonrisa de medio lado.

Capítulo 26



—Fer, ¡cuánto tiempo!

Lo abracé.

Había pasado de brazos en brazos, primero por los de mi hermano, después por los de sus amigos, Santi y Rodri, y, por último, por los de Fer, el dueño del restaurante.

—Pues sí, demasiado —me dijo sonriente—. Cuando Noemí me ha dicho que estabas aquí me ha hecho mucha ilusión. Me alegro mucho de verte, estás preciosa.

—Gracias —reí volviendo a abrazarlo—. A mí también me hace mucha ilusión este momento, jo —hice un puchero, haciéndolos reír a todos.

Me dio un beso en la mejilla y me retiró mi silla, para que volviera a ocuparla. Me senté agradeciéndoselo.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunté a mi hermano y sus amigos— ¿Habéis venido a cenar o a tomar algo?

—A cenar —contestó Santi.

Me hizo un guiño que me hizo sonreír.

Les presenté a Fer, Rodri y Santi a Andrea y hubo otra ronda de abrazos.

El camarero que vino a atendernos se fue al poco de que aparecieran todos, ya que su jefe, Fer, le dijo que esta primera vez se encargaba él de nuestra mesa.

—Tenemos una mesa dentro —nos informó Rodri.

—Vaya —dijo Andrea.

—Ahora mismo los soluciono —habló Fer.

Llamó la atención de otros dos de sus camareros, los que lo ayudaron a colocar una mesa más, la que pegaron a la que elegimos al llegar. Ya estaba preparada con mantel y todo lo necesario, por lo que mi hermano y sus amigos se fueron con Fer y los camareros al interior del restaurante, para salir con sus platos y bebidas, más sus pertenencias.

De noche la temperatura era mucho más fresca, por lo que era indispensable una chaqueta para estar en la calle. Las chicas las llevábamos puesta, los chicos se las colocaron, antes de ocupar sus sillas.

Y así, de ser tres, pasamos a ser seis, lo que me encantó.

Todo lo que fuera pasar tiempo con mi hermano para mí era prioridad y esta ocasión no iba a ser menos.

—¿Qué queréis beber? —nos preguntó Fer a mis amigas y a mí.

—A Andrea le apetece sangría —sugerí.

—A mí, dice.

Soltó una carcajada, haciendo reír a los demás. Yo apreté los labios, haciéndome la fuerte para contenerme.

—Has sido la primera en decir la palabra sangría cuando ha venido el camarero —comenté con diversión.

—Por mí perfecto. Vamos a darle duro —dijo Noemí.

Esta vez sí que me reí.

—Pues marchando una sangría de la casa, os va a encantar —habló Fer—. ¿Vosotros os apuntáis cuando acabéis con el vino? —les preguntó a mi hermano y sus amigos.

—Sí. Trae la jarra grande —contestó Gael.

—Anotado.

—¿Habéis mirado la carta? —se dirigió a nosotras Fer.

—No nos ha dado tiempo —respondió Andrea.

—¿Nos dejamos sorprender un poco más? —le pregunté a Andrea.

—Pues sí, es la noche perfecta —aceptó riendo.

—Dejamos a tu elección la cena —le dije a Fer—. Nos gusta todo y no tenemos alergias.

—Estupendo. —Me hizo un guiño—. ¿Y tú, cariño? —Miró a Noemí.

—Me uno a ellas.

Le sonrió.

—De acuerdo. Os traeré unos entrantes y los platos principales. Disfrutad de la noche, cuando tenga ratos libres vendré.

—Sí, tienes que tomarte una copa con nosotros —le dije.

—Beberé de la tuya a escondidas —me susurró.

Solté una carcajada.

Fer se perdió en el interior del restaurante, después de encender para nosotros dos estufas largas de pie.

El calorcito nos fue llegando que era una maravilla y en cuestión de minutos nos animamos a quitarnos las chaquetas. Las dejamos todas en una silla vacía y comenzamos a beber de la sangría que nos trajo un camarero.

Mi hermano y sus amigos nos ofrecieron de sus platos, para que fuéramos picando algo, pero les dijimos que comieran tranquilos. No teníamos ninguna prisa y Andrea había dado en el clavo, era la noche perfecta. Me sentía muy feliz.

—Ostras —dijo de repente Andrea.

—¿Qué? —le pregunté.

Giré la cabeza hacia ella y sin dejar de sonreír, por lo último que me había dicho Noemí, seguí la dirección del gesto que hizo Andrea con la cabeza.

Perdí la alegría de la cara en cuanto vi a Adrián entrar en la terraza. Venía acompañado por sus inseparables amigos, Eloy, Leo y Félix.

En cuanto él me vio se paró de golpe, provocando que los otros tres se chocharan entre ellos.

Nuestras miradas se quedaron enganchadas por lo que me pareció una eternidad y como era normal en nosotros, ninguno quisimos ceder para apartarla.

—¿Qué haces? —le preguntó Leo a Adrián— Ah, joder —dijo al darse cuenta hacia donde observaba su amigo—. Eh. Hola —nos saludó.

—¡Qué coincidencia! —habló con sorpresa Eloy.

—Ya te digo. Entrenadora, Andrea —nos saludó Félix—. Hola a los demás. ¿Cómo estás, Gael? —se dirigió a mi hermano.

Este se levantó para darle un abrazo.

Mi hermano estaba acostumbrado a coincidir con ellos, entre que los conocía desde casi siempre y que se movían por los mismos sitios…

A Noemí le pasaba igual, lo mismo que Fer. Las únicas que estábamos al margen éramos Andrea y yo, aunque con coincidir con ellos como entrenadora y jugadores tenía más que suficiente.

«No te lo crees ni tú», gritó una voz en mi interior, pero la ignoré.

Nos levantamos todos de las sillas para hacer los saludos en condiciones y, aunque me pesara, terminé frente a Adrián.

Demasiado cerca, demasiado cerca, demasiado cerca…

Comencé a repetirlo en mi cabeza en modo de alerta, en bucle, mientras notaba cómo mis pulsaciones se aceleraban y algo dentro de mí bombeaba con fuerza.

Verlo en el campo de *rugby* era una cosa, ya que siempre, siempre, manteníamos las distancias. Pero ahora, en este preciso instante, a pocos centímetros de él y con sus ojos fijos en los míos, me quedé sin saber cómo reaccionar.

La siguiente reacción de mi cuerpo me pilló totalmente desprevenida. Temblé ligeramente, al mismo tiempo que me recorría un pequeño escalofrío y contenía la respiración.

¿Qué lo provocó? Que Adrián se inclinara hacia delante y se quedara rozando mi mejilla con los labios. Ahí se quedó, mientras sus labios permanecían a milímetros de mi piel, su respiración me calentaba y su olor lo inundaba todo.

—Cuidado, Figueroa, tienes prohibido enamorarte de mí, de nuevo.

Mis ojos se agrandaron y mis labios se entreabrieron. No conseguí decir nada, por unos segundos continué inmóvil y fuera de juego, hasta que Adrián se separó muy lentamente.

De cara a los demás, al vernos, se habían tragado la falsa de que me había dado un beso en la mejilla, por el saludo, cuando en realidad no me había tocado.

Ni falta que había hecho, porque si me sentía atacada de los nervios y no había habido contacto real entre nosotros, no quería ni pensar en la otra posibilidad.

—Veo que sigues siendo un creído, Miera —le dije como respuesta —. Si es lo que piensas vas por muy mal camino.

Susurré, para que nadie más que él me escuchara.

Sus labios se curvaron hacia un lado y me hubiera encantado borrarle la sonrisa de un tortazo, porque no podía tenerla tan bonita, siendo tan imbécil.

Era un tormento, una injusticia divina, y me había tocado soportarlo a mí.

—¿Habéis venido a cenar? ¿Queréis uniros a nosotros?

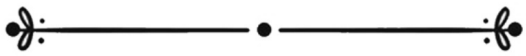
La pregunta de mi hermano me hizo agrandar los ojos y estuve a punto de gritarle que no había más sitio en la mesa que nos había preparado Fer.

Una tontería monumental porque podía añadirse otra por el otro lado, pero me negué a aceptar esa posibilidad.

Al escuchar a mi hermano me giré hacia él, por lo que me quedé de lado hacia Adrián. Fue una suerte no estar mirándolo a la cara, aunque notaba perfectamente cómo él continuaba observándome.

No se movió y en ningún momento apartó la vista de mí, mientras mis nervios se descontrolaban por completo.

Capítulo 27



Adrián

—¿Habéis venido a cenar? ¿Queréis uniros a nosotros? —preguntó Gael, el hermano de Megan.

—Tenemos una mesa reservada —respondió Leo.

Aparté la vista de Megan para ver cómo todos miraban hacia la mesa vacía y solitaria que esperaba para ser ocupada por nosotros. La misma mesa que estaba señalando mi amigo.

La tenían justo al lado, se encontraba separada de la de ellos por el pasillo.

Nosotros siempre ocupábamos la misma, cada viernes o sábado, según la semana. Nuestra costumbre era llamar a Fer, para que nos la guardara el día que decidíamos quedar. Esta semana había tocado hoy, el viernes.

Este era nuestro espacio, nuestro punto de encuentro después de las semanas de trabajo. Últimamente porque estábamos viéndonos cada día por lo del campeonato, pero por norma general entre semana solo nos daba tiempo a escribirnos o a hacernos alguna llamada rápida. De ahí que no faltáramos a nuestra cita en este restaurante, fuera un día u otro.

—No os vais muy lejos —comentó Santi riendo.

Era uno de los amigos de Gael.

—No, tío —dijo Félix, divertido.

Vi de reojo cómo Megan se apartaba definitivamente de mí. Volvió a su silla y los demás la imitaron, para sentarse a la mesa.

Mis amigos y yo hicimos lo mismo en la nuestra, después de quitarnos las chaquetas.

Mi sitio era al lado del pasillo, por lo que, junto a Eloy, al que tenía enfrente, éramos los que quedábamos más cerca de Rodri, el otro mejor amigo de Gael y de este último.

—¿Cómo te va todo, Adrián? —me preguntó Gael— Hacía tiempo que no coincidíamos.

—Las últimas semanas he estado muy liado, para lo único que me tomaba tiempo libre era para cenar aquí con ellos, un día al final de la semana —le informé.

Quedó claro que me refería a mis amigos.

—Yo también voy hasta arriba —me comentó.

—Es lo que tiene tener negocios propios, pero me consta que no puedes quejarte.

Sonreí de medio lado.

—Efectivamente —me confirmó imitando mi gesto—. Tú tampoco.

—Correcto.

Desde que iniciamos la conversación me sentí observado, por lo que desvié la mirada para fijarla en la persona que no había apartado la suya de mí.

Volví a encontrarme con la jodida mirada de Megan, porque de esa manera me hacía sentir cada vez que me perdía en sus ojos.

Eran hipnotizantes, joder.

Arqueé una ceja hacia ella, como diciéndole si no tenía nada mejor que hacer que estar pendiente de mí todo el tiempo. Su respuesta fue coger su copa y llevársela a los labios, sin apartar la atención de mí.

Su garganta se movió al tragar. Tenía las mejillas rosadas, lo que me hizo pensar en si ese rubor era debido a la sangría que estaba tomando o por algo más. A saber, no era asunto mío.

Me eché hacia atrás, para apoyar la espalda en la silla, y mantuvimos un pulso en la distancia.

La llegada del camarero a su mesa, con los primeros platos de comida, cortó el momento. Siempre terminábamos de la misma manera, eran otros los que hacían el trabajo por nosotros, porque nos era imposible rendirnos.

Al mismo tiempo, otro camarero llegó a mi mesa para traernos la botella de vino. No hacía falta que la pidiéramos, nos la servían en cuanto llegábamos, ya que siempre comenzábamos con la misma bebida.

—Me alegro de verte.

Volví a dirigir la atención hacia Gael y asentí a sus palabras.

—Lo mismo te digo.

Me caía bien Gael, mi relación con él no tenía nada que ver con la de su hermana.

En el pasado pasamos por unas etapas un poco turbulentas, pero el tiempo que estuvimos separados, mientras estudiábamos nuestras carreras, nos vino genial para limar asperezas una vez que nos volvimos a encontrar, ya de adultos.

Esas asperezas os hacéis una idea qué las motivaron. Sí, mi relación con Megan, o más bien, mi no relación con Megan, después de la ruptura.

Por suerte Gael y yo fuimos maduros para saber separar una cosa de la otra, por lo que retomamos nuestra amistad. No llegábamos al punto de lo que un día fuimos, porque de jóvenes siempre estábamos juntos, pero me conformaba con la relación cercana que habíamos creado.

Cuando coincidíamos me gustaba pararme a hablar con él o a tomar algo si surgía, o ambas cosas juntas porque de vez en cuando quedábamos para vernos un rato.

Gael me daba paz y como acababa de comentar, me caía muy bien y esperaba que nada más enturbiara lo que habíamos normalizado.

Cogí la carta de la mesa y, aunque me sabía casi de memoria todo lo que contenía, la abrí como cada noche que venía al restaurante con mis amigos.

Cogí mi copa y le di un sorbo al vino, mientras miraba las opciones, para decidirme por una. No tenía mucha hambre, pero sabía que en cuanto la mesa se llenara de comida se me abriría rápido el apetito.

Aquí todo estaba delicioso. Tanto era un deleite para la vista, por las presentaciones que hacían de los platos, como para el paladar.

—¿Os apetece compartir? —nos preguntó Félix— Fer ha añadido varios platos nuevos y estaría bien probarlos.

—¿Cuáles? —Quiso saber Eloy.

Félix se los señaló en su carta y yo cerré la mía, dejándola sobre la mesa.

—Por mí perfecto —dije.

—Venga, lo hacemos así —comentó Leo.

Félix llamó la atención del camarero y cuando llegó le pidió los platos de comida, remarcándole que los compartiríamos. En total fueron cuatro platos diferentes.

—Eh, Adri. ¡Qué sorpresa!

Reconocí la voz al instante, por lo que levanté la cabeza hacia Celia.

—Hola, preciosa —la saludé.

Me levanté de la silla para darle un beso en la mejilla y mis amigos hicieron los mismo, después de saludarla.

Mis amigos también la conocían, aunque yo un poco más. De hecho, los de la mesa de al lado también la conocían. La única excepción era Andrea, que era la primera vez que la veía. Por ahora de espaldas.

—Me alegro de veros a todos —nos dijo Celia sonriente, a mis amigos y a mí.

Colocó una mano sobre mi hombro y el gesto, sorprendentemente, me molestó. En cierta forma y sin sentido, porque no estaba fuera de lugar.

Solo era una puñetera mano en mi camisa, en la zona del hombro, pero me sentí extraño y no me gustó una mierda.

Cogí mi copa y bebí un buen sorbo de vino.

—¿Qué te parece?

—¿Qué? —le pregunté a Celia, con el ceño ligeramente fruncido.

No me había enterado de nada. Mi mente se había ido lejos e iba perdido en lo que estaban hablando.

—Esta noche estás despistado —dijo ella, entre risas.

—Uy, si tú supieras hasta qué punto —habló Eloy, con picardía.

Lo fulminé con la mirada, pero mi amigo sonrió de medio lado y elevó las cejas, varias veces.

—Perdona, ¿qué decías? —me dirigí a Celia.

—Estaba comentando que sobre las once estaré con mis amigas en el *pub* de Mario y os he preguntado si os animáis a ir.

—Por mi parte no sé las ganas que tendré cuando terminemos aquí —le dije.

—Es viernes.

Hizo un puchero con el que supuestamente quería convencerme, pero no le surtió efecto.

—Y mañana sábado, sí —sonreí de medio lado—. Pero llevo unos días que no paro y por lo visto un viernes por la noche me apetece lo que nadie más.

—Va, anímate —me pidió—. ¿Podéis convencerlo? —les preguntó a mis amigos.

Cogí mi copa y me la llevé a los labios, mirando a las caras de mis amigos.

—¿A Adrián? ¿Convencerlo de algo que no quiere?

Fue Eloy el que habló frente a mí, para después soltar una carcajada.

—Eso es tan difícil como que ahora mismo, a las nueve y media de la noche, salga el sol —le dijo Félix, con una sonrisa pícara.

—Los cuatro estamos cansados —añadió Leo.

—¿Es por la vuelta a los entrenamientos? Chicos, no se habla de otra cosa —comentó emocionada, alzando la voz.

Estaba claro que no solo estábamos escuchándola nosotros, y si le sumábamos que Celia no se había dado cuenta de quién tenía a su espalda…

—También se comenta que la hija del entrenador se ha vuelto una víbora que os asfixia con su veneno, que os agota hasta que no podéis moveros —soltó.

Las reacciones posteriores fueron instantáneas, se dieron seguidas.

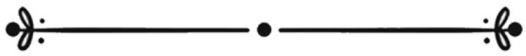
Félix escupió el sorbo de vino que acababa de beber, mientras que Eloy se atragantaba con su propia saliva. Leo lo único que hizo fue agrandar los ojos, los que dirigió a mí.

—¿Quieres que te llegue mi veneno, Celia? Como entrenadora estaré más que encantada de asfixiarte como a mis jugadores, según tú.

Mis labios se curvaron un poco hacia un lado. Fue muy sutil, porque evité mostrar la diversión, pero no pude controlarlo del todo al escuchar a Megan. Remarcó cada una de sus palabras conforme las decía.

Celia nos miró sorprendida.

Capítulo 28



Megan

—Eres muy amiguito de los de la mesa de al lado, ¿no? —le pregunté a mi hermano.

—Ya sabes que sí —me contestó.

Giré la cabeza hacia él, para ver la sonrisa de oreja a oreja que iluminaba su cara.

—¿A qué viene ese tono?

—Es el mío.

—Claro, el tuyo de: *estoy cabreada, pero tengo que disimularlo como sea, y mientras tanto, voy a sacarle información a mi queridísimo hermano*.

—Eres tonto.

Reí, dándole un golpe en el brazo.

Gael estaba sentado a mi izquierda, mientras que Andrea se encontraba a mi derecha. En frente teníamos a Noemí, a Santi y a Rodri, A Noemí la habían dejado en medio, por lo que estaba delante de mí.

Ahora mismo se encontraban muy entretenidos los cuatros, hablando de no sé qué, porque llevaba un rato sin prestarles atención.

Mi hermano y yo éramos los únicos que no interveníamos, nos habíamos echado hacia atrás en las sillas, separándonos un poco de la mesa, a pesar de la comida que llenaba los platos.

—Sé que os veis, vivís aquí y…

—Nunca te he ocultado que tengo buena relación con ellos, Meg.

—Ya lo sé y yo tampoco querría que te llevaras mal con ellos.

Suspiré.

—Tuve enfrentamientos de sobra cuando éramos más jóvenes, sobre todo con Adrián, por ti.

Hice una mueca.

—Pero somos adultos, hemos crecido, todos vivimos la vida que trabajamos por conseguir, tú también.

—Déjalo, Gael. Si es normal, ha tenido una reacción tonta.

Me encogí de hombros.

—¿Tan mal llevas lo de Adrián? —me preguntó bajando el tono de voz.

—¿Yo? Lo llevo estupendamente porque me importa menos que nada. Lo único por lo que tolero su presencia es por lo del campeonato, porque no me queda más remedio.

—Me dijiste que sigue siendo el capitán y que sus compañeros de equipo le insistieron para que mantuviera ese título.

—Sí.

Bufé.

—Y el capitán debe entenderse muy bien con la entrenadora, tiene que haber una buena relación y comunicación, para que llegue a los demás.

—Lo que menos tenemos él y yo es comunicación.

Negué con la cabeza.

—Pues tendrías que hacer algo por cambiar eso.

—Cuando caiga la luna a mis pies.

Arqueé una ceja.

—Meg…

—Gael… —lo imité—. ¿Y quién narices es esa? ¿Por qué es tan escandalosa hablando? —le pregunté molesta, mirando hacia ella.

Me referí a la mujer que estaba de pie junto a la mesa de Adrián, Leo, Félix y Eloy. Daba la espalda a nuestra mesa y no me había dado tiempo a verle la cara, ya que fue directa hacia ellos.

Desvié la atención a mi hermano, el que soltó una carcajada como si le hubiera contado el chisme más gracioso del mundo. Fruncí el ceño y más se rio.

—Es muy interesante presenciar ciertas cosas, tanto por parte de Adrián como por la tuya —comentó cuando se tranquilizó.

—¿Qué quieres decir con eso?

En vez de responderme cogió su copa de sangría y bebió mirándome fijamente a los ojos.

—Esa, por la que me has preguntado, es Celia. La conoces.

—Celia —repetí.

Entrecerré los ojos, pensativa.

—Ahora no caigo —dije.

—Iba un curso por encima de ti y su grupo de amigas y ellas se hacían notar.

—¿Esa Celia? —le pregunté susurrando.

—La misma.

Me hizo un guiño.

Dirigí la vista hacia ella. Todavía no había apartado la mano del hombro de Adrián, donde la colocó nada más ponerse a su lado. No era que me importara, ¿eh? Solo estaba dando datos.

La conversación que tenían no era nada privada, ya que por lo visto ella no sabía lo que era la discreción.

—Aquí todos la conocemos, excepto Andrea —continuó mi hermano —. Sobre todo, Adrián.

—¿Qué significa lo último?

Lo miré y en el silencio que se creó entre nosotros, toda mi concentración se fue a lo que no debía importarme. Aunque claro, ese pensamiento quedó descartado y aplastado en el mismo momento en el que Celia me mencionó de una manera que me hizo hervir la sangre y agrandar los ojos.

Por el mismo motivo Gael giró la cabeza hacia ella al instante, con la mandíbula apretada. Mi hermano no permitía ni una mínima falta de respeto y muchísimo menos hacia mí.

Entonces me di cuenta de que ambas mesas se quedaron en silencio, después de escuchar las malas palabras de Celia. Fue una vez que Leo se excusó con ella, diciéndole que estaban cansados.

—¿Es por la vuelta a los entrenamientos? Chicos, no se habla de otra cosa —fue lo que dijo Celia, demasiado emocionada—. También se comenta que la hija del entrenador se ha vuelto una víbora que os asfixia con su veneno, que os agota hasta que no podéis moveros.

Las reacciones de los de la mesa de al lado fueron variadas: Félix escupió el vino, Eloy se atragantó con vete a saber qué, mientras que Leo agrandó los ojos mirando fijamente a Adrián. A esta último no lo vi, el cuerpo de Celia lo tapaba.

—¿La víbora eres tú? —me preguntó sorprendida Andrea.

—Sí —murmuré con un mosqueo…

—¡Será desgraciada! —Jadeó indignada.

Agarré del brazo a Gael, para contenerlo. Cuando me miró sus labios se cerraron, sin llegar a pronunciarse. Negué con la cabeza con una sonrisa, quitándole la intención de que interviniera, ya que era lo que había estado a punto de hacer.

Todos en mi mesa estaban esperando mi reacción o algún movimiento por mi parte, para seguirme en lo que fuera. Les hice un guiño, para que se relajaran un poco, porque la tensión se palpaba. A Santi y a Rodri les faltaba muy poco para saltar sobre Celia, como mi hermano.

—¿Quieres que te llegue mi veneno, Celia? Como entrenadora estaré más que encantada de asfixiarte como a mis jugadores, según tú —dije.

Alcé la voz mucho más que ella, por lo que las personas que teníamos alrededor miraron hacia mí. Me importó una mierda.

Y fue muy clara con cada una de mis palabras, las que fui remarcando conforme las dije.

A Celia le costó moverse, pero cuando lo hizo y se giró hacia nuestra mesa, la sorpresa en su expresión era un pase directo a: ¡tierra trágame y escúpeme en la otra punta del mundo!

—¿Megan? —preguntó, sin creerse que me tuviera delante.

Claro que conocía el nombre de la hija del entrenador y empresario de éxito, Evan Figueroa.

Entre mi claridad al dejarle claro quién le estaba hablando y entre que Celia conocía a todos los de mi mesa, menos a Andrea… a mí era fácil reconocerme, pero por lo visto a ella le estaba costando demasiado.

Arqueé una ceja hacia Celia, haciendo un gran esfuerzo para no mirar a Adrián. Al moverse ella ahora él era visible sentado en su silla.

Sabía que estaba mirándome, lo notaba, lo sentía, me cosquilleaba la piel, pero, aun así, no aparté los ojos de los de Celia.

—¡Sorpresa! —dije, mostrándole una sonrisa de oreja a oreja—. Disculpa que no me levante a saludarte, después de años sin vernos, pero como comprenderás no voy a molestarme en moverme por una persona que piensa de mí como tú. Créeme, te hago un gran favor porque ahora mismo como te toque, te enveneno al instante. Por lo que se ve se me da bastante bien.

—He hecho un comentario muy desafortunado —comentó nerviosa.

—Oh, y tanto que sí —le di la razón.

—Todos vais diciendo que queréis que el nuevo equipo que se ha reencontrado gane el campeonato, os llenáis la boca con comentarios de todo tipo, pero después, cuando llega una entrenadora con un par de huevos…

—Ovarios, hermanito. También dos —lo corregí, dándole unos golpecitos en el brazo.

Gael rectificó, pero antes me miró de reojo, aguantándose la sonrisa. La que no ocultaron Santi y Rodri, mientras que Noemí y Andrea rieron directamente.

Mi hermano continuó hablándole a Celia, con voz cortante. Su enfado era evidente.

—Como decía, queréis resultados favorables y que este equipo de *rugby* especial que se ha formado como algo extraordinario, como lo es el breve campeonato internacional en el que competirán, llegue a lo más alto como sucedió en el pasado, pero eso no se consigue sin esfuerzo y trabajo duro. Quien no quiera sudar y terminar agotado que se quede en su casa.

—Totalmente de acuerdo, amigo —dijo Eloy.

Todos lo miramos, pero después nos centramos únicamente en Adrián, el que me sorprendió, mucho, muchísimo, porque salió en mi defensa.

—Ni tú ni nadie tenéis derecho a hablar de Megan de esa manera. Veneno es lo que sacáis por la boca todos, cuando hacéis ese tipo de comentarios. Te aseguro que ninguno del equipo piensa lo que has dicho.

Su voz sonó dura y cortante, fría y distante.

A Celia le temblaron los labios, pero no supe si fue por vergüenza, por rabia o porque realmente estaba afectada por la situación. No me daba la sensación de lo último.

—Nos gusta que nos machaque en el campo —continuó Adrián—, disfrutamos de cada jodida lamentación porque después nos hace sentir más vivos que nunca.

—Efectivamente —dejó más claro Félix, antes de que su amigo siguiera hablando.

—Todo a lo que nos somete la *entrenadora*, aunque nos quejemos y nos joda, es por el bien del equipo y del juego. Sabe muy bien lo que hace y lo lleva a cabo sin titubear. Así que, guárdate tus opiniones porque nos haces perder el tiempo.

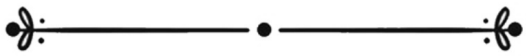
—Adri, yo… —dijo Celia.

—Y por supuesto, ni se te ocurra volver a decir delante de mí ningún comentario negativo sobre Megan —apretó la mandíbula.

Noté como una sensación extraña y demasiado fuerte me removía por dentro.

Adrián se levantó de su silla, pasó por delante de Celia y sin mirar a nadie, fue hacia el interior del restaurante.

Capítulo 29



Noemí me agarró de una mano y yo hice lo mismo con Andrea, de esa manera entramos en el *pub*.

Detrás venían mi hermano, Santi, Rodri, Leo, Félix, Eloy y Adrián.

Ver para creer, sí, no sabía cómo había ocurrido, pero aquí estábamos todos. Aunque debo decir que Adrián se había resistido un poco, pero al final sus amigos lo habían arrastrado con ellos.

Tampoco él había puesto mucha resistencia, porque si no hubiera querido…

Daba igual, el tema era que los dos grupos nos habíamos unido para terminar la noche juntos. Increíble, pero cierto.

Este no era el *pub* que mencionó Celia, en el que estaría con sus amigas. Ninguno comentó nada antes de irnos del restaurante de Fer, pero todos supimos que no terminaríamos en el *pub* que mencionó Celia, el de Mario, para no encontrarnos de nuevo con ella.

El dueño del local en el que acabábamos de entrar era Elías, un gran conocido que hacía muchísimo tiempo que yo no veía. Mi hermano, Santi y Rodri venían mucho aquí, les gustaba, y por lo que pude escuchar por encima, el grupo de Adrián también lo tenía entre los primeros de su lista de opciones para alargar las noches que salían.

Celia desapareció de la terraza del restaurante con una disculpa entre dientes. No me dio ninguna pena y agradecí que se largara rápido. Lo hizo antes de que Adrián regresara a su silla.

A partir de ahí comenzaron a hablar todos y fueron saltando de un tema a otro, hasta que consiguieron eliminar la tensión y la rabia que dejó atrás Celia.

Pasamos un tiempo tranquilo y relajado, entre risas, sonrisas, comentarios divertidos y bromas. La verdad era que lo pasé muy bien, con la pequeña excepción de que tuve que esforzarme para ignorar bastante la fuerte presencia de Adrián.

Aunque en algunos momentos fracasé, al encontrarme con su mirada.

No nos dirigimos directamente la palabra en ningún momento, pero tampoco estuvimos incómodos. Al menos esa había sido mi percepción.

Cuando terminamos de cenar y después de pasar un rato con Fer, en el que nos tomamos varios chupitos, incluido nuestro amigo el dueño, decidimos venir a este *pub*, el de Elías, a tomar una copa más antes de dar la noche por finalizada.

—¿Elías suele estar aquí los viernes por la noche? —le pregunté a Noemí, alzando la voz—. Me haría mucha ilusión verlo.

El volumen de la música estaba lo suficientemente alto como para impedir hablar con normalidad.

Había muchas personas, en grupos y solitarias, con sus copas en las manos para disfrutar al ritmo que sonaba. El ambiente era el perfecto y me alegré al no notar agobio por la gente. Fuimos sorteando a todos los que nos encontrábamos a nuestro paso, haciéndonos un camino, pero en ningún momento nos rozamos con nadie.

Cuando llegamos a la barra Noemí silbó hacia una chica que nos daba la espalda. A pesar del paso del tiempo y de que la mujer que se giró hacia nosotras había cambiado bastante de aspecto, no tuve problema a en reconocerla.

Le sonreí, pero ella solo le devolvió la sonrisa a Noemí porque no se fijó en mi presencia.

—Noemí, cariño. Bienvenida a tu noche de desenfreno —le dijo ella, cuando se puso delante de nosotras—. Hol…

No terminó de saludarnos a Andrea y a mí ya que cuando me miró bien, cuando realmente me vio, se quedó callada y poco a poco fue agrandando los ojos.

—No puede ser —dijo mirando a Noemí.

Mi amiga asintió riendo, confirmándoselo.

—Oh, ¡joder! ¡Megan! —gritó.

Solté una carcajada cuando se sentó en la barra de un salto y se dejó caer sobre mí.

—Hola, Tania —la saludé, mientras nos abrazábamos.

—Madre mía, ¡ha pasado demasiado tiempo!

—Sí.

Sonreí con añoranza.

—Dios, qué alegría. Oh, hola, chicos.

Mi hermano y los demás acababan de pararse detrás de nosotras.

—Hola, preciosa —Eloy fue el primero en hablar.

—Hola, bombón. Ya te echaba de menos —le dijo Tania.

Y lo que pasó a continuación me dejó asombrada.

Tania, que todavía continuaba sentada sobre la barra, agarró de la ropa a Eloy, a la altura del pecho, y tiró para acercarlo a ella.

Se quedaron tan cerca de mí que vi en primer plano cómo sus labios se unían y se fusionaban, al igual que sus lenguas se perdían en las bocas del otro.

El beso fue intenso, caliente y pasional.

Lo que consiguió que se separaran fue un carraspeo fuerte y un silbido. El último vino de Noemí, a modo de advertencia, el primero, de Elías, el dueño del *pub* y el hermano mayor de Tania que apareció a su espalda.

La reacción de ella fue soltar una carcajada, nada arrepentida. Elías puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—No te enfades hermanito, es que los chicos nos han traído un regalazo y era mi deber agradecérselo a mi bombón. Los demás con un beso y una ronda gratis tenéis suficiente —soltó una carcajada Tania.

Se bajó de la barra de un salto, para darle un beso en la mejilla a su hermano.

—No me hagas la pelota.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? —le preguntó y apretó los labios.

—Hola, chicos. ¿De qué regalazo habla?

Elías dio un saludo en general y comenzó a pasar la mirada de unos a otros, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos frunció el ceño, descruzando los brazos.

—De ella, Eli. Es Megan —le dijo su hermana.

—No jodas. ¿Eres tú de verdad?

—Sí —contesté riendo.

—Mierda, Meg.

Soltó una carcajada y poco faltó para que se subiera también a la barra, pero él de mitad del cuerpo para arriba.

—Llevas tanto tiempo perdida…

Me abrazó y me vi pequeñita entre sus brazos.

Desde que me fui de Santander los viajes para venir a ver a mi familia siempre habían sido en fines de semana. Normalmente intentaba que duraran de viernes a domingo, aunque en muchas ocasiones las combinaciones no colaboraban y me veía obligada a viajar el sábado, desde muy temprano, para volver al día siguiente, el domingo.

Por lo tanto, al ser viajes relámpago como les decía mi madre, únicamente me dedicaba a pasar tiempo con mi familia. Una vez que llegaba aquí no iba a ver nadie, ni quisiera a Noemí a su salón.

Durante el tiempo de las vacaciones me dedicaba a hacer otro tipo de viajes, a otros países en compañía de Andrea y Juan, ya que nuestro amigo cuadraba sus vacaciones para que coincidir con nosotras. A veces se sumaba algún amigo más, incluso mi hermano se había unido a nosotros.

Por ese motivo hacía tantísimo tiempo que no veía a ciertas personas.

—Un poquito —le dije a Elías, por lo de estar perdida.

—¡Qué fuerte!

Me reí cuando me agarró de las mejillas y me las presionó con las manos.

—Bienvenida a casa.

Me hizo un guiño.

—Gracias. Es un lujo poder estar aquí.

Le devolví el guiño.

—¿Ya me has perdonado, hermanito?

—Cállate que todavía cobras —le advirtió Elías.

Reímos todos.

Elías saludó a los demás chocando las manos y dando besos. Aproveché para presentarle a Andrea.

Cuanto tuvimos todos nuestra copa en la mano brindamos por los reencuentros y los giros de la vida. Adrián también participó, aunque con menos entusiasmo que el resto. Se le vio pensativo, por instantes parecía irse lejos del *pub,* mientras su cuerpo nos hacía compañía.

—Meg, haznos una foto —me pidió Andrea y sonreí.

Había cogido otra vez a Eloy de modelo y repetir podía ser muy significativo, a no ser que supieras lo que había en realidad detrás de la captura de una imagen.

Saqué el móvil del bolsillo, lo desbloqueé y levanté los brazos para sacar una buena perspectiva de ellos.

Eloy se puso a la espalda de Andrea, con la suya apoyada en la barra, mientras que la de mi amiga reposaba en el pecho de él. Eloy la agarró de la cintura con una mano, al mismo tiempo que se inclinaba para dejar la cabeza a la altura de la de Andrea.

Por la diferencia de estatura tuvo que agacharse para que sus mejillas quedaran en paralelo, muy juntos, casi rozándose, mientras ambos sonreían a la cámara con sus copas en alto.

Di un paso hacia atrás porque al estar tan cerca no podía enfocarlos como quería, hasta que unas manos masculinas cubrieron por completo las mías y agarraron mi móvil.

Tragué saliva ante el contacto y la cercanía, porque sabía a quién pertenecían las manos y el calor del cuerpo que notaba pegado a mi espalda. Al igual que el olor que desprendía.

Contuve la respiración mientras Adrián guiaba mi móvil y estiraba mis brazos al máximo, con la facilidad de ser más alto que yo. Le dio varias veces al botón de capturar las imágenes, hasta que se quedó satisfecho.

Cuando terminó nos quedamos unos segundos inmóviles los dos, sin saber cómo reaccionar. Debió ser mi imaginación porque noté cómo se acercaba más, cómo su pecho rozaba mi espalda.

Comenzó a faltarme el aire, pero aguanté hasta saber su siguiente movimiento, que fue el de apartarse en silencio. Me soltó las manos y tal y como apareció a mi espalda, desapareció de la misma manera.

Bajé los brazos y me giré despacio, para encontrarme con la espalda de Adrián, mientras él se alejaba caminando entre las personas.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Andrea.

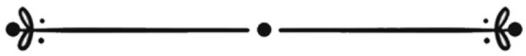
Pegué un pequeño brinco por el susto que me dio, lo que provocó que mi amiga soltara una carcajada.

—No lo sé.

Susurré desconcertada.

Se puso seria y me abrazó de lado.

Capítulo 30



—¿Habéis visto quienes están aquí? —dijo una voz al otro lado de la puerta de uno de los baños.

—Joder, sí. Te refieres a los jugadores de *rugby*, ¿no? —habló otra.

Esta última llamó mi atención.

Levanté la mirada al espejo, mientras me enjuagaba las manos.

Estaba en el baño, a punto de salir, pero alargué el momento debajo del grifo para seguir escuchando.

Como oyera una vez más algo de la entrenadora, o sea, yo…

—Madre mía, qué buenos están —comentó otra voz diferente.

—Podríamos acercarnos para presentarnos —habló la primera.

Esta abrió la puerta y salió, sus amigas no tardaron en unirse a ella. Se colocaron a mi izquierda y continuaron con su conversación. Yo pasé a secarme las manos con el secador.

—Claro y les decimos que hemos ido a verlos entrenar y que nos tendrán de animadoras en los partidos —rio la segunda.

—No hemos hecho nada malo, el campo está abierto a los espectadores —le dijo la número tres.

—Mientras no nos colemos en los vestuarios… —soltó una carcajada la primera.

—Pues por falta de ganas no es —habló con una risilla la segunda.

—Ya te digo —suspiró la tercera.

Me aparté del secador para ir al centro del espejo, por lo que ellas se repartieron entre los dos secadores de manos que había.

Saqué la barra de labios que me había guardado en el bolsillo del pantalón y la abrí, para inclinarme hacia el espejo para pasármela por los labios.

No me esmeré mucho, lo hice para ganar tiempo, por lo que solo me di unos toquecitos para mantener el color. Mientras lo hacía las chicas continuaron hablando de lo guapos que eran los jugadores y que vistos de cerca aún eran mejores.

Bla, bla, bla… más de lo mismo, una y otra vez.

En el pasado despertaban de todo en hombres y mujeres, y hoy día continuaban consiguiendo lo mismo.

Cuando me quedé sola me guardé la barra de labios y me observé fijamente en el espejo. Cogí una bocanada de aire y solté despacio. Lo repetí varias veces, notando que no me servía para calmar lo que se había encendido en mi interior.

—Menuda mierda.

Susurré.

La puerta se abrió para dar paso a dos chicas y elegí ese momento para salir del baño.

Cuando llegué a la zona principal comencé a cruzarla y conforme me acercaba al sitio en el que se quedaron mis amigos, me di cuenta de que la escena había cambiado bastante.

Me paré a unos metros de distancia cuando vi que el único que estaba apoyado en la barra era Adrián. Me daba la espalda y parecía que le habían dejado todas las bebidas a él.

Me giré para localizar a mis amigos y a mi hermano, pero el local estaba bastante más lleno que cuando llegamos. No conseguí ver a ninguno, debían haberse apartado bastante.

Cuando volví a mirar a Adrián solté un bufido.

Ya no estaba solo, ni en la misma posición. Se había girado y le veía la cara. Tenía los codos apoyados en la barra, la que tenía a su espalda, mientras dos chicas hablaban con él.

¡Sorpresa! Eran dos de las tres que estaban en el baño minutos antes, a las que había escuchado hablar de los jugadores de *rugby*.

Caminé de nuevo, yendo directa hacia ellos. No, hacia ellos no, hacia la barra, hacia mi copa, y hacia mi chaqueta que estaba amontonada en un taburete que se encontraba cerca de él.

Llegué al hueco de la barra en silencio y así continué, callada. Cogí mi copa, reconociéndola por el color de la caña, y me la llevé a los labios, para beber un buen sorbo.

Apoyé los brazos en la barra, olvidándome de quienes tenía a mi lado, pero al mismo tiempo muy atenta a la conversación que tenían.

Adrián no reaccionó a mi presencia, me ignoró completamente, por lo que yo continué actuando de la misma manera. Tampoco quería que me hablara ni ser el centro de su atención, porque eso podía llevarnos a una situación que no nos gustaría a ninguno de los dos.

Frené mis pensamientos para escucharlos hablar.

Para referirme a ellas seguiré mencionándolas por el orden del baño.

—Les había dicho a mis amigas que eras el capitán. ¡Lo sabía! —dijo la primera.

—Es que todavía no se sabe oficialmente —comentó la tercera.

—Qué suerte estar con Adrián Mera —habló la segunda.

—Miera —la rectificó Adrián, sin mucho interés en la conversación.

—¿Cómo? —volvió a hablar la última.

—Que mi apellido es Miera —le aclaró Adrián.

Su voz sonaba cansada, o más bien desganada y aburrida.

—Oh, vale —rio la chica.

—¿Cómo puedes equivocarte en eso? Además, su apellido se escucha mucho en el mundo empresarial —la reprendió su amiga, la primera.

—Yo qué sé, será por todo lo que he bebido hasta ahora. —Bufó la aludida.

—¿Chicas, sabéis lo que es querer desconectar de todo e ir a tu aire?

—Claro, guapo —contestó la tercera.

—Me alegra saberlo, porque eso es lo que quiero hacer en este *pub*. Esta noche he venido a estar con mi gente, mis amigos, y no me apetece esta situación.

No les vi las caras porque les daba la espalda, pero el silencio que hubo me hizo saber cómo se habían quedado por el corte de Adrián.

Me llevé la copa a los labios, para disimular un inicio de sonrisa, aunque no él no me veía.

—Disculpad, no quiero ser grosero, pero para un día que salgo un rato quiero estar tranquilo. Y estáis de suerte, porque no suelo dar explicaciones. Gracias y adiós. Quizás nos veamos en otra ocasión, ha sido un placer.

Con esas palabras se impulsó de la barra y se giró hacia ella. Se quedó como yo, mirando en la misma dirección, con los brazos en la barra y su copa delante, de la que bebió.

Las chicas desaparecieron de detrás diciendo que había valido la pena, que en otra ocasión lo encontrarían de buen humor, que a la próxima sería la definitiva y el mejor comentario de todos fue el de lo bien que le quedaban los vaqueros a ese culo tan prieto.

Mmm… por mucho que me pese admitirlo, le daba toda la razón. Aunque esa parte de su cuerpo no era la única digna de admirar.

Adrián lo ignoró todo, continuó a lo suyo, o sea beber en silencio.

Nuestros amigos no aparecían por ningún lado, debían de estar dándolo todo en la pista de baile que había hacia un lateral, y yo comencé a ponerme muy nerviosa, al ser consciente realmente de que estábamos solos por primera vez, después de muchos años.

—Unos se han ido a moverse un poco, otros han salido a la calle a tomar un poco de aire fresco —me dijo, hablando de nuestros amigos y mi hermano.

Lo miré de reojo, sorprendida porque se hubiera animado a hablarme.

—Vale. Gracias.

Otro silencio pesó entre nosotros, pero no duró mucho tiempo. Por lo visto esta noche estaba hablador, lo rarísimo era que fuera precisamente conmigo.

—¿Por qué aceptaste? —me preguntó.

Miré de reojo su bebida, con asombro, para saber cuánto había bebido o si cabía la posibilidad de que fuera la segunda ronda.

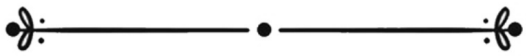
El alcohol debía haberle afectado de alguna forma, aunque no lo aparentara, porque era imposible que por sí mismo Adrián estuviera dirigiéndose a mí.

Nadie estaba obligándolo, no se sentía presionado ni en un compromiso delante de otras personas, entonces, ¿por qué? ¿O quería iniciar otra batalla y había comenzado suave para confundirme?

Aparté la mirada de su copa y la dirigí hacia arriba, para encontrarme con su cara girada hacia mí y su mirada fija e intensa, a muy corta distancia.

No nos tocábamos, ni siquiera se había dado un roce casual por algún movimiento, manteníamos muy bien la separación, pero ello no evitó que mi respiración se acelerara y que tuviera que sujetar el vaso de mi bebida con las dos manos, para disimular las reacciones de mi cuerpo.

Capítulo 31



Adrián

—¿Se te ha olvidado cómo hablar? —le pregunté, cortando el silencio tenso.

—Contigo sí —contestó.

Sonreí de medio lado.

—¿Soy tu excepción?

—Sí —me confirmó.

—¿Para todo?

No recibí respuesta, pero por la rigidez de su cuerpo no hacía falta que me respondiera. Lo tuve muy claro.

—Acepté por mi padre —me contestó al final.

—A tu padre no le hubiera pasado nada por tu negación, ni mucho menos te lo habría tenido en cuenta. ¿Exactamente por qué aceptaste por tu padre y cuánto te costó hacerlo, sabiendo a lo que te enfrentarías?

Insistí.

—Desde el principio me has soportado lo justo y porque no te quedaba más remedio, ¿y ahora te da por hacerme preguntas personales? ¿En serio?

—Ya ves. Lo mismo Tania me ha echado algo en la bebida.

Bajé la mirada a mi vaso, como si estuviera planteándome realmente esa posibilidad.

Me encontraba perfectamente. Normalmente no comenzaba a notar los efectos del alcohol hasta que mis amigos y yo no nos terminábamos varias rondas, por lo que era imposible culpar a la bebida por tener la lengua suelta.

Y el vino de la cena no contaba, ese iba aparte.

Todavía estaba con la primera consumición y la tenía por la mitad.

—Olvida todo lo que te he dicho —le pedí.

Arrastré el vaso por la barra, apartándolo de mí, y me separé girándome.

Estaba dispuesto a largarme, a buscar a mis amigos para despedirme de ellos por esta noche, pero la voz de Megan me frenó.

Me quedé con el cuerpo medio girado y una mano en la barra.

—Cuando mi padre me dio la noticia pensé que era una broma —rio sin ganas.

Doblé el brazo para apoyarlo en la barra y me mantuve sin mirarla, porque sabía que de esa manera le sería menos complicado. Siempre era más fácil hablar sin sentirse observado, porque de esa manera tenías la sensación de no ser juzgado.

—Me lo contó en un viaje que hice hace poco, vine un fin de semana.

—Como suele ser habitual, no vaya a ser que estés mucho tiempo aquí —dije.

—¿Perdona? ¿Cómo sabes que…?

No terminó de hacer la pregunta, se quedó callada y ante mi silencio tomó la mejor decisión, continuar con su explicación.

—Después de que me pidiera lo del campeonato estuve pensándomelo hasta el día que me fui. Le di muchas vueltas, demasiadas porque no quería fallarle a mi padre. Sentí mucho peso por la responsabilidad que suponía y por lo que podía ocasionar.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—A que la gente enseguida señala, acusa y deja en mal lugar, sin importar todo lo bueno que hayas hecho en el pasado. No quería eso para mi padre, nunca me hubiera perdonado que lo tacharan de algo que no es y que cambiaran de opinión sobre él. Ya has visto lo que se dice de mí, todos tienen la lengua muy suelta y rápida. Algunos son dañinos por naturaleza.

—Lo que hablan de ti no es mentira.

Mis labios se curvaron un poco hacia el lado contrario al que estaba ella, por lo que no vio el inicio de sonrisa. Noté su mirada y al no prestarle atención, se puso delante de mí.

—Me has defendido en el restaurante, has dejado claro que…

Habló indignada, con los puños apretados a sus costados.

—¿Yo he hecho eso? Mmm… no lo recuerdo.

—Eres… —siseó.

Me incliné hacia ella, agachándome lo suficiente para dejar mi cara a la altura de la suya.

Y ya iban cuatro veces esta noche, cuatro malditas veces que la tenía tan cerca que su perfume lo inundaba todo y era lo único que podía respirar. Lo único que quería y deseaba respirar.

La primera fue al poco de llegar a la terraza del restaurante, cuando le rocé la mejilla con los labios, para después quedarme a milímetros de su piel simulando que le daba un beso como saludo. La segunda cuando se quedó frente a mí allí mismo, en la terraza del restaurante. No se movió, justo después del *no* beso.

La tercera al poco de estar en el *pub*, cuando se me fue la cabeza y no me lo pensé para ponerme a su espalda, cuando Megan intentaba tomarles una fotografía a Eloy y a Andrea. En esa ocasión no solo fue su olor, sino también el contacto con sus manos.

No tendría que haberlo hecho, debería haberme mantenido lejos de ella, pero cuando me di cuenta estaba ayudándola con las puñeteras fotografías.

Y la cuarta estaba pasando justo en este instante. Al moverse se había puesto tan cerca de mí… yo todavía mantenía el brazo apoyado en la barra, por lo que si me echaba un poco hacia delante nuestros pechos chocarían.

—¿Qué soy, Megan?

Susurré, con nuestras narices a punto de rozarse.

—Un idiota.

Susurró como respuesta.

—¿Un idiota que te ha defendido?

—Sí.

Murmuró.

Al estar tan cerca solo podíamos mirarnos a los ojos y por unos segundos me perdí en la profundidad de su mirada.

Recordaba perfectamente cada puñetera mota y cambio de tonalidad que se diferenciaban en sus ojos al observarlos a tan corta distancia.

—Puedo ser un idiota muy diferente, ¿es lo que quieres?

—No —contestó.

—¿Y qué quieres, Megan? —ladeé la cabeza— ¿Qué es lo que puedes querer entrenadora?

—Estamos fuera del campo y del *rugby*, no me llames entrenadora.

Frunció ligeramente el ceño.

—Aprendí a amar ese deporte y lo llevo en las venas.

—En las venas tienes sangre. —Arqueó una ceja.

Me separé de ella y solté una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

Cuando terminé de reír sacudí la cabeza y me mantuve alejado de ella, por mi bien.

—Sí, te he defendido y también he dejado claro lo que pienso al respecto de los comentarios sobre ti, por muy idiota que yo sea, según tú.

—¿Entonces porque acabas de decir que lo que se dice de mí es verdad?

—Porque es así, lo que no es cierto es la forma en la que lo dicen porque la burla es con la intención de menospreciar, ofender y hacer daño. ¿O acaso no nos das tanta caña que nos dejas al final de los entrenamientos tirados por el campo y con la lengua fuera?

—Sí.

Susurró.

—Pues a eso me refería al decir que las habladurías son ciertas, pero mantengo cada una de las palabras que le dije a Celia en la terraza del restaurante.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque sí.

—Pero…

Me moví lo suficiente para que ella diera varios pasos hacia atrás.

En silencio, busqué mi chaqueta en el taburete que teníamos al lado y me la puse, bajo su atenta mirada.

Pasé por su lado y continué unos pasos, pero antes de alejarme más me paré y giré la cabeza hacia atrás, para mirarla por encima del hombro.

Megan se quedó mirando la barra, con la cabeza un poco inclinada hacia abajo, hasta que le hablé otra vez.

Se volvió hacia mí.

—Una última cosa —le dije.

—¿Qué?

Susurró.

—Que no importa lo que pasara entre nosotros en el pasado, ni lo nuevo que pase, siempre te defenderé, sin importar a quién tenga que enfrentarme. Nunca voy a permitir que delante de mí alguien hable mal de ti.

Con esas palabras, con las que la dejé sorprendida, miré hacia delante y comencé a esquivar a las personas en mi camino hacia la salida. Mis amigos eran los que estaban en la calle, pero antes de ir con ellos me desvié.

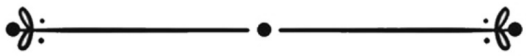
Pasé por al lado de Gael, que estaba con los demás bailando, y lo agarré de un hombro. Cuando tuve su atención y la de los demás me despedí de todos, deseándoles que tuvieran un buen final de la noche.

Con todo hecho ya pude ir directo hacia la salida, donde con un abrazo les dije adiós a Félix, a Leo y a Eloy, los que encontré sentados en los escalones de la entrada del *pub*.

Mientras caminaba sin prisa por las calles, abrigado con la chaqueta y con las manos en los bolsillos del pantalón, pensé en lo que había dado de sí mi noche, muchísimo más de lo que habría podido imaginar.

Había sido totalmente inesperada, y desconcertante también.

Capítulo 32



Megan

—¿Ya has llegado? —le pregunté a mi hermano.

—Acabo de sacar la llave del contacto, pesada.

—¿Pesada yo?

Solté una carcajada, mientras me giraba para encontrar a Andrea con la mirada.

—Tú tranquila que apareceré a tiempo —me dijo.

—Vale.

Sonreí.

—¿Ya te has ido del campo?

—A punto estoy, a ver si sale Andrea. Ha ido al baño.

—De acuerdo. ¿Cuál es vuestro plan cuando salgáis de ahí?

—Aún no lo hemos hablado, pero todo lo que tenga que ver con estar cómodas en casa. Te haces una idea.

Miré la hora en el reloj de pulsera, mientras le acariciaba la cabeza a Drako.

Hoy mi perro nos había acompañado al entrenamiento a Andrea y a mí, era tan bueno y obediente que no se movió en ningún momento de mi lado. Eso sí, aceptó todas las caricias y mimos que le dieron los chicos.

Cuando mis jugadores me vieron llegar con Drako varios hicieron la broma de que había traído refuerzos. Según la idea inicial de ellos los iba a poner a correr con Drako detrás, persiguiéndolos. Nada que ver con la realidad, lógicamente.

Mi perro me había seguido a todas partes y se había echado unos buenos ratos dormido sobre la hierba fresca.

—Joder, son las siete y media —dije sorprendida—. No pensaba que fuera tan tarde.

—No te creo.

Soltó una carcajada.

—Se me ha pasado el tiempo volando. ¡Oye! ¿De qué te ríes? ¡Deja de reírte!

Me quejé, pero mi voz tenía un punto de diversión. Al final me uní a sus risas.

Era por la tarde, ya que después de los primeros días de entrenamientos estos dejaron de ser por las mañanas, para no interrumpir tanto los trabajos de cada uno, fuera del *rugby*.

—Es que últimamente no sé dónde tienes la cabeza —comentó.

—Sobre los hombros y muy bien puesta.

—Ajá. Entonces explícame cómo es que, según tú, no te has dado cuenta de la hora que es si me has preguntado si había llegado, cuando sabes exactamente a la hora que tenía que llegar.

—Joder, Gael, ¿no puedes hacer preguntas simples?

Bufé y rio.

—Ya viene Andrea.

—Anda, vete a casa y date una ducha. La próxima vez que te vea vas a contarme qué narices te pasa para estar tan despistada.

—Pero si vamos a vernos dentro de poco.

—Pues eso. Adiós.

—Será…

Me quedé mirando la pantalla del móvil y sonreí antes de guardármelo en el bolsillo de la chaqueta.

Le había dicho una mentirijilla a mi hermano, Andrea todavía no había salido. Dirigí la mirada hacia la entrada del edificio de los vestuarios.

Mi amiga no estaba muy bien de ánimos, aunque cada día se esforzaba mucho para que no me diera cuenta. Imposible no hacerlo, había perdido brillo. En Andrea era muy fácil detectarlo, el cambio era drástico.

Y su problema tenía nombre propio y la superaba en altura: Cameron.

Hacía días que Andrea no sabía nada de él, Cameron ya no entraba a sus historias ni le ponía algún comentario a las publicaciones que subía. Y mi amiga no llevaba nada bien su desaparición, como es normal.

—Vamos a buscarla —le dije a Drako.

Ya había pasado tiempo suficiente, tendría que haber salido.

Accedí al edificio, encontrándome lo primero de todo con los baños a cada lado del pasillo. Me asomé, pero todas las puertas estaban abiertas.

Recorrí el pasillo escuchando las voces de los chicos. A excepción de uno que se había ido y de un par que continuaban en el campo, hablando tranquilamente, los demás estaban en el vestuario, duchándose.

—¿Andrea?

La llamé en alto, sin pararme.

Cuando llegué al final del pasillo me paré a unos pasos de la puerta abierta del vestuario. Les gustaba dejarla así porque por ahora eran los únicos aquí, por lo que nadie los interrumpía.

—¡Chicos! —los llamé en alto.

En cuanto escucharon mi voz se quedaron en silencio.

—¿Habéis visto a Andrea?

—Contigo, entrenadora —me contestó Carlos.

—Ya hace un rato que me dijo que venía al baño.

Me giré al hablar para mirar el pasillo, sin comprender dónde se había metido.

—¿Qué pasa?

Miré a Adrián y hubiera sido mejor no verlo ocupando el hueco de la puerta. Iba sin camiseta, lo único que llevaba puesto era el pantalón corto del entrenamiento.

Muy poca ropa, muy poca ropa, muyyy pocaaa ropaaa…

—Andrea me dijo hace un rato que venía al baño, pero no está. Lo he mirado, ¿por qué no está? No lo entiendo. He estado hablando con mi hermano por teléfono y no me he dado cuenta de si ha entrado aquí siquiera.

Me mordí un lateral del labio inferior, nerviosa.

—Cálmate —me pidió serio y con el ceño fruncido.

—Yo no…

Hice lo que me pidió en cuanto se puso delante de mí y su presencia lo invadió todo, cuando se inclinó hacia delante.

—Controla los nervios, no te sirven de nada, solo para que todo vaya a peor.

—¿Dónde está Andrea? —le pregunté con esperanza, como si él tuviera la respuesta.

—¿Por qué estás así, Megan?

—¿Qué?

—Estamos en un sitio seguro, conocido, por lo que no entiendo que te pongas de esta manera al no encontrar a tu amiga. ¿La has llamado? ¿Has pensado en eso? ¿Y dónde está Drako?

—Drako…

Jadeé, antes de moverme para correr.

No llegué muy lejos, Adrián me sujetó de un brazo y me frenó.

—Déjame —grité y entrecerró los ojos—. Drako estaba conmigo antes de entrar, él no se separa de mí nunca. Ya lo has visto.

Moví los brazos para soltarme de su agarre, pero Adrián lo hizo peor.

Me sujetó el otro brazo con firmeza y me giró, para colocarme contra la pared el pasillo.

Cerré los ojos con fuerza, notando un ligero mareo. El cuerpo de Adrián presionaba al mío, mientras que mi espalda se apretaba en la pared.

—Megan, ¡mírame!

Abrí los ojos de golpe y fue entonces cuando me di cuenta de que la presión que sentía encima no era por el cuerpo de Adrián, sino que yo misma me la estaba provocando.

Me faltó el aire, mientras los ojos se me nublaban de lágrimas. Los chicos habían salido del vestuario tal y como estaban, con poca ropa o mucha, y, a pesar de que mantenían las distancias por cómo me veían, tuve la sensación de que estaban demasiado cerca. Me observaban preocupados y en silencio.

Adrián no se había movido, continuaba delante de mí, sujetándome los brazos. Su agarre era firme, pero no ejercía fuerza.

—Controla la respiración, tienes un ataque de ansiedad —me pidió muy serio.

—Me falta… el… aire —conseguí decir con un hilo de voz.

Jadeé por la impresión cuando me cogió en brazos, para sacarme del edificio.

Le rodeé el cuello con fuerza, pegando mi pecho al suyo todo lo que pude. Conforme Adrián se alejaba por el pasillo vi a los chicos cada vez más borrosos, quienes no se movieron para no interrumpir a Adrián.

No me di cuenta de la fuerza con la que le apretaba el cuello, hasta que me pidió que lo soltara. Me ayudó a sentarme en el muro y cogí una gran bocanada de aire.

—Adri, voy a buscar a Andrea y a Drako —dijo Leo.

Salió detrás de nosotros, pero no lo vi. Mi mirada estaba fija en la de Adrián, no quise perder el contacto visual porque en este instante era mi ancla. Él me mantuvo la mirada, quedándose frente a mí, entre mis piernas ligeramente abiertas.

—Vamos los cuatro —habló Félix.

—Sí —confirmó Eloy.

Después de eso nos quedamos solos.

—¿Estás un poco mejor? —me preguntó, todavía muy serio.

Murmuré un sí y tragué saliva. Se me había quedado la garganta muy seca.

Un ladrido consiguió que una lágrima se resbalara por mi mejilla y cuando escuché los gritos de Andrea, llamándome, dejé en libertad toda la angustia y el malestar que sentía.

—¡Meg! ¡Meg!

Adrián se apartó de mí para dejar espacio a Andrea y a Drako.

Mi perro fue el primero en llegar y en subir las patas delanteras a mis piernas. Lo máximo que pude hacer fue colocar una mano en su cabeza. Drako se pegó a mí y la apoyó en mi muslo, justo cuando Andrea se ponía delante de mis piernas.

Me agarró de las manos mirándome con preocupación, sin atreverse a abrazarme para que no empeorara mi ansiedad.

—Cariño, lo siento mucho. ¡Perdóname! Es que he salido del baño y como he visto que todavía hablabas por teléfono, he ido a dar una vueltecita por la parte de atrás del edificio. Joder, no he pensado que… mierda. Lo lamento, Meg.

—No pasa nada.

Susurré.

—Al cabo de un rato ha venido Drako y pensaba que tú aparecerías en cualquier momento. Soy tonta.

—Andrea, ya está —carraspeé—. Estoy así por mi culpa, ni siquiera he mirado fuera y por el campo, antes de pensar mal.

—No digas eso, no es tu culpa.

Murmuró.

Moví los ojos para mirar a Adrián, quien se había apartado un poco más.

Félix, Leo y Eloy estaban a sus lados. Los cuatro me observaban con gestos preocupados y Adrián con algo más que me hizo tragar saliva.

—Quiero irme a casa —le dije a mi amiga.

—Claro, cariño. Dame la llave del coche.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y se la di, para olvidarme de todo por un rato.

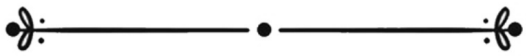
Cuando llegó el momento de levantarme me temblaron las piernas y si no hubiera sido por Andrea y por otros brazos mucho más fuertes que los de mi amiga, los que vinieron rápido hacia mí, me habría caído.

Cuando levanté la mirada me encontré otra vez con los ojos de Adrián y su mandíbula apretada, mientras me sujetaba con fuerza por la cintura. Me pregunté si le molestaba tanto tocarme como para poner esa cara.

Solté un suspiro tembloroso, sin energías para nada, y mucho menos para hablar o para analizar la situación.

Adrián no me soltó, y tanto él como sus amigos nos acompañaron en silencio a Andrea, a Darko y a mí hasta el aparcamiento, donde estaba el coche de mi madre.

Capítulo 33



—Deja de mirarme así, ya se me ha pasado —le pedí a Andrea.

—Joder, Meg, es que me has dado un susto…

Bufó.

—El susto me lo llevado yo.

Reí y ella hizo una mueca.

—Fui muy torpe al no avisarte.

—Ya está, de verdad. Por favor.

—De acuerdo.

Suspiró.

—No le digas nada a mis padres.

—Tranquila.

Se llevó los dedos a los labios y los deslizó sobre ellos, haciendo el gesto de cerrar la boca.

—Antes de entrar quiero saber algo, porque hasta que no estemos solas no podremos hablar para que no se enteren. ¿Y el comportamiento de Adrián contigo?

—No sé qué quieres decir.

—Joder, han pasado varios días desde la noche del *pub* y no habéis vuelto a hablar. Desde entonces te ha esquivado y evitado, y hoy de repente acude a tu rescate y no permite que nadie se te acerque.

—Porque estaba mareada y me ha visto mal, Andrea. Cualquiera hubiera hecho lo mismo y si me ha sacado del edificio ha sido para que no me agobiara más. Tenía un ataque de ansiedad.

Estábamos en el coche de mi madre, Andrea acababa de parar el motor en el garaje de la casa de mis padres. Nos lo estábamos tomando con calma para salir del vehículo.

Me giré hacia la parte de atrás y le sonreí a Drako.

—¿Bajamos, precioso? —ladró como respuesta— Ya decía yo —reí, abriendo mi puerta—. Andrea deja de pensar y cambia la cara.

Chasqueé los dedos delante de sus ojos, antes de bajarme del coche. Le abrí la puerta a Drako y saltó para correr hacia la puerta de acceso a la casa. El pomo tenía una cuerda para él, estaba enseñado a cogerla con la boca y a tirar de ella, para abrir la puerta.

De esa manera nunca se quedaría aquí encerrado. Fue lo que hizo Drako, tiró y entró en la casa, dejando la puerta abierta para nosotras.

—Tu hermano está aquí —me dijo Andrea, al ver su coche.

—Sí, me ha dicho que venía —le confirmé.

Me apoyé en el lateral del vehículo de mi madre, fue solo por unos segundos, pero los suficientes para que mi amiga volviera a preocuparse.

—¡Cómo se van a creer que estoy bien y que no me ha pasado nada si me ayudas en todo! —me quejé con cariño, dándole un golpecito cuando intentó agarrarme.

—Ay, ¡vale!

Bufó y sonreí.

—¿Seguro que no estás mareada y que respiras bien?

—Por Dios, Andrea. He estado sentada a tu lado, me has visto y sentido. Y cállate ya.

Insistí susurrando, mientras caminábamos hacia la puerta.

—¿Tu hermano se queda a cenar? —preguntó cuando llegamos al recibidor.

—Sí.

Sonreí.

—¿Estás nerviosa por el día de mañana? —me preguntó.

Faltaban horas para que comenzaran a llegar los equipos internacionales, ya no había marcha atrás.

Ahora más que nunca debía tomármelo en serio, aunque no había dejado de hacerlo en ningún momento.

Durante los días que habían pasado tuve muchas conversaciones con mi padre, sobre estrategias, sobre entrenamientos, sobre ejercicios, sobre las sorpresas negativas que podían encontrarse durante los partidos, y una larga lista de posibilidades.

Mi padre siempre me escuchaba atento y con mucha paciencia, sobre todas las dudas y miedos que tenía. Podía mostrarme segura de mí misma porque en realidad lo era, también transmitir una calma que distaba mucho de la verdad, pero en el fondo con este deporte y con todo lo relacionado con él, seguía siendo la joven del pasado que necesitaba sentir a su padre al lado, para vivir esta aventura completa.

La calma llegaría cuando el campeonato terminara, para lo que ya quedaba menos porque en un par de días daría comienzo. Después todo sería muy rápido e intenso, nos esperaban una montaña rusa de días.

—Sí, estoy nerviosa —le confirmé, pensativa.

—Todo irá bien, cariño.

—Claro —le confirmé.

Me agarró de una mano y le sonreí.

—Parece que están en el salón —comentó Andrea.

Se escuchaba el murmullo de las voces, por lo que nos dirigimos hacia allí.

La puerta estaba abierta y entramos sin pararnos, pero en cuanto pusimos los pies dentro Andrea se frenó de golpe, paralizada por la sorpresa.

—¡Ya era hora! ¡Con las ganas que tenía de veros! —nos dijo Juan, levantándose del sofá.

Nuestro amigo de la ciudad en la que vivíamos vino hacia nosotras riendo, mientras que yo salía corriendo hacia él. Nos encontramos a medio camino y nos abrazamos. Juan me cogió en brazos haciéndome reír y me llenó la cara de besos. Yo pude devolverle alguno.

Mis padres y Gael nos observaban divertidos, pero no eran los únicos en el salón.

Drako comenzó a dar vueltas a nuestro alrededor y después rodeó a Juan y a Andrea, cuando él fue hacia donde se había parado ella.

—Qué mal llevas las sorpresas —le dijo Juan, con humor.

Sonreí viendo cómo se abrazaban con cariño y alegría, y cómo al final Andrea reía por las bromas de Juan. Aunque no terminó de relajarse porque la otra persona que estaba en el salón, la que había llegado con Juan desde nuestra ciudad, no era otro que Cameron.

Me declaraba culpable de haberla liado un poco, solo un poquito en beneficio de mi amiga, ya que, junto a Juan, planifiqué despejarle el camino a Cameron, siempre y cuando su intención fuera la de buscar a Andrea con una intención clara.

Para mi alegra y tranquilidad, Cameron aceptó enseguida y encantado, en cuanto le propuse que viniera con Juan, ya que este último tenía previsto viajar para pasar unos días con nosotras aquí.

Mi hermano había ido a recogerlos al aeropuerto. Precisamente Gael estaba en la terminal cuando hablábamos por teléfono, antes de la *no* desaparición de Andrea. De ahí que yo le preguntara si había llegado y que él se riera de mí por no saber la hora que era, cuando me sabía de memoria la llegada del avión.

Cameron caminó hacia mí y nos dimos un fuerte abrazo.

—Gracias.

Susurró.

—No hay de qué —imité su tono de voz—. Haz que valga muchísimo la pena para vosotros, ¿vale? —le pedí sonriendo y me encantó que asintiera.

Cuando nos separamos, Juan y yo nos apartamos de Andrea para acercarnos a mis padres y a mi hermano.

Gael me pasó el brazo por lo hombros, mientras que todos éramos espectadores directos del reencuentro de dos amigos, pero lo más importante, del encuentro por primera vez de dos personas que se querían con un amor que traspasaba la amistad.

—Hola —le dijo Cameron.

—Hola —le correspondió Andrea, sin creerse todavía lo que veía—. ¿Qué… qué haces aquí?

—Nunca había estado en Santander y tú me has dado la oportunidad de venir a visitarlo.

—¿Yo?

—O si, te lo estás pasando muy bien, ¿no?

Fruncí los labios al notar el tonito de celos de Cameron. Fue tan evidente… aunque Andrea no estaba en este momento para darse cuenta.

Miré a Juan, quien me hizo un guiño. Y después a mi hermano, quien me dio un beso en la frente. Mi madre que estaba al otro lado me agarró de la mano y cuando la miré sonreí al ver que estaba emocionada viéndolos. Mi padre le rodeaba la cintura con un brazo, manteniéndola pegada a él.

—Sí, me lo estoy pasando muy bien. Con Megan y su familia es todo precioso.

—Estoy deseando conocerlo todo, incluso al chico con el que te has hecho tantas fotos. ¿Cómo se llama?

Andrea rio con ganas, lo que no supe fue si a Cameron le hizo gracia, ya que él nos daba la espalda.

—Ahora que ya está la sorpresa, venga, vamos adelantándonos nosotros al comedor —nos pidió mi madre.

Dejó aparte a Andrea y a Cameron para que tuvieran un poco de privacidad.

—Yo no tengo nada de hambre, mamá —dije.

—¿Y eso, cariño? ¿Has picado algo?

—No, pero me noto el estómago un poco revuelto y prefiero saltarme la cena para mañana estar bien.

—Ahora que lo dices te veo más pálida.

—No te preocupes que no es nada, de verdad. Solo necesito descansar un poco, si me disculpáis.

—Es lo mejor —me apoyó Andrea, saliendo de su burbuja de felicidad.

Aún no había pasado nada con Cameron, pero no tardaría mucho en suceder.

—Mañana comienzan a llegar los otros equipos y tienes que estar fuerte, y para el resto de los días también —comentó mi padre, observándome con mucha atención.

—Por eso, prefiero descansar. Es lo que me pide el cuerpo y yo soy muy obediente.

Sonreí, haciéndoles un guiño.

—Además, Andrea y yo merendamos fuerte antes de ir al entrenamiento —añadí.

—Y tanto.

Rio mi amiga.

—Vale, cariño. Dentro de un rato subiré con un caldo, por si te apetece.

—Gracias, mamá, pero no te molestes.

Le di un beso en la mejilla y me giré hacia Juan, mirando entre él y Cameron.

—Seguramente me dé por bajar antes de que hayáis terminado de cenar —les dije—. Lo siento.

—Ni se te ocurra preocuparte por nosotros —me pidió Juan—. Hay días y muchas horas por delante, así que si necesitas descansar hazlo. Nosotros no vamos a movernos de aquí y si salimos será con vosotras.

Juan y Cameron tenían preparada una habitación para cada uno. La casa de mis padres era muy grande y tenía habitaciones que nunca se utilizaban.

Aunque uno de los dos no iba a necesitar una estancia para él solo, eso estaba clarísimo.

Me despedí de todos, incluso de Drako que se había tranquilizado y estaba tumbado.

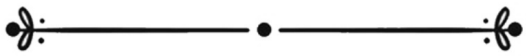
Salí del salón y me dirigí hacia la escalera, para subirla e ir hacia mi habitación. En cuanto entré y cerré la puerta, apoyé la espalda en ella y suspiré, sintiéndome realmente agotada.

El ataque de ansiedad y el agarrotamiento que habían sufrido mis músculos estaban pasándome factura, y como no quería tener que dar explicaciones, pues la salida fácil había sido la de esconderme en mi habitación.

Me quité la chaqueta, la colgué en el perchero, saqué el móvil, el que lancé sobre la cama, y me dirigí al baño.

Al salir fui directa a la cama, de donde cogí el pijama. Me lo puse rápido y me metí debajo del nórdico, deseando que el día terminara para mí.

Capítulo 34



Varios golpes en la puerta me hicieron entreabrir los ojos a la luz tenue de mi habitación.

Me di cuenta en ese instante de que me quedé dormida con la luz encendida de la lámpara de la mesita de noche.

No me molestaba, de hecho, era normal que me sucediera porque cuando leía me gustaba tener algún punto de luz alrededor, por muy débil que fuera.

Los párpados se me cerraron de nuevo, pero al cabo de unos segundos, en los que casi volví a dormirme, la puerta se abrió y se cerró. Alguien entró y caminó hacia mí.

Noté un ruido en la mesita de noche y el peso de un cuerpo sentarse a mi lado, en el borde de la cama. Una mano me tocó la frente y después me la acarició, bajando hacia la mejilla.

—Sé que te he despertado. Al menos un poco.

Susurró mi hermano.

Solté un quejido de molestia y escuché la risilla que le provocó.

—Lo siento. Quería ver cómo estabas y traerte el caldo. Da gracias a que la he convencido de venir yo, a mí puedes echarme más rápido.

Se quedó en silencio y yo continué sin moverme, aunque entreabrí los ojos para mirarlo.

—Sabes que ahora, aparte de contarme porque estás tan despistada últimamente, también tienes que decirme qué te pasa para que estés así. Y ahórrate la explicación que ya has dado, no me trago lo del estómago revuelto, a no ser que tengas una buena explicación para convencerme de ello.

—Solo necesito descansar hoy, ¿tan raro es?

—Cuando uno necesita descansar se sienta, se tumba o incluso se duerme, sí, pero al cabo de un rato le ha cambiado la cara. La tuya está peor que antes, por lo que no es un simple cansancio lo que te pasa.

Arqueó una ceja.

—No quiero hablar, Gael.

—¿Alguien te ha hecho algo? ¿Has vuelto a escuchar algún comentario como el que hizo Celia de ti, o te lo han dicho directamente?

—No. De verdad que no.

Le cogí una mano y le sonreí, despierta del todo. después de darle un apretón solté un suspiro y me incorporé, hasta que me quedé sentada con la espalda apoyada en el cabecero.

Gael me imitó y se puso a mi lado, pero él por encima del nórdico.

—¿Entonces por qué te noto tan triste? —insistió.

—Tú también tienes días en los que va todo bien y al final, por pequeñas tonterías que van sumando, terminas girado y con ganas de que llegue al día siguiente.

—Claro, todo el mundo, sobre todo tú y yo que tenemos un carácter maravilloso —dijo con ironía y solté una risilla—. Pero no me digas que no es extraño que hayas elegido encerrarte en tu habitación, después de la llegada de Juan y Cameron, con lo contenta que estabas, las ganas que tenías de verlos y la emoción por la sorpresa a Andrea.

—No quiero que te preocupes, estoy bien. Y uno no elige cuando el cuerpo le pide descansar, supongo que se me han echado encima todos los nervios que he pasado hasta ahora.

—¿Por los entrenamientos?

—Sí —confirmé.

Giró la cabeza hacia mí y nos quedamos mirándonos.

Los ojos de mi hermano me analizaron, queriendo sacarme sin palabras lo que realmente me sucedía.

Gael sabía que no estaba siendo del todo sincera, que estaba disfrazando cómo me sentía. No lo saqué del error, simplemente apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—¿Qué tal Andrea y Cameron durante la cena? —le pregunté.

—Tienen una noche prometedora juntos —contestó con picardía.

Reímos.

—Los has visto bien.

—Más que bien —me confirmó sonriendo—. Andrea estaba muy nerviosa porque Cameron solo apartaba la atención de ella cuando hablaba con los demás. Ni siquiera mientras comía ha dejado de mirarla. Se notaba la tensión entre ellos y las ganas de hablar, de quedarse solos.

—¿Se han despedido ya de todos los demás?

—No.

Soltó una carcajada y lo miré con curiosidad.

—Juan no los ha soltado todavía. Que si vamos a estar un ratito más juntos, que si contadme cómo os han ido los últimos días, que si una copita estaría genial… ya te haces una idea.

Reí.

—Sí, me hago una idea, hasta que alguno de los dos le pegue un grito y lo mande a la cama de una patada —dije.

—Efectivamente.

— Por cierto, ¿qué hora es?

—Las diez y media. Te he dejado dormir un buen rato.

—Hubiera estado bien dormir hasta mañana —le dije divertida.

—Para eso, en días como hoy, tendrás que esperar a estar sola en tu piso —comentó de la misma manera.

—Voy a echarte mucho de menos cuando me vaya.

Susurré.

—Igual que yo a ti.

Murmuró sobre mi pelo.

Unimos nuestras manos, entrelazando los dedos, y en silencio, nos acomodamos con los ojos cerrados.

—¿Te quedas a dormir?

Susurré.

—No. Mañana tengo el día muy liado, me levantaré muy temprano para aprovecharlo al máximo. Prefiero estar en mi casa.

—Es normal.

Suspiré.

—¿Tienes ganas de llegar a tu piso?

—Sí y no. Sí porque me gusta mi independencia y regresar supone volver a mis rutinas. Sabes que me encanta mi trabajo en la universidad y tengo ganas de ver a los demás amigos de allí. Pero por otro lado el no, no hace falta que te diga porque es.

—Por todos los que estamos aquí, por la familia, por los paisajes, por el aire que se respira que es hogar… eso para empezar.

—Sí.

Entreabrí los ojos.

—¿Qué vas a hacer mañana por la mañana? —me preguntó.

—Si Andrea, Cameron y Juan quieren, llevarlos a dar la primera vuelta. Ella ya conoce bastantes lugares, me servirá de guía.

Sonreí.

—Eso si la parejita sale de la habitación —dijo con diversión.

—Mmm… intentaré no escandalizarme si escucho algo cuando consigan librarse de Juan y se encierren en una habitación a hablar.

—A hablar —repitió.

—Hay muchas maneras de hablar, incluso con los cuerpos —dije con una risilla.

Al final nos movimos tanto en la cama que terminamos tumbados, con las cabezas en las almohadas. Él continuó fuera del nórdico, mientras que yo me giré dándole la espalda, para coger la postura que me gustaba.

Me quedé de cara a la corredera que daba al pequeño balcón de mi habitación y en cuanto Gael me abrazó, cerré los ojos sintiéndome de maravilla.

Fueron tantas las noches en el pasado de la misma manera…

—Duérmete —murmuró—. Me iré cuando lo consigas.

Sonreí sintiendo paz, porque sabía que mi hermano cumpliría sus palabras. Daba igual lo que tardara, si horas o minutos, él continuaría a mi lado hasta que me respiración disminuyera y mi cuerpo se lanzara a un sueño profundo.

Con esa seguridad me dejé llevar poco a poco por el cansancio y, aunque me costó un poco, conseguí quedarme dormida mientras pensaba en todas las novedades que estaban por llegar.

La unión de Andrea y Cameron, más los entrenamientos, la llegada al día siguiente de los equipos internacionales, el inicio del campeonato y su desarrollo… y luego estaba Adrián.

Con él todo era incertidumbre y como ir pisando arenas movedizas, nunca sabía lo que me encontraría cuando lo tuviera delante.

Antes de perderme totalmente en la consciencia noté como mi hermano se movía a mi espalda y escuché sus palabras susurradas, aunque dudara en si era real o ya estaba soñando.

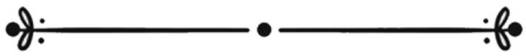
—Descansa, cariño —me dijo.

Me dio un beso en la mejilla y sonreí al notar el calor que desprendía.

—Espero que mañana te encuentres mejor y que me digas que quieres hablar de lo que te ha pasado hoy, sea lo que sea. Estoy aquí, contigo, a veces separado y otras muy cerca físicamente, pero a tu lado continuamente. Te quiero con locura, no lo olvides nunca. Siempre serás mi enana, la hermana a la que adoro, por más que sumes años.

Después de unos segundos, el calor y el peso de su cuerpo desaparecieron de repente detrás de mí y solté un suspiro, mientras me apretaba el nórdico al cuello.

Capítulo 35



Andrea

—¿Cuánto tardas en beberte una copa? —le preguntó Cameron a Juan.

Cameron lo miró con las cejas elevadas. Su pregunta era una clara invitación a que se la terminara de una vez.

Estábamos en el salón de la casa, llevábamos aquí más de media hora, desde que terminamos de comer y salimos del comedor.

Evan y Miriam, los padres de Megan, nos habían hecho compañía durante un rato, al igual que Gael y Drako.

Gael fue el primero en irse, para subir a la habitación de Megan. Sus padres lo siguieron al cabo de pocos minutos, pero para ir a la habitación de ambos.

Aquí quedábamos Juan, Cameron y yo, con una copa en la mano y sentados en uno de los shofares.

Mi bebida estaba a más de la mitad, con los nervios que tenía solo me había arriesgado a darle algunos sorbos. No podía permitirme que me sentara mal o me hiciera efecto el alcohol, porque las copas las había preparado Juan e iban muy, pero que muy cargadas.

—¿Tienes prisa, Cam?

Cam era como muchas veces se referían a Cameron sus amigos, entre las que yo estaba incluida. Juan estaba bastante integrado en mi grupo de amigos, aunque saliera con nosotros muy de vez en cuando.

Eso sí, lo veíamos cada semana porque si no eran los viernes, elegíamos los sábados para ir a cenar al restaurante de Miguel, el padre de Juan. Y muchas de esas noches Juan trabajaba y nos acompañaba en los momentos que podía.

—Yo os dejo por hoy, chicos —les dije.

Me levanté del sofá y me agaché para dejar la copa en la bandeja que estaba en la mesa baja, tal y como me pidió que hiciera la madre de Megan, antes de irse.

—Descansad, mañana nos vemos.

Me acerqué a Juan para darle un beso en la mejilla e hice lo mismo con Cameron. Con el último fue totalmente diferente por todos los sentimientos intensos que sentía.

Cuando me incliné hacia él buscando su cara, colocó una mano por detrás de mi pierna y nos quedamos mirándonos, mientras el calor de su contacto me abrasaba por encima del pantalón.

—Buenas noches —dije para terminar, cuando me incorporé.

—Buenas noches, preciosa —me devolvió Juan y le sonreí.

Cameron no dijo nada, por lo que les di la espalda y fui hacia la puerta. Subí a la primera planta para ir hasta mi habitación, a la que entré suspirando.

Estaba deseando poder hablar con Megan, para que me diera su versión de cómo había conseguido que Cameron viniera a Santander, pero hoy no era el mejor día y mucho menos a estas horas.

No era tarde, pero sí hacía tiempo que mi amiga se fue a descansar.

Seguramente Gael se había quedado dormido a su lado, ya que había pasado bastante tiempo desde que subió.

Cuando cerré la puerta de mi habitación comencé a ir de un lado al otro. Los nervios no me permitían quedarme por más tiempo quieta, porque llevaba conteniéndome desde que vi a Cameron aquí.

Todavía me parecía tan increíble que él…

Me giré hacia la puerta, después de escuchar varios golpes. El corazón me dio un vuelco cuando en cuestión de segundos volvieron a llamar, insistiendo.

Caminé rápido hacia la puerta y cuando la abrí, me encontré al otro lado a Cameron. Estaba tan guapo con el pelo desordenado, por las veces que se había pasado la mano…

—Hola.

—Hola. ¿Puedo entrar? —me preguntó.

Me faltó muy poco para decirle que no se molestara en volver a hacer esa pregunta porque él podía entrar dónde quisiera, siempre y cuando se tratara de mí. Tenía todos mis permisos.

—Claro —le dije.

Me aparté sonriendo y mientras cerraba la puerta, lo seguí con la mirada. Caminó adentrándose en la habitación.

—¿Estás muy cansada? ¿Ibas a dormir ya? —me preguntó girándose hacia mí.

—De cansancio tengo el nivel normal a estas horas, después de todo el día. Y dormir, pues no lo sé, pero sí que iba a ponerme cómoda para meterme en la cama.

—¿Cómo?

—¿Eh?

—¿Qué cómo ibas a ponerte cómoda?

—¿Qué pregunta es esa?

Solté una carcajada.

Fui hacia la cama, donde tenía el pijama doblado. Cogí la parte de arriba y la levanté hacia él, con expresión divertida.

—Me gustaría saber cómo te pones cómodo tú cada noche, porque yo, para irme a dormir, necesito sentirme libre para meterme en la cama —sonreí nerviosa—. ¿Qué… qué haces?

Agrandé los ojos.

—Has dicho que te gustaría saber cómo me pongo cómodo. Voy a enseñártelo.

Se sacó la sudadera por la cabeza y la lanzó al final de la cama. Contuve la respiración cuando se quedó con el pecho al descubierto, vestido solo de cintura para abajo.

Había visto muchísimas veces en bañador a Cameron, incluso con el culo al aire, literalmente, pero todas esas ocasiones pasadas no podían compararse con esta en mi habitación, por la intimidad y la intensidad que se respiraba.

—Eh, sí, claro —fue lo único que fui capaz de decir.

Seguí con la vista la dirección de sus manos, las que agarraron la cinturilla del pantalón deportivo y tiraron de él hacia abajo. No dudó ni un segundo en quedarse en bóxer delante de mí y sí, tampoco era la primera vez, pero como con la anterior, esta era totalmente distinta.

—No tienes el pijama.

Susurré.

—No lo necesito.

—Ah, ¿no?

—No —sonrió de medio lado—. Tu turno.

—Mi… ¿quieres qué…?

Bajé la mirada a la camiseta del pijama, sintiendo ligeros escalofríos recorrerme el cuerpo.

—Eso quiero sí. Enséñame cómo te sientes libre cada noche en la cama.

Caminó hacia mí rodeando la cama y cuando estuvo a tan solo un par de pasos, se sentó cómodo en ella, sin dejar de observarme.

—¿Tenías ganas de verme, Andrea?

—Sí.

Susurré.

—¿Te ha hecho ilusión mi visita sorpresa?

—Mucha.

—¿Qué quieres que suceda a partir de ahora?

—¿A qué has venido, Cameron? ¿Con qué intención? La de pasar unos días de descanso, la de aprovechar…

—He venido a por ti —me interrumpió—. Llevo mucho tiempo cansado de tener que…

—¿Qué?

—Que no quiero pasar ni un puñetero segundo más manteniendo las distancias y las apariencias. Sí, por supuesto que somos amigos, pero yo quiero ser mucho más para ti, Andrea. Se acabaron los rodeos porque me vuelves loco y voy a perder la cabeza. ¿Qué quieres tú?

—A ti, de todas las formas —le contesté con determinación, sin salir del asombro por todo.

—Pues empieza por desnudarte para mí y acércate.

Su petición me erizó el vello, al mismo tiempo que notaba un tirón entre las piernas.

Abrí los labios y los cerré, varias veces, pero no me salieron las palabras.

Bajé la mirada a la camiseta del pijama viendo cómo me temblaban las manos, por el cúmulo de emociones que estaba sintiendo. Me pregunté unas cuantas veces sí estaba sucediendo o si estaba metida en un sueño, porque si era lo último, no quería despertarme nunca. Jamás.

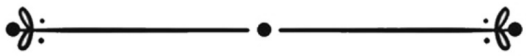
Dejé caer a la cama esa parte del pijama y llevé las manos al final del jersey. Tiré de él hacia arriba, hasta que me lo saqué por la cabeza, alborotándome el pelo.

Cuando rodeé el botón del pantalón vaquero…

—Te falta algo más, sé que no duermes con sujetador —carraspeó para aclararse la voz.

Nunca le había escuchado la voz tan afectada, oírlo me provocó punzadas de placer.

Capítulo 36



Andrea

No podía dejar de mirarlo, estaba tan sexi y caliente sentado en el centro de mi cama, solo con el bóxer.

Le hice un buen repaso a su cuerpo, repasé cada centímetro de su piel, y como no, los ojos se me fueron al bulto de destacaba escondido dentro del bóxer, el que tensaba la tela de una forma…

—Sí, así me tienes constantemente, aunque lo disimule.

Levanté la mirada rápido hacia la suya.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque para todo hay un momento, Andrea. Yo solo estaba esperando el perfecto para ser directo contigo.

—Y ya ha llegado.

Susurré.

—Y tanto que sí y ya no hay vuelta atrás —sonrió de medio lado—. Me moría de ganas de estar así, contigo. Durante varios días me has vuelto loco con tantas frases y fotografías en tus historias y en las publicaciones. ¿Quién mierda es el tío con el que te has hecho tantas fotos? Se os ve demasiado cercanos, con miraditas y posturas. No se corta en tocarte y en acercarse a ti.

Apretó la mandíbula y yo me deleité en sus celos. Joder, todavía no me creía que esto estuviera pasando.

Llevé los brazos hacia atrás y me desabroché el sujetador. Hice unos movimientos con los hombros y las tiras se deslizaron por mis brazos. La prenda de ropa cayó en el filo de la cama y sentí un calor intenso cuando Cameron me devoró con la vista.

Los pezones se me pusieron muy duros, por el cambio de temperatura, pero, sobre todo, por cómo me miraba los pechos.

Cogí una bocanada de aire y continué por donde lo dejé.

—Se llama Eloy —le contesté.

Desabroché el botón del pantalón y bajé la cremallera despacio.

—¿Y?

Me mordí el labio inferior cuando vi cómo se movía su erección, protegida por la tela del bóxer.

—Y poco más. Es un conocido que puede convertirse en un buen amigo. Lo he conocido por Meg, Eloy es uno de los jugadores del equipo y es muy divertido. Desde el principio se prestó amablemente para ayudarme en todo, ya has visto muchas de las fotos que tenemos juntos. Fotos que, por cierto, eran para darte celos y para hacerte reaccionar.

Buscó mi mirada con una sonrisa traviesa que escondía muchas cosas.

—Me tenías desesperada. Muchas veces te notaba diferente, pero… pero después me hacías pensar que no había nada y llegaba a la conclusión de que entre nosotros todo era como siempre. Me refiero a la amistad. Aunque no podía olvidarme de todas las dudas que tenía.

—Te quiero como amiga, Andrea, nunca voy a renunciar a eso, pero tampoco a querer estar entre tus piernas y enterrado en ti, para sentirte lo máximo posible. Y por si te lo estás preguntado, esto no es solo sexo ni mucho menos pasajero.

Solté un suspiro tembloroso.

—Sigue —me pidió con la voz ronca, porque había dejado la cinturilla del pantalón a la mitad de las nalgas.

Le di con gusto lo que quería, porque, aunque sentía mucha vergüenza, estaba deseando quedarme desnuda para acercarme a él. Tenía mucha necesidad y solo él podía ayudarme.

Me bajé el pantalón y me lo saqué por los pies, después de quitarme las deportivas. Me deshice de los calcetines y, por último, de la braga. Me tragué todos los nervios cuando me animó el sonido que hizo Cameron, al quedarme desnuda completamente.

—No tienes ni idea de las veces que he soñado con tenerte así. Cada puñetera vez que te veía en bikini me imaginaba quitándotelo con los dientes, ambas piezas.

—Este verano podrás hacerlo realidad, todas las veces que quieras.

Susurré.

—Ven aquí —me pidió con la voz ronca.

Antes de que me moviera se estiró hacia el lado en el que estaba su ropa y cogió de un bolsillo del pantalón un preservativo.

Ninguno de los dos dijimos nada, deseábamos demasiado lo que pasaría a continuación.

Cuando me puse de rodillas en la cama, para acercarme a él, se quitó el bóxer y lo lanzó a cualquier parte porque no pude ver más allá de su miembro duro y tenso, que se sacudía de vez en cuando.

Comencé a caminar de rodillas, despacio, mientras admiraba lo perfecto que era Cameron. Tenía un cuerpo de pecado, no había ni una parte de él que…

Todos mis pensamientos se esfumaron cuando llegué frente a él. Antes de que se protegiera con el preservativo tuve la necesidad de tocarlo y fue lo que hice.

Le agarré la mano y con la otra, le rodeé la erección con fuerza. Se puso en tensión ante el contacto y disfruté de ver los cambios en su expresión con cada bajada y subida.

Me hubiera pasado mucho tiempo así, alterándolo, y no solo con la mano y los dedos, pero en la última pasada por el glande decidí que esta primera vez necesitaba sentirlo por completo, lo más rápido posible.

Ya habría tiempo para mucho más, por el momento me senté sobre los talones, después de recoger un poco de su esencia con los dedos.

Jadeé cuando los suyos tiraron de mis pezones, los que había estado torturando mientras yo me entretenía con su miembro. También había alternado acariciándome entre las piernas.

Eché la cabeza hacia atrás cuando se lengua lamió una de las puntas duras, para después darle un pequeño mordisco y terminar succionándola.

En el momento en el que terminó con ambos pechos, me llevé los dedos a la boca, saboreando su esencia. De la garganta de Cameron salió una especie de gruñido y acto seguido se colocó el preservativo en cuestión de segundos.

El mismo tiempo que tardé y en estar sentada sobre él, con las piernas cruzadas a su espalda.

No hubo más esperas ni caricias ni preparación, Cameron empujó con fuerza dentro de mí y yo me dejé caer con la misma intensidad. Gemimos al mismo tiempo cuando nos quedamos perfectamente encajados.

Apreté las piernas alrededor de él, para mantenerlo bien enterrado en mi interior, hasta lo más hondo, como se había quedado. Quise retener cómo se sentía, cómo me llenaba, cómo tiraba de mi carne y lo caliente que estaba.

Justo en ese momento nuestras bocas se buscaron y por primera vez también, nos dimos nuestro primer beso. Fue uno húmedo y ardiente, en el que nuestras lenguas luchaban entre ellas y nuestros labios poseían los del otro, con deseo y una ansiedad difícil de saciar.

Y entonces todo cobró sentido: la espera, los miedos, la angustia, el malestar, el verlo y no poder tocarlo como tanto deseaba…

Nos perdimos en el cuerpo del otro, una y otra vez, sin descanso, hasta que caímos en la cama agotados y sudorosos, pero inmensamente felices.

Cameron me dijo que ya no se iba de mi habitación y yo le susurré que no tenía opción, porque no iba a dejarlo marchar más que para recoger sus cosas.

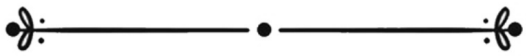
Después de un buen rato sin separarnos, fuimos al baño y cuando terminamos, nos metimos debajo del nórdico desnudos.

Y abrazados, con los cuerpos enredados y con pequeñas caricias, comenzamos a hablar de todo. De cómo sería nuestra vida a partir de ahora, de qué nos esperaba una vez que regresáramos a casa, de lo bien que íbamos a estar, siempre y cuando no nos separáramos más.

También reímos al imaginar las caras de sorpresa de nuestros amigos, cuando nos vieran aparecer juntos y se dieran cuenta del giro que había dado nuestra relación.

Hablamos y hablamos, curando heridas y aclarando dudas. No nos dejamos nada, así como también recordamos cada una de las situaciones en las que él me había hecho dudar, situaciones que me aclaró ofreciéndome su punto de vista y todo lo que sintió en cada ocasión.

Capítulo 37



Gael

Dejé a mi hermana dormida y salí de su habitación en silencio, después de estar un rato observándola con la poca iluminación que había.

Cuando me levanté de la cama la rodeé para ir al lado hacia el que estaba girada Meg y me quedé unos minutos vigilando su sueño tranquilo.

Mientras lo hacía le di vueltas a la cabeza sobre lo que no había querido contarme. No era normal que recién llegados sus amigos, con la ilusión que llevaba días conteniendo para que Andrea no se enterara antes de tiempo de la sorpresa, de buenas a primeras decidiera encerrarse en su habitación por un cansancio que podía ser habitual y por tener el estómago revuelto.

Sabía que le había pasado algo y también que tarde o temprano hablaría conmigo para desahogarse sobre lo que fuera que la inquietaba. Siempre era así, por lo que esperaba que se diera pronto, para hacer todo lo posible para ayudarla a aligerar la carga.

Cuando decidí irme le di un beso en la cabeza y apagué la luz tenue, dejando la habitación en la oscuridad. De esa manera caminé hacia la puerta y la cerré despacio, con cuidado para ser lo más silencioso posible.

Y de cara hacia la puerta todavía, algo llamó mi atención y giré la cabeza en esa dirección.

Sonreí de medio lado al ver justo el momento en el que Cameron entraba en la habitación de Andrea.

—Te ha salido perfecta la jugada, Meg. Después dirás que no tienes alma de entrenadora y de estratega —comenté con humor.

Sacudí la cabeza y caminé hacia la escalera.

La casa se había quedado completamente en silencio, de esa manera bajé hasta la planta principal, escuchando únicamente el sonido de mis pasos.

Abajo todo estaba oscuro, a excepción de la poca luz que salía por la apertura de la puerta entornada de la sala en la que estuve con los demás.

Fui hacia ella, pensando en que al último en salir se le olvidó apagarla, pero me llevé una sorpresa al encontrarme a Juan todavía en el sofá.

—Eh, ¿no estás cansado? —le pregunté, mientras caminaba hacia él.

Giró la cabeza hacia mí y me sonrió con su copa levantada. Le quedaba muy poco para terminarla.

—Estoy acostumbrado a acostarme tarde, por el restaurante de mi padre —me contestó.

—Ya. Ahora que estás de vacaciones intenta desconectar de allí.

Me paré a su lado, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Es lo que pienso hacer, aparte de replantearme mi vida.

—¿Y eso? ¿Vas a hacer algún cambio?

—No lo sé todavía, ese es el problema.

Movió la copa antes de llevársela a los labios y beber un sorbo.

—Si puedo ayudarte en algo…

Me senté en el brazo del sofá.

—Te lo agradezco, Gael, pero es algo que solo puedo hacer y decidir yo. Estoy planteándome dejar el restaurante de mi padre porque me han ofrecido un puesto de trabajo.

—Joder eso es bueno. Me refiero a que si te compensa es una oportunidad increíble.

—Créeme, me compensa y supera mis expectativas, y no tiene nada que ver con la hostelería. El problema es dejar a mi padre, ¿sabes?

—Entiendo. ¿Crees que se lo tomaría a malas si decidieras cambiar de rumbo?

—Mi padre piensa que voy a estar en el restaurante siempre, que heredaré el negocio —dijo pensativo.

—Juan, no nos gusta hacer daño a las personas que queremos, pero tampoco podemos permitir frenar nuestras aspiraciones en la vida, por contentarlas.

—Lo sé, tío, pero solo de pensar en lo triste que se pondrá…

—El restaurante es su vida no la tuya, tú te encontraste con él. Habla con tu padre con calma, seguro que reaccionará bien. A veces es más lo que tememos nosotros que lo que es en realidad.

—Tienes razón. No tendría que haberlo retrasado tanto, llevo pensándolo desde hace unas semanas y cada vez estoy peor.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer, no pierdas más el tiempo. Busca tu felicidad, Juan.

—Gracias, tío.

Sonrió.

—No hay de qué. Cuando lo necesites ya sabes…

Le hice un guiño y continué.

—Y si te sirve de algo, hace muchos años yo también tuve la misma conversación con mi padre.

—¿En serio?

—Claro, lo que pasa es que yo me adelanté. Fue cuando todavía estaba en la universidad. Todos los planes de mi padre se centraban en tenerme a su lado en su empresa, pero yo quería ir más allá y arriesgar por mi cuenta.

—Y te salió cojonudamente.

Sonrió.

—Sí.

Reí y continué.

—Pero no fue fácil, como todo lo que se inicia desde los cimientos requirió mucha dedicación, constancia y trabajo duro. Durante años no tuve más vida que mi empresa, me volqué en ella desde que tuve la idea inicial y el resultado de hoy es todo por lo que pasé en el pasado.

—¿Flaqueaste alguna vez? ¿Sentiste que te habías equivocado?

—Ni un día me he arrepentido de la decisión que tomé, Juan, ni de sentarme con mi padre para sincerarme con él.

—¿Cómo se lo tomó?

—Me apoyó en todo momento, así de simple. Cuando terminé de contarle mis sueños, aspiraciones y miedos, me dijo que estaba orgulloso de mí y que estaría a mi lado para todo lo que necesitara. Es una tranquilidad tener a un padre como el mío, en el sentido del poder que tiene y hasta dónde llega su influencia, pero nunca he utilizado su fuerza para mi beneficio.

—Gracias, Gael. Me siento mejor.

—Me alegro de haber aportado mi granito de arena para que sea así.

Le hice un guiño y me levanté.

—¿Te vas ya?

—Sí —cogí la chaqueta del sillón, donde la dejé cuando llegué—. Tengo algunas cosas que hacer antes de dormir y mañana quiero levantarme temprano. Antes de que os vayáis me quedaré aquí una noche y la montamos buena.

—Hecho.

Rio mientras se levantaba.

Me puse la chaqueta, mientras él dejaba la copa en la mesa, y nos abrazamos como despedida, para después salir del salón dejando la luz apagada.

Le dije que encendiera la luz de la escalera, al quedarnos a oscuras, pero me dijo que con la del móvil tenía suficiente. Por mí no había problema porque podía recorrerme la casa con los ojos cerrados, sin chocarme con nada, pero a Juan le vino bien hacerlo a su manera.

Fui hacia el garaje, donde me monté en mi coche. Arranqué y bajé el volumen de la música, mientras la puerta se abría delante de mí.

Cuando salí me paré a unos metros, para asegurarme de que la puerta se cerraba bien y del todo, y antes de moverme para salir definitivamente de la propiedad de mis padres, saqué el móvil de la chaqueta.

Entré en la aplicación de mensajes.

Gael: *Buenas noche, Adrián. ¿Estás despierto?*

Apoyé el móvil en el volante y le di unos segundos, antes de ponerme en marcha.

Se puso en línea y enseguida apareció en la pantalla la información de que estaba escribiendo.

Adrián: *Buenas noches, Gael. Aquí estoy. ¿Ha pasado algo para que me hables a las once y media de la noche?*

Gael: *Lo siento por la hora.*

Adrián: *Olvídate de eso, si estuviera dormido no me habrías despertado. Lo que me preocupa es que me escribas tan tarde.*

Gael: *Quería preguntarte por mi hermana.*

Adrián: *¿Qué pasa con ella?*

Gael: *La he notado rara cuando ha llegado del entrenamiento a la casa de nuestros padres. Salgo ahora de aquí, estoy en el coche.*

Adrián: *Pásate por mi casa de camino a la tuya.*

Gael: *Ahora soy yo el que te pregunta qué pasa para que me pidas eso. ¿Ha sucedido algo en el entrenamiento?*

Fruncí el ceño, esperando impaciente su siguiente mensaje.

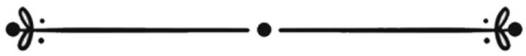
Adrián: *No te preocupes, ven tranquilo. Te espero.*

Gael: *En unos minutos llego.*

Me guardé el móvil en la chaqueta y me fui de la propiedad de mis padres, para ir directo a la casa de Adrián.

Necesitaba respuestas rápidas y al menos con él tendría cubierta gran parte de la tarde de mi hermana.

Capítulo 38



Gael

No me costó aparcar en la calle de Adrián, más que nada porque lo dejé en medio del camino que llevaba hasta su garaje.

No me molesté en buscar estacionamiento, era muy tarde y no tenía la intención de estar mucho tiempo.

Solo necesitaba escuchar de Adrián que a mi hermana no le había sucedido nada durante el entrenamiento, que me contara lo que él había visto y sabía. Fin.

Me bajé del coche y caminé rápido hacia la puerta, la que se abrió cuando me faltaban unos pasos para llegar.

Adrián me invitó a entrar abriéndola del todo y apartándose.

—Hace frío para estar fuera —me dijo, mientras cerraba la puerta.

—A esta hora sí.

—¿Te apetece algo?

—No. Gracias.

Negué.

—¿Cómo está tu hermana? —me preguntó directamente.

—¿Tiene que estar mal? —le pregunté de vuelta.

—Eres tú el que me has escrito para preguntarme por ella, porque la has notado rara cuando ha llegado del entrenamiento. Y sigues siendo tú el que estás en el salón de mi casa y no has dudado en venir cuando te lo he pedido, a pesar de ser tarde.

—Vale, joder.

Reí y sonrió.

—No voy a cobrarte si te pones cómodo —comentó señalando el sofá.

—Te lo agradezco, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Ya es tarde.

—Como quieras —dijo cruzándose de brazos— Cuéntame porque estás así y después te contaré lo que yo sé.

—Entonces hay algo… —Sacudí la cabeza—. Hoy íbamos a darle una sorpresa a Andrea, Meg lo había organizado todo para que Cameron viniera con Juan, ya que el último iba a venir sí o sí. Los dos son amigos de ambas. Mi hermana ha conseguido traer a Cameron y esta tarde he ido a buscar a los dos al aeropuerto.

—¿Y qué ha pasado?

—La sorpresa ha ido genial y están dándole un final inolvidable, no me cabe duda.

Adrián entrecerró los ojos y le hice una rápida aclaración.

—Me refiero a Andrea y a Cameron, están cerrando la noche en condiciones. Ya se han dejado de tonterías, están enamorados, pero no hacían nada. ¿Entiendes?

—Claro —contestó con cierta ironía.

—No me lio más, voy al grano —dije y asintió—. El caso es que por esas sorpresas Meg tendría que haber estado con todos, pero no ha sido así.

—¿Qué quieres decir?

Frunció el ceño.

—Que no ha llegado bien a la casa de nuestros padres, se ha excusado diciendo que no tenía hambre porque se notaba el estómago revuelto. Se ha despedido de todos, después de la sorpresa inicial, y ha subido a su habitación para meterse en la cama directamente.

—¿Te ha contado algo? Porque imagino que le has preguntado.

—Me ha dicho que está bien y que no me preocupe. —Me pasé una mano por el pelo, pensativo—. La he visto realmente agotada, he subido a verla antes de irme. Estaba dormida, pero se ha desvelado y hemos hablado un poco. Ha sido cuando me ha dicho que solo estaba cansada, seguramente por los nervios del campeonato y de los entrenamientos. ¿Qué me dices tú?

—A tu hermana le ha dado un ataque de ansiedad cuando el entrenamiento ya había terminado.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado para que se ponga mal? Joder…

—Relájate. Parecía que iba a ser un ataque de los fuertes, y, aunque le ha afectado bastante, no se ha descontrolado tanto. Ha sido justo después de que te colgara la llamada.

—Con razón no he notado nada hablando con ella —dije pensativo.

—Tu hermana ha entrado al edificio de los vestuarios para buscar a Andrea, ya que su amiga fue al baño mientras ella hablaba contigo.

—Sí, algo me dijo mi hermana antes de despedirnos.

—Le ha dado el ataque de ansiedad porque no la encontraba. Andrea no estaba en los baños ni en el edificio.

—Joder.

Me observó fijamente, serio y entonces me di cuenta de que estaba en tensión. Tenía los brazos cruzados presionando uno contra el otro, haciendo fuerza.

—Se ha puesto mal y no entiendo por qué. Aun no le encuentro el sentido a lo que ha pasado. Andrea no estaba perdida, ni siquiera estaba lejos y la zona era conocida. No había peligro.

—¿Y Drako? —Quise saber.

—Esa es otra. Sus nervios han aumentado porque cuando le he preguntado por el perro se ha puesto peor, al ver que se había ido de su lado.

Fruncí el ceño.

—Drako no dejaría a mi hermana.

—Para ir a buscar a su amiga, sí. Además, cuando Drako se ha ido Megan aún estaba bien, por lo que vuestro perro no ha notado nada.

—Ah, vale.

—Andrea y Drako han llegado juntos, mis amigos los han encontrado y han venido todos corriendo. En ese momento yo ya había sacado a tu hermana fuera del edificio porque le faltaba el aire.

—Gracias.

—¿Cuál es el motivo oculto, Gael?

—Te doy mi palabra de que me encantaría decírtelo ahora mismo, pero no puedo.

—¿De qué hablas?

—No me preguntes por eso, Adrián.

—No me jodas.

Apretó la mandíbula, descruzando los brazos.

—Lo siento de verdad. Eso… eso es algo que únicamente le pertenece a mi hermana contar y más a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Confía en mí, por favor. Si quieres saber respuestas presiona a mi hermana, poco a poco y de forma sutil.

—No es mi manera de actuar.

—Ya. —Puse los ojos en blanco—. Ni la de ella. Quien diría que sois tal para cual.

Sonreí de medio lado, mientras él arqueaba una ceja.

—Te agradezco de corazón que me hayas contado lo de hoy. ¿Es todo lo que ha pasado?

—Sí. Lo último es que mis amigos y yo las hemos acompañado hasta el coche de tu madre, junto a Drako.

—Gracias de nuevo.

—Deja de darme las gracias.

Bufó.

—Pues ahí voy de nuevo, porque debo agradecerte que no hayas insistido en lo que me has preguntado —le dije.

—No se me va a olvidar.

Sonó a advertencia y no dudé ni un instante en que lo era.

—Cuento con ello y también que sabrás hacerlo bien para conseguir tus respuestas, pero de la persona indicada.

—Lárgate ya, anda —me pidió con una pequeña sonrisa.

La mía, mi sonrisa, fue mucho más amplia.

Abrí la puerta para salir y nos dimos un abrazo, antes de ir hacia mi coche.

Me despedí por última vez de Adrián desde el interior con una mano y en cuanto arranqué puse rumbo hacia la casa.

Estaba deseando llegar, necesitaba quitarme todo el puñetero peso del día.

En unos cinco minutos llegué, ya que no había tráfico. Me bajé del coche sin perder tiempo y cuando me paré frente a la puerta, la golpeé con los nudillos. Unos segundos después esta se abrió y sonreí de medio lado.

—Perdona el retraso, preciosa.

—A ti te lo perdono todo, amor, pero tienes que contarme porque llevo más de una hora esperándote —me dijo Noemí.

Me agarró de la mano y tiró de mí. Entré en su casa apresando sus labios y besándola como si el puñetero mundo estuviera terminándose y fuera nuestro último beso.

Noemí jadeó entre mis brazos, cuando la agarré de las nalgas y la impulsé para que me rodeara la cintura con las piernas.

—Joder, sí, estaba deseando esto —dije con la voz ronca y tomada por el deseo.

Reaccioné así porque Noemí solo llevaba una bata, sin nada debajo, por lo que su sexo húmedo quedó deliciosamente abierto por la postura.

Gimió cuando introduje un dedo en su interior y me agarró del pelo, buscando mi boca. Le di lo que deseaba y necesitaba, todo, por todas partes, mientras caminaba por el pasillo para ir a su habitación.

Me encantaba terminar las noches de esta manera, esta mujer se había convertido en mi perdición.

Llevaba varios años con Noemí, la amiga de mi hermana, siguiendo las mismas rutinas, pero sin que nadie lo supiera. Por el momento queríamos que siguiera siendo de esa manera.

Ante los demás éramos amigos, aparte de yo ser cliente de ella en la peluquería y en los masajes.

—Necesito que me hagas olvidar el día —le dije con los ojos cerrados, de pie junto a su cama.

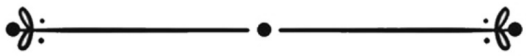
—Dicho y hecho, amor.

Entreabrí los labios para dejar salir el aire, con la cabeza echada un poco hacia atrás, mientras Noemí me desabrochaba rápido el pantalón. Me lo bajó de la misma forma, arrastrándolo junto al bóxer, y mi erección no tardo ni segundos en estar llenando su boca.

Solté un fuerte gemido de puro placer, con la primera embestida hasta el fondo, mientras la agarraba del pelo apretándola bien a mí.

El primero gemido de la noche, de muchos para ambos.

Capítulo 39



Megan

Paré el coche cuando llegué al límite del camino y quité la llave del contacto.

Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos, sonriendo, al recordar cómo había ido el primer día de partidos del campeonato.

Sí, no hacía ni una hora que terminó el último y no podía sentirme más feliz y orgullosa de los chicos.

En total habían disputado dos, uno por la mañana y otro por la tarde. Había sido un día muy intenso, pero mereció la pena cada uno de sus esfuerzos, para verlos empatar en el primer partido y ganar por un par de puntos el segundo.

Verlos en acción había sido una maravilla y tenían tanto mérito… cuando los felicité en el vestuario les dije lo orgullosa que estaba porque los otros equipos llevaban años juntos y activos, mientras que el nuestro era nuevo, por así decirlo.

Las gradas se llenaron al completo de espectadores: familia, amigos, aficionados…

Andrea presenció el partido junto a mí, a pie de campo, mientras que Cameron y Juan ocuparon dos asientos en la primera fila de la parte más baja de las gradas. Noemí tampoco faltó, al igual que mi hermano, Rodri y Santi.

Y por supuesto, mis padres no iban a perderse algo tan especial. Comenzando por mí, porque era la entrenadora y querían darme el mismo apoyo que me habían ofrecido durante toda mi vida, y terminando por el equipo, al que ambos continuaban teniendo cariño.

La locura máxima no se desató en el campo, con el juego. No, la locura se desencadenó cuando mi padre entró en el vestuario junto a mí. En un primer instante los chicos se quedaron todos en silencio, como sincronizados se callaron al mismo tiempo, pero cuando reaccionaron todo fue alegría y felicidad, entre risas, algún grito y comentarios animados.

La ilusión flotó en el ambiente.

Y mi padre tampoco se libró de una ronda de preguntas de los periodistas que se encargaban del partido. Yo también tuve que pasar por ahí, aunque no me gustaba nada. Era lo que peor llevaba.

El inicio del campeonato había sido fuerte, con un partido por la mañana y otro por la tarde, pero no nos pilló de nuevas. Sabíamos que, al celebrarse en un tiempo tan reducido, sería un no parar desde el inicio hasta el final.

Mañana sería el siguiente partido, por la mañana, y por suerte era el único. Los chicos podrían descansar más horas que hoy.

Solté un suspiro al recordar el inicio del primer partido, en ese momento de la mañana…

—¿No vas a desearme suerte, Figueroa? —me preguntó Adrián.

Lo miré de reojo.

Yo estaba parada frente al campo, con los brazos cruzados y hasta unos segundos antes, observando todo alrededor y muy atenta al equipo contrario. Andrea se encontraba a mi otro lado, porque Adrián se paró demasiado cerca.

—No la necesitas, Miera —le devolví.

—Con un besito me conformo —soltó.

Puse los ojos en blanco, no solo al escucharlo a él, sino también la risilla de Andrea.

—Pues como esa sea tu suerte, tenemos el partido perdido —dije con tranquilidad.

Una tranquilidad que no sentía, en mi interior no había ni un poco porque cuando se trataba de Adrián todo se descontrolaba.

—Eres la entrenadora, tienes que velar por tus jugadores y por el juego —continuó.

—Llevo velando por todo ello desde que acepte ser la entrenadora.

Y el campo dejó de existir, lo mismo que todo lo que me rodeaba, justo cuando Adrián se inclinó hacia mí y se acercó tanto que su respiración chocó con mi mejilla. Andrea no escuchó lo que me dijo.

—¿Qué pasaría si te beso yo, aquí, delante de tantísima gente? ¿Mmm…? Si juego mal será por tu culpa. No estoy pidiéndote de me metas la lengua en la boca, solo…

Necesitaba que dejara de hablar, que se callara porque estaba más afectada de lo que él podía imaginar. Mi cuerpo vibraba por él, todo, y era algo que nunca había sido capaz de controlar.

Para evitar que continuara, tal y como estábamos, me moví lo suficiente de lado hacia él, para acercar mi mejilla a sus labios. Me obligué a mantener la vista fija hacia delante, por las ganas que tuve de cerrar los ojos para sentir en lo más profundo de mí el contacto.

De esa manera lo dejé callado, mientras me daba un no beso.

Entreabrí los labios, al mismo tiempo que los suyos se apretaban a mi piel y se mantenían en un beso real, durante lo que me pareció una eternidad.

Me dejó temblando cuando se separó y verlo con el dichoso uniforme del equipo empeoró cómo me encontraba.

—Gracias, entrenadora —me dijo mientras se alejaba unos pasos, pero mirando hacia mí porque caminó de espaldas—. Voy a hacerte ganar.

Acompañó a su promesa con un guiño.

—Y cuando me beses con lengua, te llevaré a lo más alto.

Abrí los labios para decirle algo, debía reprenderle e hice varios intentos, pero no me salieron las palabras. Él lo supo, por lo que sonrió de medio lado, triunfante, antes de darse la vuelta y correr por el campo, hacia sus compañeros y amigos.

Durante unos minutos nada más existió que él.

—Madre mía —susurró Andrea, sacándome del momento—. ¿Notas que todavía llevas la braga en su sitio?

Cuando giré la cabeza hacia ella, con los ojos abiertos al máximo, al ver su expresión terminamos soltando una carcajada.

—Sí, las llevo, pero no quieres saber cómo están —le contesté.

—Oh, joder, como no vayas a buscar a ese hombre ahora mismo y os deis lo que estáis pidiendo a gritos, te juro que entro yo en el campo y lo saco a rastras por las orejas.

Bufó y yo volví a reír, negando con la cabeza.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó emocionada.

—Me ha pedido que le diera suerte, le he dejado claro que no la necesita y después me ha dicho que con un besito tenía suficiente. —Me encogí de hombros—. Le he dado lo que pedía, al acercar la mejilla a sus labios.

—No puedo con tanta tensión.

Suspiró y fruncí los labios.

—No me digas que no vas a estallar en cualquier momento, porque es imposible que no la sientas, Meg.

—Adrián y yo no somos nada.

—Y yo duermo con unicornios cada noche en la casa de tus padres.

Soltó una fuerte carcajada, antes de continuar.

—No engañáis a nadie, porque él no se queda atrás en sus intentos fallidos. Desde hace dos días, desde que Cameron y Juan llegaron, cada vez que miro a Adrián en los entrenamientos, él está observándote a ti de una manera…

—Tonterías —susurré—. Me ha dicho lo del beso porque… porque en el pasado besarnos justo antes de que entrara en el campo le traía mucha suerte. Y aunque parezca una tontería o mentira, comprobamos que era cierto. Cuando estábamos enfados y coincidía con un partido, a Adrián le salía todo mal en el campo y perdían.

—Oh. ¿Sabes lo que significa que haya vuelto a eso?

—Sorpréndeme con tu teoría —le pedí.

—No —sonrió con picardía—. Dale unas vueltas tú, darás con la respuesta correcta. Pero recuerda esto: ya ha comenzado y no parará hasta que todo se ponga en su sitio.

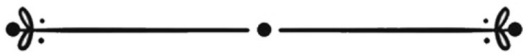
—¿Qué quieres…? ¿Adónde vas? El partido está a punto de empezar. —alcé la voz, viendo como mi amiga se alejaba de mí.

—Vuelve enseguida, después de buscar más suerte con Cameron. Voy a por mi beso y será con lengua, para dejar solucionado eso de llegar a lo más alto. Que por mi chico y por mí no sea.

Sonreí al escuchar sus risas. Me encantaba verla tan feliz.

Una vez sola, dirigí la atención hacia mi equipo, pero solo pude enfocarme en uno. Mi mirada se encontró con la de Adrián, quien ya me observaba fijamente, mientras Eloy le decía algo y él asentía.

Capítulo 40



Tuve que parpadear rápido para salir de mis recuerdos, y cuando lo conseguí, abrí los ojos despacio.

El paisaje que quedó frente a mí me hizo sonreír con añoranza. Solté un suspiro mientras bajaba del coche y le sumé algunos más mientras me subía la cremallera de la chaqueta.

Cerré el vehículo de mi madre con el mando y me guardé la llave en la chaqueta, en un bolsillo pequeño con cremallera. Comencé a caminar por la zona a la que el coche no podía acceder.

Hacía muchísimo tiempo que no venía a este lugar, en el pasado era mi sitio de soledad en el que encontraba paz y tranquilidad, cuando el mundo exterior y el mío interior colisionaban.

La hierba estaba húmeda, pero no me importo que las deportivas se me mojaran. Porque así terminarían, aunque fueran las puntas.

Conforme me acercaba al final sonreí, por todos los recuerdos que me trajo a la memoria. A este sitio, en el pasado, únicamente vinieron conmigo dos personas. Una de ellas fue mi hermano, la otra, Adrián.

Nadie más conocía este rincón por mí, ni sabía que era donde yo venía cuando todo a mi alrededor se desmoronaba. Hoy no era de esa manera, no me sentía mal.

Si había decidido venir era porque hacía años que ni siquiera me acercaba a esta zona, más que nada porque durante los viajes exprés que hacía prefería aprovechar el máximo tiempo con mi familia, y también porque no necesitaba aislarme del ruido del mundo.

Me paré cuando llegué al final y cogí una gran bocanada de aire, cerrando los ojos. El olor característico del mar entró por mi nariz, haciéndome sonreír, mientras el aire alborotaba mi pelo.

A unos metros por debajo de mí las olas rompían con fuerza contra las rocas del acantilado en el que me encontraba. La parte de arriba, el trozo de tierra en el que me encontraba, tenía forma ovalada en la punta y se componía por piedras de varios tamaños y hierba, mucha hierba de un verde precioso.

Justo en la curva final del acantilado, me senté con cuidado sobre la hierba, notando la frialdad en el trasero. En cuestión de minutos me habría calado el pantalón vaquero, pero no me importó.

Con las piernas colgando por la pared del acantilado, dejé la vista fija en el mar, disfrutando de los sonidos de la naturaleza.

Era una maravilla y un auténtico privilegio. Llevaba demasiado tiempo echando de menos tantísimas cosas: mi familia, mis amigos, muchos sitios, la comida, las personas conocidas… y entre todo lo que añoraba se encontraba este rincón aislado en el que tantas veces me perdí y terminé encontrando mi lugar.

El silencio que había se contraponía con el ruido que había en mi cabeza.

Aún podía escuchar los pitidos, los silbidos, los aplausos y los gritos, animando al equipo y celebrando con nosotros las victorias. Se reproducían en mi mente y me gustaba, porque me daban pequeños subidones.

Volví a coger otra bocanada de aire, y una más, y otra, hasta que conseguí relajarme del todo.

Después de un buen rato mirando al mar me dejé caer hacia atrás, con una gran sonrisa.

Sentí enseguida el frío de la hierba en la parte de atrás de la cabeza, ya que la espalda la tenía protegida por la chaqueta acolchada. Después de un pequeño estremecimiento lo ignoré y continué con los ojos cerrados, cuando extendí los brazos a los lados. Las piernas las mantuve hacia abajo del acantilado.

—Esto es vida.

Susurré.

Si pudiera llevarme conmigo un cachito de este sitio…

Los días corrían mucho y para mi sorpresa, porque no lo creí posible cuando acepté la aventura del campeonato, no quería que llegara el último día.

Cada vez que pensaba en la vuelta a mi piso solitario y a mi trabajo en la universidad… Lo único que me consolaba eran las ganas que tenía de volver al trabajo, porque me encantaba lo que hacía y lo que había conseguido, aunque ahora mismo me pesara pensar en ello.

Y de repente algo muy especial llegó a mi mente y comencé a decirlo.

—Quédate conmigo, donde pueda sentirte cerca, donde…

Me callé de golpe y contuve la respiración, apretando con fuerza los párpados, cuando otra voz sonó por encima de la mía y continuó por donde lo dejé yo.

—...donde nada ni nadie pueda entrar en nuestra burbuja. Quédate tan cerca de mí que ni tú ni yo sepamos dónde empieza uno y dónde termina el otro. Quédate conmigo, seamos eternos.

No podía creerme que Adrián estuviera aquí, en el mismo sitio que yo, justo cuando me decidí a venir.

Y aún menos podía creerme que… que recordara esas palabras que nos inventamos entre los dos cuando éramos jóvenes.

Tragué saliva al recordarnos tumbados en la misma hierba en la que estaba yo, pero en aquella ocasión, como en muchas otras, una manta nos separaba de la humedad y la frialdad.

Entre los dos fuimos poniendo palabra por palabra, hasta formar frase por frase. Cuando nos quedamos satisfechos, mientras nos abrazábamos, prometimos que esas palabras única y exclusivamente serían para el otro. Jamás las pronunciaríamos para nadie más.

En mi caso lo había seguido a rajatabla.

Después de unos minutos en silencio decidí abrir los ojos. Lo hice muy despacio y cuando moví los ojos hacia arriba, me encontré con la mirada fija de Adrián, a poca distancia.

No lo había escuchado acercarse, pero era normal porque con la cantidad de hierba que había era muy difícil. Estaba sentado en una piedra de tamaño grande, con la parte de arriba del cuerpo echada hacia delante, los brazos apoyados en las piernas separadas y las manos unidas, con los dedos entrelazados.

Estaba guapísimo. El pelo se le había alborotado por el aire e iba vestido igual que cuando salió del vestuario, después del último partido, con un pantalón vaquero azul claro y un jersey que se ajustaba perfectamente a sus brazos, hombros y pecho. La espalda iría en la misma línea.

Tragué saliva, sin saber qué decir. Se me quedó la mente en blanco, completamente, mientras nos observábamos.

Desde que llegué a Santander habían pasado muchos días, demasiados teniéndolo cerca, escuchándolo y coincidiendo constantemente con él. Y cada vez iba a peor, porque todo se incrementaba, incluso sus interacciones conmigo.

Teniendo la certeza de que no iba a hablar más, al menos por el momento, conseguí desviar ojos de él, para dirigirlos hacia arriba. Comenzaba a anochecer y el espectáculo que ofrecía el cielo era increíble.

La vida estaba tan llena de pequeños y grandes placeres que no costaban nada.

Me gustó demasiado sentirlo a mi lado, tan cerca, a pesar de que había un mundo de distancia entre nosotros… aunque no podía engañarme porque todo lo referente a Adrián había cambiado mucho para mí.

Ya no era la misma Megan que llegó a Santander días atrás, porque Adrián había ido poco a poco sorteando obstáculo tras obstáculo, bajando mis defensas muy lentamente, pero con seguridad.

Ojalá yo hubiera conseguido lo mismo en él, pero no me atrevía a preguntarle algo tan personal. Podía salirme muy caro y no me apetecía romper lo fuera que se había creado entre nosotros.

—El primer día que me trajiste aquí, me abriste la puerta a venir y buscar mis momentos. Ya no es exclusivamente tuyo —dijo.

Moví los ojos hacia él. En esta ocasión Adrián observaba hacia delante, hacia el mar.

Me impulsé despacio, para quedarme sentada como al principio, de cara al agua.

—No tendrías que haberte puesto ahí, con todo el sitio que hay detrás de ti. No se te ha quitado la puñetera costumbre.

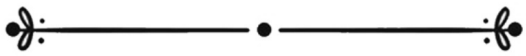
Se refirió al borde del acantilado y sonreí.

—Cuando me colocaba aquí en el pasado siempre te ponías nervioso y te enfadabas —comenté con mucho tacto.

No quería hacerlo saltar por nada, para alargar este instante regalado.

—Porque no soportaba que te pusieras en peligro, ni antes ni ahora.

Capítulo 41



Adrián

Me quedé mirando la parte de atrás de la cabeza de Megan, mientras se pasaba los dedos por el pelo.

Se le había mojado porque la hierba estaba muy húmeda, al igual que la chaqueta acolchada, pero esta la protegía.

No había venido aquí por casualidad, aunque fuera lo que le había dado a entender al decirle que desde que me trajo la primera vez, me abrió la puerta a venir y a buscar mis momentos. Que ya no era exclusivamente de ella.

Y era así, me refiero a que yo venía a este lugar muchas veces, como mínimo una vez por semana, el sábado o el domingo, el día del fin de semana que más me cuadrara. Aquí podía pasarme minutos u horas, lo mismo me daba porque por cada segundo que pasaba me recargaba.

Aparte de que este lugar era como volver al pasado, incluso antes de salir del coche. Quizás por eso no podía dejar de venir, tal vez era lo que me había impulsado una y otra vez a volver.

El tema era que como acababa de decir no estaba aquí por casualidad.

Cuando terminó el último partido del día nos quedamos en el campo únicamente los del equipo, con nuestros amigos, celebrando la victoria y los buenos resultados del día. Después los jugadores nos fuimos a los vestuarios a ducharnos y cuando fue mi turno de salir me encontré con Gael.

En ese momento…

—Eh. Hola —me saludó.

—Hola.

Nos dimos un abrazo rápido.

—Con tanto alboroto no he tenido la oportunidad de decírtelo. Enhorabuena por el partido, has estado increíble, como en el de la mañana.

—Gracias, pero según yo solo he corrido al límite del mareo.

Le hice un guiño y reímos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó.

Recién duchado de lo único que tenía ganas era de llegar a mi casa para ponerme cómodo y descansar, después de un día realmente agotador.

Habíamos jugado dos partidos, el día había sido muy intenso entre los nervios y los esfuerzos que habíamos hecho. Todos estábamos machados, pero felices. Necesitábamos recuperar fuerzas para el siguiente partido, el que jugaríamos en horas.

—Largarme, encerrarme en mi casa y olvidarme de cómo se sale —le contesté.

Sonreí de medio lado.

—¿Y tú? ¿Vais a celebrar las puntuaciones que hemos conseguido? Seguro que tu hermana está deseándolo.

—Por eso he venido a molestarte.

Arqueé una ceja.

—A molestarme —repetí.

—Sí, Adri. Es que vamos a ir todos a cenar al restaurante de Fer, lo hablé con él ayer, para que nos reservara una zona grande. Menos mis padres estaremos todos y Leo, Félix y Eloy están incluidos. No te han dicho nada porque les dije que yo me encargaba.

—Te lo agradezco, pero sinceramente no me apetece tener que aguantar sentado en una silla. No sería por la compañía, es solo que estoy cansado y deseando llegar a casa.

—Y es normal, lo raro es que los demás que han jugado hoy los partidos todavía tengan fuerzas.

Rio y sonreí, al mismo tiempo que asentía.

—Aunque igualmente cenaremos rápido y se acabó —añadió.

—Tal vez a la próxima —comenté.

—Estupendo, pero ahora viene lo más importante.

—No era la cena —dije.

Me crucé de brazos, con la mochila colgada al hombro.

—Es que aparte de ti, hay otra persona que no va a venir.

—¿Y?

—Que es mi hermana. Me ha dicho que no, aunque quizás se pase más tarde por el restaurante, para los chupitos.

—Y sabes que te lo ha dicho para dejarte tranquilo, porque no tiene intención de ir.

—Exacto.

—¿Y qué quieres que haga yo? Porque si contigo se ha negado es imposible que yo…

—Va a ir al acantilado —me interrumpió.

Nos quedamos en silencio, mirándonos.

—Entiendo.

Dirigí la mirada hacia el camino que había que seguir para alejarse de la zona de rugby.

—Solo quería que lo supieras. Se ha ido al poco de que entrarais a ducharos.

Volví a mirar a Gael.

—Y te parece poco que solo lo sepa, ¿no?

Elevé las cejas, mientras que él apretaba los labios en un intento pésimo para no mostrar la diversión.

—Sea lo que sea sé lo que necesitáis los dos. Y no te atrevas a negarme nada de mi hermana. He sabido siempre lo que nunca dejaste de sentir por ella, y desde que Megan está aquí, dejándose ver, he visto los cambios que ha provocado en ti.

—Estás tocándome las narices —le advertí.

Pero mis palabras no tenían fuerza y ambos fuimos conscientes de ello.

—Tú también sabes sobre esos cambios, Adrián, por eso lo que has empezado esta mañana lo has repetido por la tarde. Todos hemos visto cómo en ambos inicios de los partidos te has acercado a mi hermana y le has robado besos, aunque distaran mucho de cómo deseabas realmente que fueran.

—No voy a disculparme.

—No te lo estoy pidiendo —sonrió de medio lado—. Nunca te lo pediría ni me metería entre vosotros. Si no lo hice en el pasado, cuando quería sacarte los ojos…

—Muy bonito, hombre.

Soltamos una carcajada.

—Bueno, me voy —dijo señalando el camino a su espalda.

—Adiós.

—Hasta mañana, Adri.

—Hasta mañana, Gael.

Se giró y comenzó a andar alejándose de mí.

—¡Gael! —lo llamé.

—¿Qué? —se volvió hacia mí.

Miré alrededor, mientras acortaba un poco la distancia que nos separaba. Cuando me aseguré de que no había nadie cerca, ni fuera ni a punto de salir del vestuario…

—¿Qué tal con Noemí? —le pregunté.

—¿Qué…? ¿Cómo? No jodas.

Sonreí de medio lado.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me preguntó.

—Desde hace dos años y medio. Quiso la casualidad que una noche cualquiera yo pasara con el coche por delante de su casa, justo cuando tú esperabas para que te abriera la puerta. En cuanto lo hizo tiró de ti hacia dentro y hasta me dio tiempo a ver el primer beso.

—Qué cabrón…

Soltamos una carcajada.

—Y no te preocupes, voy a continuar como hasta ahora, como si no supiera nada.

—Gracias. Hace tiempo que no lo hablamos, pero nos gusta la privacidad que hemos creado a nuestro alrededor.

—Y es más excitante echar un polvo en cualquier baño, cuando coincidís en grupo, para después volver con los demás como si nada —le dije.

Su respuesta fue reír y de esa manera confirmó mis palabras.

—Normal que os perdierais un poco para ir al baño del restaurante de Fer, la noche que coincidimos en la terraza —comenté con humor.

—Algún día lo contaremos y dejaremos claro que estamos juntos, porque no voy a dejar escapar a Noemí.

—Ya veo.

Ladeé un poco la cabeza.

—Enhorabuena, es una gran mujer —le dije.

—Gracias. —Asintió sonriente.

Fuimos juntos y en silencio hacia el aparcamiento del instituto y en él nos separamos, con un abrazo y una mirada muy significativa de Gael, antes de que cada uno nos fuéramos a nuestro coche.

Y de ese final a estar en el acantilado solo habían pasado los minutos que me había llevado llegar hasta aquí.

No lo dudé cuando después de arrancar, tomé esta dirección.

—No estoy en peligro.

Susurró.

Y su voz me hizo regresar a su lado. Siempre regresaba a ella, de una forma u otra.

—Estás sentada en el puñetero borde del acantilado, a metros de altura. Solo estás tú y el vacía, un empujón o cualquier mal movimiento y a la mierda.

Apreté la mandíbula.

No soportaba verla donde estaba, era superior a mí. En el pasado, en el presente y en cualquier futuro.

—Has dicho que vienes aquí, ¿cada cuánto tiempo?

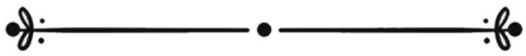
—¿Por qué quieres saberlo? ¿Para evitarme o para coincidir conmigo, Figueroa? —le pregunté, pero me olvidé de todo cuando se movió para girarse hacia mí.

Se quedó de lado en el puñetero borde del acantilado.

—Joder, ¡quieres parar! Aléjate de ahí, porque como lo haga yo…

Me levanté despacio de la piedra, sin apartar la vista de ella, dispuesto a tirar de cualquier sitio de su cuerpo. Como si tenía que agarrarla del pelo para arrastrarla bien lejos del puñetero final.

Capítulo 42



Megan

Como en el pasado, decidí no atormentarlo más. Aunque no había sido mi intención.

Me moví con cuidado, separándome del borde y subiendo las piernas.

No pude controlar la carcajada que nació con fuerza de mi interior, cuando Adrián me agarró de la chaqueta por detrás y tiró con energía de mí hacia atrás.

Me levantó y por la inercia del movimiento retrocedimos unos metros al dar varios pasos, separándonos del final del acantilado.

Cuando fui consciente de cómo nos quedamos se me cortó la respiración.

Adrián estaba a mi espalda, entre nosotros no había ni una mínima separación. Su chaqueta se aplastaba con la mía, mientras uno de sus brazos me rodeaba por delante y con fuerza la cintura.

Cerré los ojos ante todas las sensaciones y sentimientos que me asaltaron en segundos. Todo era demasiado, y que se inclinara hacia mí, para eliminar la diferencia de altura y hablarme al oído, consiguió que me temblara todo.

—La próxima vez que hagas algo parecido no preguntaré ni te daré a entender mis intenciones. Actuaré y se terminó. Sea como sea —me susurró al oído.

—Puede pasar mucho tiempo hasta que volvamos a encontrarnos aquí.

Susurré también.

—Me importará una mierda, como también si estás en un momento… íntimo con alguien. No quiero volver a verte en el puñetero borde nunca más.

—¿Por qué? —le pregunté con un hilo de voz.

—¿Tengo que explicártelo?

—Has dicho que ahora tampoco soportas que me ponga en peligro.

El silencio entre nosotros fue como si pesara.

—Así es —habló por fin—, por lo que te aconsejo que por tu bien no vuelvas a hacer lo mismo.

—Nunca voy a venir con nadie aquí, a no ser que sea mi hermano. Quizás con Andrea también, me gustaría enseñárselo y sé que a ella le encantará estar aquí.

—Ahora soy yo el que te pregunta porqué no vendrás con nadie más.

Continuó susurrándome al oído, erizándome todo el cuerpo.

—Porque al igual que las palabras que hemos dicho entre los dos, las que creamos para nosotros, se quedaran siempre conmigo y nunca se las diré a nadie más, este lugar también es único y exclusivo en mis recuerdos y va asociado… contigo.

Me tragué todos los nervios, los miedos y la vergüenza, y le hablé dejando ver una parte de mis sentimientos.

—¿Esas palabras nunca…?

—No —lo interrumpí rápido—. ¿Y tú?

—No. Ni este lugar tampoco.

Comencé a ver borroso porque los ojos se me nublaron de lágrimas.

Deseaba tanto que fuera verdad, aunque ¿por qué iba a mentirme? No tenía sentido, no éramos nada para el otro, además de una parte muy importante de nuestro pasado.

—Vas a coger frío —me dijo.

Con el giro que le dio a la conversación me dio tiempo a recuperarme, aunque no lo conseguí del todo hasta que Adrián no se separó de mí y me liberó de su brazo. Noté la pérdida al instante.

Tragué saliva porque… me urgía volver a mi casa y no precisamente a la de mis padres. Necesitaba poner distancia entre nosotros para que todo lo que se había descontrolado en mí volviera a su sitio, porque no podía ser. Bien lo sabía, Adrián me soportaba lo justo y necesario.

Solté un suspiro y cuando me giré hacia él lo vi de espaldas, caminando y alejándose cada vez más de mí.

—Vale, esto es lo normal, Megan —me dije—. Lo raro son los momentos de cercanía que hemos compartido, los que ni yo me creo todavía.

Susurré.

Me giré de nuevo hacia el final del acantilado, hacia el mar, y di varios pasos hacia él.

No llegué a acercarme demasiado, pero sí lo suficiente. Como me gustaba.

Cerré los ojos y me abracé, disfrutando de los últimos instantes, y con la promesa que me hice de regresar antes de irme, para volver a mi vida, me giré dándole la espalda al mar y comencé a hacer el mismo camino que Adrián.

Había oscurecido bastante, pero todavía se veía, ya que no había luna llena, pero el tamaño sí que era lo suficientemente grande como para proporcionar la claridad necesaria.

Para mi sorpresa Adrián no se había ido todavía. Lo encontré apoyado en el lateral del coche, con las manos en los bolsillos del pantalón y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Buenas noches —le dije.

Se me quedó mirando, por lo que al cabo de unos segundos me encogí de hombros al ver que no iba a despedirse de mí.

Ignoré el malestar que sentía y me moví para ir hasta el coche de mi madre. Adrián había dejado más adelantado el suyo, por lo que el de mi madre estaba a unos metros por detrás.

Mientras pensaba precisamente en que no sabía qué pensar con respecto a la actitud y el comportamiento de Adrián, mis pies se pararon de golpe cuando me agarró de un brazo, frenándome.

No me dio tiempo a dar ni dos pasos seguidos, me impidió que avanzara. Y no solo eso, solté un jadeo por la impresión cuando mi espalda chocó con el lateral de su coche y su cuerpo me aplastó contra la fría chapa.

—¿Qué…?

Mis palabras y todas las dudas y miedos murieron cuando su boca cayó sobre la mía, caliente y posesiva.

Gemí agarrándome con las manos a su chaqueta, para pegarlo más a mí. Aunque no era posible.

Su lengua caliente y húmeda encontró el camino hacia la mía y le di todo el acceso hasta ella. Fue un beso agresivo y muy profundo, en el que nuestros labios y dientes chocaban entre ellos, mientras nuestras lenguas se buscaban en un baile que yo nunca olvidé.

Gemí al sentir su erección calvarse por encima de mi chaqueta. Yo estaba igual que él, con las evidentes diferencias.

Cuando conseguimos separarnos, respirando con dificultad y sin apartar los ojos de los del otro, me separó del coche. Abrió la puerta trasera y me invitó a que entrara, con un gesto de la cabeza.

Me mordí el labio inferior porque no tuve que pensármelo ni un segundo.

Pasé por delante de él y me agaché para entrar. Por el sonido que salió de su garganta me pareció entender que le gustó mi decisión.

Me senté cerca de la otra puerta, pero girada hacia la que estaba abierta. Adrián se quitó su chaqueta y la lanzó en el asiento del copiloto, antes de entrar y sentarse a mi lado, para cerrar la puerta después, con un golpe fuerte. Lo último que hizo fue bloquear los cierres del vehículo.

Tenía los labios enrojecidos y un poco hinchados, por la agresividad del beso que nos habíamos dado. Me encantaba saber que era por mí y que yo debía tener los míos de la misma manera.

—Ven aquí —me pidió con voz ronca.

Me mordí el labio inferior, mientras me acercaba a él. Cuando nuestras piernas chocaron me acarició la mandíbula, antes de coger el tirador de la cremallera de mi chaqueta, para deslizarla hacia abajo, lentamente.

Cuando la dejó abierta la arrastró por mis brazos, hasta que me liberó de ella. La lanzó junto a la suya al asiento del copiloto y entonces agarrándome de la nuca y con uno de sus brazos alrededor de la cintura, me movió para ponerme sobre sus piernas.

Me quedé sentaba a horcajadas sobre él y coloqué las manos sobre su jersey, a la altura de su pecho.

—Adrián…

—Nada de hablar ahora —me pidió serio y tenso—. A no ser que quieras decirme que quieres irte.

Apretó la mandíbula.

—No voy a irme —le dejé claro.

Soltó el aire despacio y me maravillé con los cambios en su expresión.

—Quiero esto —añadí, agarrándolo también de la nuca.

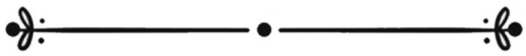
—¿Cuánto? —me preguntó en un susurro.

—Imagínate, después de tantos años.

—Mierda, Megan… No puedes decirme que…

Lo callé con mi boca, porque ahora era yo la que no quería hablar, solo sentir y sentirlo a él.

Capítulo 43



Adrián

Definitivamente se me fue la cabeza en el momento en el que di el primer paso, pero una vez hecho ya no había vuelta atrás.

Mi resistencia y fuerza de voluntad tenían un límite hacia Megan y a estas alturas las había rebosado ambas.

Y sinceramente estaba cansado, agotado, de hacer ver que no sucedía nada, cuando en realidad, pasada de todo y mucho.

Durante todos los años que Megan visitó a sus padres los fines de semana, agradecí que fuera por un tiempo tan breve. De esa manera sabía que era muy difícil coincidir con ella, por lo que podía moverme libremente por la ciudad, sin preocuparme de encontrármela en el lugar menos esperado.

¿Por qué? Porque sin importar lo que sucediera en el pasado y de lo adulto que me considerara, porque lo era, a mí esta mujer me hacía perder la cabeza y me hacía sentir como si todavía tuviera las puñeteras hormonas revolucionadas.

Siempre fue así, desde el primer día en el que me fijé en ella, y continuaría siendo de la misma forma por el resto de mi vida. Lo tenía asumido, de ahí que durante tanto tiempo agradeciera que ella tomara la distancia necesaria para seguir apartada de mí.

Y mientras nos besábamos, o más bien nos consumíamos el uno al otro con los labios y la lengua, no podía dejar de pensar que yo había sido un imbécil por evitar todo lo que respectaba a Megan.

Era mi debilidad, mi perdición, pero al mismo tiempo era mi fuerza y el empuje que necesitaba en mi vida. Porque teniéndola así, entre mis brazos y siendo mía, todo lo demás dejaba de existir.

Me privé tanto de ello, lo bloqueé con tanta fuerza en mi memoria, que no recordaba lo jodidamente bien que se sentía.

Cuando cortamos el beso nos quedamos con las frentes apoyadas, cogiendo las bocanadas del aire que nos faltaba. Nuestros ojos no se desviaron de los del otro, mientras nuestros cuerpos permanecían bien pegados y nuestras manos ocupadas en las partes donde se quedaron al principio.

—Dime que estás bien —le pedí con la voz ronca.

Lo que menos quería era que en algún momento se arrepintiera y se echara para atrás, pero que no me lo dijera.

—Estoy perfectamente, Adrián.

—De acuerdo.

Cogí otra bocanada de aire.

—Sigues sin querer hablar.

Susurró.

—Exacto, a no ser que como te he dicho antes, quieras ponerle fin a esto.

—Eso no va a pasar si no me echas.

—¿Me ves con ganas de echarte?

Apreté la mandíbula cuando se balanceó sobre el bulto de mi pantalón.

—Yo diría que no, al menos esta parte de tu cuerpo me necesita.

—Te necesita, ¿eh?

Sonreí de medio lado.

—Mucho.

Susurró y dejé caer la cabeza en el respaldo.

En ningún momento apartamos la mirada del otro, mientras mis manos caían a los lados de mi cuerpo, para dejar el suyo libre. De esa manera se deslizó hacia atrás sobre mis piernas, para tener más espacio y poder moverse con más facilidad.

Llevó las manos al botón de mi pantalón y lo desabrochó, después bajó la cremallera muy despacio. Tragué saliva porque al hacerlo, me rozó el miembro a propósito.

Cuando tuvo la cremallera bajada, abrió los dos lados del pantalón. A pesar de la poca claridad que había en el interior del coche, sus ojos se quedaron fijos en mi erección, como si pudiera ver perfectamente la curva del bóxer.

Verlo no supe si lo vio, pero tocarlo lo tocó. Jadeé en tensión cuando con una mano me rodeó el miembro con fuerza, por encima de la tela. La sensación se multiplicó cuando bajó la cinturilla, dejando en libertad a mi miembro.

Este saltó tenso y palpitó en su mano, lo que me hizo gemir mientras presionaba y acariciaba el glande, retirando las gotas de excitación.

—Megan…

—Shhh…

Me pidió silencio y fui más que obediente, mientras observaba el brillo de sus ojos descender. Se dejó caer de rodillas entre mis piernas y me jodió no tener la libertad para abrirlas más para ella. Tendría que haberme desecho del puñetero pantalón, pero en este instante me parecía una pérdida de tiempo pararme a quitármelo.

Megan me rodeó el miembro con la mano y subió y bajó, varias veces. Cuanto noté su respiración caliente me tensé en el asiento y solté un gemido por el calor y la humedad que me rodeó la erección.

Elevé la cadera varias veces seguidas, en pequeñas embestidas, para entrar lo máximo posible en cada una de ellas, sintiéndome en la gloria con sus acogidas.

Los sonidos que hacía Megan me volvieron loco y que me agarrara de la cadera para que aumentara la velocidad y la intensidad con la que le llenaba la boca me hicieron perder la cordura momentáneamente.

Lo di lo que me pedía y lo que yo necesitaba, sin tener ni idea de cuánto tiempo estuve embistiendo su deliciosa boca. Hasta que la agarré de la cabeza y se la separé.

Mi pecho subía y bajaba descontrolado, cuando la levanté de los brazos y la besé. Me dio a probar mi propio sabor, mezclado con el de ella, y eso consiguió que el beso fuese demoledor.

Megan se separó de mí y tuve que rodearme con fuerza el miembro, mientras veía cómo se desabrochaba el pantalón y se lo bajaba junto a la braga, para sacárselos por una pierna. Fue lo único que liberó, más que suficiente para lo que necesitábamos hacer.

En cuento se puso de nuevo a horcajadas sobre mí, nuestros sexos se rozaron sin ninguna barrera de por medio y soltamos un jadeo al mismo tiempo.

Apresé sus labios de nuevo, subiendo las manos por debajo de su jersey. Llegué a sus pechos, los que agarré con las manos, llenándomelas con ellos para presionárselos ligeramente.

Megan se pegó más a mí, acelerando los movimientos de su lengua contra la mía y la de su sexo sobre mi glande, dándonos placer a ambos.

Tiré de sus pezones por encima de la tela del sujetador y el gemido que soltó fue todo un espectáculo. Gruñí elevando la cadera y al hacerlo, la punta de mi miembro se coló en su interior.

No fue premeditado, estaba tan resbaladiza que se deslizó solo, buscando su lugar preferido. Megan se quedó sin respiración, notando la intrusión y la presión. Yo me quedé inmóvil, esperando su siguiente movimiento, sudando por el puñetero esfuerzo que hacía para no clavarme hasta el fondo.

Cuando pensaba que iba a retirarse, para continuar frotándose con mi miembro, me sorprendió bajando de golpe, llenándose ella misma.

—Mierda… —siseé.

Cerré los ojos elevando la cabeza hacia el techo, mientras Megan me mantenía enterrado en ella.

—Megan… no… no tengo protección.

Me vi en la obligación de ser el responsable, porque parecía que a ella se le había olvidado por completo. Y tenía gracia, porque lo que menos quería era una puñetera barrera entre nosotros, pero no era mi decisión.

Aunque ya podía ser tarde, todavía estábamos a tiempo.

En vez de decirme algo, subió deslizándose despacio y cuando el glande estaba al límite de salir, se dejó caer de nuevo de golpe. jadeé agarrándola de las caderas, mandando a la mierda la responsabilidad.

Megan siguió con su baile sobre mí, uno caliente y enloquecedor que hizo que al poco tiempo mi cadera empujara con fuerza, uniéndose a su ritmo e incrementándolo bastante.

El interior del coche se llenó de jadeos, gemidos, gritos de placer y alguna que otra palabrota, mientras nuestras respiraciones se descontrolaban por completo y nuestros cuerpos sudaban en contacto con el del otro.

Megan se agarró al respaldo del asiento, a ambos lados de mi cabeza, y con las rodillas haciendo fuerza en el asiento, siguió el ritmo de mis embestidas y se corrió al cabo de unos minutos más.

Verla, sentirla y oírla me catapultó al límite, mientras ella se liberaba yo tomé un ritmo frenético que me llevó de cabeza al final. Salí de su interior antes de dejarme llevar y me liberé sobre mi barriga, apretándome el miembro con una mano, mientras que con la otra mantenía el jersey levantado para no manchármelo.

—Joder.

Susurré, cerrando los ojos.

Si después del último partido de la tarde estaba cansado, en este momento, después de tanta relajación y de soltar la tensión acumulada, tenía unas ganas tremendas de dormirme y no despertarme hasta el día siguiente.

Entreabrí los labios al sentir los de Megan en mi mandíbula. Comenzó a besármela.

—¿Tienes papel? —me preguntó susurrando sobre mis labios.

—En la guantera —contesté casi sin voz—. Joder, vas a matarme la primera vez.

Megan gimió cuando le agarré las nalgas con fuerza. Fue culpa suya porque me puso el trasero enfrente, cuando pasó el cuerpo entre los asientos delanteros, para llegar hasta la guantera donde había varios paquetes de pañuelos.

No lo pude evitar, me activé al instante y saqué fuerzas de donde creía que no me quedaban.

Le subí los pies al asiento, a cada lado de mis piernas y el movimiento provocó que la parte alta de su cuerpo cayera más hacia delante.

—Así, agárrate bien fuerte al freno de mano, imagínate que estás al revés y que estás tocándome a mí —le exigí.

Le elevé le trasero y le separé las piernas, lo suficiente para meter la cabeza entre ellas y que mi lengua recorriera su sexo de arriba abajo, arrastrando su esencia y la mía en el camino. De mi garganta salió un gruñido de puro placer, mientras que Megan gritaba mi nombre, bien agarrada al freno de mano.

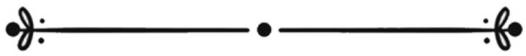
La devoré sin descanso, hasta que me regaló un nuevo orgasmo, el que disfruté sin separar los labios y la lengua de su sexo suave, caliente y mojado.

Pero no terminó ahí, porque tiré de sus caderas hacia atrás y la senté de nuevo sobre mi erección, pero en esta ocasión de espaldas.

Gemimos sincronizados cuando volví a quedarme dentro por completo. Follamos de esa manera, ambos mirando hacia delante y con sus manos en los asientos delanteros, haciendo fuerza en cada subida y bajada, mientras una de mis manos acompañaba a sus movimientos agarrada a su cintura y con la otra la llevaba al límite, acariciándole, pellizcándole y frotándole el clítoris.

Jodidamente fue un inicio de campeonato brutal.

Capítulo 44



Megan

—¡¡Síii…!! —grité.

—¡¡Toma yaaa…!! —gritó Andrea.

Ambas nos miramos riendo y nos abrazamos saltando, celebrando el punto de la victoria.

Los espectadores estallaron en las gradas, levantándose mientras aplaudían, silbaban y gritaban, porque nuestro equipo lo había vuelto a hacer.

Otro partido ganado, después de mucho sudor y esfuerzo.

Habíamos perdido un par, en los días que habían pasado desde el inicio, pero eso no nos había desplazado mucho en la clasificación. Ahora mismo con una nueva victoria, habíamos pasado de estar los segundos a encabezar la clasificación.

Quedaban un par de partidos más, la presión a estas alturas era mucha porque quedaban los equipos más fuertes. No podía sentirme más orgullosa de mis chicos, todos se merecían llegar a la final y ganarla, todos se habían esforzado al máximo, como si dependieran de este deporte, cuando solo era una afición y un pasatiempo. Esa era la realidad.

Y al igual que faltaba poco para terminar, yo también estaba en el tiempo de descuento en Santander. Solo de pensarlo me daba un vértigo horrible, porque mi corazón estaba dividido.

Lo de aquí pesaba muchísimo en la balanza, sobre todo desde que Adrián y yo volvíamos a estar juntos. A ver, no habíamos hablado ni puesto nombre a lo que teníamos, pero desde la noche del acantilado nos habíamos separado únicamente por sus obligaciones.

Los demás no hicieron ningún comentario cuando nos vieron juntos la primera vez, ni siquiera mis padres. No nos escondíamos, no teníamos por qué hacerlo, por lo que paseábamos de la mano y nos abrazábamos cada vez que nos apetecía, al igual que nos dejábamos llevar por los besos porque nos debíamos muchos.

De nuestros amigos y familia lo único que recibimos fueron sonrisas y mucho cariño, así que todo iba genial.

La mayoría de los chicos vinieron corriendo hacia nosotras, riendo y gritando, saltando unos encima de los otros. Estaban agotados, pero el subidón de la victoria los había hecho venirse arriba.

Andrea y yo nos reímos, mientras mis ojos observaban a uno de los que se acercaban caminando. Era un espectáculo ver a Adrián sudoroso, con el pelo alborotado de cualquier manera y mojado, con el uniforme del equipo. Los pantalones cortos y la camiseta de manga corta le quedaban…

Cuando me encontré con su mirada, me di cuenta de que sonreí de medio lado, como si supiera lo que yo estaba pensando. Claro que lo sabía, conocía perfectamente el efecto que provocaba en mí.

—¡¡Viva nuestra entrenadora!! —gritó Carlos.

Todos lo siguieron y, a pesar de mis negativas y de mis risas nerviosas, ignoraron todo lo que les dije y me cogieron en brazos.

De repente y sin esperármelo me vi saltando en el aire y cayendo sobre muchas manos. Me entró la risa floja, mientras escuchaba los gritos de Andrea, cada vez que tenían que sujetarme al caer, y sus risas fuertes, cuando me lanzaban hacia arriba.

Se me cortaba la respiración y a mi amiga se le cortó todo cuando también pasó a ser un objetivo. Ni siquiera Cameron pudo detenerlos, aunque tampoco estuvo por la labor de hacerlo, ya que se unió a todos los demás para lanzar al aire a su novia.

Cameron llegó con Juan, mis padres, mi hermano, Noemí, Rodri y Santi. Nunca faltaba ninguno, nos acompañaban desde la distancia en cada partido, para celebrarlo después todos juntos.

Daba igual el resultado, cada final de partido era una gran victoria personal, en muchos aspectos, aunque lógicamente a todos nos gustaba vencer y cuando sucedía, la celebración era distinta.

—¡Reina! —gritó Juan y me reí.

Se había subido a la espalda de Miguel y me saludaba desde arriba.

Cuando todo comenzaba a darme vueltas, unas manos fuertes me agarraron con firmeza y frenaron a todas las demás. Supe al instante que se trataba de Adrián.

Caí en sus brazos y le rodeé el cuello con los míos.

—Hola —le dije.

Sonreí.

—Hola —me correspondió devolviendo la sonrisa.

—Enhorabuena.

—Gracias.

Me hizo un guiño.

—Has estado genial, has hecho un juego increíble e impecable —le susurré al oído.

—Te ha gustado, ¿eh?

Me apretó a su cuerpo, mientras yo asentía con energía y provocaba que él soltara una carcajada.

Me encantaba que se riera tan despreocupado, cuando estaba feliz se le veía más joven. Sus facciones se suavizaban y la carga que parecía soportar siempre se aliviaba.

—Más tarde me demuestras cuánto te ha gustado —me susurró al oído.

Me dio un beso rápido en los labios, antes de bajarme al suelo.

—¿Bien? —me preguntó por mi estabilidad.

—Sí.

Reí, agarrándome a su brazo.

Después de unos segundos conseguí soltarlo. Adrián se fue hacia el vestuario, para ducharse y darme encuentro.

Hoy íbamos todos a la casa de mis padres y cuando digo todos era en sentido literal, ya que estaba invitado el equipo al completo, con parejas incluidas. Aparte del resto de mis amigos, por supuesto.

Era sábado, en este instante las doce y cuarto del mediodía, así que era el plan perfecto para alargar la fiesta.

Habíamos quedado en vernos en la casa de mis padres, conforme fueran llegando. Los jugadores estaban emocionados e ilusionados, porque todo lo que tuviera que ver con mi progenitor para ellos era un extra increíble. Lo admiraban, eso no había cambiado con el tiempo.

—Enhorabuena, preciosa —me dijo Noemí.

—Gracias.

Nos abrazamos.

—Ha sido una pasada —me habló mi hermano, cuando llegó al lado de Noemí.

—Sí. Hoy se han superado.

—El final está cerca —comentó Rodri.

Santi, Cameron y Andrea también se unieron a nosotros.

—Me va a dar mucha pena cuando termine —dijo Andrea.

Acompañó a sus palabras con un puchero y le sonreí con cariño.

—Y a mí.

—Y eso que me hiciste sudar para que aceptaras.

Solté una carcajada al escuchar a mi padre a mi espalda.

Me giré hacia él, estaba con mi madre. Ambos me sonreían satisfechos y orgullosos. Los abracé a los dos.

—Eres muy exagerado —le dije a mi padre—. Tampoco fue para tanto.

—Tu hermano está de testigo.

Busqué a Gael, quien asintió a las palabras de nuestro padre, con expresión divertida.

—Traidor —lo acusé.

Mi padre y él rieron y no me quedó otra que unirme a ellos. Más que nada porque un poquito de razón sí que tenía mi padre, aunque yo lo negaría hasta el final.

—Nosotros nos vamos ya, cariño —se dirigió a mí mi madre—. Para ir adelantando cosas.

—Claro, Adrián y yo no tardaremos —la abracé de nuevo.

—Os seguimos para ayudaros —le dijo Gael y nuestros amigos estuvieron de acuerdo.

—Me quedo contigo —me sonrió Andrea.

—No hace falta.

La miré a ella y a Cameron. Él me hizo un guiño y le sonreí.

—No nos cuesta nada y así te hacemos compañía hasta que Adrián salga —comentó Cameron.

—De acuerdo —acepté.

Estaban decididos a no dejarme sola, por lo que no insistí.

—A él me lo llevo —dijo mi madre con diversión, señalando a Juan.

Mi amigo soltó una carcajada porque desde que mi madre descubrió lo bien que se le daba la cocina, lo había hecho su ayudante. Intercambiaban muchos consejos entre ellos y estaban aprendiendo recetas nuevas que estaban riquísimas.

Juan, por ser mi madre, le había dado las recetas de los platos más demandados en el restaurante de su padre. Eso sí, le había dicho varias veces que, si algún día conocía a Miguel, su padre, jamás revelara el secreto.

Mi madre también le había facilitado unas recetas que eran herencia de mi abuela.

Andrea, Cameron y yo nos despedimos de los demás, hasta que llegáramos a la casa de mis padres.

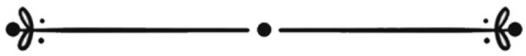
Los acompañamos hasta el inicio del camino que rodeaba el campo, y cuando se fueron, los tres no sentamos en el muro, a esperar a Adrián, a Leo y a Félix. Eloy estaba fuera por esta vez, porque del instituto iría a recoger a Tania, ya que también estaba invitada.

Ella era la camarera del *pub* de su hermano Elías, ambos amigos de todos. La misma con la que se besó Eloy nada más llegar al local, dándome un primer plano en la barra. Tania no estaba en el campo porque había ido a visitar a su madre a la residencia, ya que la mujer no estaba bien.

Elías también vendría a la casa de mis padres, pero por unos asuntos que le habían impedido venir a ver el partido, se retrasaría y llegaría un poco antes de la hora de comer. Aún faltaba para ello, como un par de horas como mínimo.

La relación que tenían Eloy y Tania, según ellos, no era seria, pero ante los ojos de los demás era todo lo contrario. Tenían exclusividad y se comportaban como si estuvieran juntos, muy juntos, así que lo que ellos dijeran nos daba igual al resto.

Capítulo 45



—Joder, estoy agotada —se quejó Andrea.

Se dejó caer al lado de mis pies, en el sofá.

Yo estaba tumbada con la cabeza apoyada en cojines, cerca del reposabrazos de mi lado. La miré sonriendo.

—No has parado de ir de un lado al otro —le dije.

—Es que ha sido un gran día, me lo he pasado genial.

Suspiró.

—Lo ha sido —estuve de acuerdo—. Y no sabes cómo me alegro de verte tan bien.

—Lo mismo te digo, cariño. Desde que estás con Adrián tienes una luz diferente. No digo que antes estuvieras mal, ¿eh? —Sacudió la cabeza.

—Te he entendido —le hablé con diversión.

Le lancé un cojín con el pie y se rio.

—Es una lástima que Adrián tuviera que irse a media tarde.

—Tener una empresa que no para la producción conlleva algunos sacrificios.

Me encogí de hombros, mientras acariciaba el cojín que tenía abrazado.

—¿Te ha dicho si ha podido solucionar el problema?

—La última noticia que tengo es que estaba en ello, hablando con sus encargados para dejarlo solucionado.

—A ver si no le da muchos dolores de cabeza.

—Sí. ¿Ya se han ido todos? —le pregunté.

—Sin contar nuestro grupo de amigos y a tu padre, que continúan charlando tranquilamente, aún quedan unos cuantos del equipo. Pero no tardarán en irse todos, me he despedido de ellos antes de venir aquí.

—Vale.

Levanté el brazo para mirar la hora en el reloj de pulsera. Eran casi las nueve de la noche, desde las doce y media del mediodía, aproximadamente, ya estaba bien. Y tanto que sí.

Habíamos pasado un día increíble, maravilloso en una compañía buenísima.

—Yo no tardaré en irme a la cama —le dije.

—Creo que todos haremos lo mismo, ha sido un día muy intenso y no hemos podido descansar ni poquito.

—Sí.

Me incorporé para quedarme sentada en el sofá, a su lado.

—¿Qué tal con Cameron? —le pregunté bajando la voz.

Miré detrás de ella, hacia la puerta abierta del salón.

—Ay, Meg.

Le temblaron los labios y me asusté.

—¿Qué ha pasado?

Agrandé los ojos.

—¿Eh? Oh, nada malo —dijo con una risilla y arqueé una ceja—. Es solo que parece que vivo en un sueño constante con Cameron y muchas veces pienso que me da miedo regresar a casa, a nuestras rutinas. Cada vez queda menos, la fecha se acerca.

Terminó susurrando.

—Lo sé, pero no debes tener miedo porque todo os va a ir genial. ¿Has hablado con él?

—No quiero agobiarlo, al principio me dijo que era nuestro comienzo. Al menos yo lo interpreté como que quiere estar conmigo.

—Pues claro que sí. ¿Lo dudas?

—No, me lo demuestra cada día.

Sonrió.

—¿Entonces?

—Entonces Andrea todavía no se ha enterado bien que estoy loco por ella —respondió Cameron—. Por lo visto debo esforzarme más.

Sonreí de medio lado, girándome para ver cómo caminaba hacia nosotras con Juan al lado. Andrea soltó un pequeño grito y se puso de pie de un salto.

Cameron arqueó una ceja hacia ella, mientras que mi amiga se ruborizaba.

Cuando se paró frente a Andrea la agarró de la nuca y la besó con una intensidad que ella tuvo que agarrarse a él.

Juan se puso a mi lado y me pasó el brazo por los hombros. Nos quedamos frente a nuestros amigos, viéndolos en directo sin perdernos ningún detalle de cómo la temperatura iba subiendo entre ellos.

Le tapé los ojos con una mano, al mismo tiempo que yo giraba la cabeza hacia él. La carcajada que soltamos consiguió que la pareja se separara, casi sin respiración.

—¡Bravo!

Le aplaudí a Cameron y los cuatro terminamos riéndonos.

Salimos del salón, dejando la luz apagada, y fuimos hacia la escalera, ya que Juan y Cameron nos dijeron a Andrea y a mí que vinieron al salón cuando los últimos invitados se marcharon.

Mi padre nos encontró cuando estábamos a la mitad de la escalera.

—Pensaba que ya estabas en la habitación —le dije cuando llegó a nuestra altura.

—Quería dejar recogida la cocina, para que tu madre no se lo encontrara todo mañana.

Sonreí.

—Ya lo hubiera hecho yo.

—O cualquier de nosotros. Será por manos… —comentó Juan.

Mi amigo inició la marcha hacia la planta de arriba, por lo que continuamos subiendo la escalera.

—Tiene razón —comentó Cameron.

—Os lo agradezco, pero ya está hecho.

—¿Hace mucho que mamá se fue a dormir? —le pregunté.

—Una hora o así.

—Buenas noches —le deseé cuando llegamos.

—Igualmente, cariño. —Me dio un beso en la cabeza—. Para todos, que descanséis.

Mis amigos también le desearon buen descanso y después fue el turno entre nosotros, antes de separarnos para ir a nuestras habitaciones.

En cuanto estuve en la mía y cerré la puerta, solté el aire de golpe, yendo hacia la cama. Cogí el pijama y me desvestí rápido, para no pasar frío, y cuando estuve cómoda, con él puesto, saqué el móvil del bolsillo de la sudadera, para dejarlo en la mesita de noche.

Lo último que hice antes de meterme en la cama fue pasar por el baño. Tumbada y abrigada, solté un suspiro por la sensación tan agradable.

Antes de cerrar los ojos cogí el móvil de la mesita y lo desbloqueé. No tenía ningún mensaje ni llamada de Adrián, lo que me extrañó porque ya era muy tarde. Esperaba que no se le hubiera complicado tanto el problema en el trabajo que todavía estuviera en su empresa.

Entré la aplicación de mensajes.

Megan: *Buenas noches, Adrián. ¿Todo bien? No he querido molestarte hasta ahora. Ya se han ido todos y cada uno está en su habitación. Espero que puedas descansar. Te he echado de menos.*

Esperé unos segundos, después minutos, sin salir de la conversación porque vio el mensaje. Su respuesta tardaba demasiado, hasta que pasados más de diez minutos me di por vencida y salí de la conversación.

Apagué el teléfono porque no lo necesitaba, al día siguiente no tenía que madrugar, y lo dejé de nuevo en la mesita de noche.

Me puse de lado, para observar hacia la puerta del balcón. No había corrido bien la cortina, pero no me molesté en levantarme de la cama porque me gustaba despertarme con la claridad de un nuevo día. Aunque aun así me costaba, ya que podía entrar mucha luz que mi sueño se mantenía como si estuviera a oscuras, con todo cerrado.

Cerré los ojos, pensando en Adrián y en por qué no me había respondido con un mensaje breve. Cualquier hubiera bastado, antes que dejarme en visto sin responder.

Estaba dándole vueltas a eso, cuando me incorporé de golpe en la cama. Encendí la luz de un manotazo, para ver que quien había abierto la puerta de mi habitación y acababa de entrar, era Adrián.

—¿Qué…?

—Quería darte las buenas noches en persona.

—¿Has venido hasta aquí solo para eso? —le pregunté ilusionada.

Sonreí porque acababa de pisotear y machacar todas mis dudas y miedos.

—¿Te parece poco motivo?

Arqueó una ceja.

—Sí, porque estarás cansado.

—Nada que no solucione tumbándome a tu lado.

—¿Vas a pasar la noche conmigo?

Mi ilusión aumentó.

—¿Si me dejas una parte de tu cama…?

—Es muy grande.

Reí.

—Aunque fuera pequeña nos sobraría —me dijo con un guiño.

—Espera —le pedí, saliendo de la cama—. Voy a por un pijama de mi hermano, te estará bien.

—Gracias.

Lo dejé quitándose la ropa, mientras yo iba a la habitación de Gael. Aunque no durmiera en su habitación de la casa de nuestros padres, con algunas excepciones, como los fines de semana en los que yo viajaba para verlos, a mi hermano le gustaba dejarse algunas mudas de ropa en su armario.

De él cogí un pijama y un chándal, por si Adrián quería ponérselo al día siguiente. Tenían más o menos la misma talla, por lo que a Adrián le quedaría bien.

Cuando volví a mi habitación me lo encontré sentado en la cama, únicamente con el bóxer puesto.

Le di el pijama y le comenté lo del chándal, mientras lo dejaba en una silla. Cuando terminó de abrigarse fue al baño y yo regresé debajo del nórdico.

—Me has alegrado la noche —le dije cuando se tumbó a mi lado.

—Mmm… está bien saberlo.

—No sabía nada de ti y no me has respondido.

—Porque estaba en la puerta de esta casa, esperando a que se abriera la verja. Quería darte esta sorpresa.

Sonreí cuando me abrazó, acercándome a él. Coloqué la cabeza en su pecho y dejé el brazo sobre su barriga.

—¿Cómo has entrado? No has picado al timbre y mi padre ha subido con nosotros para irse a la cama.

—Antes de irme le pedí la llave de esta casa a tu hermano, para poder entrar sin molestar a nadie. Sabía que se me haría tarde. Tu hermano me la dio y hablé con tu padre, para que lo tuviera en cuenta. Tal y como quedé con él, le he enviado un mensaje ahora, nada más entrar, para decirle que acababa de llegar.

—Podría habértela dado yo.

—Y la sorpresa para otro día, ¿no?

—Ya —dije con una risilla.

Cerré los ojos disfrutando de las caricias de sus dedos en la espalda, por debajo de la camiseta del pijama.

—¿Cómo ha ido el resto del día? —me preguntó.

—Genial. No hace mucho que se han ido los últimos. ¿y a ti en el trabajo?

—Vuelve a estar todo controlado. Ya puedo desaparecer por un mes, como mínimo.

Sonreí.

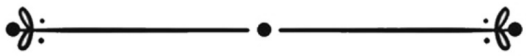
—Buenas noches, Adrián.

Susurré, antes de darle un beso en el pecho, sobre el pijama.

—Buenas noches, preciosa.

Murmuró, dándome un beso en la cabeza.

Capítulo 46



—¿Meg?

—¿Qué?

Levanté la cabeza al escuchar a Noemí.

—¿En qué estabas pensando? —me preguntó con cariño.

—No lo sé.

Bajé la mirada a mi vaso de refresco, intentando recordarlo, pero no lo conseguí, por lo que di por hecho que simplemente se me quedó la mente en blanco.

—Me he distraído.

—Tranquila. —Me agarró de la mano, por encima de la mesa—. Te veo agobiada. ¿Estás bien?

—Claro.

Sonreí.

—Vale.

Imitó mi gesto.

—Estaba diciéndote que mañana tengo un hueco libre para el masaje que me dijiste.

—Ah. ¿A qué hora? Porque tenemos el partido de la final.

—Joder, qué bien suena eso. ¡Nuestra entrenadora y nuestro equipo son los mejores! —alzó la voz.

Me incliné para taparle la boca y terminamos riéndonos.

—Como vuelvas a gritar te baño en refresco —le dije entre risas.

—Aguafiestas.

Me sacó la lengua y negué, sonriendo.

—Continuando con lo del masaje… puedes venir al salón sin problema. Sería para las diez de la mañana y el partido es a las dos de la tarde. Por cierto, qué hora más mala para la comida.

—Ya, pero en eso no podemos hacer nada.

Me encogí de hombros y continué hablando.

—Perfecto entonces, a las diez estaré en el salón.

—Genial.

—Últimamente te he visto muy feliz y animada, Noemí.

—Sí.

Se ruborizó y elevé las cejas, mirándola con una sonrisa.

—¿Te has puesto colorada?

—No.

Negó lo evidente demasiado rápido.

—Oh, sí —confirmé.

Reí, pero me puse seria para continuar.

—Pero esa felicidad y ánimo no los tenías ayer. Te vi de bajón. ¿Te ha pasado algo?

—Yo…

Acarició nerviosa la lata de refresco y apoyé los brazos en la mesa.

Estábamos en el bar que se encontraba cerca de su salón, en uno de sus descansos.

Decidí venir yo sola para que Andrea y Cameron fueran por libre, mientras que Juan y Rodri quedaron para dar una vuelta. Hoy Santi terminaba tarde de trabajar, como le sucedía a mi hermano cada día, aunque desde que estábamos aquí Gael se escabullía siempre que podía, para estar con unos o con otros, o con todos a la vez.

—Necesito hablar de algo, pero al mismo tiempo no puedo —dijo.

—¿Cómo? —le pregunté extrañada.

—Es que… tengo un secreto y es sobre ese secreto.

Se mordisqueó una uña, pero fue solo un gesto nervioso porque Noemí tenía unas uñas preciosas. Eran suyas naturales y siempre las llevaba impecables.

—Secreto sobre secreto. Doble. Mmm… ¿Qué escondes?

Agrandé los ojos.

—Joder, yo… eres la menos indicada para hablar de esto, pero es que eres mi mejor amiga y yo…

—Noemí, primero de todo tranquilízate.

—A la mierda… —dijo mirando hacia los lados— Llevo dos años y medio con tu hermano, pasa muchas noches en mi casa y nos acostamos. Mucho, muchísimo —habló de carrerilla.

Me quedé con la boca abierta, sin saber reaccionar, ni siquiera pude cerrarla por la sorpresa.

—¿No dices nada? ¿Te has enfadado? Oh, joder, pensaba que siendo amigas te sentirías feliz porque tu hermano y yo…

—¡Para! —le pedí.

Moví una mano al aire.

—Dame tiempo para reaccionar a esa bomba —le pedí riendo y se relajó.

—Vale. Sí. claro.

Suspiró.

—¡Qué fuerte! Así que llevas todo ese tiempo con Gael —hablé hablando flojito.

—Sí.

Susurró.

—Por lo que dices os va genial —sonreí, pero ella no—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa y qué te preocupa? Si mi hermano era tu secreto y me has dicho que es sobre él…

—Creo que me está engañando.

—¿Cómo? ¿Gael?

Agrandé de nuevo los ojos.

—Joder, claro.

—Eran de esas preguntas que no esperan respuestas.

—Pues yo te la he dado.

Hizo un puchero y sonreí.

—A ver, lo que dices no me cuadra con mi hermano, pero no voy a defenderlo sin que me cuentes lo que sabes. ¿Qué te hace pensar que está engañándote?

—Hace dos noches, mientras se duchaba, después de un sexo maravilloso…

—Mmm… sin entrar en detalles, por favor —le pedí con diversión.

—Yo solo quería que también supieras que tu hermano folla como los ángeles y que sabe volverme loca de muchas maneras.

—Serás…

Soltamos una carcajada cuando le lancé una oliva del plato que nos habían traído con las consumiciones.

—Mierda, no quiero pensar en mi hermano así, pero oye, estoy orgullosa de él. Gracias. Ahora sigue.

Nos reímos de nuevo, pero Noemí volvió a ponerse triste.

—Como iba diciendo, hace dos noches, mientras él estaba en la ducha, le llegaron unos mensajes seguidos. Dejó su móvil en la mesita de noche.

—¿Y? —insistí cuando se quedó callada.

—No iba a mirar quién era, pero es que parecían insistir y pensé que sería algo importante. Sé la contraseña de su teléfono, pero te prometo que nunca antes la había utilizado.

Habló apurada y sonreí.

—No voy a juzgarte, Noemí. Sigue.

—Desbloqueé el móvil para ver de quién eran los mensajes, para así ir al baño a decirle: te está escribiendo tal persona, por si le urgía por trabajo. O qué sé yo. Pero entonces vi las notificaciones.

Bufó.

—¿Quién era?

—Elena.

—¿Y quién es Elena?

—Ni puñetera idea. ¿Tú tampoco sabes quién es? Lo mismo la conoces, pero ahora no caes.

—La única Elena que ha habido y hay en mi vida está en la universidad en la que trabajo.

—Mierda, tenía una mínima esperanza.

—¿Y por qué crees que te está engañando con ella?

Bebió un sorbo de su refresco, antes de responderme.

—Por las notificaciones.

Se movió inquieta en la silla.

—¿Qué viste?

Fruncí el ceño.

—Ella le decía: hola precioso, estoy deseando que lo veas y dártelo. Te va a encantar. Otro mensaje era: Te has dejado las gafas de sol, has salido con mucha prisa, ja, ja, ja… Las risas eran de ella.

Apreté los labios por su aclaración y por su tono de voz.

—Y sí, coincide porque a la mañana siguiente se levantó antes para ir a la empresa, a por sus gafas de sol. Me dijo que se las dejó en el despacho y como íbamos a un partido por la mañana las necesitaba.

—Tiene los ojos muy delicados —dije.

—Mucho, se le ponen fatal. El caso es que tu hermano me dijo que fue a la empresa a por las gafas, Meg. ¿Entiendes? Me mintió ayer, cuando yo ya leí la noche anterior los puñeteros mensajes.

Asentí.

—El último que pude leer fue en el que ella le dijo que era muy afortunada por tenerlo.

—¿Cuándo mi hermano terminó de ducharse qué hiciste?

—Me hice la disimulada y le dije que le había sonado el teléfono.

—¿Y?

—Miró de qué se trataba y cuando lo hizo después me miró a mí, de reojo. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué dijo?

—Nada. Se metió en la cama, nos pusimos en la postura que nos gusta dormir y ya está. Hasta que se fue al día siguiente, al poco de despertarnos, a por las puñeteras gafas de sol. Cuando volvió a por mí fuimos al campo de *rugby*. Eso es todo.

Soltó un gran suspiro.

—¿Por qué no habéis hecho pública vuestra relación, después de tanto tiempo? —le pregunté.

—Porque los dos hemos estado de acuerdo en eso, desde el principio. Cuando empezamos yo me encontraba bastante mal por la enfermedad de mi madre y todo me agobiaba mucho. Acuérdate de que me daban como pequeños ataques de ansiedad y no podía estar en el salón, con tanta gente.

—Me acuerdo —le confirmé.

—No sé ni cómo tuve ganas de comenzar con tu hermano, pero es que él estaba siempre pendiente de mí. Me ayudó tanto, y es tan guapo y atractivo, y está tan bueno…

Reí y ella lloriqueó, lo que me hizo reír con más ganas.

—Y como comenzamos viéndonos en mi casa, donde aprovechaba para darle los masajes…

—Si ya sabía yo que lo de sus masajes daba para mucho más —comenté con humor.

—Uf, ni te lo imaginas —sonrió—. ¿Quieres que te cuente…?

—No —la interrumpí, riendo.

—El caso es que nosotros no queríamos que nadie supiera que estábamos juntos, para estar tranquilos y también para jugar con ello.

—De acuerdo. Lo entiendo —dije.

Asentí.

—Si a los dos os parecía bien, entonces genial —añadí.

—Pero tu hermano se ha cansado de mí y no sabe cómo decírmelo —dijo cabizbaja.

—Eh, no me lo creo. Has dicho que tuvisteis sexo esa noche, antes de que él se duchara.

—Sí, y al despertarnos al día siguiente.

—Pues entonces menos me cuadra lo del engaño.

—¿Por qué?

—Con el tiempo que hace que conoces a mi hermano, desde pequeños, debes saberlo de sobras. Y eso aún tiene más peso por la intimidad que compartís desde que comenzasteis la relación.

—Sí, pero…

—Habla con él y no lo pases mal sin sentido. Estoy segura de que lo de esa Elena es una tontería y estás pasándolo mal sin tener motivos.

—Estoy enamorada de tu hermano. Mucho. Muchísimo.

—Me ha quedado claro y no sabes lo feliz que me hace esa noticia.

Le sonreí, agarrándole las manos por encima de la mesa.

—¿Y sabes qué haría yo si fuera tú? —le pregunté.

—¿El qué?

—Gritar a los cuatro vientos que estás con Gael.

—Ahora más que nunca me encantaría, pero lo mismo ya es muy tarde para eso.

Susurró y tragó saliva.

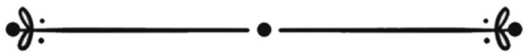
Le sonreí con cariño, acariciándole las manos. No se las había soltado.

—Cariño, míranos a Adrián y a mí, con el pasado que tenemos. Aunque no sabemos cómo terminará esta nueva unión, ahora estamos juntos, después de tantos años. Nunca es tarde cuando hay sentimientos.

—¿Y si tu hermano no siente lo mismo que yo? —me preguntó con la voz temblorosa.

Acerqué mi silla a la suya y la abracé. Noemí era la que más lo necesitaba, pero yo también.

Capítulo 47



—¡Vamos! ¡Vamos! —grité a los chicos.

El ambiente estaba caldeado, pero no en el mal sentido.

La final del campeonato estaba en su punto máximo, faltaban poco minutos y ambos equipos necesitaban un punto para ser los vencedores.

La gente en las gradas gritaba, saltaba y se ponían en pie con cada nueva jugada. Hoy todo el terreno del campo estaba inundado de personas que no habían querido perderse la gran final.

Nuestro equipo lo estaba dando todo, aunque también se los veía exhaustos. Los adversarios no se quedaban atrás, todos necesitaban que sonara el final del partido, pero al mismo tiempo, ninguno de ellos se rendía.

Llevaban la competición a un nivel superior, era una maravilla verlos a todos en acción.

El ambiente te ponía el vello de punta, por todas las emociones que te hacía sentir.

Andrea gritó a mi lado y comenzó a trotar, siguiendo la jugada de Eloy, para animarlo. Este lanzó el balón con mucha fuerza, antes de que varios jugadores del equipo contrario se lanzaran sobre él.

El balón fue a parar a las manos de Carlos, quien a su vez se deshizo de él después de recorrer unos metros. Se lo pasó a Adrián y el campo entero contuvo la respiración, siguiendo cada uno de sus movimientos.

Sus compañeros corrieron por detrás de él y a sus lados, adelantándose para allanarle camino.

Miré la hora en el reloj de pulsera y me puse más nerviosa. Llegué junto a Andrea y ambas, como la gran mayoría del público, comenzamos a gritarle ánimos a Adrián.

Antes de entrar en el campo me prometió que iba a regalarme la victoria y Adrián no hacía promesas que no cumpliera. Era consciente de que esta no sabía si podría ser, ya que no estaba en su mano. Al menos no del todo.

Todos nos quedamos en silencio ahogando un jadeo, siguiendo con la mirada como el balón recortaba distancia a gran altura y velocidad, después de que Adrián lo lanzara con todas sus fuerzas con el pie, con una patada en la dirección del travesaño del equipo contrario, para que entrara entre los postes.

Cuando lo vimos entrar limpiamente, los primeros segundos nadie reaccionó, hasta que el campo estalló en vítores y comenzaron a hacer sonar bocinas. Al cabo de unos segundos el arbitro pitó el final del partido y entonces se desató la locura.

Andrea y yo nos abrazamos gritando y saltando, riendo y llorando, porque nuestro equipo acababa de conseguir salir vencedores del campeonato. Las emociones eran demasiadas.

Los chicos fueron todos hacia Adrián y se lanzaron unos encima de los otros, hasta que el cuerpo de Adrián desapareció, junto a muchos más.

Las personas de las gradas se lanzaron al campo y cuando vi a mi padre a lo lejos, con una sonrisa de oreja a oreja, mirándome con orgullo y amor, lloré con más intensidad. Mi padre asintió hacia mí, más que satisfecho y emocionado también.

Mi madre estaba a su lado, limpiándose las lágrimas, mientras reía por algo que le estaba diciendo Noemí. Mi hermano debía estar por algún lado con Rodri y Sani, me fue imposible localizarlos por la que se lio en el campo.

No pude dejar de llorar en ningún momento, ni siquiera pude recomponerme un poco cuando el entrenador del otro equipo se acercó a mí para darme la enhorabuena.

Se lo agradecí como pude y lo felicité también, por el buen juego que habían hecho, limpio y deportivo, y por el gran espectáculo que nos habían ofrecido. Él me sonrió y me lo agradeció, antes de ir hacia el vestuario para estar con sus jugadores, antes de la entrega de los premios oficiales.

Y más lloré cuando todos mis jugadores, sin excepción, a pesar de estar agotados, vinieron hacia mi corriendo. A Andrea le entró la risa floja y me la contagió con las lágrimas.

—¡Viva nuestra entrenadora! —gritaron al mismo tiempo, consiguiendo que me pusiera peor.

Mi cara era un desastre, pero al mismo tiempo era la perfecta porque lloraba de alegría y felicidad.

Después de varios gritos con los que consiguieron ponerme colorada, nos cogieron a Andrea y a mí, y como en otras ocasiones, comenzaron a lanzarnos al aire.

Por suerte terminé en los brazos que más deseaba sentir. Me agarré al cuello de Adrián y él de mis caderas, pegándome completamente a su cuerpo. Sin decirnos nada, me besó apasionadamente, llegando a lo más profundo que podía.

Los silbidos, los aplausos y algunas palabras con picardía no se hicieron esperar a nuestro alrededor. Rodeados de todo el equipo, Adrián me besó como si le faltara el aire y yo fuera ese aire que necesitaba para respirar.

—Felicidades.

Susurré sobre sus labios.

—La victoria ha sido gracias a ti.

Me dio un beso en la punta de la nariz y sonrió de medio lado, antes de separarse un poco más.

—Te dije en el primer partido, cuando te di el primer beso en la mejilla antes de comenzar, que cuando me besaras con lengua te llevaría a lo más alto —comentó con un guiño.

Así había sido, al inicio de este partido. Y al final, también había cumplido su promesa.

Me cogió en brazos y lo abracé escondiendo la cara en la curva de su cuello, sin importarme lo sudado que estaba. Reí cuando comenzó a girar, dándonos vueltas.

—Ahora vuelvo, voy a refrescarme —dijo.

Me dio un beso corto en los labios y se fue junto a sus amigos, hacia el vestuario.

Yo me quedé con una sonrisa tonta en los labios, pero se me borró cuando pararon a Adrián de repente, por la espalda. Los ojos se me abrieron de golpe al ver cómo Celia, la mujer que me llamó víbora en la terraza del restaurante de Fer, se colgó del cuello de Adrián, por detrás.

—¿Y esa qué se cree? —preguntó Andrea con un jadeo, al presenciar lo mismo que yo.

—Será… —siseé.

Apreté los puños a los costados y comencé a caminar decidida hacia ella.

—¡Es muy fuerte, madre mía! Os ha visto juntos hoy y seguro que ya sabía de los días anteriores que tenéis una relación, ¿y hace eso? —habló con rabia Andrea.

Me paré justo cuando Adrián se giraba hacia ella, separando los brazos de Celia de su cuello. Eloy, Félix y Leo se quedaron frente a ella también. Los tres mosqueteros al rescate de su amigo, así los llamaba Noemí porque cuando a uno le pasaba algo, los otros tres no se separaban del que fuera.

Adrián movió los labios para decirle algo, pero se quedó con ellos separados cuando levantó la mirada y se encontró con la mía. Apreté la mandíbula cuando Celia, sin darse por vencida, colocó ambas manos extendidas sobre su camiseta, a la altura de la barriga.

—¿Qué hace esa tía? ¡Tendrá cara, delante de ti!

Andrea habló con sorpresa y soltó un bufido, antes de pedirme más tranquila…

—Meg, cálmate, recuerda de que está aquí la prensa y de que todavía tienen que hacerte la ronda de preguntas.

No dije nada, en este instante no podía por el cabreo que sentía.

—No me lo puedo creer —susurró Andrea, agarrándome de un brazo.

La que no podía creerse lo que estaba viendo era yo. Celia pilló desprevenido a Adrián, o al menos eso quise pensar porque si no…

Tragué saliva al ver como mientras él me miraba a mí, ella aprovechaba para ponerse de puntillas y buscar sus labios. Lo hizo muy rápido, ante las miradas sorprendidas de Félix, Leo y Eloy.

¡¡¡Le dio un puñetero beso en la boca!!!

—¡Enana! —escuché a mi hermano.

Ni siquiera le hice caso, para quejarme por cómo me había llamado. Sentía que estaba a punto de estallar de la peor manera posible.

—¿Qué pasa? —preguntó Gael, cuando llegó junto a nosotras.

—La idiota esa ha pisado terreno prohibido —le contó mi amiga, preocupada.

Mi hermano se dio cuenta entonces hacia donde miraba yo y siguió la misma dirección, encontrándose con Celia y sus amigos.

—¿Por qué no la aparta ya? ¿Por qué no se la quita de encima? ¿Por qué no le grita para que todo el mundo se entere de que no quería que lo besara? Los han visto todos —pregunté entre susurros.

—¿Celia ha besado a Adrián? —preguntó con incredulidad mi hermano.

—Sí —contestó con rabia Andrea.

—Joder —dijo Santi.

—¿Nos deshacemos de ella? —preguntó Rodri.

Andrea le dio una respuesta afirmativa, pero lo que en otro momento nos hubiera hecho gracia, en este instante, por lo que era, no tuvo ni una poca.

—No he visto cómo ha sucedido, pero Adrián no se ha separado de ella todavía porque tiene toda su atención puesta en ti —dijo mi hermano, serio—. Está esperando, preparado, porque sabe que puedes irte en cualquier momento.

Dejé salir el aire despacio, muy despacio. Comenzaba a dolerme el pecho y eso significaba que la ansiedad empezaba a asomarse.

No podía permitir que me diera un ataque en este lugar, rodeada de tantísima gente que conseguiría que me pusiera peor, y con la prensa por alguna parte del campo.

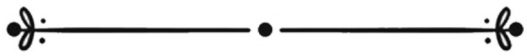
—Adrián no quiere a esa mujer cerca. No le des importancia a lo que has visto, porque por cómo está Adrián, estoy segurísimo de que no la tiene —me pidió mi hermano, hablándome tan bajo que solo lo escuché yo.

—¿Igual que no tiene importancia lo tuyo con una tal Elena? —alcé la voz, hablando con retintín y con una rabia impresionante.

—¿Qué…? ¿Qué dices?

Le di un pequeño empujón para apartarlo de mí.

Capítulo 48



Me importó una mierda la sorpresa que se llevó mi hermano y que me mirara como lo hizo. Me importó otra mierda que Adrián todavía tuviera a Celia delante de él y que no se hubiera dignado a apartarla de su vista, dejando las cosas claras para todos, pero, sobre todo, para ella.

Y me importó una mierda aún más grande la prensa, cuando comencé a caminar hacia la zona más apartada que también llevaba hasta la salida, la zona perfecta porque no había casi gente.

—¿Dónde vas? —me gritó mi hermano, mientras me alejaba.

No me paré, lo ignoré.

A unos metros de distancia vi a Noemí y por su cara supe que me había escuchado preguntarle a Gael por Elena. Como nos mantuvimos la mirada, sin pronunciarlo, moví los labios diciéndole que lo sentía. Noemí me sonrió un poco e hizo lo mismo, diciéndome que no me preocupara y me dio las gracias, por abrirle el camino.

Aún no se había atrevido a hablar con mi hermano, pero con mi intervención era inevitable.

—Meg —me llamó Andrea, con la respiración acelerada cuando llegó detrás de mí.

—Quédate aquí por mí, por favor —le pedí parándome.

—Pero eres tú la que tienes que estar, te lo mereces. Has trabajado duro y es tu logro.

—Todo lo que he hecho no ha sido para colgarme una medalla —le sonreí con tristeza—. Lo he sentido. —Me llevé una mano al pecho—. Así que sigue importándome una mierda la prensa. Estoy cansada.

—Meg… esa tía…

—Me da igual. Estoy cansada —repetí.

Me encogí de hombros y busqué con la mirada a mi padre en las gradas. Ya no estaba donde lo localicé, por lo que hice un recorrido visual. Cuando lo encontré venía hacia mí, acompañado de mi madre.

—¿Adrián? —le pregunté a mi amiga.

Me negaba a mirar donde estaba él, pero necesitaba tener controlada su posición.

—No lo veo, ni a tu hermano tampoco. Joder, es que se han mezclado todos y el campo está a tope —lamentó Andrea.

—Papá, mamá.

—Cariño —me dijo ella—. Enhorabuena, estamos muy orgullosos de ti, aunque no es nada nuevo.

Me abrazó con fuerza y me refugié en sus brazos.

—Lo sé y gracias —susurré—. Os quiero.

—Y nosotros a ti, tesoro.

Me dio un beso en la mejilla.

—Hemos visto lo que ha pasado con Adrián —habló mi padre—. No tienes que…

—No quiero hablar de eso. Realmente estoy cansada, se me había olvidado lo que era que las mujeres se le echaran encima. Papá…

—Adrián te quiere, hija. Da igual cuántas se le suban encima, él las apartará y…

—¿Puedes hacerme el favor de atender a la prensa? Me voy de aquí, necesito largarme antes de que le rompa el micrófono en la cabeza a alguien porque hay dos que tienen muchas papeletas. Aparte empiezo a encontrarme mal.

Me froté el pecho y los ojos de mis padres se quedaron fijos en el movimiento.

—¿Quieres que llame a Pedro? —me preguntó mi madre.

—No. Estoy bien.

Intenté sonar lo más segura posible, aguantando la mirada preocupada de ambos.

—Es normal su reacción, yo me hubiera lanzado sobre esa —dijo Andrea, para tranquilizarlos.

—Meg —me llamó Noemí.

Se paró junto a Andrea.

—Cariño —susurré antes de abrazarla.

—Ni lo digas, ¿vale? —Me acarició la espalda— Todo está bien, debía ser así.

—¿Qué pasa? —nos preguntó mi madre, más preocupada.

—Es una tontería, Miriam —le contestó Noemí, con una sonrisa dulce, para después dirigirse a mí—. Enhorabuena, puedes sentirte muy orgullosa de ti misma. Para que lo sepas todo el mundo está hablando de ti y dicen que has estado a la altura de tu padre, que sois tal para cual. Te has convertido en una heroína.

—Ya será para menos —le quité importancia.

—Lo verás dentro de muy poco por ti misma.

Me hizo un guiño.

—Me voy ya, disfrutad de todo esto como si yo estuviera aquí —les pedí—. Y no vengáis conmigo, por favor. Necesito estar sola.

—¿Y si te encuentras muy mal? —me susurró Andrea, para no alertar a mis padres.

—Estaré bien —le contesté de la misma manera.

Le di un beso en la mejilla, como hice con Noemí y mis padres, y me alejé de ellos, yendo en la dirección del aparcamiento.

Por suerte los días de los partidos los jugadores y yo teníamos plazas reservadas, porque sería imposible aparcar con la cantidad de vehículos que llegaban.

En cuando me alejé de la gente y de las miradas, porque todos estaban concentrados en el campo y los alrededores, me quité rápido la sudadera. Me faltaba un poco la respiración y tanta ropa me agobiaba, a pesar de que hacía fresco.

Con la sudadera en la mano, aceleré los pasos cuando escuché a mi espalda a mi hermano.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—¡¡No te importa!!

—¿Qué no me importa?

—¡¡No!! ¡¡Déjame en paz!!

—Megan…

—En serio, olvídate de mí por hoy. ¿Vale? Quiero estar sola, largarme de aquí y…

—¿Por qué has mencionado a Elena? ¿Cómo sabes que conozco a una?

—Ahora mismo no quieres que hable de eso contigo —le dije advirtiéndole.

Sacudí la cabeza, con energía varias veces.

—Gael, tengo ansiedad y…

Noté cómo mi respiración comenzó a desestabilizarse.

—Eh, eh… cariño —me dijo calmado, hablándome con dulzura—. ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—¿Cuándo? Entre el tiempo que ha pasado desde que he visto cómo abrazaban a mi novio y lo besaban, mientras él se quedaba inmóvil recibiéndolo todo, hasta que me has tocado las narices porque tú estás engañando a Noemí con una Elena que no tengo ni puñetera idea de quién es.

Cerré los ojos con fuerza, durante unos segundos, y después solté una carcajada.

—Novio… —Sacudí la cabeza—. No creo ni que pudiera catalogar a Adrián en esa palabra, solo… solo estábamos juntos hasta que me fuera. Ahora que ha terminado el campeonato tengo que irme.

—No digas tonterías, Adrián y tú sois pareja.

—No, yo…

—No malgastes las energías en algo que no es verdad. ¿Y me puedes explicar bien cómo es que he engañado a Noemí con Elena? —Arqueó una ceja— ¿Cómo sabes que estoy con Noemí?

—Desde hace dos años y medio —contesté.

Frunció el ceño.

—Es imposible que…

—Me contó lo vuestro ayer, por eso sé cuánto tiempo lleváis juntos.

—Sí, ¿eh?

Sonrió de medio lado.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No te alteres.

—Pues deja de sonreír porque estás haciéndole daño a mi amiga y voy a hacértelo pagar durante mucho tiempo.

Lo señalé, clavándole el dedo en el pecho.

Gael soltó una carcajada y yo un bufido.

—¿Y cómo piensas castigarme?

—Tengo mis métodos, como por ejemplo echarte laxante en todas las comidas —le dije con malicia.

—Eres malvada.

Volvió a reír.

—¿Y se puede saber cómo lo harías si estás a muchos kilómetros de aquí?

—Puedo conseguirlo y no te lo voy a decir. Ja.

—Eh, sígueme hablando —me pidió hablándome más bajo.

Me quitó la sudadera de la mano, cuando mi pecho comenzó a subir y bajar con fuerza.

—Gael…

—Shhh… mírame fijamente, céntrate mí —me pidió sin rozarme.

Durante los ataques de ansiedad no soportaba que me tocaran, ni siquiera que me rozaran. Si sucedía empeoraba rápido, aunque Adrián fue una excepción porque cada vez que me tocó en el pasillo del vestuario y para sacarme del edificio en brazos, no me sentí mejor, sino al contrario.

Aunque fue tan leve la mejora que no se notó.

—Quédate conmigo, enana —me pidió—. ¿Quieres que te diga quién es Elena?

Veía a mi hermano borroso, comenzaba a estar muy mareada. Su voz calmada no conseguía estabilizarme como otras veces y quise abrazarlo para sentirme bien y protegida, pero tampoco podía moverme.

A pesar de todo asentí a su pregunta.

—Elena es una mujer de unos sesenta años —me contó.

Agrandé los ojos y sabía que si me encontrara bien mi hermano me habría regalado una de sus sonrisas que significaban: ¿qué te creías? Pero Gael no sonrió, no le salió porque estaba preocupado por mí y controlando para que no me desestabilizara más.

—Ya te contaré lo que está haciéndome Elena, te va a encantar cuando lo sepas. Pero es una sorpresa.

Hizo una pausa, para contar el intervalo de tiempo entre mis respiraciones fuertes.

—No sabes cómo me alegro de que Noemí te contara lo nuestro, porque sí, hay un nosotros. Estoy enamorado de ella, es la mujer de mi vida, así que no te preocupes porque en cuanto tú estés bien, voy a llevármela de aquí para aclararle las cosas. Te aseguro que Noemí no dudará más. Eh… no llores.

Pues sí, estaba llorando, pero de emoción y de tranquilidad porque adoraba a mi hermano y a mi amiga la quería. Ambos eran importantes para mí, de diferentes maneras, y unidos ya eran el remate.

En mi corazón sabía que Gael no podía hacerle daño de esa manera a Noemí.

—Meg… —me llamó, preocupado.

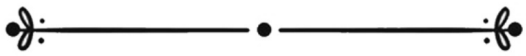
Jadeé por la impresión y el susto. Me quedé rígida cuando un cuerpo más grande que el mío y caliente se pegó a mi espalda. Un cuerpo que reconocí al instante.

Sin que Adrián supiera lo que me afectaba que me tocaran en mi estado, como la otra vez en el pasillo del vestuario, me agarró con firmeza.

Me rodeó la cintura con un brazo, con su pecho pegado a mi espalda, mientras que con la mano del otro brazo me sujetaba la mandíbula, manteniéndola hacia arriba.

Mi hermano se asustó al vernos, por mi posible reacción.

Capítulo 49



Adrián

En cuanto vi a Megan desde lejos supe enseguida que no estaba bien.

Noté los cambios en ella y me recordó a cómo se puso en el edificio de los vestuarios.

Caminé más rápido, rodeando a Gael y a ella, para llegar sin que me vieran. Gael parecía muy concentrado en su hermana, mientras le hablaba para distraerla.

—Elena es una mujer de unos sesenta años —le dijo Gael—. Ya te contaré lo que está haciéndome Elena, te va a encantar cuando lo sepas. Pero es una sorpresa.

Hizo una pausa en la que no se dio cuenta de que yo cada vez estaba más cerca. Gael tenía toda su atención puesta en su hermana y de esa manera volvió a hablarle.

—No sabes cómo me alegro de que Noemí te contara lo nuestro, porque sí, hay un nosotros. Estoy enamorado de ella, es la mujer de mi vida, así que no te preocupes porque en cuanto tú estés bien, voy a llevármela de aquí para aclararle las cosas. Te aseguro que Noemí no dudará más. Eh… no llores.

No podía verle la cara a Megan porque estaba acercándome a ella por la espalda, pero imaginé cómo estaba con esas pocas palabras de Gael.

—Meg… —la llamó su hermano, preocupado.

Justo en ese momento me hice visible para Gael y muy presente para Megan, aunque ella solo pudiera sentirme.

Soltó un jadeo por la sorpresa y el susto que le provocó que me pegara a ella de repente. No dejé ninguna separación entre nuestros cuerpos, pegué su espalda a mi pecho, apretándola a mí con el brazo con el que le rodeé la cintura.

A pesar de su rigidez y lo que transmitía, supe que me reconoció, al igual que en su estado hubiera preferido que no la tocara. Era instintivo, su cuerpo se ponía en tensión por el rechazo.

Cuando con la mano libre le sujeté la mandíbula, manteniéndosela hacia arriba para que encontrara el aire que necesitaba, miré a Gael. Mi amigo estaba asustado por su hermana, o tal vez por mí, por si su hermana reaccionaba mal.

No me importó.

—Ve a buscar a Noemí, Gael. Aclárale las cosas cuanto antes a tu chica y ya de paso, déjale ver al resto del mundo lo que hay entre vosotros —le pedí.

Había escuchado lo que le había contado a Megan, por lo que continué hablando, sabiendo que no podría resistirse. Gael confiaba en mí para dejarme a su hermana, aunque le costara soltarla y separarse de ella.

—Es el momento perfecto, por todas las personas que hay en el campo. No te retrases que no he visto muy bien a Noemí, la verdad, pero tranquilo, estaba con tus padres y los demás.

—Joder.

Pasó la mirada de Megan a mí, varias veces.

—Yo me encargo de tu hermana. Ve —le insistí.

Le costó unos segundos más decidirse, hasta que asintió.

—Enana, Adrián cuidará de ti. La próxima vez que te vea, que será muy pronto, quiero verte bien. ¿Vale?

—Gael… —murmuró ella.

—Te quiero.

Alargó una mano hacia ella, pero en el último momento, antes de tocarle la cara, cerró el puño y retrocedió. Me dio la sudadera porque Megan la necesitaría cuando se recuperara y con la disculpa reflejada en la cara, caminó hacia atrás, hasta que nos dio la espalda para caminar hacia el campo.

No tardó en ponerse a correr, para llegar cuanto antes. Sonreí porque sabía lo que les esperaba a Noemí y a él. Por fin.

Giré la cabeza hacia Megan, para ver el perfil de su cara.

—¿Mi vida corre peligro si te suelto? —gruñó— Mmm… ya veo.

La liberé despacio, asegurándome de que se mantenía estable. La rodeé para ponerme delante y no dudé en volverla agarrar, pero esta vez para cogerla en brazos, tal y como hice para sacarla del edificio de los vestuarios.

Megan soltó un pequeño gemido y se estremeció. No hizo el intento de agarrarse a mí, todavía tenía el cuerpo demasiado rígido, por lo que la apreté a mí, para mantenerla bien sujeta.

La llevé directamente al aparcamiento, hacia mi coche.

No era recomendable meterla en un espacio tan pequeño, pero me urgía alejarla de este sitio, por lo que en cuanto llegué junto a mi vehículo desbloqueé el cierre, lancé su sudadera a la parte de atrás y senté a Megan en el asiento del copiloto.

—Enseguida estarás bien —le susurré, mirándola a pocos centímetros.

Le abroché el cinturón de seguridad y cerré la puerta, para correr hacia el otro lado. En cuanto ocupé mi lugar frente al volante arranqué y bajé las ventanillas, para que el aire entrara para ella.

Circulé por las carreteras con un rumbo fijo, mientras la miraba de reojo por si tenía que parar de emergencia. Megan no se movió en el asiento, hizo todo el trayecto con los ojos cerrados y haciendo respiraciones fuertes y descoordinadas.

Cuando llegué al lugar al que pensaba traerla desde el día anterior, me bajé del coche para ayudarla a salir. Le pedí que mantuviera los párpados bajados y en el momento en el que respiró el olor característico de la zona, abrió los ojos de golpe, con ellos agrandados. Buscó mi mirada.

—Bienvenida —dije.

Le acaricié la mejilla con los dedos, notando cómo su pecho ralentizaba los movimientos y todo parecía volver a la normalidad. Fue lento, pero seguro.

—Gracias por traerme aquí para que me tranquilizara.

Susurró.

Con el *aquí* se refería al acantilado en el que tantas y tantas veces habíamos compartido momentos.

—Iba a traerte igualmente, cuando termináramos en el campo. Tengo en el maletero un mochila y dos mantas, una más gruesa para ponerla sobre la hierba y otra más fina para taparnos.

—Me encanta la idea.

—Lo sé.

La agarré de la nuca y se la acaricié, mirándola fijamente.

—Estoy enfadada.

—También lo sé.

—Mucho.

—Ajá.

—No sé cómo…

—Shhh…

Le puse un dedo sobre los labios, para callarla y después se los acaricié.

—¿Aunque estés enfadada puedo besarte? —le pregunté susurrando.

—Sí.

—Si me hubieras dicho que no lo habría hecho igual.

—¿Entonces para qué me preguntas?

—Porque saber a lo que atenerme.

Acompañé a mis palabras con un guiño y no la deje hablar más.

Atrapé sus labios con los míos e inicié un beso lento y calmado, pero como nos solía ocurrir siempre, rápido se volvió todo lo contrario. Apreté el cuerpo de Megan contra el lateral del coche, pegándome a ella, mientras la agarraba de las caderas y profundizaba más el beso.

Me retiré forzándome a ello porque no quería presionarla y que retrocediera. Había tenido un ataque de ansiedad y todavía necesitaba regularse bien.

Abrí la puerta trasera para sacar su sudadera y la ayudé a ponérsela, para después dejarla apoyada en el coche. Fui a la parte trasera, de donde cogí la mochila y las mantas del maletero y al regresar junto a ella cargando con todo, la agarré de la mano y la llevé hacia el acantilado.

Hicimos el camino en silencio, el mismo silencio que se alargó mientras colocábamos la manta sobre la hierba y nos sentábamos. Coloqué la mochila a un lado, después de sacar un pantalón deportivo largo para mí y una sudadera.

Todavía llevaba la equipación del equipo, ya que no llegué a entrar al vestuario ni para refrescarme, como le dije a Megan cuando me alejé de ella.

En cuanto estuve abrigado me tumbé llevándola conmigo y nos tapé con la otra manta. Nos quedamos mirando hacia el cielo. Comenzaba a oscurecer.

—¿Estás mejor?

—Sí, aunque todavía noto un poco de presión en el pecho.

La ayudé a acomodarse para que se quedara tumbada completamente bocarriba y me puse de lado, para inclinarme sobre su pecho. Comencé a darle besos por la zona del pecho, por encima de la ropa y donde sabía que le molestaba.

Megan soltó un suspiro largo y cuando me quedé conforme con la respuesta de su cuerpo, me tumbé colocando la mejilla sobre uno de sus pechos.

Cerré los ojos al sentir sus dedos entre mi pelo, acariciándomelo.

—¿Por qué? —me preguntó y entreabrí los ojos— ¿Por qué has permitido que Celia te abrazara y te besara? ¿Por qué no la has apartado rápido, dejando claro a todo el mundo que se había pasado de la raya y que no te interesaba? Yo estaba allí, a unos metros de distancia y acabábamos de besarnos delante de todos. Como muchas otras veces.

Cogí su mano cuando hizo el intento de separarla de mí.

—No lo entiendo —continuó—. Era nuestro día, nuestro momento, justo después de ganar el campeonato vosotros y…

—No te excluyas. El mérito también es tuyo, lo has conseguido igual que nosotros. Por cierto, he esquivado a la prensa para seguirte. No sé qué pensarán de la desaparición de la entrenadora y el capitán.

Capítulo 50



Megan

—Con la escenita que has dado no sé qué nos encontraremos en la prensa —comenté.

—Yo no he hecho nada.

—Exacto, en lo que se refiere a esa imbécil —bufé.

—Tu padre lo arreglará todo.

—Estás muy seguro.

—Porque lo sé y tú también.

Volví a acariciarle la cabeza, deslizando los dedos entre su pelo.

Me encantaba cuando se ponía de esta manera, apoyado en mí y con su cuerpo sobre el mío, con las piernas entrelazadas.

—No le he permitido nada a Celia y lo sabes —dijo.

Su voz cambió, pude notar su seriedad, a pesar de que no le veía la cara. Continué tocándole el pelo como le gustaba, mientras lo escuchaba hablar y responderme a todas las dudas.

—Su abrazo por la espalda me pilló desprevenido y sinceramente, los primeros segundos pensé que eras tú la que te habías acercado corriendo hacia mí, para no separarnos e ir al vestuario juntos. No quería su contacto y sí que la aparté en cuanto reaccioné. Me viste quitarle los brazos de mi cuello en cuanto me di cuenta de que no eras tú.

—Pero siguió tocándote y…

—Porque me quedé tan pendiente de ti, al verte, que a ella la ignoré por completo. No noté ni sus manos y cuando me besó volvió a pillarme distraído, contigo. No he sido yo, no he hecho nada malo.

—Odio esos momentos. No lo soporto.

—¿Te crees que yo no? ¿Sabes por qué no podía quitarte la vista de encima?

—No.

—Porque supe antes que tú lo que iba a pasarte, me lo has transmitido.

—¿En serio?

Susurré.

—Sí —me confirmó—. Y con respecto a lo que piense la gente que nos ha visto, te aseguro que todos saben muy bien lo que hay entre Celia y yo: nada.

—Igualmente me da mucha rabia y no todos pensarán de esa manera.

—Me encanta que te dé rabia, me pone mucho verte y sentirte celosa —comentó con un toque de diversión.

—Ibas bien, no lo estropees.

Mi advertencia provocó que soltara una carcajada.

—Nadie piensa lo que no es, una muestra de ello ha sido cuando uno de los periodistas del campo se ha acercado a Celia. He escuchado cómo él le preguntaba en qué estaba pensando para meterse en la relación entre la entrenadora y el capitán, cuando todo el mundo sabe que tenemos una historia demasiado larga e intensa como para que alguien de fuera la destruya.

—¿De verdad?

—Si no hubieras salido huyendo lo habrías escuchado y visto como yo. Me habría encantado que me la quitaras de delante como mejor se te da, la Megan rabiosa y marcando territorio siempre me pone muy cachondo. Imagínate cómo lo hubiéramos solucionado en alguno de los espacios del edificio de los vestuarios.

—Idiota.

Suspiré.

—Un idiota muy sincero.

Me acarició con la nariz por encima de la ropa.

—Por cierto, me he disculpado con tus padres, aunque no he tenido la culpa de lo de Celia. Me han dicho que no me preocupara por nada, que no tenía que hacerlo. Lo que ha pasado ha sido muy evidente para todos los que lo han visto.

Me subió la sudadera hasta por encima de los pechos y se movió para ponerse sobre mí.

—Adrián.

Susurré.

Cerré los ojos al sentir cómo su lengua lamía un pezón y después el otro, endureciendo las puntas para después mordisquearlas, todo por encima de la tela del sujetador.

Solté un jadeo y curvé la espalda para acercarme más a su boca, en el momento en el que tiró con fuerza de uno de mis pezones.

—Aún no hemos terminado de hablar, pero quiero sentir tu piel y tenerte preparada para demostrarte una vez más que soy todo tuyo, Megan. ¿Me oyes?

Me agarró de la mandíbula, para que le mantuviera la mirada.

—No hay nadie más y si durante los años que han pasado ha habido otras, fue porque no estabas tú.

—Yo también soy tuya.

Me mordí el labio inferior, mientras él me bajaba el pantalón. Me descalzó y me quitó la ropa, la braga incluida, dejándome completamente desnuda de cintura para abajo.

La sudadera también pasó a estar a mi lado, en vez de sobre mi cuerpo. Lo único que me dejó puesto fue el sujetador, pero me bajó las copas, dejándolos al aire para que las puntas erectas de los pezones se rozaran con su pecho.

Solté un suspiro de placer cuando sucedió, porque, aunque al final no hiciéramos nada, lo que no sabía si sería el caso, pero, aunque no termináramos lo que necesitábamos ambos en este momento, yo tenía más que suficiente con tenerlo de esta manera conmigo, con un contacto tan íntimo y directo.

Separé bien las piernas, para darle espacio entre ellas, y atrapé las suyas con las mías. Manteniendo su peso con los brazos en la manta, comenzó a besarme la clavícula.

Su erección se clavaba entre nosotros e intenté bajar la mano, pero me lo impidió agarrándome de las muñecas. Me las llevó a la altura de la cabeza, a ambos lados en la manta, impidiéndome que me moviera.

—Quédate quieta —me pidió con la voz ronca.

Lo hice, para disfrutar segundos después del roce de su piel y de su cuerpo caliente desnudo. Se quitó toda la ropa deportiva, incluso el bóxer, y volvió a la posición que tenía antes de apartarse de mí.

—Síii… —jadeé.

Arqueé la espada para rozar los pezones con su pecho, mientras Adrián deslizaba la punta de su miembro hacia arriba y abajo de mi sexo, recorriéndolo de punta a punta todo. Me abrió más las piernas, pero le facilité el trabajo rodeándole la cintura con ellas.

A ambos se nos cortó un poco la respiración cuando el glande se coló en mi entrada.

—Mierda, es tan bueno —siseó, con la mandíbula apretada—. Todavía no.

—Ni se te ocurra… No —me quejé cuando se alejó de la zona.

Mantuvo su miembro presionándome el clítoris, al mismo tiempo que nuestros ojos se encontraban.

Ya había anochecido, pero nos veíamos bien. Y hacía frío, pero sabía que ninguno de los dos lo notaba con el calor que desprendíamos el otro debajo del manta.

—Dime porqué te has ido —me pidió serio—. La Megan que yo conozco habría enfrentado la situación.

—Porque he empezado a encontrarme mal.

Susurré.

—Ahí quería llegar. Háblame de esos episodios, quiero saber desde cuando te dan los ataques de ansiedad tan fuertes, qué te los suele provocar y todo lo que sea importante sobre ese tema.

—Adrián…

—No.

Comenzó a mover la cadera provocándome pequeños jadeos con cada caricia de nuestros sexos

—¿Te suceden muy a menudo? —me preguntó.

—Hace tiempo que no me sucedía.

Tragué saliva.

—¿Qué motivó el primero de todos?

—El miedo —contesté en un susurro.

—¿Es lo que sentiste por Andrea?

—Sí.

—Pero ¿por qué? Lo normal, al no encontrarla en los baños, hubiera sido que salieras a buscarla y a Drako también. Pero te bloqueaste, te quedaste paralizada cuando no tenías motivos.

—Yo… no es fácil para mí. No puedo controlarlo ni evitarlo, mi cuerpo colapsa y pierdo el control cuando siento emociones fuertes y negativas.

Se quedó completamente quieto, mirándome con intensidad.

—No me gusta verte así, no soporto cuando te pasa. Me siento tan impotente Megan… explícame bien lo que tengo que hacer en esos casos, para ayudarte mejor.

—Adrián, ya haces mucho. Eres el único que puede tocarme en esos momentos, contigo es diferente todo.

Le acaricié la mandíbula.

—¿Cómo?

Frunció el ceño.

—Que nadie se atreve a ponerme las manos encima ni a rozarme si quiera durante un ataque de ansiedad, porque hasta antes de ti, si sucedía, perdía del todo el control y después costaba mucho más que me tranquilizara.

—Soy el único.

Murmuró, acariciándome el lateral de un pecho.

—Sí. Tú eres el único que has tenido contacto directo conmigo sin que la ansiedad me bloqueé por completo, las dos últimas veces. Hasta me has cogido en brazos en ambas ocasiones y no te has apartado de mí.

Capítulo 51



—¿Cuál fue el detonante de esos ataques de ansiedad, Megan? Has dicho que fue por el miedo.

—Dame más. Te necesito porque no puedo hablar de eso sin sentirme muy mal y entonces me lleva directa a…

Me quedé callada para disfrutar de cada centímetro de su miembro, con el que fue llenándome. Le apreté las piernas alrededor de la cintura, pegándolo todo lo posible a mí.

—¿Así voy bien? —me preguntó con la voz ronca.

—Sí —suspiré—. Por ahora.

Susurré cuando llegó hasta el fondo, lento, tomándose su tiempo para deslizarse en mi interior.

Le pedí que me liberara las muñecas, pero se negó, aunque me dio el beso que tanto necesitaba.

Sus labios mordisquearon los míos, para después besarme con la misma calma con la que me había llenado con su miembro. A este lo notaba palpitar y tensarse en mi interior, pero Adrián se mantuvo quieto de cintura para abajo.

—El primer ataque de ansiedad lo tuve hace muchísimo tiempo —me atreví a contarle.

—¿Cuánto exactamente? —Quiso saber serio y con el ceño ligeramente fruncido.

—Era muy joven.

Susurré.

—Megan…

—Me sucedió unos días después de que te fueras con el equipo al viaje de final de temporada. Fue al único que fuiste estando conmigo.

—No me jodas.

Apretó la mandíbula.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? Porque cuando regresé todo se fue a la mierda entre nosotros. ¿Tuve algo que ver con que desaparecieras de la ciudad y de mi vida, cortándolo todo de raíz?

—Sí.

Tragué saliva.

—¿Te acuerdas del robo con secuestro que fue noticia durante mucho tiempo?

—Claro, fue muy sonado. ¿Qué tiene que…? —Hubo un silencio pesado—. No puede ser, coincide por fechas.

Agrandó los ojos poco a poco, enlenzándolo todo.

—Nunca se supo ni se sabrá quién era el propietario de la vivienda ni los afectados, mi padre se encargó de protegerme y los medios bloquearon la información principal: la ubicación de la casa, el nombre del propietario y el de la persona que estaba dentro de la vivienda en el momento del asalto. Los vecinos nos cubrieron.

Cerré los ojos con fuerza, pero Adrián me besó los párpados, al mismo tiempo que su miembro salía de mi interior, para entrar de nuevo, torturándome del gusto.

—No quiero oírlo, no puedes decirme que…

—Fue en la antigua casa de mis padres, la que vendieron después de lo que sucedió. Y yo era yo la que estaba dentro. Recuerdo tanto la noche en la que pasó… todavía no teníamos a Drako, mis padres estaban celebrando su aniversario de bodas en un restaurante, porque mi madre le preparó una sorpresa, y Gael salió con Rodri y Santi. A mí no me apeteció irme con ellos, aunque mi hermano me insistió.

—Me cago en todo, no puede ser.

Apretó la mandíbula, apoyando la frente en la mía.

—Cariño…

—Estoy bien.

Me liberó las muñecas y le rodeé el cuerpo con los brazos.

—Cuéntame cómo fue.

—No quiero entrar en detalles.

Susurré.

—Mierda, Megan, el asalto duró muchas horas, hasta el final del día siguiente. Me acuerdo de que eran varios tíos, como una banda, y te… te mantuvieron dentro todo ese tiempo porque algún vecino escuchó sonidos raros y llamó a la policía. En cuanto estos llegaron y se dieron cuenta de lo que estaba pasando acordonaron la zona y privaron de una salida a esos tíos. ¿Qué te hicieron?

—Arruinarme la vida porque por culpa de ellos y de eso, mis padres tuvieron que sacarme de aquí. Mi hermano vino con nosotros, no quiso separarse de mí. Yo no estaba bien, me quedé muy mal, pero mi familia no estaba mejor que yo. Me llevaron a un psicólogo en la ciudad a la que fuimos y allí estuvimos por meses.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me preguntó susurrando.

—Porque era demasiado para mí en aquel momento. Me costó mucho superar mis miedos y las pesadillas, encontrar de nuevo la estabilidad. Durante muchas noches no podía cerrar los ojos y me entraban ataques de pánico.

—Lo siento tanto cariño. Ojalá hubiera estado contigo, ojalá hubiera visto cómo abatían a los que asaltaron la casa de tus padres, ojalá… ojalá no hubiera ido al puñetero viaje. No quería alejarme de ti, pero los chicos me convencieron y…

—Debías ir, te lo merecías.

La acaricié la mandíbula.

—Mis padres y mi hermano estaban desesperados porque ningún tratamiento me ayudaba. No solo tuve que superar el pánico que pasé, sino también que uno de ellos me tocara íntimamente y… y yo no podía superarlo porque sentía que te había fallado.

Adrián salió de mi interior y se tumbó a mi lado. Me llevó con él, para abrazarme con fuerza. Me dejó tumbada sobre su cuerpo, con la manta cubriéndonos.

—No me fallaste —dijo con la voz ronca.

—Lo sé, pero en aquellos momentos era lo que pensaba. Me atormentaba mucho porque no podía volver contigo en mi estado. Pasé por una crisis muy complicada que se alargó durante meses y meses, y cuando comencé a sentirme algo mejor y quise hablar contigo, Noemí me contó que te había visto con una chica. Pasó bastante tiempo desde que me fui.

—Mierda. —Bufó—. Me dejaba ver con chicas para hacerte daño, porque sabía que donde estuvieras alguien te contaría que me había visto. No me lo puedo creer, joder. Estaba muy jodido, dolido, te vi para despedirme antes del viaje y cuando regresé nadie sabía dónde estabas. El tiempo pasó y mi desesperación con él. Cuando hablaba con tus padres y tu hermano no me decían lo que necesitaba saber.

—Porque les pedí que no te hablaran de mí.

—¿Qué te hizo el tío que te tocó? —me preguntó, apretando sus brazos a mi alrededor.

—No quiero hablar de eso, lo único que necesito que sepas es que no llegó hasta el final. ¿Vale?

Le di un beso en el pecho, al notar la tensión de todo su cuerpo.

—Vale —carraspeó.

—Cuando me curé todos volvimos a nuestras vidas, a nuestras rutinas. Después de mucho tiempo todo se normalizó, aunque yo no regresé con mi familia a Santander. Todavía no podía, a pesar de que viviríamos en una casa distinta y alejada de la otra. Por eso me trasladé a la ciudad en la que todavía vivo, para hacer la carrera universitaria y darle un nuevo sentido a mi vida.

—Y lo conseguiste.

—Sí. Con los años tuve el privilegio de entrar a trabajar en una universidad privada exclusiva y allí conocí a Andrea y a mis compañeros. Y si parecía que te odiaba fue porque nunca te olvidé y tenía mucha rabia acumulada, por haberte perdido por mi culpa.

—Joder, no fue tu culpa, Megan.

Me agarró de la cara con ambas manos y me levantó la cabeza hacia él.

—No fue tu culpa. Repítelo.

Tragué saliva, antes de hacer lo que me pidió. No solo una vez, Adrián me hizo decirlo en bucle hasta que las lágrimas mojaron mis mejillas.

—También reaccionaba mal contigo porque te devolvía lo que me dabas.

—Lo siento, cariño. No sabes cómo lo siento. Empezando por no haberme esforzado más para encontrarte.

—No te disculpes, no sabías nada y eso te llevó a sacar tus propias conclusiones —suspiré—. No podías hacer más que lo que hiciste porque no te dimos otra opción. Ahora ya sabes porque me dan los ataques de ansiedad, es algo que se quedó conmigo después de la experiencia traumática que viví. En cuanto algo me altera o me preocupa, por mínimo que sea, se dispara algo dentro de mí y comienzo a encontrarme mal.

—Voy a protegerte —susurró sobre mis labios—. Nadie va a hacerte daño mientras yo pueda evitarlo. Te amo, Megan. Llevo toda mi vida amándote.

—Y yo a ti, amor.

Uní los labios a los suyos.

—Prométeme que nunca más me ocultaras nada que te afecte, ni, aunque lo consideres una tontería.

—Te lo prometo —dije acariciándole el cuello.

—¿Andrea…?

—Lo sabe, al igual que Juan, Cameron, Noemí, Rodri y Santi. Mis amigos conocen mi historia, hablé con todos ellos, tanto con los que vivieron de cerca conmigo el tiempo que pasé fuera con mi familia, como con los que conocí cuando comencé una vida nueva. Nunca sé cuándo me darán los ataques y quería que lo supieran para no preocuparlos de más.

—Vale, me quedo más tranquilo sabiendo que, aunque has estado lejos, has estado bien.

—Sí, los quiero mucho. Tengo otros amigos que son muy importantes para mí.

Sonreí.

—Lo sé y estoy deseando conocer al resto.

—Me encantará presentártelos y también enseñarte donde vivo. ¿Te gustaría?

—¿Qué pregunta es esa?

Arqueó una ceja.

—No sé.

Reí.

—Quiero saberlo todo de ti y no solo voy a ver dónde vives, sino que me quedaré contigo. Para tu información ya tengo comprado el billete de avión para el mismo vuelo en el que te irás dentro de unos días.

—¿De verdad?

Agrandé los ojos por la sorpresa.

—¿Acaso pensabas que iba a dejarte sola? Y después de lo que me has contado mucho menos.

—Pero tu empresa… ¿Cuánto tiempo te quedarás en mi piso?

—No tengo billete de vuelta, así que ya veremos.

Me colocó el pelo detrás de las orejas y continuó hablando.

—Iremos sobre la marcha, mientras nos planificamos para llevarlo todo para delante. En mi empresa tengo a personas muy competentes y puedo alejarme un tiempo tranquilo, aunque igualmente estaré al día de todo lo que ocurra y trabajando a distancia. No hay problema.

—Acabas de hacerme tan feliz…

Tragué con dificultad, emocionada.

—Sí, ¿eh?

Sonrió de medio lado.

—Ahora que sabemos toda la verdad y que hemos aclarado nuestras dudas, voy a demostrarte cuánta felicidad siento.

Agarré su miembro con fuerza y soltó un jadeo, cuando deslicé la mano arriba y abajo, por la piel suave y resbaladiza por nuestros fluidos. Cuando lo tuve duro de nuevo, porque con la conversación volvió casi a la normalidad, dirigí el glande hacia mi entrada y me empujé despacio para que me llenara.

Soltamos un gemido al mismo tiempo, cuando Adrián me agarró de las caderas y entró en mi interior con fuerza, hasta el fondo.

Hicimos el amor en nuestro lugar especial, acompañados por el sonido de las olas rompiendo en la roca del acantilado.

Cuando llegamos al final, saciados y satisfechos, nos vestimos para no enfriarnos y nos tumbamos de nuevo, bocarriba abrazados.

Sonreí en cuanto Adrián comenzó a señalarme las estrellas, formando con el dedo las constelaciones, mientras comenzaba a ponerles nombres inventados a las estrellas.

Y yo solo pude relajarme entre sus brazos, escuchando su voz y diciéndole algún nombre para colaborar, pero, sobre todo, disfruté de un momento tan especial que se sumó a los tantos que vivimos en el pasado, en el mismo escenario y haciendo lo mismo.

Epílogo



Diez años más tarde…

Megan

—Por fin —dijo Andrea.

Me dio una palmada en el trasero y se fue corriendo por el pasillo, riendo.

Íbamos a nuestros despachos, para dar el día por finalizado.

Por fin había llegado el último día de universidad, las clases acababan de finalizar y estábamos oficialmente de vacaciones de verano.

El tiempo de disfrutar y descansar había llegado y Adrián nos acompañaría a nuestros hijos y a mí en cada uno de los días. El primer verano que pasamos juntos le pregunté cuántos días podía tomarse libres, para hacer planes, y ahí fue cuando me dijo que todos los que yo tuviera, porque no pensaba trabajar mientras yo me encontrara de vacaciones. No había fallado ningún año.

Su empresa sigue funcionando de maravilla, con personas de su máxima confianza trabajando para él. Y, aunque le costó, Adrián aprendió a volcarse en esas personas. Sobre todo, en las épocas en las que él no iba a la oficina. Así que por esa parte no tenía que preocuparse.

Yo, como acabáis de saber, continúo trabajando en la universidad, pero en una diferente porque con el tiempo tuve la grandísima suerte de trasladarme a la universidad privada de Santander y de regresar a mi hogar. Lo conseguí.

Hasta un año después, contando desde que Adrián pisó por primera vez mi piso en la ciudad en la que vivía por aquel entonces, no salió una plaza. Cuando me cogieron fue tal el impacto que me llevé, porque era muy difícil entrar, que tardé unos días en creérmelo realmente.

La despedida con mis compañeros en la otra universidad me costó bastante porque fueron muchos años viendo las mismas caras diariamente. Con Mary, la camarera, seguía en contacto y de vez en cuando viajábamos para vernos. Nuestras familias se conocían y nos llevábamos todos genial.

Con el que Adrián no se llevaba nada bien era con Fran, aunque hablo del pasado porque durante todos los años que han transcurrido no hemos vuelto a verlo. Fran fue el compañero con el que me lie en algunas ocasiones, de ahí lo mal que le cayó a Adrián, desde el mismo momento en el que le hablé de él.

Aún recuerdo cuando los presenté, el momento fue muy tenso por parte de Adrián, mientras que Fran aceptó la mano de mi marido con una sonrisa amigable y con un poco de sorpresa, al yo regresar de repente con pareja. Y no con una cualquiera porque nuestra conexión y complicidad de años se notó.

Adrián y yo nos casamos al año y medio de estar juntos, cuando hacía medio año que regresamos a Santander por mi plaza en la universidad privada. Tenemos dos hijos, Mario y César, de siete y cinco años, respectivamente.

Mis padres continúan tan perfectos y unidos como siempre. Él todavía está al frente de su empresa, aunque se toma la vida con mucha más calma. Mi madre sigue con su pasión de la pintura y nuestro querido Drako anda de un lado para el otro, queriendo llegar a todos.

A mi hermano le va genial con su empresa, la que con el paso del tiempo ha crecido muchísimo. Noemí se mantiene al frente de su salón de peluquería y belleza, el que amplió cuando el local de al lado se quedó libre. No dudó en comprarlo, lo que le salió estupendamente. Y sí, ambos comparten sus vidas.

Nunca dejaron de hacerlo porque mi hermano disipó todas las dudas que tuvo Noemí en el pasado. El día de la final de campeonato, frente a las cámaras y delante de todos los presentes en el campo, en los que estaban incluidos nuestros amigos y familia, Gael fue en busca de Noemí y el beso que le dio quedó grabado por las cámaras de los equipos de prensa, para toda la vida.

Con eso y con las palabras de mi hermano, todo quedó aclarado entre ellos. Gritando, Gael les dijo bien alto a todos que Noemí era la mujer de su vida y que llevaban unos años de relación. Nuestros padres se llevaron una gran sorpresa, pero enseguida la sustituyeron por alegría. Después mi hermano se centró en explicarle a Noemí quién era Elena, la mujer de unos sesenta años.

Le dejó claro que todo lo que lo unía a Elena era la joya que estaba fabricando la mujer para Noemí. Elena creaba joyas, piezas únicas, y eso era lo que quería Gael para su pareja, un anillo diseñado por él mismo. Mi hermano llevaba tiempo esperando para comprometerse con Noemí y quiso que fuera especial. Noemí recibió toda la información llorando. Están casados y tienes tres hijos, Nicola, Eric y Mateo.

Rodri y Santi continúan siendo los amigos inseparables de mi hermano. Santi conoció a Mireia seis años atrás, Rodri por el momento no ha dado con la persona que lo complemente y lo llene en el amor y en la vida. Ambos, junto con Mireia que es una mujer estupenda y simpática, forman parte de nuestra gran familia.

Mi amiga Andrea vive en Santander con Cameron. Consiguió una plaza en la misma universidad que yo, en la privada de Santander, lo que nos pilló de sorpresa hace siete años. Los primeros tres los pasamos separadas, lo que nos costó mucho llevar para delante porque de pasar tantas horas al día juntas, a solo vernos por videollamadas, algunos fines de semana que viajábamos o durante las vacaciones, fue duro.

Durante todo ese tiempo no nos acostumbramos y como digo, llegó nuestra gran oportunidad, sobre todo para Andrea porque al estar yo trabajando en la universidad y llevar varios años, me tuvieron muy en cuenta cuando les hablé de mi amiga. Gracias a ese empuje seleccionaron a Andrea para formar parte del profesorado de la universidad privada de Santander. Todo un lujo y un privilegio que celebramos a lo grande.

Andrea no lo dudó ni un instante porque lo único que la retenía en la ciudad donde vivía eran sus amigos. Cameron, que desde que sorprendió a Andrea en la casa de mis padres no volvió a separarse de su mujer, no tuvo problema en trasladarse a vivir a Santander porque trabajaba desde el despacho de su casa, por lo que podía tenerla donde se le antojara. Están casados y tienen una hija de seis años, Valeria.

Juan siguió el ejemplo de mi hermano, por la conversación que tuvieron y de la que me enteré más tarde. Mi amigo se armó de valor para enfrentar su miedo a decepcionar a su padre y se sentó a hablar con él, con el corazón. Miguel, su padre, escuchó atento los sueños y las ilusiones de su hijo, mientras Juan le explicaba el trabajo que le habían ofrecido.

Era una gran oportunidad y Miguel así lo vio también. Para tranquilidad de Juan su padre lo único que le dijo fue que para él lo más importante era que buscara su felicidad, le llevara hacia donde le llevara. Ese fue el comienzo de una nueva vida para Juan porque al aceptar el nuevo puesto de trabajo, en el que continúa estupendamente, allí también conoció a Mabel, una pelirroja que conquistó su corazón desde el primer día que lo llamó creído. Están casados y por el momento no piensan tener hijos, ya tienen sobrinos, como dicen siempre.

El restaurante de Miguel es una parada obligatoria cada vez que viajamos para verlo a él, y también a Rubén y a Marcos, nuestros amigos y trabajadores del restaurante. Continuábamos siendo una familia unida, a pesar de la distancia. Adrián les tenía mucho cariño a todos, ya que el tiempo que estuvo viviendo conmigo en el piso íbamos muchas veces al restaurante.

Félix, Leo y Eloy siguen tan unidos como siempre a Adrián. Félix tiene una relación con Marga, desde hacía cuatro años. Viven juntos y les va muy bien. Leo conoció a Maite una noche que salimos todos. Fue ella la que se plantó delante de él para decirle que al día siguiente tenían una cita. Tal cual. Son un matrimonio feliz que tienen una hija de siete años, Claudia.

Eloy y Tania terminaron haciendo oficial su relación, como era de esperar porque se comían con la mirada en cuanto se tenían enfrente. Se casaron un año y medio después, con Tania embarazada de pocos meses. María llegó al mundo para darnos más alegrías.

Tania continúa ayudando de vez en cuando a su hermano Elías en el *pub* y sobre este, Elías, él también tiene pareja y el afortunado es otro de nuestros amigos, Fer, el dueño del restaurante al que nos encanta ir y utilizamos de punto de encuentro cada viernes o sábado.

Y hasta ahí llega el resumen de cómo nos había ido hasta hoy día.

Salí de mis recuerdos cuando traspasé la puerta de la universidad y en cuanto pisé la calle, sonreí enamorada perdida del hombre que me esperaba apoyado en el lateral de su coche.

Reí cuando mi amiga le silbó, provocando que Adrián soltara una carcajada. Fue justo en el mismo momento en el que Cameron salió del asiento del copiloto. Entonces Andrea se olvidó de todo y comenzó a correr hacia su marido, quien la recibió con los brazos abiertos, literalmente.

Mi sonrisa se amplió al verlos porque derrochaban el mismo amor pasional que desde el primer día que se permitieron ser felices al lado del otro.

—Por fin libre —le dije a Adrián, cuando me paré frente a él.

—Por fin mía, por mucho tiempo seguido.

Me hizo un guiño, mientras me rodeaba la cintura con un brazo y buscaba mis labios, los que ya iban a su encuentro.

Siempre irían al encuentro de él, hasta el final de mis días.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu